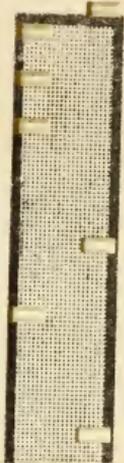


1 MESAICO-DE-POLITICK

OPY

PART II TITLE

39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59



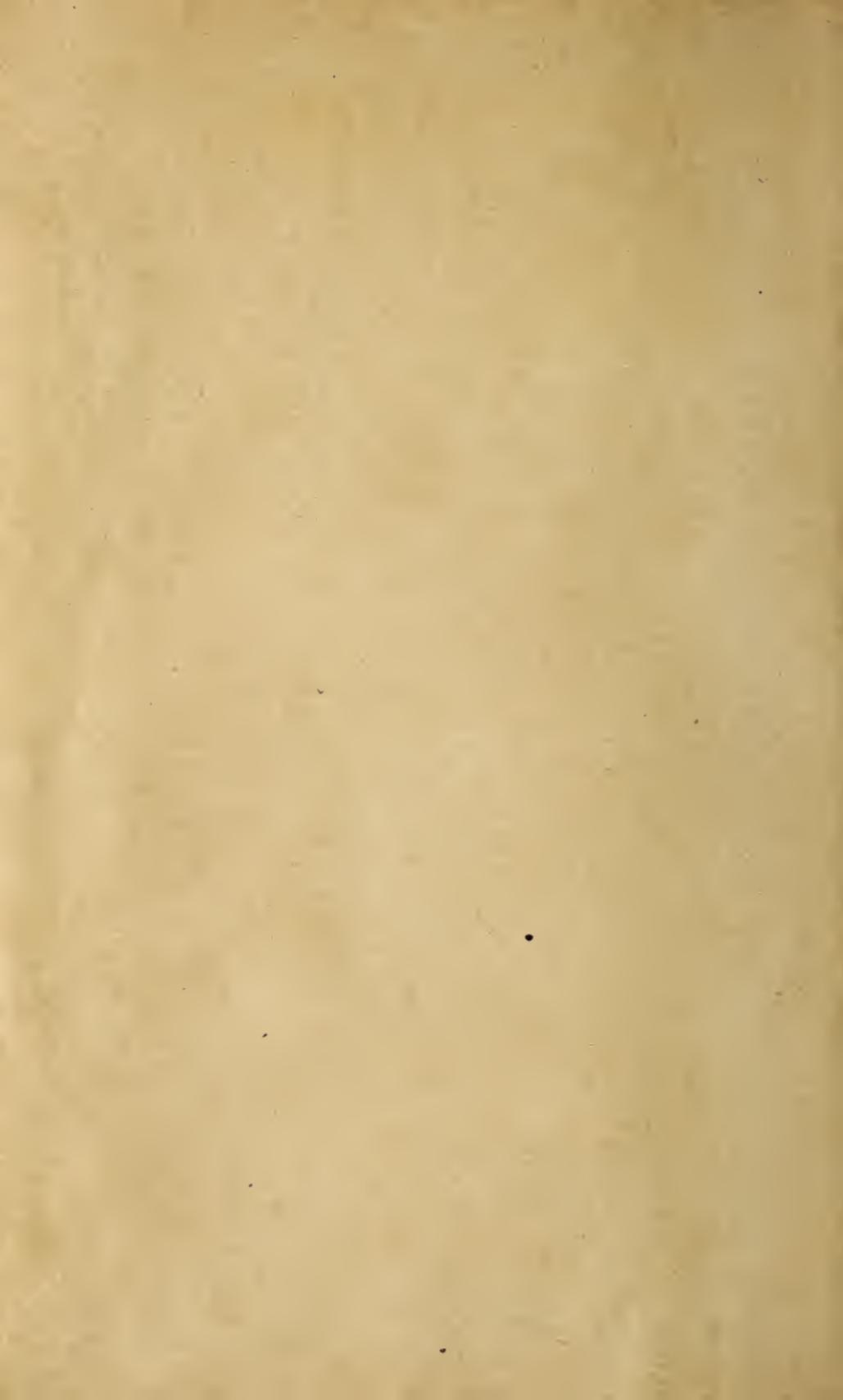
9999 9999999999 9999
9 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2309
.L65



LUIS LOPEZ MENDEZ

C

BMH

MOSAICO

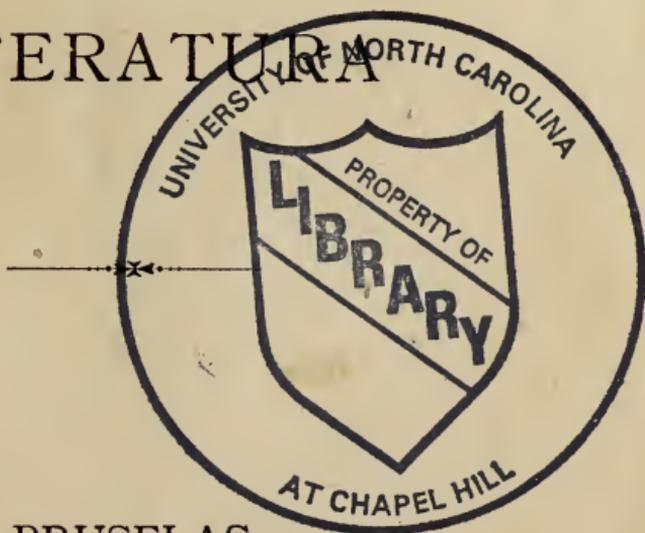
F2309
.L65

DE

POLÍTICA

Y

LITERATURA



BRUSELAS

ALFREDO VROMANT & C^a,

IMPRESORES-ÉDITORES

3, rue de la Chapelle, 3



ADVERTENCIA

Los primeros artículos de esta colección fueron publicados hace cuatro años en forma de cartas dirigidas á *El Fonógrafo*, de Maracaibo, bajo el seudónimo de *Lucrecio*. Los demás han salido á luz en diversos periódicos de Caracas, ya con mi firma, ya sin ella, ya bajo el seudónimo de *Numa*.

No sin gran desconfianza los reuno ahora en este libro : al hacerlo cedo á una tentación no justificada por el mérito. En casi todos domina un acento de polémica, propio del periodismo, pero insufrible á veces en el libro, el cual pide más serenidad de espíritu y mayor sobriedad de expresión. En el

periódico cabe todo, porque se lo lee de prisa y no hai tiempo para la análisis. En el libro, por el contrario, leído en el recogimiento del gabinete, se descubren con facilidad el juicio erróneo, las deficiencias de la instrucción, y los defectos del estilo.

Todo eso abunda aquí ; pero yo diré como Renan en el prefacio de su obra *El Porvenir de la Ciencia* : « Muchas de estas páginas provocarán una sonrisa ; poco me importa, si se quiere reconocer en ellas la expresión de una grande honradez intelectual y de una sinceridad absoluta. »

LUIS LOPEZ MENDEZ.

Bruselas : diciembre de 1890.

PROLOGO.

El señor López Méndez no necesita ser presentado á los lectores venezolanos. Su nombre es ya muy conocido en la prensa y en los círculos literarios ; y este libro va á señalarle definitivamente uno de los primeros puestos en la legión de brillantes escritores que hoy honran á las letras patrias.

¿Cuál es, entonces, el objeto de este prólogo ? Lo digo francamente : el de satisfacer un propósito egoísta, fijando aquí una ó dos impresiones personales, para que el autor conserve en su primer libro la expresión del cariño fraternal que le profeso y la prueba de las simpatías intelectuales

con que nos ha unido siempre la semejanza de ideas.

En este libro aparecen con estrechas relaciones la política y la literatura, y ello se explica por las circunstancias mismas en que ha sido escrito. La última década de nuestra historia se caracteriza por la tendencia á una trasformación radical en la manera de pensar, escribir y obrar ; tendencia contrariada en un sentido por el enervamiento intelectual de los que agotaron sus fuerzas en la imitación de literaturas extranjeras ó en el propósito de comprar privilegios políticos con las flores del ingenio, y favorecida, en otro, por los gustos y aspiraciones de la nueva generación, nacida cuando el régimen autocrático entraba en las penumbras de la decadencia y destinada naturalmente á buscar la solución de continuidad entre el pasado, que caía en ruinas, y un porvenir mejor. Los estudios del señor López Méndez reflejan

con grande intensidad este aspecto del medio social. Su pensamiento se detiene á veces, mortificado, ante la cobarde abdicación de los espíritus que pudieron, y no supieron, acelerar la evolución intelectual ; y entonces su juicio tiene severidades de castigo é impaciencias coléricas. Otras veces, el pensamiento vuela en busca de los nuevos ideales, para alumbrar con ellos los errores de la actualidad y la dirección en que deberían realizarse las oportunas reacciones ; y entonces su juicio describe la amplia parábola del filósofo que preve, y vibra con la satisfacción del artista que pinta. Las reacciones eran necesarias lo mismo en la vida política que en la vida filosófica y en la vida literaria. En la primera era preciso salir de un sistema anticuado para entrar con franqueza en el régimen democrático ; en la segunda era preciso limpiar de amenazantes nubes teológicas y engañadores celajes metafísicos el cielo de

la conciencia ; y buscar en la tercera formas adecuadas para la inspiración independiente. Y como todo esto no se ha realizado todavía, la publicación de los estudios del señor López Méndez es, además de acontecimiento literario para los amantes de las cosas bellas, acto de combate en la obra de renovación político-social.

Todavía hay que combatir por muchos años las supervivencias del régimen despótico: el hábito que sustituyó la inercia á la iniciativa; las pretensiones del clericalismo: la timidez é indecisión de cuantos desconfían de toda reforma original, por el solo hecho de no haberse ensayado antes en otras partes. Hoy aspiramos á devolver á la sociedad la dirección de sí propia; á reemplazar el concepto de la política, como arte de hombres hábiles ó afortunados, por el concepto de la política como ciencia experimental; á no hacer de la elección de los funcionarios públicos una delegación de

derechos sino la especificación de un mandato; á no esperar del Gobierno el impulso determinante del progreso, sino á imponérselo; á considerar, en suma, la evolución social como resultante necesaria del desarrollo y mutuas influencias de todos los intereses nacionales; y, si el triunfo llega á premiar los esfuerzos de los que por estos ideales trabajan, habremos llegado al principio de una éra en que serán ya imposibles los paréntesis de enervamiento social y los eclipses de la libertad.

Entonces podrán andar por vías distintas la política y las letras: la primera, observando hechos y deduciendo leyes; las segundas, vaciando en formas hermosas las producciones del entendimiento y las delicadezas de la sensación. Los que hoy pueden armonizar en sus estudios ambas cosas, y sobresalir en ambas, son espíritus privilegiados. El señor López Méndez es uno de ellos. Sus tendencias políticas son deduc-

ciones lógicas de la ciencia contemporánea; y su lenguaje revela la fuerza y flexibilidad, á un tiempo, de una inteligencia donde se equilibran las austeras preocupaciones del filósofo y los nerviosos refinamientos del artista...

Yo no he tenido nunca pretensiones de profeta; pero, esta vez, puedo asegurar que el juicio del público será análogo al mío, y que el éxito de este libro, venciendo la modestia del autor, le obligará á publicar pronto las demás obras que guarda inéditas.

JOSÉ GIL FORTOUL.

París, diciembre de 1890.

MOSAICO

DE

POLÍTICA Y LITERATURA

ASPIRACIONES

(Primera carta al redactor de « *El Fonógrafo* »).

Una pluma nueva todavía, aunque un tanto enmohecida por falta de ejercicio, ocurre á las columnas de *El Fonógrafo*, en la confianza de que le serán franqueadas con aquella tolerancia y aquel respeto por las ajenas opiniones que son hoy rasgos característicos de la culta prensa zuliana.

Ciertas ideas, como aves dominadoras del espacio que no se resignan á vivir tras las doradas rejas de una jaula, buscan con afán un medio de expresión que las difunda y communique á

todas las inteligencias ; y aunque el que esto escribe está muy lejos de poder decir nada nuevo á sus lectores, se propone, sin embargo, tratar desde un punto de vista general algunos temas sociales, y de política y literatura, protestando que sólo le guía el deseo de acercarse á la verdad y decirla lisa y llanamente ; lo que, caso de lograrlo, constituirá el único mérito de estas cartas, mérito suficiente, porque la verdad siempre sorprende como cosa nueva cuando brilla con sus propios atractivos, desnuda de las falsas galas con que servidores interesados se empeñan en ataviarla.

Así, estas cartas no serán una crónica de las ocurrencias de la ciudad, que no habría asunto para ello, pues causas de todos conocidas, pero que no es oportuno exponer ahora, mantienen á nuestra capital, tan bien dotada por la naturaleza y habitada por una población de suyo espiritual y expansiva, en un estado de inercia que no da materia alguna de importancia para la crónica periodística. Aquí apenas sucede nada : la actividad social se reconcentra en el hogar, buscando las íntimas fruiciones de la familia, sin que trascienda nada á la plaza pública, á la calle, al teatro, al café, centros en donde los pueblos civilizados van á gastar el sobrante de energía que

les queda después de satisfacer las necesidades diarias de la vida.

Fácil es comprender que en tales condiciones los lazos de la solidaridad social se debiliten, que las relaciones se interrumpen ó se entibien, que el egoísmo y la indiferencia vayan poco á poco apoderándose de los corazones, y que el espíritu, que sólo vive del roce y de la lucha, falto de espacio para extender las alas, ahogue sus manifestaciones y se condene á acariciar en silencio sus ideales. Vivir quiero conmigo decía el poeta místico ; y esta frase tan propia de aquellos seres indolentes que se alejaban de sus semejantes para entregarse noche y día á una estéril contemplación en que desaparecían las pasiones y las ideas, parece grabada hoy en todas las frentes, no ya como expresión del ascetismo, sino como reflejo de un malestar moral producido por la desconfianza ó la impotencia.

*
* *

Las letras, como no podía menos de suceder, puesto que ellas siguen paso á paso la marcha de la sociedad y reproducen el caracter que toma en cada grado de la evolución, están atravesando un período de esterilidad, sólo comparable á la

abundancia y brillantez de que en años anteriores hicieron gala para orgullo y regocijo de la Patria. Pero al natural influjo que sobre ellas ejerce el estado social, se agregan otras causas que concurren, en no escasa medida, á debilitar las producciones del arte nacional. Una de ellas, la principal de todas, es la intolerancia con que se reciben las ajenas opiniones, el encono que despierta, no sólo en el común de las gentes, pero aun en las clases ilustradas, todo aquel que se aparta en lo más mínimo de los pensamientos al uso y se atreve á alistarse con ánimo generoso en las filas de los que luchan por el triunfo de los ideales modernos. No es este, por desgracia, achaque nuevo en la vida de los pueblos, antes bien, abundan los ejemplos de torpes atropellos ejercidos por la fuerza material contra la independencia del espíritu; prueba más que ninguna otra irrefragable de la pequeñez humana que no logra conquistar el bien ni acercarse á la luz sino después de tristes caídas y de combates sin cuento contra las sombras del error.

Es natural que el hombre ame con amor entrañable las ideas que ha profesado en el transcurso de su vida, los pensamientos que han dado calor á su cerebro, los dulces sueños nacidos bajo el

ala del amor maternal que le han acompañado como un tesoro sagrado, como un talismán protector al través de la vicisitudes de la existencia. Todo eso merece respeto, porque nace del corazón y forma la tela delicada del sentimiento ; pero no debe pretenderse que todos vayan á quemar incienso en el santuario, ni se prosternen ante una divinidad que no es la suya. Y los que ejercen el elevado ministerio de dirigir las sociedades; los que desde la tribuna ó desde la prensa hablan diariamente á los hombres para formar la conciencia individual, deben tener presente que cada generación viene á la vida con su fisonomía é inclinaciones propias, y que, para que su colaboración en la obra del perfeccionamiento humano sea fecunda y provechosa, han de dejársele expeditos todos los medios de expresión, pues de lo contrario las ideas se estacionan, la ciencia decae y el progreso detiene su marcha triunfadora.

En la historia de las ideas no hay época que reproduzca exactamente el carácter de la que le precede : cada una trata de llegar por nuevos caminos al conocimiento de la verdad ; y como ésta ensancha sus dominios á medida que la humanidad avanza, no hay quien pueda vanagloriarse de poseerla por completo. No basta una sola fuente



para apagar la sed de verdad que sienten las almas ; no basta una sola filosofía para explicar todos los problemas que atormentan la conciencia, no basta una sola creencia para alimentar la llama de todos los corazones. Así, el método de hoy no es el mismo de ayer. Un principio derriba otro principio, y una escuela otra escuela, y todo cambia y se modifica en la esfera del entendimiento ; mientras que el dogmatismo teológico continúa desconociendo las leyes del movimiento, y pretende detener el vuelo de la razón, creyendo ver en esos cambios y modificaciones un argumento en favor de sus enseñanzas y un testimonio de la debilidad humana, cuando son precisamente la confirmación de los leyes naturales que todo lo transforman diariamente á nuestra vista en el gran laboratorio de la materia.

on
Clome
Esta terquedad del dogmatismo es una herencia de otras épocas, incompatible ya con la nuestra, en que predomina un espíritu liberal y tolerante que sabe mirar con serenidad todas las cuestiones. Se conciben los extraviós de la inteligencia primitiva, cuando el hombre acabado de nacer, dominado por la admiración y el entusiasmo ante el espectáculo de las maravillas de la creación, creía ver en las hojas de los árboles, en la ola de los mares, en los giros impalpables del viento,

en las chispas de oro que la luz arrojaba á sus pies, las huellas y el aliento de una divinidad que pasaba sobre la tierra derramando con mano pródiga todos los beneficios. La razón, entonces, aun no había desplegado sus alas poderosas; y el hombre, antes que pedirle la explicación de los misterios que le rodeaban, prefería domirse en el lecho de rosas de la inocencia, envuelto en la leve gasa que su imaginación había arrojado sobre el mundo, para despertar con nuevos sueños en la mente y saludar con trasportes de júbilo la divinidad palpitante en la luz que llegaba todos los días á recibir el homenaje de sus cándidos pensamientos, empapados en el puro rocío de la mañana.

Pero la humanidad adulta piensa de otro modo: sabe que aquellos sueños de niño, tanto más caros al corazón cuanto más engañosos, la han conducido á las más tristes decepciones; y que la falsa interpretación de los fenómenos naturales, aplicada como base del criterio á los movimientos espirituales y sociales, sólo ha producido, en la esfera de los unos, la metafísica, como resumen de los conocimientos humanos; en la esfera de los otros, la teocracia, como única forma de gobierno.

Podría llevar más adelante el desarrollo de

estas ideas ; pero me detengo, porque sólo he querido señalar ligeramente uno de los obstáculos que se oponen al libre vuelo de las letras en nuestro país. Sean ó no exactas las consideraciones que preceden y otras que me callo por ahora, pero que tendrán cabida en otra ocasión, cuando trate del plan de instrucción pública en Venezuela, es lo cierto que las *arpas están mudas* ó que, por lo menos, sólo de vez en cuando despiden una leve vibración que no se propaga en el vacío. Un soplo de huracán podría hacerlas resonar de improviso con toda la fuerza de otros días y poblar de maravillosos acordes el espacio donde ahora sólo se ciernen trabajosamente los buhos. Pero ¡ cuán lejos estamos de la región de las tempestades ! La calma reina en el horizonte, las brisas no agitan ya las olas, la nave se desliza perezosamente entre las mares, y en los labios del marinero, que duerme sobre el timón, han expirado ya las canciones del amor y de la gloria.

Yepes y Pardo, muertos hace poco tiempo, con todos los defectos que les ha señalado la crítica, representan, sin embargo, una generación que todavía tenía numen y algo de virilidad. El uno con una sensibilidad exquisita, sabía hacerse niño cuando quería, fabricaba en el aire palacios de *nieblas* habitados por las hadas, y luégo los

deshacía con un hálito de fuego para que cayesen cuajados en lágrimas ; sin que por esto dejase de obedecer á la musa austera de estos tiempos que interroga al abismo y quiere arrancarle el secreto de las cosas. Buena prueba de ello es *La Media Noche*, poemita en que aparece el filósofo colocado en frente de la naturaleza á las altas horas en que el misterio extiende un velo de vaguedad sobre todas las cosas. El poeta quiere saber por qué silba el viento melancólicamente entre las palmas, por qué tiembla la ola al contacto de la luz, y por qué baja del cielo á la tierra una emanación de algo .

Que llena el orbe y que en la chispa cabe ;

y aunque al terminar se inclina del lado de las soluciones comunes, la composición deja en e ánimo del lector la impresión estética que produce toda obra artísticamente desarrollada.

Pardo era un poeta de vuelo ; y su inspiración, ya que no llegase á las altas cimas que sólo alcanzan los genios, tenía, por lo menos, el mérito de acercarse á ellas ; lo que no es poco, cuando se considera que de cien larvas que aspiran á trepar el monte sagrado, una resulta águila y las noventa y nueve restantes reptiles ó mariposas.

Los defectos de Pardo en la oda son comunes á casi todos los poetas venezolanos que en este género han ensayado sus fuerzas, y consisten : en la invocación clásica á la musa ó á una divinidad cualquiera ; en el uso frecuente de ciertos epítetos é imágenes repetidos hasta la náusea por los modelos españoles ; y en el estudiado desorden de los pensamientos para simular la embriaguez lírica que no siempre se produce por tan artificiosos medios. La lectura de tales odas no exalta ni commueve. Se ve en ellas que el poeta tiene los ojos fijos en la contemplación de un modelo frío, á que en vano trata de comunicar calor de vida, á fuerza de versos sonoros y de largos trozos declamatorios. No hay para qué decir que la originalidad cede el puesto á la imitación, y que el pensamiento, desarrollado con esfuerzo, cae casi siempre desfallecido, sin energía ni colorido. Pardo suele salvarse, sin embargo, de este juicio general, porque, ingenio de buena lei como en realidad era, supo, á pesar de la escuela cuyas enseñanzas seguía, dar á sus producciones una fisonomía personal, realizada por las galas de un estilo rico y eléante.

Pero no está su mérito en las odas — que nunca logró vencer las dificultades del género — sino en otros cantos suyos, inspirados, no obs-

tante, en la natural tendencia de su espíritu hacia las formas elevadas. Sobre todo puede lucir como joya propia sus *Indianas*, colección de leyendas y tradiciones de los tiempos de la conquista, que, con un poco de unidad, hubiera podido ser algo semejante á la *Canción de Hiawatha*, el hermoso y fresco poema de Longfellow. En esta colección son notables por la fluidez del verso y el tono sencillo y verdadero de la composición, la Introducción y el romance segundo de la primera parte y los romancés titulados *Mitos* y *Mohan Guarima*, de la segunda. Por desgracia la muerte, celosa de la gloria del poeta, interrumpió su obra; y la lira cayó de sus manos cuando evocaba los recuerdos de pueblos desaparecidos tras las nieblas del tiempo, y en sus cuerdas venia á resonar el eco de las razas muertas. El asunto no podía ser más apropiado al carácter del autor, que ya en composiciones de otra índole, como en *Ayer y hoy*, *Confidencia* y muy particularmente en *Soledad* (una verdadera perla!) había demostrado poseer imaginación brillante y una ternura de sentimientos á propósito para embellecer, al evocarlas, esas cosas hondas que todas las almas guardan en el estado de recuerdo.

Pero al hablar de las letras patrias sólo me he detenido en los muertos. ¿Será que de las tum-

bas nos vengan ahora los ecos de la poesía? ¿Será que aquellos espíritus se llevaron en sus alas toda la luz de nuestro cielo, todas las flores de nuestros jardines, todos los rumores de nuestras selvas, y habremos de ir á pedir al sepulcro un destello de sol para calentar nuestros corazones? ¡Cuántas cosas que ya hemos olvidado volveríamos á aprender si nos acercásemos silenciosamente á ciertas tumbas! Pero los muertos no hablan, ó por lo menos, nosotros no entendemos su lenguaje. Ellos callan, y el que sabe traducir los murmullos en palabras sólo escucha una voz apagada, voz de esperanza que se escapa de las losas y que dice : *Adelante!*

Tiempo vendrá, más propicio á la tarea, en que hablaremos de los vivos.

Julio de 1886.

UNA ENCICLICA DEL PAPA

(Segunda carta)

Estos últimos días vino á mis manos la Encíclica de León XIII sobre los fundamentos de la sociedad cristiana. Empecé á leerla favorablemente prevenido por los juicios de personas sensatas y de gran número de órganos de la prensa liberal que hacían de ella los mayores encomios, recomendándola como un documento dictado por la tolerancia y encaminado á solicitar la suspirada alianza de los principios liberales con las prácticas y doctrinas de la Iglesia católica. Decíase que el Papa no condenaba la libertad de cultos y que, lejos de soñar con la resurrección del poder temporal y del predominio teocrático de la Edad Media, se allanaba á todas las soluciones del derecho político, derivadas de la gran revolución moderna. Dado el caracter conciliador que se ha querido atribuir á este Papa, no era extraño que procurase hacer dar un paso á la Iglesia, poniéndola en estado de asimilarse, si no todas, por lo menos una parte de las ideas que la nueva

filosofía ha exparcido por el mundo en lo tocante á la constitución de las sociedades.

Desgraciadamente su buen deseo ha engañado esta vez á los católicos liberales, haciéndoles ver lo que en la Encíclica no hay ni puede haber. En su entusiasmo echaron á rodar afirmaciones ligeras, sin recordar que la Iglesia católica no puede reconocer ciertas instituciones que la hieren de muerte, ó que cierran enérgicamente la puerta á las pretensiones que ella no deja de acariciar un momento. La Iglesia no se resigna á tratar con el Estado bajo el mismo pie en que puede colocarse una sociedad ó comunidad cualquiera. En su caracter de representante de Dios sobre la tierra y de directora de las almas, quiere ver en el Estado civil, ya que no un inferior, porque esto no lo consienten las necesidades de los tiempos, un igual á quien, en determinados casos, puede imponer su voluntad y hacer servir á sus intereses, invocando razones y fórmulas espirituales en abierta oposición con la realidad de las cosas. Quiere, en suma, ser un Estado independiente dentro del Estado, con sus medios de acción y su jurisprudencia propios, para vivir ya ensanchando, ya acortando la tela enmarañada y elástica de sus doctrinas, mientras llega la hora de la reivindicación soñada. Pero la verdad es que la concien-

cia humana se inunda de nuevas claridades : el hombre se convence poco á poco de que la Iglesia es un intermediario muy incómodo y exigente entre él y Dios, y sobre todo, no nada fiel, puesto que las altas enseñanzas de la moral se desvirtúan y alteran á cada momento al pasar por su jurisdicción.

La dirección de las sociedades no está ya encomendada á los teólogos ni á los doctores más ó menos iluminados y seráficos, sino á la observación austera y fría del filósofo, que, sin la intervención de poderes sobrenaturales, estudia pacientemente esas mismas sociedades y escruta sus fenómenos para deducir á la luz de la razón las leyes que las rijen. El Estado pone en práctica esas leyes ; y la Iglesia es un tercero que no entiende nada en la materia y cuya misión queda reducida á lisongear el sentimiento místico de las almas.

Naturalmente no lo considera así la Iglesia ; y bastará á probarlo un examen, siquiera sea rápido y conciso, de la Encíclica, documento redactado, á la verdad, con alguna mayor temperancia de lenguaje que la que solían usar los antecesores de León XIII, pero que, en el fondo, difiere poco ó nada de las doctrinas por ellos sustentadas.

Prescindiendo de la derivación divina del

poder, con que empieza la Encíclica, fijémonos en el párrafo 13° que termina de esta manera.... « así como no es lícito descuidar los propios deberes para con Dios, y el primero de éstos es profesár de palabra y obra, *no la religión que á cada uno acomoda*, sino la que Dios manda y consta por argumentos ciertos é irrecusables ser la *única verdadera*, de la misma suerte NO PUEDEN LAS SOCIEDADES POLÍTICAS obrar en conciencia como si Dios no existiese ; ni volver la espalda á la religión como si les fuese extraña ; ni mirarla con esquivéz ni desdén, como inútil y embarazosa ; NI EN FIN, OTORGAR INDIFFERENTEMENTE CARTA DE VECINDAD A LOS VARIOS CULTOS ; antes bien y por o contrario, *tiene el estado político obligación* de admitir enteramente ó abiertamente profesar aquella ley y prácticas del culto divino que el mismo Dios *ha demostrado* que quiere. »

Aceptada esta *obligación*, ¿ á qué queda reducida la libertad de cultos, fruto de tantas luchas, generosa conquista de los tiempos modernos, que todo Gobierno digno de llamarse civilizado está en el deber de garantizar á sus súbditos ? No ; la Iglesia quiere dominar absolutamente sin rivales, importándole muy poco la tranquilidad de las conciencias y la paz de los hogares, allí donde el Estado profese *abiertamente*, como ella

exije, la religión del Cristo, y los ciudadanos profesen otra ú otras.

Y las pruebas que aduce la Encíclica en favor de la religión son verdaderamente pueriles é indignas de toda refutación en el terreno filosófico. Esas preclaras pruebas se reducen al *cumplimiento de las profecías, á la frecuencia de los milagros y al testimonio de los mártires*. Lo mismo exactamente podría decir cualquiera otra religión, pues ya sabemos que no hay ninguna que no haya tenido sus magos, sus milagreros, sus mártires y sus profetas. Estas son las exterioridades comunes á todas las religiones, desde el fetiquismo más grosero hasta el monoteísmo más depurado.

Con textos del Evangelio y de San Agustín trata de probar el Papa el derecho que tiene la Iglesia á la potestad civil, fundándose además en los precedentes asentados por los gobiernos en épocas anteriores, cuando las sociedades estaban más ó menos inficionadas del elemento teocrático. Condena luego la revolución religiosa del siglo XVI, y como era lógico, la revolución política y social del siglo XVIII, para terminar esta parte de la Encíclica lanzando un anatema *contra la libertad de conciencia, la libertad de cultos, la libertad de pensar y la libertad de*

imprensa ; porque « fácilmente se ve, dice, á qué deplorable situación quedará reducida la Iglesia si se establecen por la sociedad civil estos fundamentos que hoy día tanto se ensalzan. »

¿ En dónde está, pues, el colorido de liberalismo y de conciliación que se ha querido dar á la Encíclica ? ¿ Y cómo es posible que no sólo se deje pasar sin reprobación, sino que hasta se alabe por la prensa liberal de un país, que, como el nuestro, está políticamente fundado sobre las mismas bases é instituciones que aquel documento combate ?

Razón hay para quejarse de la revolución francesa, pues como dice Edgar Quinet, uno de sus más grandes errores fue el de no haberse atrevido á derribar completamente la antigua Iglesia, y comenzada la obra, no haber tenido suficiente valor para consumarla. En lo que sí no tiene razón el Papa es en denigrar á la Reforma, cuando la crítica histórica de nuestros días está demostrando que, á no ser por aquel movimiento religioso que arrebató al catolicismo una parte de sus dominios, provocando en el resto una concentración de fuerzas y una recrudescencia de celo, el edificio demasiado vasto de la Iglesia Romana hubiera venido á tierra, sostenido como estaba por tan débiles columnas y

corroído por todo género de vicios. La Iglesia debe, pues, gratitud á la Reforma, que fué como el cauterio aplicado á la úlcera de aquel nuevo Job que se pudría en su estercolero, rodeado de tinieblas, por más que las cúpulas de San Pedro y los esplendores artísticos de la corte pontificia simulasen un sol cuyos rayos no llegaban hasta el fondo de las conciencias.

No puede decir otro tanto la filosofía. La influencia que sobre ella ha ejercido la Reforma se ha exagerado mucho. Indirectamente, es verdad, lá ha servido ; pero fué muchos años después, cuando calmado el ímpetu de las pasiones, se la invocó como un precedente en favor del libre examen. Los primeros reformadores no tuvieron la intención de provocar una revolución en la filosofía, antes bien, la miraban como perjudicial á los fines espirituales ; y en definitiva no hicieron otra cosa que entronizar sobre el entendimiento humano la tiranía de la Biblia (1).

El papa se espanta de que la revolución haya declarado que la soberanía reside en el pueblo, y que *cada cual tiene derecho de pensar libremente*. Esto le parece una peligrosa novedad, porque la soberanía del pueblo (óiganlo los gobiernos

(1) ANDRÉ LEFÈVRE : *La Philosophie*.

democráticos !) *no se apoya en razón alguna que merezca consideración.* Tal doctrina no sirve, en su concepto, sino para halagar las pasiones de la muchedumbre y excitar á la rebelión. En este punto, es digna de repararse la contradicción del Pontífice, que declara pocos renglones antes, que *toda potestad cualquiera que sea su origen y donde quiera que resida es legitima, porque proviene de su suprema y augustísima fuente que es Dios ;* lo que en rigor de lógica debe aplicarse á la potestad que ejerce el pueblo por sí mismo ó por medio de sus representantes, quedando así legitimada la misma soberanía que el Papa trata de desconocer.

En otro lugar disputa al Estado la facultad de legislar sobre la familia, y dice textualmente : « De aquí el traer á su jurisdicción los matrimonios cristianos, legislando aun acerca del vínculo conyugal, de su unidad y estabilidad ; privar de sus posesiones á los clérigos, diciendo que la Iglesia no tiene derecho á poseer &.»

He ahí, pues, un ataque á otra de nuestras instituciones, la del matrimonio civil, en favor del cual ya nada hay que decir, porque sus ventajas se palpan, y prueba de ello es la facilidad con que se ha introducido en nuestras costumbres.

En cuanto al derecho que tiene la Iglesia á

poseer, nadie se lo ha discutido. Lo que sí ha hecho la ciencia económica es investigar el origen de ciertas propiedades, acumuladas durante siglos á la sombra de instituciones muertas, y nadie tiene la culpa de que la crítica haya puesto en claro que ese origen es ilegítimo. I si tal derecho se disputara hoy á la Iglesia, ello no sería sino el reverso de aquella sentencia de San Agustín que decía : « Todo pertenece á los fieles ; los infieles no tienen derecho á un solo óbolo de propiedad legítima » ; en virtud de lo cual hubo una época en que se expropiaba desapiadadamente á los judíos, se les cargaba de impuestos y se les arrebatava hasta las prendas más caras de sus afectos.

Como para cohonestar un tanto las anteriores negaciones hay un párrafo, único de la Encíclica, que puede justificar las alegrías de los católicos liberales. Es aquél en que declara que ninguna forma de gobierno es en sí misma reprehensible, que la intervención del pueblo en los negocios públicos, puede ser en *ciertas ocasiones y dada una legislación determinada*, provechosa y aun obligatoria, y que no se opone á que los Gobiernos *para conseguir algún bien importante y para evitar un grave mal*, toleren en la práctica la existencia de uno ó más cultos en el Estado. La primera

de estas declaraciones carece de importancia, ó la tiene á lo sumo, para algunos Estados europeos en donde el clero se empeña en no reconocer más que las instituciones monárquicas y está reñido con todo lo que no sea Dios y el Rey. Las otras dos, ya se ve por las reservas que las acompañan, que han sido arrancadas por la fuerza de las cosas, y no por la virtud de la doctrina, que es diametralmente opuesta á la que profesa la Iglesia y que el mismo León XIII expone. Aun en ese mismo párrafo, el Papa no deja de tachar una vez más de ilícito el que las diversas clases ó formas de culto gocen del mismo derecho que la religión verdadera.

No pudiendo el Papa negar el progreso de las ciencias, trata de reivindicar todo su mérito para la Iglesia, diciendo que á ella se deben, « ya la invención, ya el comienzo, ya la conservación de aquellas cosas é instituciones que pueden contribuir al bienestar común » Aparte de que hay muchas ciencias y artes, que nos legó la antigüedad, algunas de ellas en un estado insuperable de perfección, y en las cuales no tuvo ni pudo tener la Iglesia ninguna participación, es peregrina la pretensión de atribuirse los adelantos de las ciencias y las artes, en una institución que ha sido siempre su mayor enemiga. Dígalo si nó,

Rogerio Bacon que vislumbró en el siglo XIII el método experimental, desarrollado tres siglos después por su homónimo Francisco Bacon, y que purgó tamaño pecado con veinte años de prisión en un calabozo. Díganlo Galileo, Vanini, Campanella, Giordano Bruno y tantos otros mártires de la ciencia y de la filosofía.

La filosofía! Lo cierto es que la Iglesia no puede verla con buenos ojos. La filosofía ha matado al Diablo, ha destruido el infierno, ha derribado el imperio del terror; y por sobre sus nefastas ruinas ha hecho vibrar como sonrisa de un mundo nuevo, como aurora de halagüeñas esperanzas, una palabra redentora:—*Tolerancia!*

Esta sublime palabra no ha sido inventada por la Iglesia.

Julio de 1886.

JUAN VICENTE GONZALEZ

(*Tercera Carta*)

Hace ya algunos días que salió á luz la primera entrega de las obras literarias de Juan Vicente González, coleccionadas por su hija. Ignoro el éxito que hasta ahora haya tenido la publicación, pero de seguro no será muy alentador para la heredera de aquel hombre distinguido. Anunciada anticipadamente la suscripción por los periódicos, puesta en venta luégo la primera entrega en las principales librerías, no creo que haya sido muy comprada ni leída, si he de juzgar por la indiferencia con que ordinariamente se reciben en el público las pocas obras de los autores patrios que, aun después del esfuerzo intelectual necesario para producirlas, tienen ánimo suficiente para luchar con las enormes dificultades económicas de la edición.

El autor que no cuente con la protección directa del Gobierno, puede tener por cierto que la publicación de un libro, lejos de remunerarle su trabajo, será para él una fuente de ruina y

sinsabores. Ni el recurso últimamente imaginado de dedicar el producto de la venta al sostenimiento de los institutos de beneficencia, da resultado alguno de consideración, pues ni por piedad cristiana se vende más de un reducido número de ejemplares. El grueso de la edición queda condenado á cubrirse de polvo en un rincón, de donde al cabo de cierto tiempo, el autor, á quien le queda todavía un resto de amor por los hijos desvalidos de su mente, lo saca para repartirlo entre sus amigos ó venderlo al peso como papel de envolver.

Lástima grande será que las obras de Juan Vicente González corran la misma suerte. Los que componemos la nueva generación, apenas si conocemos á este escritor por su *Manual de Historia Universal* y uno que otro fragmento publicado en la *Biblioteca de Escritores Venezolanos*; lo que, si es bastante para demostrar las altas prendas de su entendimiento, no satisface el interés que naturalmente despierta un hombre de quien se sabe que tuvo siempre una grande actividad intelectual, cuyos frutos permanecen por la mayor parte inéditos, conocidos de muy pocas personas. Raras serán, por otra parte, las que hayan leído ahora los periódicos por él redactados en épocas de lucha y de conflictos para la Patria,

aspecto este tal vez el más interesante de su vida de escritor, por cuanto en aquellas hojas efímeras, destinadas á un solo día de existencia, prodigaba él las galas de su vigorosa inteligencia y derramaba el fuego de una grande alma donde cabían holgadamente todas las pasiones. Sorprende, en efecto, al repasar las colecciones de sus periódicos, ver cómo escribía para el diarismo con el mismo esmero, con el mismo amor á la forma literaria y la misma elevación de pensamientos con que se escribe para el libro, cualidades reveladoras del carácter del artista, que rinde culto á la belleza á todas horas y que, ni aun al contacto de intereses mezquinos y de bastardas ambiciones, puede despojarse enteramente de la fúlgida aureola que la naturaleza coloca en su frente.

Ponía tanta vehemencia en el ataque, tanto ardor en la controversia, tanta energia en la defensa de sus convicciones, que los que le leemos á la distancia de treinta años, cuando el tiempo y el olvido han reducido ya las proporciones de los hombres y las cosas, todavía nos sentimos exaltados y como poseídos de la llama que se desprende de aquellas páginas devoradoras, estímulo poderoso al esfuerzo de las luchas ciudadanas. Estas cualidades son las que le han

valido los epítetos de hidrófobo, energúmeno y otros no menos incisivos con que le regalaban sus contendores, y que se han perpetuado hasta nosotros con la autoridad de las cosas consagradas por la costumbre, de tal suerte que, muchos que no le conocieron, no saben imaginársele sino como la encarnación del odio y de las malas pasiones. Por mi parte, yo descarto de esto juicios todo lo que debe atribuirse á la susceptibilidad herida ó á la malquerencia de los partidos, para no ver sino al escritor de combate que, por obtener el triunfo de sus ideales, reúne todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón, para fabricar el rayo que ha de exterminar á sus enemigos é iluminar con resplandores de muerte la frente de los poderosos.

En la República es necesaria, indispensable la existencia de caracteres de este temple, que mantengan vivo el fuego de la discusión, que concentren en sí los impacientes arrebatos y la pasión tumultuosa de los partidos y que, en la tribuna ó en la prensa, sean como la válvula por donde se desahogue diariamente la ola de vida de las aspiraciones populares. El odio mismo debe salir á la plaza pública para que se gaste y desaparezca en medio de la lucha. Contener esas pasiones no es destruirlas : es por lo contrario

aumentarlas y hacer que fermenten silenciosamente en el pecho de los ciudadanos, hasta que, colmada la medida, exasperadas por la represión, estallen rompiendo todos los diques, y vayan con ímpetu incontrastable á derribar los cimientos de la sociedad. Cuando la pluma calla, hablan las bocas de los fusiles ; cuando la razón enmudece, truena la fuerza ; y entonces lo que no se consigue por el libre juego de las instituciones se obtiene á costa de la sangre y la tranquilidad de los pueblos. La rebelión queda justificada y con ella los excesos de la venganza. Tras del triunfo viene la reacción con todas sus represalias; los dominadores de ayer son hoy dominados; sobre ellos cae á su vez el yugo de la represión; á su vez recurren á las vías de hecho, y se produce así la lucha perpétua de la fuerza y el perpétuo desequilibrio de la sociedad.

En este execrable estado de escándalo las instituciones olvidadas pierden su fuerza, quedando para unos pocos como un centro ideal imperceptible hacia el cual tienden los anhelos del patriotismo, para los más como un arsenal de donde á cada paso pueden sacarse, falseándolas, armas para defender la iniquidad. La nulidad se encumbra, la corrupción adquiere títulos, la lisonja medra, el lugar común usurpa el puesto

á la idea, la depravación moral se viste con las galas de la virtud pública. Todo puede cubrirlo el silencio !

Para evitar tan graves males, que infaliblemente conducen á un país á su más completa ruina moral, no hay más solución que la libertad ; pero no esa libertad anémica, llena de distingos y reservas, que no sabe enunciar sus principios de una manera definida, y los envuelve en un espeso velo de fórmulas jurídicas, acabando por convertir la altiva diosa en raquítrico y miserable esqueleto. Este es el ídolo ante el cual se prosternan los adoradores de la inercia, los espíritus medrosos que, bien hallados con el silencio y las tinieblas, se asustan ante el espectáculo de los cívicos combates, y se cubren el rostro, poseídos de terror, cuando estalla el trueno y vibra el relámpago, tras del cual, al fin y al cabo, brilla más puro el sol y más sereno el horizonte. Al lado de estos espíritus indolentes, pero sinceros, que se conforman con un amor platónico de la libertad, sin llegar nunca á poseerla, hay otra clase no menos peligrosa : la de los que, conociéndola, temen su advenimiento, porque saben que su carro triunfador ha de arrollarlos y que la luz que ella despide penetrará en el abismo de sus conciencias donde mora el crimen. Unos y

otros, vulgarizando un concepto convencional é ininteligible de la libertad, llegan á hacerla odiosa y á sumir á la sociedad en un estado de letargo que es el que más conviene á los manejos de los *hábiles*. En nombre de la moral social ponen todo género de cortapisas á la libertad para que no se confunda con la licencia : ignoran ó fingen ignorar que, para que la libertad subsista, es preciso conceder algo á los extravíos de la pasión y á la ceguedad de los que no la comprenden, pero que esa pasión y esa ceguedad desaparecen con el ejercicio, y la libertad, al cabo, busca y encuentra su natural equilibrio.

De cuántos males sean responsables aquellos que, profesando un culto nominal á la libertad, mantienen en la práctica el régimen de la coacción, es imposible calcularlo. Acallando las voces de la discusión creen que pueden dirigir tranquilamente el Estado, según su leal saber y entender, cuando en realidad lo que hacen es poner las armas en las manos de los descontentos y atizar el incendio de las guerras civiles. Cuesta trabajo creer que se incurra de buena fe en semejante error político, y que no sea más bien inspiración del interés personal que, desoyendo los consejos del verdadero patriotismo, busca su propia satisfacción, aunque no sea sino en un solo

momento de predominio absoluto, preocupándose muy poco de que, pasado ese momento, quede el Estado á la merced de anárquicos furores. En rigor, el derecho de tomar parte en la discusión se extiende hasta los demagogos, á quienes debe acordárseles por previsión política, si no en virtud de su indiscutible carácter de ciudadanos. Macaulay pone á este respecto en boca de Milton las siguientes palabras :

« Los poderes que no conocen el freno de las leyes no pueden esperar amparo de ellas. Poco cuerdo es acudir á la servidumbre, como si fuera refugio contra las perturbaciones, porque la anarquía es consecuencia inevitable del despotismo y en vano es que los gobiernos busquen estabilidad fuera de los queblos libres; que si no se satisfacen las pasiones, ellas se abrirán camino tanto más ancho cuanto más se hayan comprimido. Así es, en efecto, y por esa causa diría yo de buen grado á todos los reyes de la tierra : Dejad que los demagogos acaudillen las muchedumbres para que no acaudillen ejércitos; dejadlos declamar para que no asesinen; que un poco de turbulencia en el Estado es una manera de arco iris, indicio de lluvia pasagera y prenda segura de que no habrá diluvio (1). »

(1) MACAULAY : *Estudios Politicos*. — Diálogo entre Milton y Cowley.

No puede decirse, ciertamente, que Juan Vicente González fuera un demagogo. Muchos de sus escritos políticos están llenos de verdades amargas para el pueblo y de saludables advertencias para los gobiernos. Pero como la fibra dominante de su temperamento fuese la pasión, á ella se abandonaba sin reservas, profiriendo, en medio de la embriaguez tribunicia que le dominaba, unas veces la palabra viril y ardiente del patriota, otras el dicterio y la amenaza del sectario. De ahí que siempre apareciese superior á la causa que defendía, y de ahí también ciertos cambios de rumbo y de opiniones poco favorables á la solidez de su carácter. Veleidades las tuvo como todo periodista que mezclado en los combates diarios de la política, recibe, sin poderse sustraer á ellas, las mil sugerencias de la tornadiza opinión pública á que sirve de reflejo y en cuyo seno se agita. Nadie tal vez ha dicho más verdades que él entre nosotros. Se las decía al Gobierno, á los hombres y á los partidos. Carácter franco, enemigo de toda ambigüedad, no servía para lo que se ha llamado con frase galicana *hacer política*, porque para ello se necesita tener presente lo que Fontenelle decía á otro propósito: « Si yo tuviese mi mano llena de verdades, me guardaría muy bien de abrirla. »

Cierto que traspasó muchas veces los límites de la prudencia y la justicia, que la invectiva fue arma favorita en sus manos, que los liberales de aquellos tiempos, muchos de los cuales viven aún, no tienen nada que agradecerle en punto á moderación de lenguaje y calificativos honrosos. Páginas tiene que son diatribas envenenadas, concebidas en medio del delirio. A Falcón, el Jefe de la Federación, le llama *esbirro violento, saqueador y tunante*, y le pinta como á un hombre de « corazón inconstante y veleidoso, fácil para ofrecer cuanto se le exige, fácil para olvidarlo ; nadie cuenta, dice, con su palabra. Simpatiza con los pendencieros á quienes protege y de quienes se rodea, mientras aleja con cuidado á los que le importunan por sus virtudes y saber, y hasta los burla y escarnece. » A Zamora le llama una, y otra vez estúpido y asesino, y en un editorial en que describe la situación del día, le hace pasar á los ojos del lector como un ridículo espectro que vaga por soledades y huye de los fantasmas que brotan de la incendiada Barinas. » De Aranda dice : « sentimientos variables y comprimidos ; en su conducta, más circunspección que vuelo ; en sus odios, más hiel que arrebatamiento ; en su ambición, más vanidad que orgullo ; en su palabra, más artería que nervio y llama.... El

goza de una vida abstracta en que su imaginación acumula moldes confusos é ideales en que arrojar el ageno pensamiento ; pero el alquimista político, al prescindir de los hechos y de la realidad, se pierde en monstruosos ensayos, á veces sangrientos como los de los que buscaban la piedra filosofal y los secretos de la vida en el cerebro de los niños y las entrañas de las vírgenes. » Pinta á Urrutia, y dice que es « un intrigante y pérfido, que ama el mal por el mal, engañándose á sí mismo por el deseo de engañar, contento en medio de la sangre que hace verter, cobarde y audaz al mismo tiempo »....

Ensañado contra la revolución, se revuelve un día lleno de ira contra los que imploran clemencia para los vencidos, y pronuncia estas terribles palabras : « Nosotros también levantaremos altares á la clemencia, pero después que se hayan erigido á la justicia.... ¿ Qué sería de la moral santa, del porvenir de la Patria y del crédito del Gobierno ? Nosotros le queremos fuerte porque nada es más contradictorio y violento que la debilidad.... Es preciso que haya justicia y que las leyes se cumplan para que reste algún temor de violarlas y combatirlas. » Después de esta sentencia, González hubiera podido añadir como Rousseau al terminar un párrafo del *Contrato*

Social en que insinúa los peligros que tiene para la seguridad del Estado el indulto de los criminales : « Pero siento que mi corazón murmura y detiene mi pluma : dejemos discutir estas cuestiones al hombre justo que no ha delinquido nunca y que, por tanto, nunca ha necesitado gracia. » Tan humanitario sentimiento no mueve la pluma de González ; y cuenta que no trataba de delitos comunes, como el filósofo de Ginebra, sino de delitos políticos, de que pocos hombres podrán contarse exentos en nuestras agitadas Repúblicas.

Pero al lado de estas demasías de la pasión exacerbada, solía poner, como contraste, la observación justa, el juicio recto de hombres y cosas y la expresión de sus sentimientos en favor de lo que él creía que podía contribuir á la salud de la Patria. Como quiera que sea, lo que en él vale más, lo que aquilata el mérito de sus escritos, es el acento de sinceridad que sabía darles, la actitud de adversario franco y abierto en que siempre se colocaba. Una cosa está ausente de sus trabajos periodísticos : la lisonja.

En sus obras puramente literarias ya no pueden hacerse los mismos cargos, por más que, tratando de asuntos históricos remotos, procurase deslizar, como él mismo lo confiesa, la pin-

tura de situaciones y personajes contemporáneos. Desde este punto de vista su *Manual de Historia Universal*, atrae con singular interés, por abundar en él retratos ingeniosos en que, con un poco de perspicacia, se reconocen picantes semejanzas.

Su variada cultura intelectual, sus extensos conocimientos de historia, sus profundos estudios de las literaturas modernas, especialmente de la italiana, española, y francesa, y aquel insaciable deseo de saber y conocerlo todo que era en él rasgo característico, ponían á Juan Vicente González en aptitud de tratar fácilmente las cuestiones más diversas. Ayudábale, además, una memoria por todo extremo desarrollada, á la que nunca faltaba la alusión, la cita ó el ejemplo cuando la ocasión lo pedía. Su estilo era nervioso, lleno de cláusulas cortas, enlazadas por el hilo del pensamiento que siempre era rápido y vigoroso. El corte de sus frases y la dirección habitual de sus ideas reflejan una influencia lejana de escritores franceses como Chateaubriand y Lamartine.

En la entrega que tengo á la vista, se han coleccionado por épocas sus obras literarias : de la primera época aparecen el artículo titulado *Bolívar en Casacoima* ; dos artículos sobre el 28 de octubre escritos en 1837 y 1838 ; un paralelo

entre Washington y Bolívar ; otro entre Napoleón y Bolívar, y algunas poesías. La segunda contiene un juicio sobre la *Vida de Jesús*, por Renán ; otro sobre el tomo primero de la *Historia de Julio César*, por Napoleón III ; un estudio sobre Leopardi ; otro sobre Mirabeau ; y otros dos estudios de menor importancia.

No es digno de alabanza el orden cronológico que se ha seguido en la colección ; porque si bien pueden apreciarse así las mudanzas que el autor fue introduciendo en su estilo, también se han interpolado las poesías con la prosa, lo que da un aspecto desordenado á la edición. Las poesías, en rigor, hubieran podido suprimirse sin detrimento de la buena fama del autor : exceptuando el soneto á Bolívar, ya conocido, las demás son tan pobres y descuidadas, que no merecían un puesto en la colección, á lo que se agrega que han salido plagadas de errores tipográficos, cuya corrección no las haría mejores ciertamente, pero que ofenden la vista del lector delicado. Los buenos prosistas suelen no saber escribir versos y recíprocamente : Balzac decía que sólo tres grandes poetas habían logrado dominar las dificultades de la prosa francesa : Lamartine, Victor Hugo y Teófilo Gautier. Por regla general un buen prosista no hará sino versos

académicos, es decir, pura fábrica mecánica, sin intensidad de sentimientos é ideas, sin nada que revele la personalidad del poeta. En esto, como en todo, se impone la ley de la división del trabajo, á la cual sólo se sustraen las aptitudes excepcionales como las de los tres poetas citados.

Lo que sí es digno de atención es el estudio sobre Renán, que no sé por qué deplorable circunstancia aparece interrumpido, precisamente en el momento en que el autor anuncia que va á comenzar « la refutación del libro impío. » Se interesa uno en las observaciones preliminares sobre la vida y el carácter de Renán, y en lo más importante, al voltear la página, se encuentra con el estudio sobre la *Historia de César*. ¿ Se habrá perdido el resto del manuscrito, no llegaría á concluirlo el autor, ó será un descuido de la estimable editora ?

De suponer es que, dado el arraigo de convicciones que en materia religiosa como en toda otra demostraba Juan Vicente, su defensa de Jesús contra las conclusiones del libro de Renán, hubiera sido un alegato elocuentísimo, si bien no muy convincente para los partidarios del libre examen que tienen como definitivas en este punto las investigaciones históricas del mismo Renán, de Edgar Quinet y más que todo de Strauss.

Con todo, la parte publicada del estudio se recomienda por más de un concepto. La fisonomía literaria de Renán está dibujada con habilidad, haciéndose resaltar con suma delicadeza sus tendencias artísticas y sus toques de misticismo, fruto tal vez de la primera educación religiosa que recibió el grande exégeta, y de que más tarde no ha podido curarse. Se ve allí, por una parte, al crítico que persigue con tesón una idea, y por otra, al artista que no puede dejar de impresionarse ante el espectáculo de la belleza sensible que de cuando en cuando se atraviesa en su camino. Estas diversas manifestaciones de su espíritu, encarnadas en sus obras, le colocan en una situación media, que no puede grangearle entre las varias fracciones de la opinión sino débiles aplausos. Los unos, y son la mayoría, no pueden perdonarle lo que llamán sus blasfemias ; los otros, es decir, los radicales del pensamiento filosófico, no simpatizan con sus delirios místicos y sus francos entusiasmos, rayanos del lirismo ; sin que esta división de pareceres sea óbice para que los representantes de ambos extremos, apoyen sus propias opiniones en aquellos fragmentos del crítico que á cada uno de ellos favorecen.

La religión, como obra del sentimiento, y éste,

como producto de las emociones más ó menos intensas del individuo ó de la raza, están tan íntimamente ligados con el arte, que la crítica se ve embarazada para separarlos y extraer de ellos un tercer elemento que, con ser el más importante para la humanidad, se halla las más de las veces oculto y como oscurecido por las deslumbradoras ficciones de la fantasía, á saber: la idea filosófica y la parte de verdad positiva que encierra cada concepción religiosa. No es extraño, pues, que el crítico, y más si tiene una organización impresionable, se deje á veces arrastrar por la magia de las manifestaciones exteriores; lo que importa es que no supedite á ellas la verdad y que, en sus conclusiones, no les dé otro valor que el que realmente tienen como elemento decorativo del pensamiento humano. Este es el camino trazado por la ciencia, y el que Renán ha seguido en sus investigaciones, bien que situándose á una distancia prudente de toda extremidad.

En orden de importancia, siguen al de Renán los estudios sobre Mirabeau y Leopardi. De Mirabeau habla con entusiasmo, con aquel fogoso entusiasmo que los escritores franceses han logrado inculcar en todas las gentes por las figuras culminantes de la Revolución. Apresúrome á decir, sin embargo, que la admiración de Juan Vicente

por el gran tribuno, está convenientemente templada por la reflexión, y no llega á idealizar sus vicios y defectos personales. El retrato que de él traza tiene algunos rasgos tomados de Lamartine, como aquello de la *fealdad resplandeciente* y otras antítesis que abundan en *Los Girondinos*, libro que es un poema, y poema que no tiene la severidad de la Historia.

El de Leopardi, aunque muy corto, no desmerece de otros que conozco acerca del eminente y desgraciado poeta, de quien se ha dicho que fue, en cierto modo, superior á Byron, á Heine y á Musset, por ser su musa más noble y pura y no haber deslustrado nunca el acento de su desesperación con un solo rasgo de frivolidad.

Suspendo aquí estas líneas, no sin expresar el deseo de que pronto vea la luz la segunda entrega, y que el público haga de esta publicación el aprecio que merece, por ser obra de un hombre que amó fervientemente á su Patria, que la honró con sus talentos, que contribuyó á educar una generación y que, en medio de una vida agitada y de una honrosa pobreza, pudo, sin embargo, tomar en serio la literatura y los estudios sociales.

Julio de 1886.

DISCURSOS I OPINIONES

(Cuarta carta)

Días de fiesta y gala han sido los del presente mes para la causa de la instrucción. Los numerosos planteles de enseñanza que sostiene la capital, han exhibido en exámenes lucidos el fruto de sus tareas anuales ; y como de costumbre, para coronamiento de tales fiestas, al repartirse entre los educandos los premios adjudicados al aprovechamiento y á la buena conducta, han subido á la tribuna muchos de aquellos hombres ilustrados que entre nosotros descuellan por su pericia en el arte nobilísimo de la palabra. La mayor parte de los oradores se han esforzado en exaltar á porfía las ventajas de la educación religiosa, respondiendo así al llamamiento que hace poco hizo á todos los elementos conservadores un periódico alarmista que pintaba con tetricos colores y con absoluto desconocimiento de los fenómenos sociológicos, el estado moral del pueblo de Venezuela, atribuyéndole una abyecta corrupción y una tenden-

cia al crimen, de que afortunadamente está muy lejos la sufrida y paciente sociedad venezolana.

Si hubiera de agregar un solo argumento á los muchos que para combatir semejante aserción acumuló oportunamente la prensa, bastaría recordar que en medio de la tremenda crisis económica por que han pasado y están pasando muchas poblaciones de la República, no se ha dado un solo ejemplo, que se sepa, de aquellos violentos ataques á la propiedad que, en otros países y en circunstancias análogas, se comienten con tanta frecuencia por los hombres á quienes acosa el hambre, el desamparo de las leyes y la falta de trabajo. El pueblo que no se paga de palabras y sólo sabe hablar el lenguaje de los hechos, ha dado con su conducta testimonio elocuente de una moralidad acendrada, de que acaso no serían capaces muchos de los que tienen la pretensión de ser sus directores. Ah ! cuando á cada paso vemos en las altas esferas tan tristes apostasías, olvido tan frecuente de la dignidad personal, sacrificios tan humillantes en aras el interés, ceguera tan incomprensible para todo lo que que constituye el verdadero bien de la Patria, ¿ cómo no hemos de sentir indignación al ver lastimada la honra del pueblo que trabaja, y sufre, y lucha heroicamente por la

existencia, mientras que se pasan en silencio, cuando no adulados por el aplauso cortesano, los ejemplos corruptores, los vicios públicos sólo porque van coronados por la aureola de un éxito engañoso ?

No es la moral privada la que anda desmedrada entre nosotros. Las relaciones particulares todavía tienen por base una mutua correspondencia de afectos y respeto ; el hogar es aún santuario donde brilla perennemente el fuego sagrado de la virtud, y acaso el único refugio donde el hombre pensador va á exhalar las quejas de su patriotismo lacerado ante el espectáculo de la miseria pública. Pero la energía moral que basta para el cumplimiento de los fáciles deberes domésticos, que no son otra cosa que las imposiciones de un egoísmo algún tanto ensanchado en el seno de la familia, retrocede cuando se trata de los altos deberes públicos, en que es preciso desplegar una entereza de alma y una fuerza superior de convicciones, como que en ellos van envueltos los intereses de la sociedad entera. Ser buen padre, buen hijo, buen esposo no es más que el segundo grado de la evolución moral del individuo, y no representa un mérito digno de mayor alabanza, puesto que el hombre destituido de tales cualidades, queda reducido, ó

poco menos, á la mísera condición del salvaje, sobre quien sólo tienen fuerza las necesidades nutritivas y cuya existencia se limita á la satisfacción del egoísmo brutal. El hombre no empieza á ser una fuerza moral sino cuando su acción traspasa los límites del hogar y busca con generoso afán el ejercicio de sus sentimientos altruistas en beneficio de los intereses colectivos. Esta dilatación moral del individuo, que tiene su más alta expresión en la ciencia y en el arte, es la que da fuerza y estabilidad á las sociedades, la que impide el desarrollo de los elementos disolventes y la que, estrechando cada vez más los lazos de la solidaridad común, abre ancho cauce á la corriente fecunda del progreso. Cada cual, en la medida de sus facultades, puede hacer obra meritoria para el bien general, con tal que el nivel de su inteligencia no sea tan bajo, que le impida ver que hay derechos que defender, deberes que cumplir, fuera de los que prescribe la moral elemental.

¿ Será preciso reconocer que esta noción está olvidada entre nosotros ? Doloroso es decirlo, pero no hay cosa más cierta ; y ello es la causa de que, como lo observó uno de los oradores á que antes me he referido (1), no tengamos ciudadanos

(1) El Doctor Andueza Palacio.

« en el verdadero y altísimo sentido de la palabra. » El espíritu público ha muerto, y no hay esperanzas de resucitarlo en mucho tiempo, si no se hace un vigoroso esfuerzo por parte de los hombres que aun pueden ejercer influjo en la opinión, ayudados de las nuevas generaciones que no han perdido todavía la visión de sus magníficos destinos. Es necesario sacudir esta ataraxia, este budismo político que nos anodada, y que cada cual recobre virilmente la personalidad de que ha abdicado por una criminal indiferencia.

Para formar buenos ciudadanos, ¿qué es lo que se necesita? Una cosa muy sencilla con tal que haya buena voluntad: propagar, difundir, poner en claro la noción del derecho, empezando por imponer silencio con la doctrina y el ejemplo práctico á la turbamulta de los farsantes que no tienen otro oficio que oscurecerla con el aliento envenenado de sus mezquinas pasiones. Obra es esta que debe llevarse á cabo con todo desinterés, poniendo á un lado las sugerencias de la ambición personal, vicio de que adolece la mayor parte de nuestros hombres políticos y que les hace perder aquella salud intelectual que, según dice Macaulay, es la condición del verdadero estadista. Nuestros males proceden de la inercia

de los que, aspirando al dictado de hombres de bien, descuidan, sin embargo sus más sagrados deberes para con la sociedad en que viven, por no hacerle el más pequeño sacrificio de su reposo personal, así como de la falta de principios de los que no ven en el manejo de la cosa pública sino un medio de improvisar fortunas, poniendo á logro la ignorancia y el sudor del pueblo, para retirarse luégo de la escena á saborear las fruiciones de una vida regalada, que por de gracia no atormentan el remordimiento y la vergüenza.

El deseo del poder, sólo por el medro y la pitanza, sí que conducé á una corrupción pública, de que al cabo se resiente la moral privada ; él mata todo germen de independendia, esclaviza todas las voluntades y desarrolla en el individuo uno de los aspectos de la extrana enfermedad que se conoce con el nombre de *delirio de las grandezas*, producto de la codicia insana que no tiene medios nobles de satisfacerse. De los pueblos en que tal vicio impera, ha escrito una página elocuente un eminente publicista inglés, cuyas palabras voy á permitirme copiar :

« Hay naciones en donde el deseo de ejercer imperio ó mando sobre los demás, excede por tal manera al sentimiento de independendia personal, que los individuos sacrifican la sustancia de la

libertad á la mera apariencia del poder. Cada uno como el simple soldado de un ejército, abdica de buen grado su libertad de acción en manos del General, con tal que el ejército obtenga la victoria y él pueda lisongearse de ser uno de los conquistadores, por más que la parte de poder que ejerza sobre el pueblo conquistado sea una ilusión. Un Gobierno limitado en sus poderes, de quien se exigiese que no pusiese su mano en todo y dejase ir las cosas en la mayor parte de los casos sin atribuirse la misión de guardián ó director, no sería del agrado de semejante pueblo. A sus ojos un Gobierno no se excede de sus atribuciones, siempre que la autoridad sea cosa al alcance de todos, que todos puedan disputarse como rivales, y cuya posesión tengan la esperanza de conseguir. En esta Nación un individuo preferirá la probabilidad, por remota ó inverosímil que sea, de ejercer una parte de poder sobre sus conciudadanos, á la certidumbre de que ni él ni los demás han de verse sujetos á inútiles coacciones.» (1).

Yo oigo á menudo con una tristeza infinita ciertas opiniones vertidas por labios autorizados, propias para sembrar el desaliento en los corazones y acabar de destruir la escasa tendencia que

(1) STUART MILL. — *El Gobierno Representativo*.

aun queda en ellos hacia un ideal de perfeccionamiento político. Los que pretenden haber ahondado en el estudio del carácter nacional y en la historia de nuestra vida republicana, van á parar á estas desconsoladoras conclusiones : El país no tiene las condiciones necesarias para formar una Nación con vida independiente y esperanzas de estabilidad. Su población escasa y heterogénea, diseminada en un extenso territorio, que no es tan rico ni fecundo como se complace en pintarlo la fantasía, sin comunicación activa entre los pocos centros de alguna importancia, sin cohesión en los intereses ni en las ideas, no comprende las ventajas del orden, y al querer agruparse en entidades políticas, lleva á ellas el desenfreno de unas pasiones semisalvajes y una ausencia casi total de pensamiento. La ley no tiene ningún prestigio, la autoridad no inspira ningún respeto, la justicia no ejerce ningún ascendiente sobre la multitud egoísta é ignorante. El magistrado no logra hacerse obedecer sino por medio del terror; y provisto de esta arma peligrosa que la necesidad pone en sus manos, abusa fácilmente de ella, sustituyendo la ley con el capricho, y la justicia con la violencia; con lo que las pasiones, lejos de calmarse, se exasperan, y los pueblos se hunden más y más en un estado de perpetua agi-

tación, sin otro resultado que el de cambiar de yugo y de dominadores. Los hombres públicos, salidos del torbellino de las luchas civiles, faltos de luces y de patriotismo, llegan á las altas esferas de la magistratura sin plan alguno de gobierno, sin principios que les guíen por buen camino en la difícil empresa de administrar los intereses de la sociedad, fiados únicamente en su prestigio personal y en la equívoca reputación de servidores de una causa. Se ha querido poner un instrumento demasiado perfecto en manos toscas y poco diligentes, incapaces de manejarlo. Otra cosa habría aconsejado la sensatez, ayudada de una observación menos superficial de las verdaderas condiciones del país. Nuestra ambición ha debido fijarse tan sólo en la explotación de los productos naturales, si nos hubiésemos resignado á vivir como cualquiera colonia inglesa, dedicados á la labor de la tierra y á las transacciones del comercio, renunciando á esos humos de soberanía y á esas pretensiones de nacionalidad que no podemos sostener y que nos roban tiempo y brazos útiles para el trabajo. La vida así sería más tranquila y llevadera, las costumbres más puras; y obligado cada cual á labrarse una fortuna por medios lícitos, no daría fácil acceso á los refinamientos de la civilización

que imponen la competencia del lujo y los ruinosos sacrificios en aras de la vanidad. Una autoridad política central, suficientemente fuerte para hacerse respetar, con autoridades locales subordinadas y un tren sencillo y económico de administración, bastarían para conservar el orden, cobrar é invertir los impuestos y dirimir las cuestiones entre particulares. Nada de constituciones mentirosas, ni de derechos políticos ilusorios ; nada de farsas eleccionarias, ni de burocracias numerosas y corrompidas ; cosas todas que, en última análisis, no son más que pretexto para la anarquía, estímulo para la ambición y alimento fácil para la ociosidad.

Una sola cosa faltaría en este sistema edificante : ¿ qué contrapeso tendría en él la autoridad para que no se excediese en sus atribuciones, ni quién garantizaría que esa autoridad no sería derribada por un pueblo en quien se reconoce que no existe el sentimiento de la obediencia por obra de la convicción sino por temor al mandatario ? Los partidarios del sistema no retroceden ante ninguna de sus consecuencias: la dificultad se allanaría, según ellos, anexando el país á una potencia extranjera ó sometiéndolo á su protectorado, esto es, volveríamos á los tiempos de la colonia.

Ah ! Nuestros padres pensaban de muy distinto modo. Ellos arrancaron el suelo á la dominación extranjera, lo regaron con sangre de héroes y de mártires y levantaron sobre sus hombros atléticos la República que habían soñado después de tres siglos de servidumbre, cubierta con el gorro frigio de la libertad, en su diestra el lábaro de la justicia, en su manto toda la luz de los derechos humanos. Luchadores dignos de las grandes épocas de la Historia, jamás la imagen de la Patria se fue del horizonte de sus pensamientos, jamás sus brazos fuertes flaquearon cuando fue necesario sostenerla en los días tristes, nunca el desaliento hizo presa en sus pechos denodados ni ahogó en ellos el móvil de las grandes acciones. Familiarizados con el desinterés, nada hubo que no llevasen como ofrenda á los altares de la libertad : su reposo, su vida, su fortuna, todo lo arrojaron á la hoguera del sacrificio para que de ella surgiese la llama purificadora que había de calcinar los hierros del esclavo y poner luz inextinguible en su inteligencia aletargada. Y cuando roto á sus pies el yugo ominoso, trocada la noche caótica de la colonia en el sol espléndido de la República, asistieron á los regocijos de la Patria libre, que abría sus brazos de madre amorosa á todos sus hijos, para

que al calor de su seno trabajasen en la obra de la felicidad común, se durmieron tranquilos en la tumba, con la confianza de que su posteridad, siguiendo estos altísimos, ejemplos querría emular sus virtudes y su gloria.

¿ Por qué no habríamos de mostrarnos dignos de nuestros antepasados ? ¿ Por qué en lugar de entregarnos á una estéril lamentación ó á un pesimismo desgarrador, no habríamos de acallar en nosotros mismos las sugerencias cobardes, y consagrarnos á extirpar los vicios que nos avergüenzan ? A vosotras me dirijo, oh almas jóvenes que tenéis por delante el porvenir, que conserváis puras vuestras intenciones y que aun podéis daros cuenta desapasionada de vuestras responsabilidades para con la Patria !

Agosto de 1886.

RESPUESTA A VARIAS OBJECIONES

(*Quinta carta*)

En varios números de EL FONÓGRAFO he leído los artículos que el señor presbítero Francisco J. Delgado se ha dignado escribir, por vía de refutación á los conceptos estampados en una de mis pobres cartas anteriores, con motivo de la Encíclica del Papa. No veo en este trabajo del señor presbítero Delgado más que al hombre que obedece á una consigna y trata de cumplirla con las fuerzas de que dispone. Su argumentación, tomada en parte del Evangelio, y en parte de los escritores que vivieron bajo el imperio del espíritu reaccionario dominante en Europa hasta muy entrado el presente siglo, contra las doctrinas revolucionarias del siglo XVIII, se refuta por sí misma, sin necesidad de ocurrir á la enojosa repetición de cuanto el mismo señor presbítero Delgado, con la ilustración que revela, debe comprender que va penetrando poco á poco en las conciencias á despecho de las prédicas contrarias. En aquella época y bajo aquella influen-

cia florecieron los escritores más retrógrados, como el conde de Maistre, el vizconde de Bonald y también, aunque á medias, el ministro é historiador Guizot, en cuyas obras, así como en las de Donoso Cortés, pueden irse á buscar los últimos argumentos presentados por la escuela teocrática en oposición á las nobles aspiraciones, hoy triunfantes, de la escuela liberal. Guizot, á quien el señor presbítero Delgado cita en su apoyo, profirió, sin embargo, afirmaciones categóricas y terribles que, por suyas, han pasado á la Historia, como la de que la Iglesia siempre ha estado del lado del despotismo.

En dos cosas solamente he de fijarme : la primera — para rendir tributo de justicia á la cultura maracaibera — en la moderación de lenguaje empleada por el señor presbítero Delgado, moderación que por sí sola demuestra la saludable influencia del medio social en que vive y que contrasta singularmente con lo que por acá se estila cuando de estas materias se trata. La segunda es un ardid de polemista, poco aceptable, de que se ha valido el señor presbítero Delgado, confundiendo deliberadamente la significación de dos palabras, para atribuir luégo los honores del triunfo á la causa que defiende. La filosofía, dice él, cree haber inventado una cosa nueva gritando

por todas partes *Tolerancia* ! cuando la Iglesia ha proclamado y difundido siempre la *Caridad*. Ciertamente : nada más lógico y natural que hacer sinónimas las dos palabras ; pero no sucede así ni en la teoría ni en la práctica de la Iglesia. Definamos los términos :

« *Intolerancia*, dice Janet, es la violación de la libertad de conciencia, y consiste ya en emplear la fuerza contra las conciencias, ya en suponer malas pasiones y malas costumbres en los que no piensan como nosotros. La virtud opuesta á la intolerancia es la *tolerancia*, disposición de alma que consiste en respetar en los demás lo que queremos que se respete en nosotros mismos, es decir, la conciencia. » (1).

Y como la Iglesia en todos tiempos ha violado la libertad de conciencia, empleando contra ella la fuerza cuando tenía á su disposición los medios coercitivos que le brindaba el atraso de la humanidad, y ahora la coacción moral, suponiendo perversión de sentimientos é instintos disociadores en los que no se someten al régimen católico, apostólico romano, no sé cómo se pretenda, sin ceder á la más lamentable ilusión, asimilar la tolerancia, nacida del respeto obligatorio al derecho ajeno, á la caridad, sentimiento voluntario

(1) JANET : *Tratado elemental de Filosofía*.

— puesto que en ello estriba toda su belleza — y por lo mismo flotante é indeciso, tanto, que no se impone con igual fuerza á todas las almas, y que la misma Iglesia no se ha inclinado nunca á extenderlo á las creencias. Esto en cuanto á la práctica, que respecto de la teoría, la revelación de que se supone depositaria y la misión que se atribuye de salvadora de las almas, la llevan como de la mano á no admitir nada de lo que piensan, sienten y creen los demás ; de donde se origina lógicamente la protesta que lanza todos los días contra los otros cultos, sin reparar en que mostrarse tan recelosa de unas sectas y religiones que no tienen más fundamento que el error y la herejía, arguye falta de fe en la eficacia de la verdad que proclama, puesto que necesita imponerla por medios odiosos, cuando si esa verdad fuese absoluta, debiera brillar para todas las inteligencias con la luz esplendorosa de la evidencia.

El señor presbítero Delgado da á entender que la caridad es un sentimiento de que no tuvieron conocimiento las sociedades paganas y que á última hora fue agregado al corazón humano por el cristianismo. La verdad es que el hombre está fisiológicamente organizado de tal manera, que no puede permanecer impasible ante los sufri-

mientos de los demás seres. El espectáculo del infortunio ajeno le mueve á compasión ; y cuando este impulso de su naturaleza se exalta hasta el extremo de buscar los medios de remover el mal, recibe el nombre de caridad. En el animal existe en estado rudimentario, porque la estrechez de su inteligencia y de su sensibilidad no le permite desarrollarlo y apenas se manifiesta entre los individuos de una misma especie por la mutua protección que suelen dispensarse. Pero en el hombre se desarrolla y crece desde el momento en que empieza á salir del estado salvaje, como lo prueban los estudios acerca del desenvolvimiento moral en las razas más atrasadas de la humanidad que todavía pueblan algunos puntos del globo, y como lo demuestra la paleontología, cuyos datos permiten creer que el hombre prehistórico, en una época que la cronología científica coloca á ciento sesenta siglos de distancia de la nuestra había ya organizado una generosa asistencia para los enfermos y curaba sus dolencias físicas, haciendo uso de procedimientos naturales que hoy sorprenden á la ciencia. Las sociedades paganas no estaban moralmente tan atrasadas, que no hubiesen elevado á principios generales máximas humanitarias como el *Amaos los unos á los otros*, que, según los más sabios orientalistas, se en-

cuentra en los Vedas y en los libros de la China y del Egipto. *Caritas generis humani*, decía Cicerón, cuya magistral descripción de la caridad prueba cuán clara idea tenía de ella, pues la definía como virtud puramente humana y la subordinaba á la justicia, que en la gerarquía moral ocupa un puesto más elevado.

« La beneficencia, dice, es una de las virtudes más propias de la naturaleza humana, pero exige muchas precauciones. Hay que tener presente : primero, que al querer hacer bien á alguno, no hagamos mal á él ó á otros ; segundo, que nuestra beneficencia no exceda los límites de nuestras facultades ; y tercero, que cada cual reciba según sus méritos, pues tal es el fundamento de la justicia y jamás debe olvidarse. »

Los alambicamientos de San Pablo no agregan nada á esta sobria concepción del grande orador romano.

*
* *

También he visto que en *Los Ecos del Zulia* ha aparecido otro escritor, impugnando en tres artículos una humilde frase mía. De él, ¿ qué he de decir, sino que al leerle me han venido tentaciones de repetir la exclamación que, según cuentan, dejó escapar Voltaire al leer cierta obra.

del autor del EMILIO : *Rousseau est, donc, un père de l'Église ?*

Sólo así me explico la extraña idea que se ha formado de la misión que en nuestros tiempos ha de desempeñar la Iglesia. Ella, dije yo, « queda reducida á lisonjear el sentimiento místico de las almas » ; y dije tal como deducción de esta premisa : « la dirección de las sociedades no está ya encomendada á los teólogos é iluminados, sino á los sabios y filósofos. » En efecto, ¿ de dónde parte el movimiento que transforma hoy á las sociedades, de dónde proceden las instituciones que en mayor grado favorecen el desenvolvimiento moral del individuo, en el sentido de la igualdad y de la fraternidad, que ensanchan y dignifican su espíritu, facilitan la satisfacción de sus sentimientos legítimos y le permiten pasar sobre la tierra, no como un peregrino lleno de lágrimas cuya sola aspiración es arrojar-se en brazos de la muerte para escapar á la injusticia de sus semejantes, sino como un obrero de su propio destino, á quien se han desatado las ligaduras de los brazos y la mente para que trabaje en provecho suyo y de la especie ? ¿ Quién ha establecido la libertad de conciencia que permite á todas las almas ponerse en comunicación con la divinidad, según la hayan

concebido en los espejismos de su actividad interior, sustrayéndose á la tiranía de un Dios oficial patentado por los gobiernos? ¿Quién ha instituido el matrimonio civil, que facilita al hombre los medios de crear un hogar honroso donde hallen satisfacción sus afectos puros y las nobles ansias de su corazón, sin tener que pasar por la vergüenza de una apostasía ó condenarse al aislamiento en medio de una sociedad que para legitimar su unión le exige el sacrificio de sus creencias? ¿Quién ha arrancado á la instrucción de las garras tradicionales del catecismo que deprime los cerebros, y la ha hecho laica para que cada inteligencia, al salvar los límites de la ignorancia primitiva, escoja y discuta conscientemente sus creencias, sin que tenga que pasar por esas tristísimas luchas entre la razón y el sentimiento, derivadas de las primeras impresiones de la vida, que á menudo la desvían del camino de la perfectibilidad y la llenan de sombras y terrores, en lugar de ofrecerla los datos luminosos de la ciencia? ¿Quién ha roto el lazo indisoluble del matrimonio, é implantado el divorcio, como una puerta para que el hombre huya de la mujer adúltera, para que la mujer escape á la tiranía del marido cruel, indolente ó criminal, y para que ambos concilien las necesi-

dades de su corazón con las exigencias de su honra?

¿Estas y otras muchas reformas no se han llevado ó se están llevando á cabo en todas partes á despecho de la Iglesia y contra sus airados clamores, como para indicar claramente que la humanidad no se encuentra ya en la época de Constantino? La marcha de la cuestión del divorcio en Francia es de lo más instructivo: partió la idea de los jurisconsultos; recogieronla los literatos que la vulgarizaron en la novela, en el periódico, en el teatro y en las conferencias públicas; protestó el clero, no sin elocuencia, por boca del abate Vidieu, cuya obra cayó pulverizada bajo la lógica irresistible y la contundente dialéctica del libro de Dumás hijo, de tal suerte, que el abate derrotado sólo pudo oponerle, como réplica, una página de la Biblia; formóse al rededor de la idea una corriente de opinión avasalladora; llegó por último á las cámaras; y aunque allí se intentó el postrer esfuerzo para detenerla y el Senado logró dilatar la solución por más de un año, hubo de ceder al fin al imperioso reclamo de la mayoría, y el divorcio es hoy una ley regeneradora que pone coto á la disolución de las costumbres de un pueblo habituado á la galantería cortesana y á la más peligrosa des-

preocupación desde los tiempos de Luis XIV.

Ante estos resultados prácticos, ¿qué significan las relaciones más ó menos cordiales de los gabinetes europeos con el Vaticano? Y por otra parte, esa cordialidad tiene más de aparente que de real, pues se trueca á cada momento por cualquier pretexto en conflictiva tirantez, cuyas consecuencias apenas puede conjurar la habilidad de la diplomacia, encaminada á aplazar lo más posible el desenlace final del drama. Los concordatos son ya insuficientes porque los gobiernos empujados por el espíritu reformador de la época, no pueden sujetarse á ellos y se ven obligados á provocar las réclamaciones de Roma, antes que ponerse en contradicción con los intereses de sus nacionales y con la causa de la civilización. ¿Se creerá, acaso, que es un síntoma de rehabilitación la conducta observada por Bismarck, al escojer á León XIII como mediador en la cuestión de las Carolinas? Los que así piensan, cuánto se engañan! Bismarck que conoce las debilidades de los pueblos latinos, y sobre todo, de la católica España, no ha pretendido otra cosa que hacer sancionar la violación del derecho por una institución que todavía conserva el prestigio de la tradición. Y no se ha equivocado, pues el Papa se puso en esta oca-

sión, como siempre, al servicio de la fuerza y sacrificó la justicia á la esperanza de obtener ventajas para la Iglesia. Bien podría suceder — lo que no parece probable — que en los cálculos de Bismarck entrase el fomentar la influencia del pontificado en los negocios temporales, como un recurso para atajar las invasiones de la democracia; pero aparte de que todo triunfo obtenido por este camino sería efímero, porque las ideas están ya á salvo de las maquinaciones de un solo hombre, la Iglesia justificaría una vez más la acusación que se le ha hecho de buscar siempre la alianza del despotismo, arrojándose en brazos del único estadista de nuestro siglo que se ha atrevido á declarar á la faz de la civilización europea que las cuestiones modernas se resuelven por la fuerza.

Respecto de la significación del vocablo *místico* en que se ha detenido el escritor zuliano, yo bien sé que, aunque no dejen de darse casos de atavismo, los místicos de ahora no son de la clase de los fakires de la India, ni de los cenobitas de la Edad Media; que no tienen nada de común con los stilitas, quietistas, umbliquistas, etc., aberraciones de espíritu tan idealizadas por Santa Teresa y San Juan de la Cruz; porque al fin y al cabo los tiempos son de acción, y todo

hombre está obligado á moverse, so pena de quedarse rezagado y perecer en la lucha por la existencia. Pero hay cierto *subjetivismo sentimental* que tiene su explicación fisiológica en el predominio de las necesidades afectivas y sensitivas, y que conduce á las almas á exparciarse por las regiones etéreas, desde donde, olvidadas de la realidad, atraídas por las vagas promesas de la vida problemática de ultra-tumba, medidas en un océano de luz zodiacal, quieren resolver todas las cuestiones con los argumentos de la poesía y son parte muy eficaz á detener el advenimiento definitivo de la justicia y del derecho. Este subjetivismo que hoy se alimenta del sentimiento religioso, ha de ir transformándose, como lo insinúan algunos filósofos, á medida que se extienda el imperio de las necesidades cerebrales, y entonces buscará tal vez en el arte la fuente de todas sus satisfacciones.

Agosto de 1886.

SOBRE UN PLAN DE « POLITICA ECONOMICA »

(Sexta carta)

El *London Bazar*, periódico que se publica en Valencia, trae en su número del 27 de noviembre último un estudio titulado *Política Económica*, cuyo autor, que se firma *Un Imparcial*, lo dedica al periodismo venezolano, con ánimo de que éste, tomando en consideración las ideas allí apuntadas, llegue por medio de una discusión pacífica é ilustrada, á fijar las bases de una reforma racional de nuestras instituciones.

Nuestra prensa política, olvidada ordinariamente de los intereses fundamentales de la Patria, consagrada casi en absoluto á la discusión de lo pequeño en el terreno de las personalidades y de las ambiciones de círculo, cuando no desorientada é incolora en medio del marasmo producido por la ausencia de ideas patrióticas y viriles, ha respondido hasta ahora con el silencio á la voz de un escritor sincero que, preocupado seriamente del porvenir, interroga al pasado, estudia el

presente y expone á sus conciudadanos con austeridad franqueza el fruto de sus meditaciones.

Esta actitud de la prensa ante las grandes cuestiones, cuando no están tratadas en la forma que usa el vulgo de nuestros escritores políticos, sino con la circunspección y gravedad que da una larga elaboración intelectual, es un síntoma tristísimo, revelador de hondas miserias morales, en que no tiene poca parte la falta de fe en las ideas y el olvido de que existe una Patria, que no es entidad abstracta ni patrimonio de este ó aquel partido, sino madre común, de cuyos destinos, prósperos ó adversos, somos todos solidarios. Se vive del momento presente entregado cada cual á las sutiles combinaciones del egoísmo, ahogando en la más absoluta indiferencia ó en la estrecha esfera de pasioncillas bastardas el reclamo de la conciencia ; y cuando por acaso se ventila un principio, los ánimos mejor dispuestos dan rienda suelta á un lirismo hidrópico y alborotador que va siendo ya el molde obligado de nuestra literatura, y en el cual se trata de envolver, aunque en vano, la inopia del pensamiento.

El estudio de *Un Imparcial* merece, por más de un concepto, fijar la atención de los hombres pensadores. Una como profesión de fe política le da comienzo, y por ella sabemos que el autor es

« republicano, liberal, demócrata, por ideas, por sentimientos y por *obras*. » Sin embargo, por multitud de pasages se puede venir en conocimiento de que el autor pertenece, aunque acaso de lejos, al partido que entre nosotros se ha llamado *conservador*, el cual, ciertamente, no odia la libertad, antes bien la profesa un respeto sincero, y ha solido rendirla superior acatamiento ; pero se manifiesta con harta frecuencia tímido ante las consecuencias de la libertad, y como dominado por un temor supersticioso que por todas partes se finje peligros para el orden y la estabilidad social.

Yo, que profeso la máxima de que los procedimientos de la libertad, ó no sirven para nada, ó cuando practicados lealmente, sirven para todas las circunstancias de la vida de un pueblo, no puedo asentir al pensamiento que domina en el escrito de *Un Imparcial*, á saber : que nuestras instituciones son demasiado teóricas, y que « es tiempo ya de abandonar por completo el campo de las *ilusiones*, inseguro por falaz, para trillar con paso firme el sólido terreno de las realidades con todas sus experiencias. » Por desgracia, este pensamiento va apoderándose de muchas inteligencias, y hombres serios, de cuya buena intención no es lícito dudar, disgustados de la inmensa

distancia á que entre nosotros se encuentra la práctica de la teoría, dicen ya que prefieren una constitución francamente autoritaria, con tal que sea obedecida por todos, á las utopías liberales que nos complacemos en consignar en nuestras leyes, y de que luégo nos burlamos descaradamente en la práctica. Pero no ven que esto no traería ningún remedio al mal de que nos quejamos, y que, en fin de cuentas, no sería sino legitimar las absorciones de la fuerza, vistiéndolas con el manto de la legalidad, lo que sería más vergonzoso y más funesto que nuestro olvido de los principios. Ningún pueblo se salva por semejante camino. Harto poder tiene en sí misma la violencia para que hayamos de fortificarla agregándole el prestigio moral de nuestro consentimiento.

Para llegar á la libertad no es lo más lógico empezar por cercenar el principio. Los que creen que no debe dársele libertad á un pueblo hasta que no esté preparado por la educación, dice Macaulay que le hacían el efecto de un loco que decía que no se arrojaba al agua hasta que no aprendiese á nadar. El procedimiento de los hombres *prácticos* es, en verdad, cómodo y expedito : no tenemos suficiente libertad, pues entronicemos la tiranía y hagamos de ella una institu-

ción ; la teoría es un poco elevada y ofrece algunas dificultades, pues desechémosla y arrojémonos en brazos del empirismo ; no podemos obtener el orden por medio de leyes sabias, pues creemos un poder absoluto, cuya posesión nos disputemos todos y que envuelva al país en el desorden más completo. Declarémonos de una vez ineptos para el ejercicio de la libertad, y busquemos todo nuestro bienestar en una servidumbre cómoda y agradable; acallando los estímulos de un espíritu independiente que sólo nos brinda ilusiones engañosas. No querrá decir esto que no odiamos literariamente la tiranía. Pero ¡ cuán benéfico es el despotismo legal ! En tiempo de las Cruzadas, ¿ no hubo también un rey de Chipre que consintió en que Ricardo Corazón de León le cargase de cadenas con tal que se las pusiese de plata y no de hierro ?

Pero una de dos : ó los principios políticos se derivan de la experiencia, y entonces para llevarlos á la práctica sólo se necesita un simple esfuerzo de la voluntad ; ó son pura quimera sin base alguna racional, y en tal caso las sociedades se salvan precisamente por todo lo contrario de lo que aquellos principios proclaman, es decir, por la desigualdad, el despotismo y la injusticia.

A esta última conclusión han de ir á parar for-

zosamente los que, so color de hombres *prácticos*, y fundados en las dificultades con que tropiezan nuestras instituciones, andan propagando la idea de que es preciso reemplazarlas por otras menos libres, en que la coacción y el despotismo estén debidamente reglamentados. Guárdense, sin embargo, los pueblos de dar oídos á semejante doctrina, porque si una ley sabia y justa no basta á contener los desmanes de la autoridad, ésta no respetará límite alguno el día en que la misma ley le brinde armas para el crimen. Supongamos una constitución no enteramente despótica, pero en que se hayan puésto trabas al amplio ejercicio de la libertad. ¿ Quién nos garantizaría que, á poco andar, esa constitución no parecería ya demasiado libre ? Porque es preciso no hacerse ilusiones respecto de la virtud de los mandatarios. Estos nos encuentran ninguna constitución bastante holgada ; y por muy bien intencionados que se les suponga, se sienten inclinados á mirar en la ley una valla que les estorba sus movimientos, al revés de los pueblos que nunca se creen bastante protegidos en sus derechos. La autoridad tiende fatalmente á la absorción del derecho, y si los ciudadanos no lo defienden con energía, impera la fuerza y la justicia perece.

Concedo, por otra parte, que nuestro pueblo fomenta ese espíritu invasor que distingue á toda autoridad, no porque sea *ingobernable*, como lo propalan los autoritarios para justificar de algún modo sus excesos, sido porque es esencialmente pasivo, y no ha tenido hasta ahora la virtud ni la capacidad de hacer todo lo que de él exige la estabilidad de un gobierno regular y libre. Le falta espontaneidad é instrucción, resortes sin los cuales no puede haber un gobierno de todos para todos, lo que da ocasión á que un reducido número de ciudadanos se adueñe de la cosa pública, se erija en árbitro de la nación entera, y luégo, de los disturbios que entre ellos mismos se suscitan, quiera sacar argumentos para negar la bondad de las instituciones. Despertar á ese pueblo de la atonía en que yace, tocar á todos los corazones patriotas para que le hagan ver que su felicidad consiste en el ejercicio práctico de sus derechos dentro de la esfera legal, es el verdadero camino de una rehabilitación sólida y fecunda para el porvenir, rehabilitación que de seguro no se alcanzará si se empieza por decir que la libertad es una ilusión falaz y que la servidumbre es una necesidad benéfica y salvadora. Un átomo moral basta para formar un mundo, ha dicho un pensador moderno, y este átomo

moral es el que nos hace falta, para que, cayendo en nuestros corazones, ponga en ellos la semilla de todas las virtudes republicanas !

De que nuestro pueblo carezca de cierta instrucción, no deduzco yo que sea indigno de la libertad. Un buen instrumento de física es inútil en manos de un ignorante ; pero éste puede aprender á manejarlo y á servirse de él con acierto, mientras que si el instrumento es malo, en vano será conocer la ley física por el cálculo si no háy medio de verificarla experimentalmente. Otro tanto sucede con las instituciones que son los instrumentos de que nos valemos para alcanzar la libertad y la justicia, leyes supremas de toda sociedad.

Pero volvamos ya á *Un Imparcial*, que no pertenece á la escuela de los escépticos políticos, por más que en algunos puntos se dé la mano con ellos, ni trata de anonadar la libertad, aunque nos propone un plan gubernativo, cuyo principal objeto es fortificar la autoridad central, ya tan preponderante en la práctica.

Nuestro pueblo, dice *Un Imparcial*, es de los más fáciles de gobernar : ha llegado á tal estado de impasibilidad, que ya « no se necesita del engaño ni del disimulo para poderlo *manejar* » y « se hace difícil creer, si se le juzga superficialmente,

que sea el mismo de los veinte años, hasta llegar á ser nación independiente, el mismo de los diez y ocho siguientes de vida ciudadana, etc. » El pueblo venezolano es de bella índole ; hé ahí una verdad que nadie se atreverá á negar. Entonces, ¿ por qué no arraigan en él los bienes de la libertad y las prácticas de la más avanzada democracia ? Porque se deja *manejar*, palabra que se le escapa á *Un Imparcial* y que lo explica todo, pues un pueblo debe *manejarse* por sí propio y no abdicar nunca sus derechos. La frase intercalada: *si se le juzga superficialmente*, no es más que una bondadosa concesión, porque, en el fondo, *Un Imparcial* está convencido de que con el pueblo no hay que contar para nada. Tal vez ande en ello alguna incapacidad nativa proveniente de fatal herencia fisiológica ; pero no seré yo quien toque tan delicada cuerda. Baste hacer constar que nuestro pueblo carece de espontaneidad, y que faltando así la iniciativa que da vida á la política y movimiento á las instituciones, no es posible que tengamos otra cosa que oligarquías ó dictaduras.

Reconocida esta verdad, lo que importa saber es si un pueblo que no muestra mucho interés por el mantenimiento de una institución liberal, lo tendrá por el de otra menos liberal, y

si un gobierno sobre el cual no ejerce presión alguna la opinión pública, tendrá suficiente voluntad para cumplir la ley escrita, cualquiera que ella sea.

Nunca es más necesario el concurso de la opinión que cuando los gobiernos disponen de medios coercitivos legales, porque entonces aquélla interpone su benéfica influencia para que predominen los temperamentos de la equidad, como sucede en muchas monarquías donde los pueblos arrancan soluciones justas al poder, aun cuando éste tiene para hacer prevalecer su voluntad el apoyo de una institución.

Ahora bien, es evidente que si suprimiésemos la federación y nos diésemos una constitución centralista, aunque fuese con amplia descentralización *en lo administrativo*; si creásemos un poder compuesto de un Presidente irresponsable que durase de cinco à diez años, pudiendo ser reelegido, y de ministros casi tan irresponsables como él; si eliminando el Senado nos quedásemos con una sola Cámara, cuya disolución pudiese decretar el Presidente en determinados casos, y cuyas deliberaciones fuese capaz de suspender por medio del derecho de *veto*, crearíamos teóricamente un gobierno mucho más fuerte que el que tenemos, cuyos desvíos y absorciones para ser repri-

midos exigirían una activa y constante vigilancia, y un celo por el bien público á que no está acostumbrado nuestro pueblo. Cierto que este celo y actividad son indispensables bajo toda forma de gobierno ; pero repito que lo son más aún, cuando el Gobierno tiene á su disposición unos instrumentos que tan fácilmente pueden servir al bien como al mal, á la justicia como al capricho.

Yo confieso que el plan de *Un Imparcial*, en la forma en que él lo presenta, es seductor. Me agrada hasta cierto punto la idea de un Presidente que reine y no gobierne como un rey constitucional en una monarquía parlamentaria, y de ministros que nada puedan hacer sin el apoyo de la Cámara. Pero ello supondría un cambio radical en nuestras costumbres políticas, con la creación de partidos debidamente organizados, libertad de imprenta y sinceridad absoluta en las elecciones. Yo no pediría más que estas cuatro cosas para cambiar la faz de nuestra política ; pues creo que con ellas la federación sería posible, fecunda y provechosa, y no habría necesidad, para vivir en paz, de pedir prestados sus procedimientos á las monarquías constitucionales, ni mucho menos á la dictaduras.

Un Imparcial es desafecto al sistema federa-

tivo, y se funda en razones que reproducen, casi con las mismas palabras, las que empleaba en 1858 la prensa política, en la cual brillaban escritores tan sesudos é ilustrados como los señores Rivas Pacheco y Pedro Naranjo, quienes, pronunciándose por una fórmula intermediaria, que llamaban *centro-federal*, decían ya por entonces, que la Federación no podía llevarse á cabo *entre entidades políticas que antes no habian estado nunca separadas*, y se preguntaban: « Si Venezuela forma un cuerpo de Nación unido y compacto ¿ con quién habrá de federarse? » Para estos escritores la federación no era explicable sino en el caso de que se tratase de reconstituir la antigua Colombia, porque ellos entonces, como ahora *Un Imparcial*, partían de la idea de que « la federación es la unión bajo un pacto común de nacionalidad *entre entidades políticas que se hallaban antes separadas*. » No querían admitir, como no lo quiere tampoco *Un Imparcial*, que para que las diversas partes de una nación gocen del derecho de autonomía política, no es condición esencial que antes hayan estado divididas, ni mucho menos que entre ellas haya diversidad de intereses determinada por diversidad de lenguas, religiones ó costumbres. ¿ Hay ó ha habido nunca en la federación norte-americana esa tan

marcada disparidad de caracteres entre sus diversas partes, por más que en su origen estuvieran separadas? Por lo contrario, se advierte en ellas, al través de matices superficiales, una notabilísima unidad de raza, religión, historia y costumbres. Lo que sucede es que allí se ha comprendido mejor que en ningún otro país, excepto Inglaterra, que cualquiera que sea el lazo que úna á los hombres y los identifique en una sola aspiración, ellos se asemejan menos entre sí de lo que parece, y tienen siempre necesidades diversas que no es posible satisfacer por medio de una sola ley; y que *asi como el individuo es dueño de sí, debe serlo toda asociación de individuos, desde la parroquia hasta la nación, sin otra limitación que la que exige el interés común* (1).

(1) El sofisma — que no es ni siquiera invención de los conservadores venezolanos — de que no puede haber federación sino entre entidades de origen histórico diferente, ha sido victoriosamente refutado por publicistas de altísima talla como Grimke y Calhoun en los Estados Unidos y Lastarría en Chile. Grimke, de cuyas palabras se sirve Lastarría en su *Política Positiva*, dice: «Un pueblo que constituye una comunidad indivisa, tiene precisamente sobre otro que se halle en la situación de los Estados Unidos, la ventaja de que siendo la erección de la soberanías locales la

Proclamar la libertad política del individuo y negársela luégo á una agrupación cualquiera de individuos, es un grave error de lógica, apenas

obra del todo, en lugar de serlo de las partes, hay menos riesgo de que éstas ejerzan una influencia perturbadora sobre la autoridad central.» Calhoun y otros publicistas americanos opinan (véase á Lastarría) « que la federación, que era necesaria en los Estados Unidos para establecer la unión de las colonias independientes, lo está también donde quiera que haya gobiernos populares, porque en todas partes existen los intereses locales, y ellos no adquieren el carácter de domésticos á consecuencia del régimen federal, sino que éste debe existir como consecuencia de tales intereses. » Por último, Grimke dice en otra parte : « El ejemplo que dan los Estados Unidos es de gran valor, no tanto porque prueba la utilidad de la forma federal, cuanto porque enseña que, para mantener las instituciones libres en su verdadero espíritu, es indispensable hacer una lata distribución del poder político, *sin ninguna consideración á las circunstancias que hayan dado origen á la formación del gobierno.* » (*La naturaleza y tendencias de las instituciones libres.*)

Esta es la verdadera doctrina, y no la vieja jerga del *centro y la circunferencia*, que no significa nada y que vienen muchos repitiendo desde 1830, en Venezuela.

disculpable en ciertas circunstancias por los estorbos que, á la cabal interpretación de las leyes científicas de la sociedad, opone la falta de cordura de los hombres. Más acertado andaba Bolívar, cuando en un documento importante, citado á menudo por los adversarios de la federación, decía :

« El sistema federal, bien que sea *el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en la sociedad*, es, no obstante, el más opuesto á los intereses de nuestros nacientes Estados. Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos, porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano, *virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos*, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.»

En la última frase que he subrayado, el Libertador se refería al Gobierno de la Colonia, cuyos procedimientos autoritarios no han desaparecido y se relevan en nuestros días, como un efecto de deplorable atavismo, en la mayor parte de nuestros hombres políticos.

« En un pueblo como el nuestro, decía el doctor Mariano de Briceño, desde las columnas del

Diario de Avisos, el Presidente de la República tiene en sus manos muchos medios de hacer ilusoria la división de los poderes y lo primero que hace al intento es viciar la fuente de las elecciones. Por medio de sus Gobernadores, domina, *cualquiera que sea el sistema que se adopte, directo ó indirecto*, y de este modo la política del país presenta dos grandes y funestos resultados. Respecto de los intereses generales, el Poder Ejecutivo dispone de la acción administrativa, legislativa y judicial; y por lo que toca á los intereses locales, cada provincia ó cantón se presenta con un hombre ó un estrecho círculo de hombres, arbitrando á su antojo esos inmediatos intereses en recompensa de los favores que ha concedido al gobierno general. En este estado de cosas, el partido que se apodera del poder adquiere dominio más ó menos absoluto en los asociados. La máquina gubernativa aparece funcionando constitucionalmente de derecho, pero los pueblos de hecho se encuentran sometidos á la voluntad del Poder Ejecutivo ó de sus hombres. En Venezuela no se ha conocido más sistema que esta farsa de instituciones democráticas. »

Esto se escribía en 1858; y es preciso confesarlo lealmente: las cosas si han variado algo en la forma, no han variado nada en la sustancia.

¿Por qué? ¿Será acaso porque la federación es impotente para conciliar el orden con la independencia de los poderes y la libertad de los ciudadanos? No, y mil veces no! Es porque bajo el nombre de *federales* hemos permanecido siendo *centralistas*, apegados á los vicios y á los abusos de este sistema; y nadie tiene derecho para decir que la federación ha sido infructuosa, porque la federación, en lo que más la recomienda, no se ha practicado hasta ahora. *Un Imparcial* tiene razón cuando dice que los federales no han sido sinceros.

Sin embargo, yo cuento demasiado con las leyes fatales de la naturaleza humana, para condenar en absoluto á los hombres. Los vicios del gobierno central no podían desaparecer de un golpe por la sola virtud de las ideas federales. Nuevas como eran éstas para el pueblo venezolano y como lo siguen siendo, es preciso que permanezcan todavía mucho tiempo en las leyes para que penetren en las costumbres; y todo el conato de los hombres patriotas debe dirigirse á fomentar en el pueblo el amor por esas instituciones, creando en él la voluntad de practicarlas. ¿Que esto es una ilusión? Mayor lo es, á no dudarlo, el creer que, por medio de un retroceso en las ideas, ha de despertar el pueblo de su letargo.

Pero si *Un Imparcial* no quiere la federación, es, por lo menos, partidario de « la más amplia descentralización administrativa que sea posible. » Esta es la gran concesión que hacen todos los conservadores de su escuela y que se impuso como una necesidad ineludible en la Convención de Valencia. Mas la descentralización administrativa es difícil, si no imposible de obtener, bajo un gobierno centralista, donde todos los funcionarios políticos dependen del poder central y obedecen directamente á sus influencias. En Francia, el país unitario por excelencia, se está pidiendo desde 1789 la descentralización administrativa; y sin embargo, cada Ministerio que pasa por el poder acéntuá más y más la subordinación de todo el cuerpo de la nación al gobierno absorbente de París. La descentralización administrativa no se obtiene cuan ampliamente la aconseja lo justicia, sino bajo el sistema federativo. Todo gobierno tiende á llevar á su última consecuencia la fórmula de su constitución. Por eso, como lo observa M. Ed. Portalis, mientras el territorio americano, administrado al principio por el Gobierno general, se va haciendo gradualmente libre hasta conquistar su autonomía con el progreso del trabajo y de la civilización, « la provincia francesa, por una serie de absorciones

sucesivas, se hace más y más dependiente del poder central. » Esos radicales que desde aquí miramos con tanto horror porque en sus expansiones llegan hasta enarbolar una bandera roja, piden en Francia muchas, cosas justas, entre ellas la descentralización administrativa, que entre nosotros aceptan aun las gentes más graves, y que ellos no pueden conseguir por medio del régimen central que los ahoga, ni del gobierno parlamentario que se burla del sufragio universal.

Y aquí toco otro de los puntos relacionados con el plan de *Un Imparcial*. Si hay algo en que estén de acuerdo todos los publicistas modernos, es en condenar el predominio de las mayorías en las democracias representativas. Tal predominio es una superstición que reproduce bajo otra forma el llamado derecho divino de los reyes y se origina de la idea lanzada por Rousseau en el *Contrato Social*. Sus consecuencias son fatales para la justicia, porque dejando sin representación á las minorías, hiere de muerte los derechos del individuo, y la nación se priva del concurso de muchos ciudadanos que, por lo regular, son los más eminentes de su seno. Pues bien; *Un Imparcial*, á tiempo que aboga por la reforma de nuestro sistema electoral, proponiendo el voto por cuociente directo y secreto, nos aconseja un gobierno

parlamentario en que el Poder Ejecutivo esté sometido á la opinión de la mayoría de la Cámara, sin parar mientes en que, gobierno parlamentario y sufragio universal, son dos términos irreconciliables. En efecto, donde quiera que el Ministerio sabe que no puede gobernar sin el apoyo de la Cámara, pone todo su conato en viciar las elecciones para llevar á esa Cámara una mayoría que le sea favorable; lo que hace ilusorio de todo punto el derecho de sufragio, y tiene, además, el inconveniente de destruir la independencia de los poderes, pues en todo gobierno parlamentario, sin exceptuar en muchos casos ni á la misma Inglaterra, tan práctica y juiciosa, sucede que el Poder Ejecutivo y el Parlamento se usurpan recíprocamente sus funciones, por medios directos ó indirectos. Por eso el parlamentarismo no existe en la federación de Suiza ni en la de Norte América.

No es esto todo, sino que la moralidad administrativa es imposible bajo un gobierno central y parlamentario, porque la mayoría de la Cámara que otorga sus favores al Ministerio, le exige extraoficialmente todo género de indemnizaciones. De los males que de tales componendas resultan, no es el menos grave el aumento de la burocracia. En Francia, según dice Leon Donnat

en su *Política Experimental*, se presentaron durante el año de 1883 y en un solo Ministerio « más de veinte mil solicitudes de empleos, recomendadas por Diputados y Senadores. » ¿ Qué sucedería en nuestro país, en donde sin tantas facilidades la burocracia va en aumento cada día ?

Bien puede seducir á muchos el aparato teatral de los gobiernos parlamentarios. Bien pueden creer los que juzgan superficialmente que cuando un Ministerio es derrotado por la Cámara, se ha salvado la libertad. Detrás de las luchas de los partidos se ven las ambiciones personales debatiéndose por conseguir una cartera ; la administración pública descuidada en medio de la inseguridad y zozobra en que se agitan sus jefes, temerosos de verse á cada momento derribados ; y la justicia y la protección de los derechos del ciudadano, atenciones preferentes, y para mí las únicas de todo gobierno, postpuestas á las combinaciones momentáneas de la política. El parlamentarismo va siendo ya un azote para las democracias europeas, por lo menos en los países donde, por culpa de ese mismo régimen, el sufragio universal no se ha extendido, y donde impera aún, con más ó menos vigor, la fuerza aparente de las mayorías (1).

(1) En la última revista de *Hortensio*, que acaba

Para robustecer la autoridad del Presidente, *Un Imparcial* le quiere ver en posesión del derecho de veto suspensivo y de la facultad de disolver la Cámara. Paréceme que una de las dos cosas estaría demás. Si el Presidente puede detener la acción legislativa por medio del veto, é impedir la sanción de una ley ó acto inconveniente para el interés de la República, ¿ á qué la disolución? Y si tiene en sus manos el expediente medio de decretar la disolución, vendría á ser

de publicar *La Opinión Nacional*; leo estos conceptos :

« Es indispensable modificar esencialmente el sistema llamado parlamentario ó suprimirlo, *sustituyéndolo por el representativo à la americana*. Esto de que una Cámara pueda hacer imposible todo Gobierno, como sucede en Francia, ó de que un Gobierno apoyado en una Cámara por él amañada, sea omnipotente, como pasa en España, constituye un absurdo. »

Todos los escritores imparcialés, es decir, los que no son jefes ó instrumentos de partido, son de esta opinión en Europa.

Un periódico de Madrid, que tengo á la vista, refiriéndose á la situación de Francia, dice : « En la República no es posible la estabilidad y la fortaleza en el Gobierno, sino con el régimen representativo *sin mezcla alguna de parlamentario*. »

inútil el derecho de veto. Fuera de que, bajo el régimen parlamentario, donde los ministros asisten constantemente á la Cámara para defender los actos del gobierno y tomar parte en la discusión de las leyes, tienen ya con esto una manera de influencia directa y á las veces decisiva sobre los actos del Poder Legislativo. Veto y disolución son dos recursos que repugnan á la esencia de un organismo republicano democrático, peligrosos en donde existe la tradición de los gobiernos personales, fácilmente mudables en instrumentos de coacción donde el Poder Ejecutivo no está muy urgido de que le fortifiquen, sino todo lo contrario. Pero si á todo trance ha de dársele al Presidente de la República una de aquellas dos facultades, que sea la del veto suspensivo, con tal que se lo someta á las prescripciones de la constitución americana, es decir, que el Presidente presente á la Cámara las objeciones de que, á su juicio, sea susceptible una ley, para que la Cámara las examine, y, si no las considera atendibles, confirme la ley y ésta se ejecute, sin que pueda oponerse el Presidente. Pretender lo contrario, so pretexto de que el Presidente es un poder *moderador* que, mediante las indicaciones de la prensa que se supone libre de influencias siniestras, ha de decidir si la Cámara se ha apar-

tado ó no del querer de la opinión, es en realidad subordinar el Poder Legislativo al Ejecutivo. Tal sistema puede dar buen resultado en Inglaterra, cuyo pueblo posee un admirable sentido político de que nosotros carecemos. Acordémonos de lo que pasa en España, á la que tanto nos asemejamos, en donde á pesar de haberse adoptado desde 1878 el voto limitado para la elección de algunos Diputados, el Ministerio hace y deshace á su antojo las elecciones, y la disolución de las Cortes se decreta sin miramiento alguno por la opinión pública, atendiendo sólo al interés de la monarquía. Con otros términos el resultado sería idéntico entre nosotros : el interés del partido dominante se sobrepondría á toda otra consideración.

Consecuente con su sistema, *Un Imparcial* pide que se elimine el Senado, porque es un resto de las instituciones aristocráticas. No estoy yo muy lejos de compartir esta opinión, y la apoyaría de buena gana, si no fuese porque veo que el verdadero móvil de *Un Imparcial* es quitar al Senado el poder moderador que debe ejercer sobre la democracia, para dárselo al Presidente de la República. Otra razón práctica expone *Un Imparcial*, y es que, entre nosotros, los mismos hombres ocupan indistintamente las dos cámaras,

y llevan, por consiguiente, á ellas un mismo espíritu, de donde resulta que el Senado en nada se diferencia de la Cámara de Diputados, desde el punto de vista de sus opiniones y tendencias. El poder moderador del Senado, ya muy quebrantado dondequiera que existe una verdadera democracia predominante, viene á ser así nulo en Venezuela por culpa de nuestros viciosos hábitos políticos. A éstos y no á la institución debe imputarse el mal resultado, porque con nuestra sencillísima manera de hacer elecciones, de todo nos preocupamos, menos de llevar al Senado los hombres más calificados en la Nación por su saber, su virtud, su edad y su moderación, cualidades estas por las que brilla el Senado de los Estados Unidos, en donde, como dice un escritor de nota, merced al cuidadoso método de elección observado, « se han reunido siempre los hombres políticos de reputación sólida en la Unión, mientras que el Congreso, según la opinión de observadores competentes, ha sido siempre tan pobre como rica la otra Cámara en hombres de mérito. » Un Senado así constituido no es un cuerpo aristocrático y tiene su razón de ser en la democracia. Dado que en toda constitución debe haber un poder moderador, *una fuerza de resistencia*, para emplear la expresión

de Stuart Mill, que es el escritor ya citado, á fin de evitar que las demás fuerzas se sobrepongan y lo arrollen todo, un Senado que reúna las cualidades enunciadas, es el más á propósito para ejercer dicho poder, y no el Presidente de la República, por la mismo que virtud, saber, edad y moderación, son prendas poco comunes que difícilmente pueden encontrarse en un sólo hombre, aunque éste viva, como se le imagina *Un Imparcial*, en una región cuasi olímpica, lejos de la candente atmósfera de las pasiones políticas.

Yo detesto, como buen republicano, los cuerpos aristocráticos, en dondè, como decía hace poco el ilustre orador Bright, se entra no por las puertas del mérito, sino por los sepulcros de los antepasados. Pero un Senado electivo es cosa muy distinta, y además me hacen fuerza las siguientes reflexiones de Stuart Mill, que copio aquí por creer que nada mejor puede decirse á este respecto :

«Los defectos de una Asamblea democrática que representa al pueblo en general, son los defectos del mismo pueblo : la falta de educación especial y de saber. Necesítase, pues, asociar á esa Asamblea *un Cuerpo cuyos rasgos característicos sean la educación especial y el saber*. Si una Cámara

representa el sentimiento popular, la otra deberá representar el mérito personal, probado y garantido por servicios públicos reales, y depurado por la experiencia práctica. Si una es la Cámara del pueblo, la otra deberá ser la Cámara de los hombres de Estado, un Consejo compuesto de todos los que han desempeñado cargos ó funciones públicas importantes. Semejante Cámara podría ser algo más que un cuerpo simplemente moderador. No sería únicamente un freno sino también una fuerza impulsiva. En ella, el poder de contener al pueblo pertenecería á los hombres más capaces, y en general, más deseosos de encaminarlo en toda dirección útil. *El Consejo encargado de remediar los errores del pueblo no representaría una clase sospechosa de antipatía hacia los intereses del mismo pueblo, sino que estaría compuesto de sus jefes naturales en la vía del progreso.* No hay constitución posible de una segunda Cámara que dé tanto peso y eficacia á su acción moderadora. Sería imposible, cualquiera que fuese la suma de mal que realmente impidiera, desacreditar, considerándolo como un simple obstáculo, un cuerpo siempre propicio á favorecer el progreso. »

Esta es la buena doctrina. Ella es difícil ; pero no es dando la espalda á la doctrina,

so pretexto de que no podemos practicarla, como conseguiremos progresar en política. Es preciso convencernos de que las sociedades, organismos complejos, no pueden regirse por fórmulas simples, y de que lo sabio y prudente no es eliminar los resortes complicados de las instituciones, sino hacer un constante esfuerzo por comprenderlos y aprender á manejarlos con acierto.

No hago mérito alguno de la otra objeción que contra el Senado presenta *Un Imparcial*, porque me parece una sutileza. De que el acto más importante para la vida de un pueblo, el de dictar una Constitución, sea ejecutado por una sola Asamblea, no se deduce nada contra la existencia de dos Cámaras en el funcionamiento permanente del Poder Legislativo. La Constitución la da una sola Asamblea porque de algún modo se ha de dictar cuando no están organizados los poderes, ni establecidas las divisiones racionales que aconseja la experiencia. Precisamente para eso es que se dicta la Constitución, la cual, en rigor, no debiera ser obra de una sola Asamblea, sino emanar directamente del pueblo, si esto fuera posible.

De todos modos, no es muy lógico que quien propone dar al Presidente el derecho de disolver

la Cámara, y hacerle irresponsable de sus actos, prerrogativas tan del agrado de las testas coronadas, repudie el Senado, porque la parece *un resto de las instituciones aristocráticas*. La Cámara única sí que sería una verdadera oligarquía, y un peligroso factor del despotismo.

Hablaré ahora de la irresponsabilidad, hacia la cual se siente inclinado *Un Imparcial*, porque, según confiesa, la irresponsabilidad del poder, que antes le parecía absurda, ya no se lo parece tanto, desde que el señor Miguel A. Caro la ha defendido recientemente en Bogotá. Pero antes debo consignar un hecho.

Corre muy valida entre nosotros la preocupación de que Nueva Colombia tiene una gran superioridad intelectual y política sobre Venezuela; y de ahí que muchos venezolanos nos estén presentando con frecuencia, á guisa de modelo, lo que se piensa y se hace en la vecina República. No sé en qué se funde semejante preocupación. El nivel general de la inteligencia y aptitudes del pueblo venezolano es por lo menos igual, si no más elevado, que el de la inteligencia de los neocolombianos. Durante la guerra de Independencia, Venezuela suministró un contingente de hombres eminentes en las armas y en el consejo, mucho más numeroso que el de nues-

tros vecinos : de aquí salieron los héroes y los organizadores de Estados, como Bolívar, Sucre, Flores, primeros Presidentes de Colombia, Bolivia y el Ecuador. Después de 1830, nuestras ilustraciones, así en política como en ciencias y en literatura, en nada ceden á las eminencias de los neocolombianos. Ellos, si tienen nombres iguales no los tienen superiores á los de Vargas, Cajigal, Bello, Baralt, Toro, Arvelo, Guzmán, Urbaneja, Michelena y tantos otros. La cultura moral y material no está más extendida en Nueva Colombia que en Venezuela, antes podría decirse lo contrario. Los neocolombianos, como país que está todavía por constituir, no han tenido menos revoluciones que nosotros, ni menos sangrientas, ni con más felices resultados. Su historia política encierra páginas negras, como la del 25 de setiembre, que no se encuentran en la nuestra. Se dice que nosotros tenemos más imaginación y los neocolombianos más juicio. Esta aserción no puede aceptarse sino con muchas reservas. El juicio de los neocolombianos en política no ha sido muy certero : la horrible saña de sus partidos ; su conservatismo petrificado y su liberalismo demagógico ; la importancia acordada al clero ; el fanatismo religioso llevado hasta el extremo de que, durante la

guerra civil de 1876, un Obispo, parodiando á Julio II, capitanease un ejército y se llevase tras sí las multitudes enarbolando una bandera en que había pintado un Cristo, y de que un hombre del pueblo se disfrazase de Nazareno y hubiese quien le tomase por tal; la última evolución política precedida de sacrificios odiosos, como el consumado en la persona de Otálora, y seguida de vergonzosos desalientos y de tristes apostasías de que ahora se está aprovechando el partido conservador y ultramontano; son testimonio elocuente de que los neocolombianos no son más aptos que nosotros para mantener el equilibrio del orden con la libertad, por más que ciertos nombres nos vengan agrandados por la distancia y la falta de relaciones más estrechas, lo que, por otra parte, les sucede tal vez á ellos respecto de nosotros. En los últimos años, por lo menos, su libertad ha sido una orgía; ahora su paz va á ser la de las tumbas: resultado ineludible de una serie de faltas. Y no digo nada de esto para suscitar ojerizas ni envenenar pasiones; sino porque con el prurito, que ya va siendo un fetichismo de querer imitar á la Nueva Colombia, á estas horas hay muchos entre nosotros que se imaginan poder destruir, á ejemplo suyo, el germen de la Libertad derrocando

nuestras instituciones actuales. Pensemos en la Nueva Colombia, sí, para compadecer sus desgracias ; pero si queremos marchar bien busquemos mejores guías : tengamos un odio igual á la anarquía y al despotismo ; amemos del mismo modo la libertad y el orden, y no permitamos que ninguno de los dos principios se desarrolle á expensas del otro.

Yo veo una manifestación de ese fetichismo que he señalado, en la proposición que nos hace *Un Imparcial* de aceptar el criterio del señor Caro en favor de la irresponsabilidad del poder. Es bien singular que, los que en el orden científico, se rebelan contra las conclusiones de la fisiología cuando establece que el libre albedrío apenas existe y que la responsabilidad humana es muy limitada, pareciéndoles esto una proposición materialista ocasionada á destruir las bases de la moral, sean los mismos que abogan por la irresponsabilidad del Jefe del Estado, de la función más elevada de la sociedad, desde cuyo asiento y dadas las ideas que todavía privan acerca de las atribuciones del Estado, puede el hombre hacer los mayores bienes como cometer los más grandes crímenes, según se deje llevar de sus instintos generosos ó de estímulos perversos. En el estado actual de la

ciencia y mientras no conozcamos mejor las leyes de la naturaleza, es fuerza aceptar la responsabilidad de las acciones, como fundamento de un derecho penal; y nadie, á no ser un niño ó un loco, está exento de esa responsabilidad. ¿ Por qué habría de estarlo el Jefe del Estado ?

— Si no es la irresponsabilidad para delitos comunes lo que se pide, sino para aquellos actos políticos que el Jefe del Estado puede ejecutar á pesar suyo y arrastrado por la fuerza de las circunstancias !

— Lo sé ; pero el Magistrado debe ajustar sus procederes á la ley escrita, y en un caso imprevisto, á las leyes generales de la justicia. Cuando de ella se aparte, la fuerza mayor que haya motivado su desvío se le tendrá en cuenta, como en cualquiera otro juicio, como circunstancia atenuante, sin que por esto se altere el principio de la responsabilidad.

— Reparad que dais pábulo á las persecuciones y á los odios de partido, y que nosotros hemos renunciado hace algún tiempo á castigar los delitos políticos.

— No es lo mismo ni reviste igual gravedad el delito de un ciudadano que se rebela contra el orden establecido, que el del Jefe del Estado, custodio principal de ese orden, que lo destruye,

traicionando así la confianza que en el depositara la nación. Aquel, al fin y al cabo, no ha jurado sostener la Constitución y las leyes; éste quebranta un juramento solemne de cuyo fiel cumplimiento depende el reposo de la sociedad. Para turbar el orden un ciudadano se vale de sus propios medios; el Magistrado emplea precisamente las armas que la sociedad pone en sus manos para defenderla. En esto consiste su traición, la peor de las traiciones, porque añade el sarcasmo á la felonía, buscando una complicidad en la ley.

—¿Pero no temeis que un partido reaccionario vista expedientes y haga víctima de sus acusaciones al Jefe de la Administración caída, le deshonre y le persiga por imaginarias violaciones de de la ley, para satisfacer pasiones desbordadas?

—Vosotros que dais tanta importancia, cuando os conviene, á las manifestaciones de la opinión pública y de la prensa, ¿creéis que estas fuerzas sociales no se pondrían de parte del Magistrado injustamente perseguido? La colectividad, por instinto generoso, tiende siempre á defender al débil y al inocente, y mucha ha de ser la perversión de un partido que no absuelva á quien ya está absuelto por la opinión pública. Pero prescindiendo de estos medios, organizad un Senado

compuesto de los hombres más rectos, sabios y prudentes del país, que gire en una órbita extraña á los torbellinos de la política, y encomendable, como en la constitución americana, el tremendo deber de conocer de las acusaciones contra el Presidente de la República. Así tendríais una garantía suficiente de justicia.

— Todo eso es inútil. En ciertas circunstancias la furia demagógica no respetaría nada: ni el clamor de la opinión, ni la autoridad del Senado, por más venerable que se le supusiese.

— Os cojo el argumento. Pues entonces yo os digo que si la demagogia no respeta nada, tampoco respetará la declaratoria de irresponsabilidad; que si un partido está dispuesto á perseguir, sin ningún miramiento por la justicia, en vano será declarar irresponsable al Magistrado, porque ese partido le mirará siempre como un enemigo y un criminal, y vomitará sobre él la ola candente de sus odios. Buscad otro remedio al mal, porque la irresponsabilidad, que en la mayor parte de los casos puede ser un mal mayor, en el único en que la necesitéis, no os será de ninguna utilidad. Ved cuán poco caso hacen los déspotas de la inmunidad parlamentaria: otro tanto sucedería con la irresponsabilidad del Magistrado á los ojos de un partido dominado por la pasión de la venganza.

Coloquémonos en otro punto de vista. Dice el señor Caro, que los altos poderes legislativos y judiciales son irresponsables, y que « hay sentencias que nadie revisa, y jueces á quienes nadie toma cuentas. » Sin duda porque en alguna parte debe morir la acción judicial, á menos que volvamos á la ordalia y al juicio de Dios inventados por la barbarie. Pero el señor Caro, creyendo fortificar su argumento, lo destruye en realidad con estas palabras : « ¿ Por qué si los altos depositarios del poder son irresponsables, sólo ha de carecer de este atributo el Presidente de la República, en quien reside la plenitud de la potestad ejecutiva y que preside de un modo permanente á todos los ramos de la Administración Pública, mientras las funciones legislativas y judiciales son sólo periódicas las unas y de efectos parciales las otras ? » Por eso mismo : porque el Presidente de la República es un poder de acción y no simplemente de voluntad ; porque puede *consumar* hechos en ejercicio de esa plenitud de la potestad ejecutiva de que dispone ; porque preside todos los ramos de la Administración, mientras las funciones de los otros poderes son *periódicas ó parciales*. La contradicción no puede ser más flagrante. Cierto que, como dice el señor Caro, un error legislativo puede ser más grave que una falta en la ejecu-

ción de la ley. Pero siempre hay tiempo para corregir el error legislativo, mientras que la *acción consumada* es irremediable; y además, es un hecho observado por los jurisconsultos que, en todos los países, una ley inicua que repugne á la opinión pública pierde su eficacia y cae rápidamente en desuso. Ni se trata de faltas cometidas por el Presidente *en la ejecución de la ley*, sino de hechos consumados *contra el tenor expreso de la ley*, lo que no es lo mismo, sino mucho más grave. ¡Que un Congreso ó una Convención Constituyente pueden también cometer traición á la Patria, comprometiendo el honor nacional, enagenando el territorio y obligando al Presidente á ejecutar estos actos! Si no viciáis la fuente de las elecciones, las dictaduras parlamentarias son imposibles; y luego, ¿creéis que un pueblo que se ve traicionado por sus representantes no se levantará unánime, haciendo uso de un poder, nunca más formidable que cuando se trata de defender la integridad de la Patria? El pueblo que no hiciese esto, habría llegado al último grado de corrupción moral, y por tanto, habría perdido hasta el derecho á la existencia.*

Pero lo más original es que el señor Caro, reconociendo los peligros de la irresponsabilidad, porque un pueblo puede cometer « el error de

elejir Presidente á un hombre que nada respete, » dice que hay medios morales para hacer entrar á ese hombre en buen camino, y que, « en último caso, queda el recurso extremo y tremendo de la revolución, lo mismo contra el despotismo de un hombre que contra la tiranía de un partido ó de una colectividad cualquiera. » ¿ Luego al señor Caro, en su empeño por defender la irresponsabilidad, le parece mejor emplear las vías de hecho, que los procedimientos legales de una acusación para contener las demasías de un Presidente ? ¿ Es preferible, acaso, una revolución á mano armada que envuelva al país en sangre y en desorden, al trastorno que naturalmente, pero no de una manera tan radical, puede ocasionar en los poderes una acusación legal ? Las represalias y los excesos de una revolución, ¿ no son más temibles que las persecuciones de un partido, siquiera se encuentre lleno de saña, cuando no se ha turbado el orden público ? ¡ Y esto es lo que se nos aconseja como producción de un hombre de juicio ! Yo no tengo ningún género de gormonía : acepto también el recurso extremo y tremendo de la revolución ; pero no quiero que esto se erija en regla de política, ni que los pueblos se acostumbren á ver en las revoluciones su único refugio contra el despotismo, cuando

hay medios legales que pueden ser más eficaces, con sólo tener circunspección y valor cívico.

Veamos ahora los recursos morales. El Presidente, dice el señor Caro, « vive dentro de la atmósfera que le forman la moralidad ó la desmoralización pública. » Si esto es cierto — y yo no lo niego — no lo es menos que, con frecuencia, el Presidente vive en una atmósfera artificial que le forman los hombres que le rodean. « En medio de la paz — agrega el señor Caro — á sangre fría y con medios de adquirir legítima gloria, es muy difícil que un Presidente se resuelva á sacrificar su honra y la honra del país á ruines proyectos. Hay que contar en un centro civilizado con los estímulos del honor, del patriotismo y de las nobles ambiciones. »

Estas palabras, en boca de un hombre que cree tener experiencia, hacen sonreír. Contemos con la naturaleza humana y no pensemos que los hombres son mejores ó peores que lo que realmente son. Hay que conceder algo á los estímulos del honor y del patriotismo; pero también debemos precavernos contra los del egoísmo y de la perversidad, porque de todo son capaces los hombres. Lo demás sería puro sentimentalismo. La usurpación está llena de atractivos, el hombre de debilidades; y al rededor del poder

pululan siempre sugerencias siniestras engendradas por la codicia y embellecidas por la lisonja.

« Tan modestos, tan asequibles á la razón como les hombres nos parezcan — dice Stuart Mill — mientras sienten sobre sí un poder superior, tanto más debemos temer que cambien completamente bajo esta relación el día que se consideren los más fuertes. Los gobiernos deben establecerse para seres humanos, tales como próximamente pueden llegar á ser No hay para elevar los espíritus ó las miras de una clase á intereses lejanos y no palpables, más que la consideración desinteresada de los demás, y sobre todo de la posteridad, del país ó de la humanidad, consideración fundada, ya en la simpatía, ya en un sentimiento reflexivo; y *no puede sostenerse que una forma de gobierno sea racional cuando tiene por condición que esos principios elevados serán los motivos más influyentes de la conducta de seres humanos ordinarios.* Puede contarse con cierto grado de conciencia y de espíritu público desinteresado en los individuos de toda comunidad idónea para el Gobierno Representativo; pero sin esperar que haya en ellos la dosis necesaria de estas cualidades, combinada con el discernimiento intelectual suficiente para resistir todos los sofismas plausibles que tiendan á disfrazar en

interés general y en precepto de justicia y de bien público el interés de su clase. *Esta confianza sería ridícula.* Sabemos todos qué excusas pueden imaginarse en apoyo de todo acto injusto, propuesto, sin embargo, por el bien imaginario de la masa. Sabemos cuántos hombres que, por otra parte, no son tontos ni malvados, han creído justificada la bancarrota del Estado. »

Pero, ¿ á qué me canso transcribiendo las ideas de este gran publicista y político experimentado, cuando el señor Caro cree que la responsabilidad del Presidente sólo se pide *por odio al principio de autoridad y por la envidia demagógica que á muchos domina y a todos nos tiene bajo el capcioso disfraz de altivez republicana?* ¡ Y qué bien retratan estas últimas frases al conservador recalcitrante! Cómo trata de desprestigiar la altivez republicana que en sí misma no tiene nada de reprehensible, y que, por lo contrario, es fuente de magnánimas virtudes! No hay que olvidar que á la *altivez republicana* debemos nuestra existencia política.

La irresponsabilidad del poder no es lo que nos enseña el pueblo más libre y prudente de la tierra: los Estados Unidos. El artículo 2º sección 4ª, de la Constitución americana dice textualmente:

Serán destituidos de sus respectivos cargos el Presi-

dente, vice-Presidente y todos los funcionarios civiles de los Estados Unidos, cuando estén acusados y convictos de traición, cohecho ú otros graves crímenes y delitos.

Vosotros que tan celosos os mostráis por el mantenimiento del principio de autoridad, tened en cuenta que la autoridad no es respetada sino en tanto que es responsable, y que el artículo que acabo de copiar de la Constitución de los Estados Unidos es el que inspira á este pueblo aquel profundo respeto por los representantes de la ley, de que se admiran y sorprenden los viajeros de todas las naciones. Uno de ellos, muy sabio é inteligente por cierto (Jacolliot), dice que en un momento dado veinte mil hombres se detienen allí ante la estrella de un agente de policía, y que la fuerza moral de la autoridad tiene más valor que un regimiento, porque de antemano saben los ciudadanos que ella no ha de imponerles nada que no esté en la esfera de sus atribuciones, y que, en caso de un abuso, la responsabilidad se haría efectiva inmediatamente con más rapidez y eficacia que una demanda ante un Juez de paz cualquiera. Y lo que sucede con el simple agente de policía sucede con todos los depositarios del poder, hasta el que reside en la Casa Blanca, que es el más respetado y más responsable. El poco miramiento que entre noso-

tros se guarda á la autoridad, precede en gran parte de que su responsabilidad es casi nula en la práctica, y por tanto, los ciudadanos no ven en ella una salvaguardia sino un agresor de sus derechos, contra el cual se previenen lo mejor que pueden. Así, los más empeñados en defender el principio de autoridad son los primeros en desacreditarlo. Cuando se habla contra tal principio, no es que se niega la necesidad de su existencia : lo que se condena son sus excesos y la brutal idolatría de los adoradores de la fuerza. La autoridad no es buena y digna de acatamiento sino cuando responde á los fines para que ha sido establecida ; y el mejor medio de impedir que se desvíe de esos fines, es hacerla saber prácticamente que es responsable de todos sus actos.

Tengamos, por último, presente, que lo que hoy se está haciendo en Nueva Colombia tiene todo el carácter de una reacción, violenta como todas las reacciones, y que no es discreto copiar semejantes procedimientos. El partido liberal se perdió en aquel país por falta de cordura. El tiempo nos dirá si los conservadores han salvado la situación, y si extremando su fórmula, no la han empeorado más bien, provocando así una resurrección de las ideas liberales, hoy reprimidas, pero no muertas, en el corazón de los neocolombianos.

Estoy lejos de haber agotado la materia de la responsabilidad. Ojalá que otros con más saber, quieran tratarla más detenidamente. Yo, por ahora, me fijaré en los demás puntos que toca *Un Imparcial*.

Aplauzo de todo corazón sus esfuerzos por hacer efectivo el sufragio universal. Es más; creo que debe abrirse una campaña activísima en toda la prensa para recomendar, exponiéndolos con toda sencillez y claridad, los diversos sistemas que se han ideado en el propósito de asegurar la representación de todas las opiniones. Generalmente se tiene un concepto exagerado de las dificultades con que podrían tropezar en la práctica el voto por cuociente, el limitado, el acumulativo ó el de listas concurrentes. Nuestros políticos no se sienten muy inclinados á estudiar estas cuestiones: las miran simplemente como teorías nebulosas, cuando están basadas en observaciones sugeridas por una larga experiencia.

Se queja *Un Imparcial* de que nuestra federación, al crear la entidad *Estado*, haya abolido casi la entidad *Municipio*. Esto es una prueba más de que no practicamos lealmente los principios federativos. Nuestros Estados son, en realidad, pequeñas entidades *centralizadas*, cuyos Presidentes lo dominan y lo sojuzgan todo por medio de sus

Prefectos y Jefes civiles. La libertad municipal, base de toda libertad política, desaparece así por la intrusión de inconscientes centralistas. En la verdadera federación la independencia es igual en todas las entidades, y se eleva, como en Norte América, desde el *distrito escolar*, que es su más pequeña circunscripción, hasta las más altas regiones del organismo político.

Cree *Un Imparcial* con *El Federalista* de Hamilton, Madison y Jay, que la Constitución no debe contener una declaración de derechos, porque es inútil y hasta peligrosa, y que bastaría la enunciación de nuestro principio constitucional : *nadie está obligado á hacer lo que la ley no manda, ni impedido de hacer lo que ella no prohíbe*. Yo apenas considero como Constitución la que no contenga en cualquiera forma una declaración de derechos. Esta podrá ser defectuosa y prestarse á muchas objeciones : de la hecha por la Convención Francesa dijo Lamartine que era muy metafísica, y Macaulay, que cualquier ciudadano inglés la hubiera podido hacer mejor. Sin desconocer el valor de estas opiniones, me parece que los derechos del ciudadano son cosa muy grave y esencial para dejarlos en la penumbra de una fórmula vaga, sin otro motivo que el de considerárseles anteriores á toda legislación. Es preciso, al contrario, con-

sagrarlos de una manera explícita y solemne. Por otra parte creo que los peligros de una declaración mal formulada, podrían evitarse adoptando el artículo 9º, de las enmiendas á la Constitución de los Estados Unidos, que dice así :

No se dará jamás á la enumeración de los derechos en esta Constitución consignados, una interpretación que niegue ó derogue los que se haya reservado el pueblo.

Con una intención verdaderamente liberal propone *Un Imparcial* que se introduzca en nuestras instituciones el *Homestead* de los norte-americanos, ó sea, una exención legal en favor del domicilio. El *Homestead* consiste en que, « todo ciudadano que haya provisto á su familia de un abrigo, un hogar, un *home*, puede sustraer la casa que ocupa y el terreno en que ésta se halla edificada, á toda venta forzosa en ejecución de fallos dictados contra él. » Así como se ha abolido la prisión por deudas, porque nadie está obligado á pagar con su libertad, se advierte por el espíritu humanitario de la civilización moderna, que de todo pueden aprovecharse los acreedores, menos del hogar de un deudor fallido, del refugio sagrado de su familia, del nido inviolable de sus más caros afectos, Todo ciudadano que quiera gozar del derecho de *homestead*, lo declara ante la autoridad competente (el Registrador, por ejemplo), quien

publica oficialmente la declaración en todos los periódicos de la localidad. La declaración del *homestead* no es un derecho ilimitado que pudiera permitir vivir en la opulencia, defraudando á los acreedores, sino que tiene un máximo que varía en los diferentes Estados de la Unión Americana, entre ciento y cinco mil dollars. Tampoco tiene efecto retroactivo, y por consiguiente, el domicilio puede venderse en virtud de responsabilidades pecuniarias adquiridas anteriormente á la declaración.

Los que deseen más amplios detalles sobre el *homestead* los encontrarán en la *Política Experimental* y las *Leyes y costumbres Republicanas* de Leon Donnat. Yo aquí no quiero sino unirme á *Un Imparcial* para recomendar esta institución, no solamente por su espíritu humanitario, sí que también por sus benéficos resultados políticos.

Entre nosotros, donde el ahorro y la previsión son virtudes casi desconocidas, el *homestead* contribuiría eficazmente á desarrollarlas por las seguridades que ofrece. Aquí, donde el Estado posee más de las dos terceras partes de las tierras, los propietarios se aumentarían, porque el deseo que tiene todo obrero y artesano laborioso de poseer la casa que habita, se aumenta con la seguridad de que esa posesión goza por el *homestead*. Y es bien

sabido que la posesión de bienes materiales y la necesidad de defenderlos, aumenta la independencia del individuo, estimula su capacidad política y crea en él el deseo de vigilar la marcha de la cosa pública. El interés suele hacer en esto más que la instrucción : un pueblo de miserables instruidos es un pueblo de parásitos, que nunca será libre.

No tengo tiempo ahora para decir todo lo que pienso de la instrucción laica, contra la cual se pronuncia *Un Imparcial*. Además, he tratado ya en este diario, abusando tal vez de la tolerancia de su ilustrado director, varias cuestiones religiosas, y no quisiera que los lectores se imaginasen que soy un monocordio. Diré solamente que la instrucción laica arranca de toda una serie de consideraciones científicas y filosóficas que no es fácil destruir por pura preocupación conservadora, y que el partido liberal, que la ha establecido en Venezuela, merece por ello los más sinceros aplausos.

Cuanto llevo escrito, ¿querrá decir acaso que no considere susceptible de una reforma nuestra actual Constitución? Todo, menos eso. Lo que he querido significar, aunque no sé si lo he logrado, es que la reforma no debe efectuarse

en el sentido indicado por *Un Imparcial*. Muchas de las ideas de este escritor son, sin embargo, aceptables y debe trabajarse por realizarlas. Es preciso que la elección del Presidente de la República se haga por sufragio universal, directo y secreto ; que el período constitucional dure cuatro años y no dos ; y que se elimine el Consejo Federal que es un resorte inútil en la máquina gubernativa y no ha hecho hasta ahora sino justificar el nombre de *screen* que Bentham daba á estos Cuerpos. Pero antes que en las instituciones, yo pediría UNA REFORMA EN NUESTRAS COSTUMBRES POLÍTICAS ; pediría que los poderes establecidos se resolviesen de una vez á no salirse de la esfera de acción que les demarca la ley ; que la prensa tomase otra fisonomía y ocupase el puésto que le corresponde de pregonera de la opinión pública y defensora de los intereses bien entendidos de la sociedad, abandonando el *dilettantismo* político ; que los hombres públicos tuviesen siempre el oído puesto á las manifestaciones de la opinión, no á las de su interés, y se revistiesen de aquella dignidad y estimación de sí propios, que es lo único que puede conciliarles el respeto de los hombres de bien ; y que, como lo aconseja *Un Imparcial*, « el partido liberal diese de mano á al elemento salvaje que le desacredita, *salvage*

« por ignorante y por inmoral, siendo una de sus
« ramificaciones esa cáfila de incrustados que tan
« fácilmente saltan de conspiradores alevosos á
« extremosos aduladores ; para escoger luégo
« exclusivamente de su seno á los más aptos y
« los más dignos para servir los puestos públicos. »
« No es posible que baste haber tomado una
« trinchera, haber promovido un pronunciamiento,
« haber metido gente á la cárcel, haberse señala-
« do en un puésto público como violador de las
« leyes &^a &^a, para ser vocal de la Alta Corte
« Federal, por ejemplo, que implica vastos cono-
« cimientos jurídicos. » « La buena marcha de la
« cosa pública necesita ya de esa rigurosa discri-
« minación entre los hombres, como aptos y
« como ineptos, como virtuosos y como inmo-
« rales, para dar todo su valor á la moralidad
« pública. »

Adopto sin reserva estas pababras. Ésa sería, por ahora, la más útil de las reformas. Y después, cuando se hubiese formado una verdadera conciencia política en todos los ciudadanos, habría tiempo de pensar maduramente en la reforma de las instituciones. De nada sirve estar tegiendo y destegiendo la tela de Penélope de nuestras constituciones, si no hay una que emane directamente de la voluntad popular no

mistificada. Esa voluntad no existe : es preciso crearla. Los gobiernos representativos no pueden sostenerse sin el activo concurso de todos los ciudadanos, y si éstos, por ignorancia ó por inercia, se desentienden de sus deber.s y no toman parte alguna en la cosa pública, las mejores instituciones degeneran en instrumentos de tiranía. Hágase una propaganda incesante en la prensa, por medio de reuniones públicas y de asociaciones creadas al efecto, como existen en Inglaterra, para difundir en el pueblo los derechos y deberes del ciudadano; y renovada así la atmósfera política con el oxígeno de la democracia, podrá dictarse una Constitución, que no siendo obra de un exiguo núcleo de hombres, sea custodiada y defendida por todos. Para ello, corregíos, compatriotas, los unos de vuestras preocupaciones, los otros de vuestros personalismos, y todos de vuestra criminal indiferencia !

Enero de 1887.

LA INSTRUCCION LAICA

(Sétima carta)

No puedo, por más que consideraciones secundarias lleguen á ejercer cierta violencia en mi ánimo, dejar de poner mi pluma, aunque inexperta movida siempre por las ideas más generosas, al servicio de una causa que lleva en sí la solución de los grandes problemas de nuestro tiempo, la emancipación completa del espíritu humano.

Discusiones particulares, confidencias íntimas en el seno de la amistad, rumores de la prensa y hasta el sordo murmullo de las preocupaciones, si vencidas no enteramente aniquiladas, indican que existe una corriente de opinión adversa á la conquista tal vez más provechosa, alcanzada por la idea liberal en Venezuela : la instrucción laica y la absoluta libertad de la enseñanza.

Aunque esa opinión, con raras excepciones, no ha salido todavía del dominio privado, como encuentra el terreno favorable á su propagación en

las inteligencias que, por desgracia, viven alejadas del movimiento científico y filosófico de la época, sin tener comunión intelectual sino con sectarios más ó menos interesados, puede llegar á tomar cuerpo y á traducirse en leyes y reglamentos coercitivos, cercenadores de la libertad, si no se la somete á la prueba decisiva de la discusión, que purifica las ideas y acrisola y pone en su trono luminoso la verdad.

Toda opinión debe dar cuenta de sí ante el tribunal de la razón, máxime si se trata de aquellas que, por su naturaleza, están llamadas á ejercer una influencia poderosa sobre los destinos de la sociedad. Alcanzamos tiempos en que ésta, llegada á un alto grado de evolución, empieza á comprender las leyes á que sus movimientos obedecen, y en que el sentimiento, guía insegura y falaz porque no tiene más regla que el capricho, ni proporciona otra luz que la intermitente que brota á deshora de la exaltada fantasía ó del corazón arrebatado, ha sido sustituido por la razón fundada en la experiencia, antorcha serena que arroja perpetuas claridades en el camino de la humanidad y la conduce á la meta de su perfección.

Sentimientos no son razones, ha dicho un filósofo moderno ; y en un sentimiento, aunque de los más respetables mientras no sale del dominio

de la conciencia, es que se funda únicamente la aversión con que muchos miran todavía la instrucción laica, suponiendo gratuitamente que el viejo catecismo y la intrusión del sacerdote en el nobilísimo ministerio de la enseñanza, es lo único que puede educar á la juventud y darla aquellas nociones del honor, de la verdad y la justicia que preparan al hombre á las luchas incruentas de la vida.

Dos son las cuestiones que hay que examinar antes de entrar en la análisis de este sentimiento: la una, si el Estado está en la obligación de propagar una creencia, y propagándola, hacerse árbitro de las conciencias; la otra, si la moral es ó no una ciencia independiente, cuyas leyes están por encima de todos los dogmas y de todas las concepciones teológicas más ó menos racionales.

La primera de estas cuestiones ha sido resuelta hace mucho tiempo por la filosofía política y la ciencia económica. Los fines del Gobierno son puramente temporales: la salvación de las almas no entra en el círculo de sus atribuciones; y la sociedad, de la cual deriva sus poderes, no le ha dado ni puede darle ninguno sobre la conciencia de cada uno de sus individuos. Estos no podrían deshacerse, aunque quisieran, por ignorancia ó por un acto de cobardía, de lo que hay en el

hombre de más noble y elevado : el pensamiento. La misión del Gobierno se reduce casi exclusivamente á amparar los derechos políticos y sociales, admistrando la justicia y dando plena seguridad á todos los intereses. Lo demás en que se entromete es una pura usurpación, justificada hasta cierto punto por la ignorancia de los pueblos, que ha hecho necesarios los procedimientos de la fuerza, pero que no por eso deja de ser un fenómeno anormal, condenado á desaparecer, á medida que se comprendan y pongan en práctica los principios verdaderos de la ciencia. La sociedad existe por la cooperación de todos sus miembros á los fines comunes. Ella no delega en el Estado más que la facultad de resolver, con arreglo á la justicia, los conflictos de sus intereses, y de protegerla contra toda trasgresión del derecho, ya provenga de su propio seno ya del exterior. No le está, en verdad, vedado al Estado cooperar también dentro de ciertos límites al progreso, con tal que no descuide sus propios fines, ni se ponga en contradicción con los intereses de la sociedad ; pero cualquiera que sea la división del poder que se adopte, es un hecho que allí donde el Estado posée grandes atribuciones y extiende su acción á mayor número de objetos, la justicia está mal

administrada, los intereses poco garantidos, y como consecuencia de ello, destruída la iniciativa individual y estancadas todas las fuerzas y energías sociales.

Si, pues, el Estado es incompetente y sus poderes nada legítimos para dirigir gran número de negocios temporales, ¿cómo no habría de serlo para decretar una creencia é inmiscuirse así en la conciencia, sobre la cual nadie puede constituirse en autoridad? No, sus poderes son limitados y eminentemente objetivos. El fuero interno de los ciudadanos no debe ser invadido bajo ningún pretexto; y los Gobiernos están en la obligación de guardar absoluta neutralidad en materias religiosas, sin que les sea potestativo prohibir un culto ni propagar ninguno valiéndose de la instrucción ó de cualquiera otro medio. De aquí el principio de la libertad religiosa, consagrado en nuestra Constitución, libertad que no sería completa si el Estado, insinuándose traidoramente en el cerebro del niño, pusiese en él los gérmenes de una creencia que no puede ni debe imponer, preparándose así desde temprano á las generaciones á sufrir un yugo dogmático por ellas no elegido, y que más tarde puede ser objeto de luchas interiores en que la razón, vacilante en medio de corrientes opuestas, se sumerja

en un oceano de dudas, ó se arroje en brazos del escepticismo, especie de limbo que hace á los hombres moral é intelectualmente improductivos.

La instrucción no es un arma de sectarios. Los entusiastas no tienen derecho para pedir al Estado que modele á su antojo las inteligencias, á título de depositarios de una revelación que anda en perpetuo conflicto con la verdad y cuyas credenciales han resultado nulas ó equívocas á los ojos de la ciencia. En el estado actual de los conocimientos, los Gobiernos deben renunciar á toda intervención en la instrucción religiosa y abandonar este cuidado á los padres de familias, únicos que deben ser responsables de la dirección que tome la conciencia de sus hijos. La autoridad de los mismos padres es en este caso muy discutible : en la tribu bárbara de todas las edades el padre se atribuye derecho de vida y muerte sobre sus hijos ; aún en Grecia y Roma pudo venderlos como esclavos ; y si el proceso de la civilización ha acabado con estas extralimitaciones de la autoridad paternal, día llegará en que se la obligue á respetar también la conciencia de los hijos, y en que entienda que no debe prevalerse de su debilidad para coartar la libre expansión de la inteligencia.

Con todo, como la autoridad paternal, inspirada por el afecto, puede ser más benéfica, á ella y no al Estado corresponde tomar la iniciativa en esta materia. Pero se arguye, no sin una apariencia de verdad, que puesto que la mayoría de los venezolanos es católica, no hay motivo para que el Gobierno no proporcione la instrucción religiosa en las escuelas públicas. ¿ Siempre la fuerza de la mayoría absorbiendo los derechos de la minoría ! ¡ Siempre el recurso del número invocado contra los clamores de la justicia ! ¿ Y es, acaso, tan grande, tan absoluta esa mayoría ? Se finge hábilmente ignorar que en toda sociedad hay innumerables disidentes cuya voluntad no debe ser sacrificada, porque ellos también son cooperadores de los fines sociales y obreros de la estabilidad y progresos comunes. Esos disidentes las más de las veces se encierran en una prudente reserva, convencidos, los unos, de que su voz quedaría ahogada en el tumulto y la garrulería del mayor número, atentos, los otros, más que á la defensa de sus convicciones, á la conservación de su tranquilidad y bienestar que podría peligrar en medio de la intolerancia y animosidad de las disputas teológicas. De estas reservas, de estas aparentes adhesiones, que, en el fondo, no son más que hipocresías sociales, se va componiendo

poco á poco eso que se llama la mayoría ilustrada, cuando la verdadera mayoría la forman los incapaces de elevarse por su propio esfuerzo á la altura de una concepción filosófica cualquiera. Abranse en buen hora, de par en par las escuelas á todos los hombres, póngase el libro en todas las manos, descienda la luz de la ciencia á todos los espíritus, pero no se corte con táctica traidora, desde temprano, el vuelo de la conciencia, para evitar que se remonte por caminos desusados á las más altas cimas del Universo moral, ni se invoque el mayor número en cuestiones que están puestas fuera del alcance de todas las coacciones !

Flor es el pensamiento, que se abre silenciosa en el cerebro al beso fecundo de la libertad. ¿ Quién no se siente poseído de respeto ante esa elaboración sublime de las ideas, hijas de la luz que el hombre deja escapar del santuario de su alma para que vayan á poner en el mundo resplandores de aurora ? ¿ Y queréis, quebrantando ese respeto, penetrar furtivamente en el cerebro del niño y sorprender allí su razón dormida, para arrojar en ella, con mano impía, ideas extrañas de que vosotros mismos no estáis muy seguros, sombras y terrores que han de espantarla cuando despierte..... si despierta y no muere bajo su in-

mensa pesadumbre ? Respetad la virginidad del pensamiento ! No la violéis con vuestro impuro y brutal afán de ejercer dominación sobre las almas !

Que es dominación apoyada por el Estado lo que se busca, no hay que dudarlo, cuando se dice que los padres de familias no enseñan en el hogar los preceptos de la moral á sus hijos, lo cual no es cierto y constituye una ofensa gratuita á la familia venezolana. Si esto fuera verdad ¿ dónde estaría entonces ese sentimiento universal, en cuyo nombre se pide precisamente el establecimiento de la instrucción religiosa en las escuelas públicas ? ¿ Qué especie de creyentes son esos, que ora aparecen tan fervorosos que quieren destruir la libertad religiosa, ora tan tibios que no cumplen en el hogar sus más triviales deberes ? La verdad es que no son ni fanáticos ni indiferentes, como se les supone, aunque se trabaja activamente porque sean lo primero ; y cada uno de mis lectores ha oído, estoy seguro de ello, los más sabios consejos y las más sanas nociones del honor fluir de los labios de sus padres, impregnados, que es como aprovechan, en el aroma del afecto más puro y desinteresado.

Porque en el corto espacio de tiempo que llevamos de vida republicana no se ha levantado

ningún templo que no sea católico, se quiere borrar de nuestras instituciones el principio de la libertad religiosa, como si una experiencia tan limitada autorizase para considerarlo inútil no ya en el presente sino en el porvenir. Oh, y cuan poca previsión política! Cuando estamos llamados á ser, acaso no muy tarde, el emporio de una nueva civilización que sustituya á la del viejo continente; cuando abrimos nuestras puertas á los hombres de todas las razas y les tendemos la mano para que vengan á ayudarnos en las faenas del trabajo y á participar en la explotación de nuestros tesoros, ¿habremos de recibirlos con la intolerancia, que antes separa que acerca á los hombres, y poner entre ellos y nosotros una valla que haría imposible la confraternidad tan deseada de todas las inteligencias? En otras Repúblicas del continente, tan católicas como la nuestra, se han levantado ya templos de diversas comunidades religiosas, y allí viven á la sombra de la neutralidad del Estado. ¿Quién nos asegura que no ha de suceder lo mismo en Venezuela, si, conservando nuestra paz interior, y dando garantías para el trabajo, la inmigración toma incremento y acuden á nosotros en busca de libertad y campo más vasto para su industria los numerosos representantes de la gran familia humana?

Contra estas racionales previsiones se levanta, sin embargo, el instinto centralizador que quiere dar al Estado todo linage de poderes, olvidando que el progreso social consiste en la emancipación cada vez más grande del individuo y en que, concurriendo á la armonía general exenta de todo predominio, las diversas manifestaciones de su actividad, ciencia, arte, religión, industrias y comercio, funcionen en esferas recíprocamente independientes: peligroso instinto aquel, por ciego y suicida, que unido al espíritu no menos ciego del proselitismo, no vacila en destruir la libertad, á trueque de imponer á los demás sus creencias.

Pero examinemos ya la segunda cuestión que he propuesto al principio de estas líneas: la moral es independiente de toda concepción teológica. En efecto, si la moral es como ordinariamente se la define, una guía para la vida, una regla á la cual deben ajustarse las acciones humanas, hay que comenzar por estudiar al hombre en sus necesidades físicas, afectivas é intelectuales, teniendo en cuenta el medio en que se desarrolla y las circunstancias que le rodean. Es, pues, la moral una ciencia progresiva que nace de la reciprocidad de los derechos y de los deberes, nociones que van elevándose y adqui-

riendo mayor grado de certidumbre, á medida que se conoce mejor la organización del hombre y el lugar que ocupa en la naturaleza. « La moral — dice Herbert Spencer — tiene un punto de vista físico, puesto que trata de las actividades humanas, sometidas como todas las manifestaciones de la energía á la ley de la conservación de la fuerza : los principios morales deben ser, pues, conformes á las necesidades físicas. Tiene también un punto de vista biológico porque se encadena con ciertos efectos, internos ó externos, individuales ó sociales, de los cambios vitales que se producen en el tipo más elevado de la animabilidad. Presenta asimismo un lado psicológico, porque se ocupa en un conjunto de acciones inspiradas por el sentimiento y que la inteligencia guía ; finalmente nos ofrece una faz sociológica, porque esas acciones — unas directa y otras indirectamente — afectan á los seres reunidos en sociedad. » — (*Los fundamentos de la moral*).

Del estudio de estas múltiples faces del sér humano es que se deriva la concepción racional de la moral ; y ese estudio nos enseña que el primitivo egoísmo con que el hombre viene á la vida, empleado únicamente en la satisfacción de las necesidades nutritivas, va modificándose lentamente hasta transformarse por completo en un verda-

dero altruismo, á medida que aquel sentimiento se fija en objetos más nobles, como resultado natural del perfeccionamiento orgánico del hombre, del ejercicio continuado que refina, pule é idealiza, por decirlo así, sus facultades fisiológicas; que el interés individual, estrecho y limitado por que al principio se rigen las acciones humanas, no es más que una errónea interpretación del egoísmo, que luégo desaparece y se confunde con el interés general, sobre una amplia base de solidaridad; que el hombre no encuentra la satisfacción de sus necesidades, ni la verdadera senda de su perfección, sino en la vida social, en una íntima confraternidad con los individuos de su misma especie, cooperando con ellos al progreso por medio de la igualdad y la justicia; que el deber no es, como lo enseña la moral teológica, una imposición absoluta y arbitraria, emanada de una voluntad sobrenatural, sino la consecuencia lógica del derecho, la obligación en que está todo hombre de respetar el derecho ajeno para que el suyo sea respetado, pues el derecho por su naturaleza es anterior al deber, por la sola razón de que el individuo es anterior á la sociedad; que el trabajo no es tampoco un castigo (cosa absolutamente inmoral) impuesto al hombre en expiación de una culpa imaginaria, según los tex-

tos religiosos, sino el cumplimiento de una ley general del Universo, en el cual nada hay inmóvil ni estacionario, y todo se agita y obedece al movimiento que despierta las energías, transforma la materia y produce en el orden físico la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, y en el orden moral el amor, la justicia, la libertad y la armonía.

En hora buena que los partidarios de la moral autoritativa, que no conocen otro resorte de educación que el temor, ni ven en el orden moral más que deberes, coincidiendo en esto con los déspotas y con las doctrinas teológicas sus aliadas, coloquen el criterio de las acciones en una voluntad extra-terrestre. El hombre culto sabe que el deber es una derivación de su derecho; que el respeto á la autoridad es una condición esencial del orden, y que, siendo el orden el ejercicio del derecho, es preciso conservarlo para que subsista la libertad. « La escuela moral que todavía debe considerarse como más antigua, dice Spencer, es aquella que no reconoce otra regla de conducta que la pretendida voluntad de Dios (advíertase que Spencer no es ateo). Tiene su origen entre los salvajes, cuyo sólo freno, despues del miedo á sus semejantes, es el temor que les inspira el espíritu de algún antepasado :

efecto de este temor es entre ellos la noción de un deber moral distinto de la noción de prudencia social. » « Cuando se examina de cerca, no tarda en verse que esta doctrina conduce á la negación de la moral. En efecto, en la hipótesis según la cual la distinción del bien y del mal no tuviese otro fundamento que la voluntad de Dios revelada ó intuitivamente conocida, no podríamos juzgar ciertos actos como malos, si no conociésemos esa voluntad de que se habla. » « Decir, agrega más adelante, que reconocemos ciertas acciones como moralmente buenas, otras como moralmente malas, á virtud de cierta intuición recibida de Dios, y afirmar por lo tanto implícitamente que sin esto no nos sería posible discernir el bien del mal, es negar tácitamente toda relación natural entre los actos y sus resultados. »

Y es que el bien y el mal, los dos polos de la moral, están en una relación más ó menos estrecha de causa á efecto, y las acciones no son buenas ó malas sino en virtud de que facilitan ó impiden el desenvolvimiento del hombre y la consecución de los fines de su existencia. Explicar al hombre esos fines es darle una noción mucho más sólida de la moral, porque estará basada en la convicción, que la que se le admi-

nistra en nombre de una voluntad divina que ha de obedecerse ciegamente y sin exámen.

El deber — y es preciso insistir en él porque es el caballo de batalla de la moral autoritativa — no es cosa difícil de cumplir ni exige el aguijón del terror, para el hombre que conoce sus derechos, y que sabe que en ello estriba *el desenvolvimiento armonioso de la vida*, y su adaptación constante á los fines sociales. El deber se convierte para él en una necesidad y hasta en un placer, como sucede con el trabajo y con los afectos de familia, en los individuos en quienes esa adaptación ha llegado á un grado eminente de perfección. No es este, por cierto, el criterio de la moral autoritativa, la cual impone el deber como una carga que hay que soportar por temor á las penas eternas, ó á lo sumo por amor de Dios; por donde el deber se hace odioso, puesto que lo es toda imposición, al revés de lo que sucede con la moral científica, que hace el deber amable y funda toda su perfección en que pierda su carácter de obligación para convertirse en una necesidad benéfica de la existencia.

Oigo ya, sinembargo, la objeción, presentada bajo esta fórmula sacramental: *Es preciso educar á los hombres en el temor de Dios*. El temor! He ahí el gran resorte de educación para los autoritarios.

No! Por el temor se educa al animal ; al sér racional se le educa por la convicción. Es preciso tener el valor de decir francamente lo que semejante fórmula significa : el diablo cornudo y con rabo detrás de todo precepto moral, la vulgar superstición sirviendo de apoyo á la justicia. ¡ Y aun hay quien invoque tan impúdica caricatura de la moral para servir de base al progreso de la sociedad ! Élla es la culpable de que las tres cuartas partes de la humanidad vivan todavía en un estado de servidumbre intelectual, porque la disciplina del terror, destruyendo la dignidad y degradando el carácter, hace que muchos hombres no lleven escrita la ley del deber en el corazón, sino solamente en los labios. Se teme la ley del deber pero no se la ama.

Lo que es preciso enseñar á los hombres, no con amenazas de condenacion eterna, sino por un método claro y persuasivo, que es el más eficaz, es la moral del derecho, la que se desprende de la concepción científica de la sociedad, del estudio de las necesidades físicas, sensitivas, afectivas y cerebrales del hombre. He ahí la instrucción moral que el Estado debe proporcionar al niño en las escuelas públicas. « Que el Estado sustituya — dice André Lefèvre — á la recitación de oscuros catecismos, tratados de moral

en acción, nociones sumarias de derecho civil y cívico moderno, temas explicados y releídos sobre la necesidad, el interés, el derecho, la reciprocidad, el afecto, la amistad, la pasión, la abnegación, la justicia, cuestionarios variados, escritos ó sugeridos al maestro por la experiencia : en sus respuestas el niño revelará sus tendencias, sus aptitudes, su temperamento, todo lo que deba ser en él corregido ó desarrollado.» (*La Philosophie*).

Con esto, y con un buen programa de instrucción primaria que tienda á despertar en el niño la actividad intelectual, se habrá hecho mucho más por la moral que con todos los preceptos prohibitivos. *No matarás*, dice el decálogo ; pero ¿ basta, ó ha bastado nunca esto para evitar el crimen ? Es importante recoger las siguientes palabras de un educacionista americano, J.-R. Wells, que corren insertas en el *Special Report by the bureau of Education*, publicado en Washington el año pasado :

« La ley de la impenetrabilidad se cumple así en la esfera moral como en la física. Todo reformador moral sabe cuán poca eficacia tienen las prescripciones negativas contra las malas tendencias : se necesita la acción agresiva, expulsando el mal por medio de nuevas ocupaciones,

placeres y afectos que despojen al enemigo y se apoderen de sus baluartes. Cuando en la escuela se han despertado las energías dormidas del entendimiento, hasta el grado de que se experimente una sensación de placer en cualquiera forma de actividad intelectual, se obtiene un gran resultado, no sólo desde el punto de vista de la educación, sí que también en lo tocante á la perfección moral. »

Dígase lo que se quiera, la historia de la civilización está ahí para probar que la moralidad no aumenta sino por cambios en el medio cerebral, por el predominio que van tomando en el hombre las tendencias intelectuales sobre las inclinaciones inferiores, las cuales se atrofian, por decirlo así, en la falta de ejercicio, y estrechadas cada día más por la invasión de las necesidades elevadas, acaban por abandonar el campo ó hacerse enteramente inofensivas.

Esta progresión nace de las leyes generales de la naturaleza, y no de ninguna concepción teológica. ¡ Buena andaría la moralidad humana si dependiera de las creencias de esta ó aquella comunidad religiosa ! Habría tantas morales como sectas, cuando la verdad es que éstas pueden variar hasta lo infinito, mientras que la moral es una, aunque diversamente adaptada, en el

tiempo y en el espacio, al desarrollo cerebral de cada raza; y no es, por cierto, la moral confusa y contradictoria de un pueblo ignorante y esclavo del antiguo Oriente la que puede regular las acciones del hombre libre y civilizado del siglo XIX.

Pero la libertad es para todos, y los que quieren recibir ó dar instrucción religiosa pueden ir á los templos á escuchar la palabra del sacerdote, y abrir cátedras libres al efecto. La escuela es un campo neutral, en donde el niño va á recibir la educación cívica compatible con la realidad. No por eso se ataca el sentimiento religioso. Este, en su forma más pura, vive por el deseo que tiene el hombre de perpetuar su personalidad más allá de los límites de la existencia terrestre, por aquella esperanza, no exenta de concupiscencia, que se anida tenazmente en su corazón, y pone en él sueños de indefinible vaguedad, promesas de un más allá, lleno de gloria y de ventura. Bajo este concepto nada es más legítimo, pero nada tampoco más subjetivo é individual.

No ignoro cuán hondas raíces tiene en los hombres ilustrados la preocupación de la moral autoritativa. Ellos la defienden, invocando el ejemplo de los Estados Unidos, pueblo libre y

eminentemente religioso. Cierto : un soplo de biblismo corre de un extremo á otro de aquella República que no ha olvidado la tradición de sus fundadores, los puritanos. Allí se abre y se cierra la escuela con una oración ; però como lo han dicho varios profesores en el último Congreso educacionista de Nueva Orleans, cuyos trabajos tengo á la vista, aquellas prácticas religiosas son pura fórmula, sin influencia alguna en el desenvolvimiento del sentido moral, pues toda oración acaba por ser ejercicio mecánico en que para nada toma parte la voluntad. Allí se toman precauciones inauditas para que no se viole la libertad de conciencia : la Biblia se lee sin comentarios, y de ninguna manera se leen ciertos pasages nada edificantes, pues como dice hipócritamente un profesor, hay puntos sobre los cuales no es posible evitar las críticas y las disputas de secta. En muchos Estados es necesario, sin embargo, el consentimiento previo de los padres ó tutores para que los niños asistan á estas lecturas; y aunque se reconoce la necesidad de un buen tratado de moral práctica, los que han intentado hacerlo no han logrado evitar según confesión de Wells, « los innumerables escollos de secta y dogma que tan difícil hacen la corriente de la moral cristiana. »

Sea de ello lo que fuere, los pueblos anglosajones, cuya religión, hija del libre examen, esta muy lejos de nuestra intolerancia católica, pueden ser impunemente religiosos. En ellos el individualismo es una cualidad de raza que no se deja absorber por nada ni por nadie, y la libertad una tradición, manifestada en sus instituciones municipales, desde sus más remotos orígenes históricos. Su espíritu, en general frío y calculador, poco propenso al entusiasmo, sabe vivir dentro de la realidad, á pesar de todas las ficciones, y se abraza á la Libertad, no en idea sino en verdad ; mientras que los pueblos neolatinos, educados en el cesarismo y la teocracia, tienen que temerlo todo de un poder avasallador que quiere ahogar la personalidad humana, reclamando para sí la dirección de los negocios de la sociedad y anatematizando la civilización moderna para que el mundo caiga de nuevo en el antro oscuro de la Edad Media. Este poder, que no deja de trabajar un momento en su propósito, cuenta, por desgracia, con la inocente complicidad de unos pueblos, cuyo espíritu lleno de llamas y colores, razona poco y sacrifica con harta frecuencia el fondo al resplandor engañoso de la forma.

Nosotros, sobre todo, no debemos olvidar

que, como ha dicho con profunda verdad Edgar Quinet, el ideal del poder absoluto y la sombra de Felipe II se ciernen todavía sobre la América del Sur. Esa sombra tiene sus brazos enormes levantados sobre un abismo, donde van cayendo la Libertad, el Derecho, la Justicia, y de donde surge, en cambio, para los pueblos, la noche llena de iniquidades.....

Huyamos del abismo, expulsemos la sombra !

Febrero de 1887.

LOS PARTIDOS POLITICOS

(Octava carta.)

Si hay cuestión política alguna que interese directamente al porvenir de la República, á la estabilidad de las instituciones y á la conservación del dón precioso de la libertad que nos legaron nuestros padres, sin duda es la de la creación de partidos políticos, que trae de tiempo atrás ocupada la atención de todos los hombres patriotas, y se impone ya como una necesidad ineludible, á que es forzoso dar satisfacción, so pena de dejar abandonada nuestra suerte y la suerte de la Patria á las combinaciones del capricho.

Pero si no la hay más importante, no la hay tampoco, por su complejidad, más ocasionada á divagaciones, ni que abra más ancho campo á nuestro prurito de generalizar, de entonar cánticos sonoros, de elevarnos á las regiones de lo abstracto, de donde, si alguna vez descendemos, es para cruzarnos de brazos ante la realidad, creyendo que hemos curado nuestros males, cuando no hemos hecho sino exhibir una imagi-

nación sin freno, unos deseos sin objeto y un patriotismo dudoso que no se ha formado en la escuela de los buenos principios.

Hoy resuena otra vez en la prensa el grito de alarma, y se escribe y se habla mucho para demostrar la conveniencia de que se formen nuevos partidos. Es general la convicción, aunque no se la exprese con franqueza, de que se ha adoptado una mala política, que conduce al cesarismo, al dejar indefinidamente los destinos del país en manos de un partido que, libre de toda censura sin el respeto que inspira una oposición franca y viril, sin contrapeso alguno por parte de la opinión, ha de ir divorciándose cada día más de aquellos grandes ideales de libertad que en un principio constituyeron se fuerza expansiva, y dejándose arrastrar hacia los procedimientos autoritarios, que sí pueden considerarse salvadores en un momento de conflicto, pierden su eficacia y violan todos los intereses cuando la sociedad ha recobrado su reposo.

Es un partido que está enfermo aquel que, en medio de la paz y al frente de un pueblo dócil al freno de la autoridad, quiere, para conducirlo, hacer vibrar á cada paso la amenaza, antes que el acento solemne de la ley. Y es que un partido político es una masa de opinión pública conden-

sada, que no puede conservarse en equilibrio, si á su rededor no giran otras masas, determinando sobre él fuerzas de atracción y repulsión. Al faltar estas fuerzas la masa se disuelve y cae al abismo, que es la suerte á que está condenado el partido liberal de Venezuela, si una nueva agrupación no viene á formarse pronto á su lado, y á mantenerlo, por medio del antagonismo, dentro de la órbita que le trazaron sus beneméritos fundadores. Síntomas de disolución son las escisiones que vienen observándose al terminar cada período presidencial; porque como la lucha es condición esencial de la política, al faltarla el campo de las ideas se ha trasladado al de las personas, que, siendo más reducido, la ha hecho también más ruda, y ha ocasionado las numerosas disgregaciones de elementos que hemos visto en el seno del partido liberal. Ni bastará á salvarle por sí sola la teoría de la disciplina, tan hábilmente predicada en los últimos años, porque la cohesión no es la única fuerza que obra sobre los organismos, y en los partidos políticos ella no resulta, no puede resultar sino de la lucha de las ideas. Que si un partido, lejos de estrecharla, perdiese su unidad en el combate, prueba sería de que no estaba formado de elementos consistentes, de que no había en él una

fuerza que neutralizase la acción disolvente ; en una palabra, de que no era merecedor de la existencia.

Por otra parte, la sociedad, si acepta los beneficios que puede hacerla un partido y los agradece, no puede estimarlos mucho cuando sabe que se le otorgan al precio de su silencio. La gran ventaja de las instituciones democráticas sobre las demás, consiste en que ellas dan la mayor amplitud posible á las fuerzas sociales, y permiten realizar el progreso por el armónico ejercicio de todas esas fuerzas, no por la virtud de una sola, que aunque prepondere en un momento dado, si adquiere carácter permanente, rompe al cabo el equilibrio social y arrastra á los pueblos á su decadencia. La sociedad, como el individuo, ha de ser hija de sus obras, ha de atender por sí misma á sus necesidades ; y el ideal de la política consiste en emanciparla de todos aquellos andadores que se han creído indispensables para el progreso, y que no hacen otra cosa que retardarlo bajo las más seductoras apariencias. Grave error es, pues, considerar á los gobiernos como factores del progreso : ellos son efecto, no causa del perfeccionamiento social. Los pueblos los empujan, les dan fisonomía y les imponen su pensamiento, elaborado en el yunque formidable

de la discusión. Si la discusión no existe, si las mil voces de la opinión están mudas, no puede decirse que haya instituciones democráticas, ni que la sociedad sea dueña de sus destinos. En tal estado de cosas, un partido noblemente inspirado podrá hacer el bien ; pero será un bien impuesto, un bien á palos, que por consiguiente, se convertirá en un mal, y la gloria que de él derive será discutida por mil pasiones reprimidas, por mil rencores secretos y hasta por muchos intereses heridos.

Democracia es gobierno de discusión. Nada hay más opuesto á ella que esa especie de ortodoxia política, en virtud de la cual un gobierno, declarándose á si mismo infalible, se alza con la soberanía nacional, pone un sello en todos los labios y se constituye en depositario del criterio del bien, acerca del cual los pueblos son los únicos llamados á fallar. Los destinos de la sociedad se convierten así en algo recóndito y sibilino, cuyo secreto nadie llega á penetrar, como que depende de misteriosas combinaciones, de donde surge el bien y el mal, como el agüero adverso ó favorable del casillero de un astrólogo ; y los ciudadanos, perdida la noble solicitud por los intereses comunes, se dedican á dirigir peticiones al Gobierno, á quien acaban por considerar como

una panacea universal, como una Providencia « dispensadora de todos los beneficios particulares y generales. — Dadme un buen empleo. — Perjudicad la industria de mis competidores. — Dispensadme una dádiva. — Concededme un privilegio. » Hé ahí toda la intervención permitida á los ciudadanos en los gobiernos ortodoxos.

Así, los móviles egoístas, tan poderosos ya y violentos en el corazón humano, ahogan los sentimientos generosos del individuo y se erijen en la única guía de su conducta política. Destruídas las iniciativas privadas, inerte la masa popular, sin un pensamiento que la mueva, sin una voz que la llame constantemente á la vida, se trueca en muda espectadora de un drama cuya acción no entiende, aunque en él resuene su nombre como protagonista ; y al aplauso interesado acaba por unir el suyo inconsciente, á fuerza de oír gritar por todas partes que vivimos, como el doctor Panglos, en el mejor de los mundos posibles.

Semejante situación, si pudiese durar, tocaría en las lindes de la muerte. Pero todas las leyes físicas y morales se oponen á ello: la uniformidad no se concibe sino en la inercia, y la inercia no es más que una abstracción del espíritu, que no se encuentra en el Universo. Por eso ningún partido, ningún Gobierno puede aspirar á la unifor-

midad de todas las opiniones. La variedad, que es la regla de la naturaleza, impera con fuerza absoluta en la esfera del entendimiento ; y cuando éste se ejercita en los múltiples intereses de la sociedad, la coacción más audaz es impotente para hacerle seguir un criterio determinado.

« La uniformidad, dice Grimke, no es de desearse en la imperfecta condición del hombre. Así como en el individuo hay que poner una facultad en contraposición con otra, para producir mayor suma de juicio, sabiduría y prudencia, de la misma manera el encuentro de opiniones rivales en diversas secciones de la sociedad, constituye una disciplina del mismo carácter en una escala mayor. »

Y tal es la misión de los partidos: corregirse los unos á los otros, rectificar ideas, proyectar sobre los hechos la luz de la discusión, desarrollando por medio de esta gimnástica del espíritu la mayor suma de experiencia política en todos los ciudadanos, y aquella generosa emulación por el bien de la Patria, que es su más inmediato resultado, al cual concurren el deseo de la gloria, el sentimiento de la responsabilidad ante el país y ante la posteridad y hasta las pasiones interesadas de los hombres. La existencia, pues, de un solo partido, ó la expresión de un solo matiz de

la opinión, es un absurdo; y más absurda aún y antifilosófica es la quimera perseguida por algunos, de la fusión de los partidos, ó de la creación de un partido nacional totalitario, porque, suponiendo que la fusión fuese completa — lo que no es posible — volvería la uniformidad, que es la muerte de la opinión, y se destruirían las ventajas de la variedad, mediante la cual cada agrupación ejerce vigilancia sobre la otra, la impide precipitarse en el abuso y la obliga en ciertos casos á aceptar su criterio para que los intereses comunes estén mejor administrados. Esta es la base filosófica de la existencia de los partidos, y no la simple disputa del poder, que siendo un medio para obrar el bien, no puede considerarse como su fin principal; porque una de dos: ó se codicia el poder por el solo deseo de gozarlo, lo que merece bajo todos conceptos la más absoluta reprobación; ó se le solicita con miras patrióticas, y en este caso la primera de esas miras en un país de instituciones libres, ha de ser atender al reclamo de la opinión, de donde forzosamente resulta que los bienes que el poder derrame sobre la sociedad serán obra directa ó indirecta de todos los partidos, es decir, de la sociedad misma, que es la fuente de todos los poderes.

¿Pero hay en la situación por que atraviesa

Venezuela elementos para formar partidos políticos? Los hay, sin duda, puesto que el patriotismo no ha muerto aún en todo los ciudadanos, ni existe unanimidad de pareceres en lo que atañe al interés del país, ni los ideales han huido de todas las inteligencias. Lo que sucede es que esos elementos andan dispersos : son moléculas errantes en el espacio, que están esperando una fuerza que venga á condensarlas para resolverse en astros nuevos que iluminen los horizontes nacionales. Esa fuerza no puede ser otra que la de la libertad. ¿ Qué importa que ésta sea una molécula de odio, aquélla de egoísmo, la de más allá de ambición desatentada y baja ? En cambio hay corrientes ignoradas de aspiraciones nobles, ocultos instintos de amor y de justicia y un deseo vehemente de trabajar por la dicha y la prosperidad de la Patria. Déjese á esos elementos en completa independencia para que se atraigan ó se repelan, se agrupen en una ó en distintas porciones, y ya veremos si las ideas generosas dominan ó no en la mayoría de los venezolanos. ¿ Por qué prejuzgar el resultado ? La mayor sabiduría política es incapaz de determinar en ciertos casos el rumbo que pueden seguir las ideas de un pueblo libre.

Por mi parte, no creo que al comenzar la efer-

vescencia de la opinión, hubiese quien trabajase en Venezuela por otra cosa que por la efectividad de la República Democrática. Habría, sin duda, muchos hombres apegados á las antiguas ideas unitarias, deseosos de romper el pacto federal que garantiza la independendia de las localidades, para restablecer en las leyes al *imperium unum*. del poder central, con cualquier pretexto, como el especioso y ridiculo de que la federación no ha partido en Venezuela de la circunsferencia sino del centro. Pero la generalidad, ávida de libertad y de orden, se inclinaría hacia las instituciones federales, que lealmente practicadas, hacen imposibles todas las usurpaciones.

Sustituir á la acción violenta é intermitente del poder personal el imperio constante y moderador de la ley, al predominio de los individuos la influencia de los principios, al silencio que enerva y envilece la discusión que ilustra y dignifica; intervenir en las elecciones para que la voluntad popular no sea falsificada, ni el sufragio se convierta en máquina de dominación fácilmente manejada por el Poder, procurando que se establezca la representación proporcional, mediante el voto por cuociente directo y secreto; fomentar la actividad de los municipios, á fin de que sirvan de escuela preparatoria á todos los

ciudadanos ; trabajar por el establecimiento de una Milicia Nacional, aboliendo en la práctica el reclutamiento forzoso : adoptar en materia de industrias un sistema que concilie en lo posible la libertad del trabajo con la necesidad de la protección, sin exagerar esta última por el recurso de los contratos, tras de los cuales se deslizan fácilmente la usura y el privilegio ; establecer el juicio por jurados ; velar por la independencia de los poderes ; crear la prensa libre que ejerza severa censura sobre los actos de todos los magistrados y sobre las costumbres públicas ; hacer efectiva la responsabilidad de los depositarios del poder ante los Tribunales de justicia y ante el de la opinión pública ; poner, en fin, los derechos individuales por encima y fuera del alcance de toda autoridad ; hé ahí algunos de los puntos que podrían entrar en el programa de un PARTIDO DEMOCRATICO, en el cual se inscribirían todos los hombres de buena voluntad que quisieran ver realizada la fórmula de la República, que es el gobierno de las leyes, para que ella no tenga que ir, camino del abismo, como impura bacante, ebria de furores y de concnpscencias, en brazos de los héroes del cuchillo y la mantanza, exhibiendo sus desnudeces al resplandor siniestro de la anarquía ; ni como esclava miserable, cargada de ca-

denas y de lágrimas, ahogando sus suspiros y devorando sus congojas en medio del silencio y la indiferencia de sus hijos.

Que la República se alce soberana y altiva, rodeada de la Paz y la Justicia, sobre los hombros de todos los ciudadanos; que la prensa truene y despierte en las almas el deseo de la libertad; que la palabra, el verbo fecundo, rasgue las tenebras y vaya á remover el pensamiento que se ha quedado dormido en los cerebros! ¿Qué importa la hipócrita actitud de algunos hombres que quieren una oposición que no se oponga á nada, un partido nuevo que no empiece por discutir al existente, y brindan una libertad anodina que no ha de curar las heridas de la Patria? ¿Ni qué los aspabientos de los pusilánimes que pretenden ahogar todo síntoma de elevación moral, bajo el nombre de *licencia*, y asustan á la sociedad haciéndole ver tras la luminosa figura de la Libertad el fantasma ridículo de la demagogia? Es preciso aceptar la libertad con todos sus conflictos, los hombres con todas sus pasiones; ó resignarnos de una vez á arrancarnos del pecho este corazón lleno de deseos, esta conciencia que se rebela contra las sombras, este espíritu que busca nuevos espacios por donde dilatar sus alas; después de lo cual nos queda-

remos, como los sectarios de Budha, gozando del *Nirwana*, del orden inmutable, que es el ideal de los esclavos, pero en el cual no hay deseos, ni esperanzas, ni ninguno de los atributos de la personalidad humana.

¿ Qué es lo que se quiere decir con las palabras apocalípticas : *desbordamiento de la prensa* ?
¿ Se pretende acaso que los hombres no tengan pasiones, ó que todos ellos sean tan sabios que puedan subordinarlas al freno de la prudencia ?
¿ O se quiere que un pueblo que, como el nuestro, no ha tenido tiempo de educarse en las prácticas de la libertad, haga de la prensa un uso más sobrio que el que hacen multitud de pueblos viejos ya en la cultura y las luchas de la inteligencia ? El más avanzado de ellos en la democracia práctica desmiente con su ejemplo esas teorías que desconocen la naturaleza humana. « En ningún país — dice Grimke — exceden los diarios á los de los Estados Unidos en vulgaridad y ultrajes... Todos los descontentos privados que tienen origen en la envidia, en la animosidad personal, en chismes de vecinos, en hallarse en una falsa posición para con el resto de la sociedad en fortuna, reputación é inteligencia, se descubren inmediatamente y dan un carácter de amargura y de vulgaridad á las disputas públicas, que es impropio de ellas. »

Y el sabio publicista, después de examinar detenidamente la cuestión, termina así :

» No hay sino un modo de remediar el defecto, y es el de que la prensa misma ejerza el oficio de censor : en otros términos, conceder tal libertad á los diarios políticos, que cada uno se halle interesado en descubrir los errores é imposturas de los demás. En América existe una real y formidable censura para la prensa, pero la institución está dentro, no fuera de la prensa. La consecuencia es que los esfuerzos de todos los partidos son más vehementes é incansables, y sin embargo, más inocentes y pacíficos que en cualquiera otro país. » (*Naturaleza y tendencias de las instituciones libres.*)

¿ Pretenderémos nosotros tener más cultura política que el pueblo de los Estados Unidos, modelo de costumbres republicanas ? Esto, ó es una ridiculez, ó un sofisma para escamotear la libertad de la prensa. Lo cierto es que la libertad es llama que, penetrando en los corazones, los hace latir con violencia ; pero es porque destruye en ellos todas las impurezas, y cuando parece que incendia, no hace sino derribar los viejos fetiches para poner en su lugar la luz de la verdad. Para el abuso no puede haber mejor correctivo que la censura de la opinión pública ; y por

otra parte, el desbordamiento es un fenómeno anormal, fruto casi siempre de una larga represión, que, por consiguiente, desaparece en cuanto la prensa entra en la posesión tranquila de sus derechos, y segura de que no han de arrebatar-sele, se eleva á la altura de su misión civilizadora.

Entre nosotros la República puede perderse por la complicidad entre la inercia y la mentira ; y no se salvará si no se hace un llamamiento á todas las energías del bien para que produzcan la verdad y el ejercicio activo del derecho. Venga una saludable agitación cívica á comunicar vida al organismo político, y abandónese para siempre la torpe afición á poner las libertades públicas en la punta de un cuchillo ó en la boca de un fusil, á usanza de tribus salvages ; que no son las conquistas de la fuerza las más duraderas, ni los pueblos más libres son los que han hecho más revoluciones.

Febrero de 1887.

SOBRE UN PLAN DE POLITICA ECONOMICA

(*Novena carta*)

Por segunda vez he de ocuparme del ilustrado escritor que firma con el seudónimo de *Un Imparcial*, con motivo del artículo recientemente publicado por él en el *London Bazar*, de Valencia, á manera de refutación á las ideas que, combatiendo su plan de República Parlamentaria, me permití exponer hace poco en este diario, no sin gran desconfianza en mis aptitudes, aunque con una fe inquebrantable en los principios.

« Responderé primero á lo que tú al fin de tu carta me escribiste — dice Cicerón á Cornificio — porque así entiendo que lo soléis hacer los que sois buenos abogados »; y bien que yo no lo sea ni bueno ni malo, sino un oscuro ciudadano con mucho amor á su Patria y mayor deseo de verla al fin rejida por las verdaderas instituciones republicanas, imitaré el ejemplo del grande orador romano, ya que *Un Imparcial* me proporciona oportunidad para ello, dejando como ha dejado

para el final de su interesante trabajo lo que yo considero como el punto capital, el nervio de la cuestión debatida.

Hay en el ánimo de *Un Imparcial* cierta extraña confusión acerca del concepto *federación*, que yo no puedo explicarme en quien, como él, parece versado en el estudio de la ciencia política y conoce el valor técnico de los términos empleados por los publicistas más autorizados. Penetrando en el espíritu de la teoría de Grimke, se viene en conocimiento de que la federación consiste en hacer *una extensa distribución del poder político SIN NINGUNA CONSIDERACIÓN A LAS CIRCUNSTANCIAS QUE HAYAN DADO ORIGEN AL GOBIERNO*, es decir, que hay *federación* donde quiera que las entidades locales sean autonómicas, importando muy poco su primitivo origen unitario ó soberano, porque, como muy bien dice el citado publicista « este es un gran problema de filosofía política, y no *una cuestión incidental de la historia de una clase particular de instituciones.* » Grimke, que ha estudiado profundamente la materia en su obra sobre la *Naturaleza y tendencias de las instituciones libres*, encuentra los rudimentos de la federación aun en las países monárquicos, y en especial, en la Constitución inglesa y en las antiguas instituciones de Francia, Bélgica y Holanda. El error de *Un Imparcial*, si

de tal he de atreverme á calificarlo, consiste en no querer prescindir del criterio *histórico* en una cuestión que es puramente de *filosofía* política. Los ejemplos históricos de federaciones y de confederaciones nacidas de circunstancias especiales que no se repiten, creadas empíricamente y en que, por tanto, se ha hecho una aplicación casi siempre imperfecta del principio filosófico, no pueden tener sino un valor muy relativo á los ojos de la ciencia y no merecen tomarse como elementos concluyentes de una demostración, puesto que esas circunstancias especiales se modifican constantemente con el progreso de la sociedad que hace á ésta más apta cada dia para practicar el principio. Pero — para emplear otra vez las palabras de Grimke — « está uno tan acostumbrado á considerar el gobierno americano como un sistema *sui generis*, que deriva su significación y utilidad de la existencia originariamente independiente de las partes, que se supone que ningún sistema que tenga analogía con él es practicable en ninguna otra comunidad. Tanto se acostumbra el espíritu á considerar la causa y el efecto en el orden preciso en que á primera vista se le presentan, que es difícil prescindir de la asociación, y aplicar nuestra experiencia, *en donde el principio es el mismo, aunque las circunstancias colaterales sean sólo diferentes.* »

En este caso se encuentra *Un Imparcial*. Él olvida, por atender al criterio histórico únicamente, que el principio fundamental, indestructible de la federación es una generalización del principio de libertad individual, por donde se reconoce á toda asociación de individuos, ya se llame Municipio ó Provincia, según su importancia, la misma ó análoga libertad de que goza cada individuo en particular, es decir, el manejo de sus intereses privativos. La forma en que se lleve á cabo ese reconocimiento de autonomía no agrega ni quita nada al concepto de la federación : puede ser obra del todo, puede serlo de las partes : ó, empleando la fórmula venezolana, puede partir del centro ó de la circunferencia. Todo eso no es sino lo que llama Grimke *circunstancias colaterales*. Estas varían ; el principio es inalterable como toda verdad demostrada. Y la base experimental de donde se deriva ese principio, no es la de que tales ó cuales circunstancias hayan contribuido á formar un cuerpo federativo, como los Estados Unidos ó Suiza, sino la de que allí, donde las entidades locales no son dueñas de sus intereses, no puede existir la verdadera democracia representativa.

Es, pues, reducir la idea filosófica á un círculo muy estrecho el decir, como dice *Un Imparcial*;

que solamente « cuando la erección de las soberanías es obra de las partes, delegando algo de esa soberanía para constituir la autoridad *central* que representa el conjunto, es que están *federadas*, como sucede en los Estados Unidos » ; y que « no puede decirse lo mismo entre nosotros, por ejemplo, donde, la obra de las autonomías locales no es de las partes sino del todo, etc. » Esto lo que quiere decir es que las instituciones americanas y las venezolanas han llegado por diferentes caminos al mismo fin, *la federación*, porque *las circunstancias colaterales* no eran las mismas.

¿ Qué importa, en efecto, que se obtenga la erección de las soberanías locales, despojando al poder central, y no de otra manera ? Desde el momento en que se reconocen las soberanías se les da el derecho de unirse, de agruparse como á bien tengan, y el resultado de esa nueva unión *voluntaria* que por sí sola constituye un acto de soberanía, no puede llamarse de otro modo que *Federación*. Con la palabra *descentralización* no se haría sino significar el estado transitorio, que es lo que realmente intentó hacer nuestra Convención de Valencia. Ya ve *Un imparcial* que la « preocupación de escuela » no está de mi parte, sino de la suya, y que la teoría de Grimke, lejos de favorecerle, le condena sin apelación.

Pero hay más : aunque es cierto que, como dice *Un Imparcial*, los idiomas tienen palabras con su significado preciso para expresar las ideas, no lo es menos que, en materias científicas, no podemos atenernos sino al empleo que de las palabras hacen los hombres etendidos en la ciencia respectiva. Calhoun, en su *Discurso sobre la constitución y el Gobierno de los Estados Unidos*, explicando el significado de la palabra *federal*, dice : « Es federal nuestra República al mismo tiempo que democrática. *Federal*, por un lado, en contraposición á *nacional* ; y tambien *federal*, por otro lado, en contraposición á *confederación*. Es federal porque es gobierno de una comunidad de Estados, y no gobierno de un solo Estado ó Nación. » Por tanto, donde quiera que haya una comunidad de Estados autonómicos, cualquiera que sea su origen, y donde, por consiguiente, el Gobierno general no ejerce sino poderes delegados, es racional y científico decir que la Constitución es *federal* y no simplemente *descentralizada*. Y no me detengo en esto por discutir palabras sino porque las opiniones de *Un Imparcial* en el asunto, vienen á fortificar el error de los empíricos que, no viendo en nuestro sistema más que un simple *despojo* del poder central, cuando es el reconocimiento de una autonomía que antes estaba deten-

tada, creen que es lo más lógico y conveniente restablecer aquel poder, consumando así un verdadero despojo de los derechos de los Estados.

Creo, sin embargo, que después de su franca explicación, *Un Imparcial* y yo podemos llegar á entendernos, aunque él persista, contra las autoridades que he citado, en reservar el término *federación* para la unión de entidades originariamente independientes, conformándose en esto con el lenguaje de nuestros políticos de 1858.

No sucede lo mismo en cuanto á su plan de República Parlamentaria, contra el cual presenté serias objeciones que mi distinguido contendor pasó en silencio, como quien rehuye la discusión, limitándose á nuevas afirmaciones respecto de la bondad del sistema.

Mis cargos fueron entre otros : 1º que el sistema parlamentario destruye la independencia de los poderes, pues el Parlamento y el Ejecutivo se usurpan recíprocamente sus funciones ; 2º que hace ilusoria la libertad del sufragio, porque el Ministerio corrompe las elecciones para tener mayoría en la Cámara ; 3º que pervierte la Administración Pública, porque la mayoría que apoya á un Ministerio se hace conceder, en cambio, todo género de favores ; 4º que siendo el parlamentarismo una lucha perpetua entre el

Ministerio y las fracciones parlamentarias, aquél no tiene momento de reposo para administrar bien los intereses colectivos.

Ni se diga, como indirectamente me lo da á entender *Un Imparcial*, que éstos son defectos de los hombres, « pues con gobernantes malos hasta las leyes angélicas se convierten en diabólicas, » porque los vicios del parlamentarismo son inherentes al sistema, como lo reconocen en Europa todos los políticos honrados, en cuyo número citaré á Donnat, Laveleye, Portalis, Bonghi, Sherer, Andrieux y otros muchos, y como lo han reconocido antes que ellos publicistas tan eminentes como Laboulaye, Story, Lastarría, Florentino González, etc. El régimen representativo americano no da pretexto para esos vicios, y si entre nosotros se deslizan, es por culpa exclusiva de los hombres, de las tradiciones del antiguo régimen que constituyen el fondo no extirpado aún de nuestra educación política. Los que hayan leído el libro reciente de Mr. Andrieux, *Souvenirs d'un Préfet de Police*, que por su forma contiene detalles que no se encuentran en las obras puramente científicas, habrán visto cuán pernicioso es un sistema que reduce á mero pugilato de politicastros la altísima misión del Gobierno.

Y es que el régimen parlamentario no puede considerarse sino como una forma transitoria entre la antigua monarquía absoluta y la moderna democracia representativa. Mirado desde el punto de vista del pasado, es un grande adelanto, por lo mucho que ha quebrantado la idea monárquica, reduciendo á los reyes á mera reliquia tradicional; pero visto á la luz de la verdadera doctrina democrática, se advierte al punto cuánta todavía de los principios por ella proclamados. Engendro del eclecticismo político, de la teoría del justo medio, participa vagamente de todos los caracteres, sin tener ninguno definido, ni presentar en última análisis más que una lamentable confusión de ideas.

La imitación que se ha hecho del gobierno parlamentario de Inglaterra, ha resultado muy imperfecta en otros países que no reúnen las condiciones especialísimas de organización social, de repartición de la propiedad, que han venido consolidando al través del tiempo la constitución inglesa. De ésta puede decirse que no se han tomado sino los defectos; y el principal de ellos es la intervención exagerada que se da á la Cámara Popular en la formación del Ejecutivo, por cuyo medio se entrega la Administración á las veleidades parlamentarias, se anarquizan los poderes,

y se acostumbra á una Asamblea á creer que está por sobre todo aun por sobre la justicia, como sucede en Inglaterra, donde es proverbial el dicho de que el Parlamento puede hacerlo todo, menos cambiar los sexos. « Una cosa es hallarse subordinado á las leyes — dice Story — y otra muy distinta depender del cuerpo legislativo. La primera está de acuerdo con los principios fundamentales del buen gobierno, la última los viola y trae de hecho por resultado el reunir todos los poderes en una sola mano, *cualquiera que sea la forma de la Constitución* »... « Por tanto, si el Ejecutivo ha de constituir una rama independiente en el gobierno, es necesario darle alguna permanencia de duración en el oficio y algún apoyo para el firme ejercicio de sus atribuciones. »

Es verdad que para compensar la peligrosa intervención de la Cámara en la formación del Ejecutivo, se le da á éste el poder de disolverla. Pero así se cae en una extravagancia sin nombre: una Asamblea que puede derribar Gobiernos, y un Gobierno que puede derribar á los representantes del pueblo. Esto no debe considerarse como una seria y definitiva aplicación de los principios.

Me parece inútil insistir en el antagonismo que existe entre el régimen parlamentario y el sufra-

gio universal, porque es ya un axioma. Como muy bien dice M. Andrieux, precisamente « porque el sufragio universal asegura á todos los partidos y á todas las clases la representación parlamentaria, se opone á la formación de una mayoría de Gobierno.» Conocido es el descaro con que el Ministerio hace en España las elecciones para procurarse una mayoría adicta; y en Francia, donde hay más respeto exterior á la opinión, se ha ocurrido al expediente de excluir á las minorías del Parlamento, adoptando sistemas adecuados como el èscrutinio de lista y los grandes colegios electorales para que triunfe siempre el partido mejor organizado, que es el del Gobierno. En cambio, «el régimen representativo — observa M. Andrieux — se acomoda maravillosamente á la representación de todas las minorías; se presta á que todas las opiniones puedan hacerse oír en la Asamblea Nacional, porque no teniendo ésta que constituir ni dar apoyo á un Ministerio salido de su seno, no hay necesidad de una mayoría gubernamental.» La perspicacia política de los ingleses ha advertido el peligro que correrían las instituciones parlamentarias al asegurar una representación equitativa á las minorías, y en la necesidad de satisfacer de algún modo las exigencias de la democracia, ha acep-

tado, después de rudísima batalla, el sistema más imperfecto, el del voto limitado, para la elección de miembros de la Cámara de los Comunes en la ciudad de Londres y en las ciudades que tienen una representación de tres miembros.

Estos argumentos me parecen concluyentes para demostrar á *Un Imparcial* que no hay ningún género de lógica en proponer una República Parlamentaria, y reclamar al mismo tiempo, como él lo hace, la representación proporcional.

Pero ya que *Un Imparcial* se muestra tan encariñado con la frase del señor Guzmán, de que « los Estados Unidos son un espléndido modelo en todo género de aciertos », ¿por qué nos quiere quitar nuestra República á la americana (1) para darnos una República á la francesa? Tampoco en esto hay lógica.

Yo calificué su plan de seductor y dije que me agradaba « hasta cierto punto », porque al fin el parlamentarismo es algo mejor que una dictadura perpetua ; pero cuando se trata de determinar lo que más convenga á mi Patria, no puedo pro-

(1) Hago, por supuesto, abstracción de las excrescencias suizas que últimamente se han introducido en nuestra Constitución y que están llamadas á desaparecer por impopulares.

nunciarme por un sistema en que no hay posibilidad de existencia para la verdadera democracia representativa, y que viola, además, un principio cardinal de buen gobierno : la independencia de los poderes.

Por lo que respecta á la irresponsabilidad del Presidente, *Un Imparcial* hace caso omiso de toda mi argumentación, para citarme únicamente una nueva frase de Caro, según la cual es un axioma de sana política (¿ para los conservadores neocolombianos?) « que la responsabilidad efectiva del Gobierno no puede lograrse sino contrapeándola con la irresponsabilidad del Jefe del Estado. » Yo he sostenido y sostengo lo contrario, apoyado en la autoridad de todos los publicistas que he citado en el curso de este escrito, cuya experiencia é imparcialidad me parecen muy superiores á la del señor Caro. Tengo por axioma de sana política que *la inviolabilidad de cualquiera empleado del Gobierno es incompatible con la teoría republicana, así como también con los principios de la justicia distributiva* ; y creo que entre nosotros sucedería lo que en Chile, según este párrafo de Lastarría :

« Aquí se admite un Presidente como Jefe del Poder Ejecutivo, el cual es irresponsable durante su gobierno, reservando toda responsabilidad

para después de su período ; y para salvar la inconsecuencia, se le agrega un primer ministro ó varios, que son responsables en su ejercicio. ¿ Qué ha de suceder ? O éstos obedecen á su jefe y obran de acuerdo, como en el Imperio napoleónico, en cuyo caso tienen que responder con toda injusticia, como testaférreas ; ó siguen el impulso de la mayoría parlamentaria, como en la monarquía constitucional inglesa, prescindiendo del Presidente y faltando, por supuesto, á la Constitución que atribuye á éste el gobierno ejecutivo. Por un lado injusticia, por el otro conflicto político, peligros que se tratan de evitar en la nueva práctica de las repúblicas oligárquicas (fijese bien *Un Imparcial*) ó reduciendo también á cero la responsabilidad ministerial, ó dando á los ministros una intervención desvergonzada en las elecciones del cuerpo legislativo para que se procuren una mayoría devota que simule la práctica inglesa ; ó bien, finalmente, (que sería seguro en Venezuela, dadas nuestras costumbres) dejándoles entera independencia para que burlen al Parlamento cuando pierden su apoyo, sin poder alegar la excusa de su sumisión á las voluntades de un jefe irresponsable, como los ministros de Napoleón III, ni de su inmediata responsabilidad ante un jefe responsable que hace

suyos los actos de sus secretarios, como el Presidente de los Estados Unidos. Esto no es serio ni responde á las condiciones del sistema representativo, ni mucho menos á la división de los departamentos del poder político. »

El régimen parlamentario no tiene defensa por ningún lado : apenas sirve como forma de transición para las monarquías constitucionales, y es absurdo en la teoría republicana, sobre todo cuando se le trata de aliar con los principios federales. Lo que sí es un axioma de sana política es que la responsabilidad del Ejecutivo debe buscarse en una sobria delegación de facultades, es decir, que sus atribuciones no sean tan limitadas que debiliten su acción y le dejen sin la necesaria energía para hacer respetar las leyes, ni tan grandes y poderosas que le permitan ponerse por encima de las leyes y eludir la consiguiente responsabilidad. Los maestros de la ciencia constitucional convienen todos en que la constitución americana es un modelo acabado de proporcionalidad en este sentido. En efecto, donde el poder político está extensamente distribuido en entidades autónomas, y las facultades del Presidente determinadas con precisión en la Carta Fundamental, y en donde, además, se toman otras precauciones respecto del uso de la fuerza arma-

da, el Presidente no tiene medios para responder con un golpe de Estado á la acusación que contra él fulmine un Parlamento. Pero donde el Presidente dispone de toda la fuerza material y reúne en sus manos todo el poder político de la Nación, la responsabilidad es una burla, y es natural que cuando se trate de hacerla efectiva ocurra lo que entre nosotros en tiempo de Monagas; lo que, por lo demás, sucederá siempre en Venezuela, mientras las circunstancias sean las mismas, y no entremos de lleno y con lealtad en la práctica de las doctrinas federales.

Créalo *Un Imparcial*: la responsabilidad está mejor consultada en el régimen puramente representativo que en el parlamentario, porque la mejor manera de combatir un mal es quitar la ocasión, y no brindarle todo género de incentivos para tratar después de curarlo con remedios numerosos, pero ineficaces, ó que si curan, es para engendrar males mayores.

No es exacto tampoco que el parlamentarismo sea « la única manera de que la acción popular *directa* pueda llegar hasta el Poder Ejecutivo *en masa*. » Esto es verdad tratándose de la monarquía constitucional en donde se considera todavía al pueblo como el *tercer estado*, y se tiene como principio fundamental el de que la soberanía se

divide entre el rey, los nobles y la cámara popular ; pero en una República donde no hay clases privilegiadas, donde la sociedad civil está organizada democráticamente, donde las funciones políticas son electivas, la acción popular está en todas partes, el pueblo lo componen todos los ciudadanos, quienes ejercen alternativamente todas las funciones. Creer, además, que porque una Cámara haga y deshaga ministerios, éstos representan la acción popular *directa*, es suponer que los representantes del pueblo son el pueblo mismo, que es, como observa Story, la tendencia más perniciosa de toda Asamblea.

Nuestra Constitución, por otra parte, da á la Cámara los medios de deshacerse de un Ministro que falte á sus deberes con un simple voto de censura. Esto basta al objeto, sin necesidad de exponer la estabilidad del Gobierno á esas frecuentes crisis *en masa* que perturban los intereses sociales, tan ruidosas, pero tan poco benéficas, á no ser para los intereses de partido y las ambiciones personales.

En cuanto á la adopción de una sola Cámara, me sorprende que *Un Imparcial*, abrace el error de la escuela francesa, error insostenible, aunque tenga la autoridad de Turgot, después que se han puesto de relieve, los vicios; los errores y

la impotencia á que dió lugar una sola Asamblea tanto en Francia, como en los Estados Unidos antes de su constitución definitiva. No acabaría si fuera á citar todo lo que se ha escrito en contra de las Asambleas únicas por los hombres más competentes en el estudio de la sociedad política. Contentaréme, pues, con este enérgico pensamiento de Laboulaye : « Una sola Asamblea no tiene nada que la detenga : la facultad de dictar leyes es forzosamente ilimitada y fatalmente despótica. »

Lo de no querer consagrar los derechos individuales en la Constitución, es otro error. Precisamente la sociedad constituye un gobierno para que la ampare en el ejercicio de esos derechos ; y por consiguiente deben sancionarse explícitamente y sin reservas. Los derechos individuales son primitivos, absolutos, nadie los da ni puede quitarlos : en esto estoy de acuerdo con *Un Imparcial* ; pero por lo mismo deben ponerse fuera del alcance de toda autoridad, no diciendo : « Se garantizan tales y cuales derechos, » sino empleando la forma negativa como en las enmiendas de la Constitución Americana, cuyo primer artículo dice así :

NO HARÁ EL CONGRESO LEY ALGUNA *por la que se establezca una religión, ó se prohíba ejercerla, ó se limite*

la libertad de la palabra ó de la prensa ó el derecho del pueblo á reunirse pacíficamente y pèdir al Gobierno la reparación de sus agravios.

Esta forma negativa es la más adecuada, porque supone la anterioridad de los derechos y prohíbe legislar sobre ellos. Decir simplemente que *nadie está obligado á hacer lo que la Constitución no manda, ni impedido de hacer lo que ella no prohíbe*, es suponer que si se introdujera en la Constitución un artículo que negase ó limitase cualquiera libertad, ello sería conforme á derecho. Y si en lugar de *Constitución* se pone *ley*, es todavía peor, porque entonces los enemigos de la libertad la destruyen por medio de leyes secundarias, y dicen: «Nadie está impedido de hacer lo que la ley no prohíbe;» pero como hay una ley que prohíbe ó limita el ejercicio de tal ó cual derecho... Véase hasta donde puede llegar el peligro. El principio es bueno, sin embargo, á título de complementario y para que en él se comprenda cualquiera olvido.

Dicho lo que antecede, que en mí es obra de una convicción arraigadísima, entraré á dar una explicación á mi ilustrado contendor.

Sentiría mucho haber lastimado su susceptibilidad, aplicándole el calificativo de *conservador*

que él rechaza tan enérgicamente. Yo le hice la justicia, sin embargo, de creerlo miembro *lejano* de aquel partido, para no confundirle con los conservadores petrificados y torquemadistas, de que aun quedan algunos ejemplares en Venezuela. Así me lo hicieron suponer sus ideas sobre el gobierno parlamentario, que es una forma transitoria, destinada á desaparecer al empuje de la democracia ; sus burlas á la federación, á que en su primer artículo él llamó « un sofisma político insostenible y de consiguiente perecedero, » pues yo ignoraba la sutil distinción de palabras que acaba de hacer en su nuevo trabajo ; sus simpatías por la primera magistratura irresponsable, que aunque sea una consecuencia lógica del gobierno parlamentario en Europa, donde se transige todavía con muchas ficciones constitucionales, en América ha sido siempre el apoyo de las oligarquías y el cebo de las dictaduras ; y sobre todo su deseo de limitar el sufragio á los que sepan leer y escribir cuando no ignora el ilustrado escritor que tal limitación no puede tener sino uno de estos dos resultados : ó la mayoría sabe leer y escribir y entonces la limitación es innecesaria ; ó no sabe, y en tal caso los destinos del país caen en manos de la minoría.

Por este último motivo fue que no le creí muy

demócrata, y estampé aquello de que « en el fondo *Un Imparcial* está convencido de que con el pueblo no hay que contar para nada. »

No fue tergiversando una frase suya, como le llamé partidario de la descentralización administrativa. Relea *Un Imparcial* su propio escrito y encontrará este párrafo :

« De ahí, que en países de origen unitario como Venezuela, *no cabe el federalismo, sino la descentralización ADMINISTRATIVA, más ó menos extensa, como la inició la Convención de 1858. »*

Y aunque después dice descentralización solamente, era lógico suponer que se trataba de la *administrativa*.

Si dije que en su plan los ministros eran « casi tan irresponsables como el Presidente », no fue por error de cita sino intencionalmente, porque tal sería, en mi concepto, la consecuencia del sistema.

Lo demás lo defendería si fuese de importancia. Conste, sin embargo, que yo no he pretendido corregir en nada á *Un Imparcial*, y que la veracidad de las citas del contrario es una de las cosas de que más cuido al escribir, pues cuando entro en una polémica es por amor á la verdad, y no para alcanzar fáciles triunfos haciendo uso de innobles picardihuelas.

Si no entro ahora tampoco á disertar sobre la instrucción laica, es porque ya lo he hecho extensamente en mi penúltima carta dirigida al Director de este Diario, demostrando, con la autoridad de profundos pensadores y filósofos, que la moral es una ciencia independiente de toda concepción teológica, como que tiene sus bases en el estudio de la organización fisiológica del hombre, y no en una doctrina religiosa determinada ; que la moral autoritativa, fundada en el deber y no en el derecho, sancionada por el temor y no por la convicción, es ya ineficaz para el progreso de la sociedad ; que la escuela debe ser un campo neutral en donde el niño reciba la educación moral cívica compatible con la realidad ; y que para que « nadie — como dice *Un Imparcial* — pretenda dominar las conciencias, privándolas del ejercicio tranquilo del culto de sus afecciones », la instrucción puramente religiosa debe recibirse en los templos, pues para eso tiene en ellos su cátedra libre el sacerdote. De bien poco servirían los templos y el sacerdote si no desempeñasen bien una misión que les está exclusivamente encomendada, sin necesidad de invadir extrañas esferas. La alianza entre Bismarck y el Papa, con que ahora se hace mucho ruido y á que *Un Imparcial* alude, me tiene sin cuidado á este respecto.

Esa alianza obedece á propósitos muy distintos de los de una simple propaganda religiosa ; el astuto Canciller, que es el representante más caracterizado de la fuerza en el siglo XIX, parece que quiere restaurar un poco el esplendor perdido de la vetusta iustitución, para confortar los elementos conservadores y detener la corriente de la democracia, retardando así la solución de los numerosos problemas políticos, sociales y económicos que hoy conmueven á la Europa. Es la alianza natural y constantemente repetida en la Historia, de la Iglesia y el despotismo ; y no tome á mal mi apreciación *Un Imparcial*, porque éste es un hecho reconocido por hombres nada sospechables, como Guizot, que perteneció á la escuela político-filosófica llamada *papista* y que tanto defendió el poder temporal de la Iglesia.

Acojo con un aplauso sincero la categórica declaración de *Un Imparcial* de que no es desafecto al sistema federativo ni adicto al contralismo, sino antes bien, partidario de que las entidades locales « gocen de cuanta autonomía sea necesaria para su mayor satisfacción y provecho, » lo cual no se desprendía claramente de su primer artículo.

Y ya que en el programa democrático que él presenta estamos de acuerdo sobre tantos pun-

tos ; ya que en los grandes rasgos del credo liberal no pueden haber entre los dos di sentimien-
to ; ya que hasta en la organización de la familia
Un Imparcial conviene en el divorcio « como una
necesidad extrema en circunstancias especiales
para aceptar del mal el menos » ; vaya, quitado
el guante, mi mano á estrechar la del culto y
bien inspirado escritor, á quien sólo deseo verle
renunciar á su plan de parlamentarismo, conde-
nado ya por la ciencia, para que haya entre los
dos más estrecha confraternidad de ideas, y tra-
bajemos unidos en el amor de la Patria, en la
obra de perfeccionar sus instituciones, extirpar
los vicios que se han introducido en las costum-
bres políticas, despertar el espíritu público empu-
jándole á los cívicos combates de la democracia,
ahogando para siempre el monstruo de las revo-
luciones y haciendo que la República derrame á
torrentes la luz, la libertad y el bienestar para
todos.

Marzo de 1887.

CUESTIONES DE FILOSOFIA

(*Décima carta.*)

Atenciones preferentes que no me es dado posponer, me habían impedido continuar esta serie de cartas, en momentos en que *Genaro*, escritor cuyo estilo no me es enteramente desconocido, aparecía en *La Opinión Nacional* envolviendo en la inexorabilidad de un anatema común mi pobre nombre con el de otros escritores venezolanos que se han hecho notables recientemente por la audacia de sus ideas.

Grande acopio de citas ha hecho *Genaro* para probar una cosa que admiten todas las escuelas filosóficas y que se aprende en el más insignificante manual, á saber : que todos nuestros conocimientos son relativos, que la constitución misma de nuestro pensamiento nos impide concebir y comprender lo absoluto, y que, por tanto, el origen de las cosas se escapa y se escapará siempre al entendimiento humano. Spencer ha demostrado en *Los Primeros Principios*, que las tres

hipótesis sobre que tanto han divagado los teólogos y los metafísicos, de la creación por sí, la existencia por sí y la creación por un poder exterior, son todas y cada una inconcebibles y contradictorias.

El hombre es la medida de todas las cosas, como ya lo decía Parménides, pensamiento que pueden reivindicar para sí todas las escuelas, y que enseña que el Universo no existe sino con relación á nuestros sentidos y á nuestra limitada inteligencia. Tan cierto es esto, que si poseyésemos un sentido más siquiera, percibiríamos nuevas relaciones y se alteraría en gran manera nuestra concepción del Universo. Tal como estamos constituidos á todo *por qué*, no podrá darse más respuesta que la de Molière cuando preguntaba por qué el opio produce sueño : porque tiene en sí una virtud *dormitiva*.

Puesta á un lado, por ociosa, la investigación de las causas finales, que no engendra sino la insanía y el suicidio intelectual, sin dar ninguna explicación satisfactoria, queda á la ciencia el vastísimo dominio de lo conocible, en el cual nada hay sobrenatural, antes bien, todo se explica por las combinaciones fatales de la sustancia en movimiento y por las facultades propias de la sustancia organizada. El Padre Secchi, á fuer de

verdadero sabio y aunque á vuelta de algunas contradicciones que la crítica ha señalado en sus obras como efecto de ideas extracientíficas, así lo reconoce con estas notables palabras :

« De una manera general es exacto que todo depende de la materia y del movimiento, y volvemos así á la *verdadera filosofía* ya profesada por Galileo, el cual no veía en el Universo más que movimiento y materia ó simple modificación de ésta por transformación de las partes ó diversidad del movimiento.... Un fenómeno será realmente explicado cuando se conozca la cantidad de trabajo invertido en producirlo y el modo de transformación del movimiento que lo ha engendrado. »

En concepto de *Genaro*, parece que Tyndall ha hecho un gran descubrimiento cuando acusa de imperfectos los instrumentos de que se sirve la ciencia como auxiliares de los sentidos. Pero, ¿no es eso lo que dicen todos los días los de la escuela contraria? « Hemos llegado — dice Maudsley — á medir una millonésima parte de centímetro, á descubrir una elevación de temperatura de $\frac{1}{8800}$ de grado centígrado, á demostrar con el espectroscopio la 180,000,000 parte de un grano de sosa ; pero probablemente todas estas medidas son muy groseras en comparación de la delicade-

za de nuestro olfato, y en general, de la infinita pequeñez de las actividades moleculares de la materia ; en esto cabe un desarrollo ilimitado de los sentidos »

Declaraciones semejantes, lejos de justificar el calificativo de *presuntuosa* que *Genaro* da á la ciencia, están pobando que ella se da cuenta de la infinita complejidad de los problemas que tiene que resolver y de la pobreza relativa de los medios que tiene á su disposición. Una cosa es cierta, sin embargo, y es que su método es el más fecundo y seguro, para llegar al conocimiento de la verdad, pues el espíritu humano no logró sino çerirse en el vacío mientras estuvo asediado por el fantasma de lo absoluto. Desde su entrada en el mundo, el hombre quiso averiguar de un salto la razón de cuanto le rodeaba, y tomando por realidades las creaciones de su imaginación, se engolfó en un mar de vaporosas idealidades, de abstracciones y de entidades metafísicas, que hoy no podemos considerar sino como esfuerzos infantiles, hechos en una edad en que se creía que bastaba un símbolo ó una metáfora para explicar la naturaleza. Esta oculta secretos mucho más hondos é impenetrables que lo que han creído los metafísicos y los fundadores de sistemas religiosos ; y sólo el estudio

serio y continuado de los hechos, podrá disipar en parte nuestra nativa ignorancia.

Nada arguye en contra de las conclusiones de la biología, la duda suscitada acerca de si la célula es ó nó homogénea. Lo que importa saber es que el protoplasma que la compone es la base de la vida, « la madre común de todos los demás elementos histológicos, » la sustancia que realmente *vive*, asimila, desasimila y se renueva en los seres organizados. De su composición química se sabe que es una mezcla de principios elementales abundantes en la tierra y en la atmósfera ; y nada impide creer, como dice Lanessan, que « el día en que el biólogo tenga un conocimiento más exacto de ella, así como de las condiciones necesarias á la producción de ese estado particular de la materia que llamamos *vida*, será posible determinar la formación de esa materia, así como el químico hace hoy la síntesis de un gran número de cuerpos, cuya composición y condiciones de formación ignoraba apenas hace pocos años. »

Tampoco el juicio de M. Sansón sobre el libro de Darwin, desvirtúa en nada la teoría por éste sostenida. Hoy está suficientemente demostrado que las especies que pueblan el globo no son inmutables ; que ellas varían, aun á nuestra vista,

por la acción del medio generador y del medio cósmico, por la selección y la lucha por la existencia, por el uso y desuso de los órganos y otras muchas causas comprobables; que las variaciones se transmiten por herencia y se pierden por atavismo; y en fin, que lo que el hombre mismo puede hacer en pequeño, durante su cortísima vida, en un reducido número de especies, lo hace con más seguridad la naturaleza sobre todos los seres, en períodos geológicos incalculables. La cadena está rota; pero la geología y la paleontología desentierran los eslabones perdidos, y nuevas formas intermediarias se descubren, nuevas familias y géneros salen de las profundidades del pasado á proclamar un estrecho vínculo de parentesco entre todas las manifestaciones de la materia organizada.

En realidad la evolución de los seres en nuestro planeta, no es sino una faz de la evolución general del Universo, cuya ley es una diferenciación constante de lo simple á lo complejo, que se verifica así en el individuo como en la sociedad de que forma parte, así en la tierra como en el sistema solar, y así en éste como en el sistema sidéreo, compuesto de un número desconocido de sistemas solares.

Fantasia y nada más que fantasia, dice *Genaro*

con olímpico desdén. Tal puede ser, en efecto, para los que no se dan cuenta de que el mundo de la realidad es mucho más rico que el de la imaginación.

A la pregunta de Dumás : « ¿ La naturaleza de la materia nos es conocida ? » hay que oponer esta otra : ¿ Tal conocimiento es posible ? — Detrás de todo el párrafo citado por *Genaro* se ve la eterna *cosa en sí* de los metafísicos.

En un momento de amargura ó de desaliento un sabio preocupado de *la esencia de las cosas* podrá prorrumpir en la exclamación de Sócrates ó llamar al Diablo en su ayuda como el *Fausto* de Goethe. Entre las diversas versiones que se dan del fin trágico de Aristóteles se cuenta la de que paseando el filósofo por una playa solitaria, se arrojó en medio de las olas porque no podía comprenderlas. Así, otros menos heroicos, como Dumás, pueden proclamar que « el sabio tiene el derecho y el valor de creerlo todo. » Tales aforismos no harían dar un paso á la ciencia, y la prueba de su inutilidad es que el espíritu humano no se contenta con ellos, antes bien, lucha cada día más tenazmente con la naturaleza por arrancarle sus secretos.

La ciencia no se detiene : el microscopio no es la última palabra de la óptica. Otros instrumentos

más perfectos vendrán á explicarnos no sólo lo que vemos en los movimientos moleculares, sino también, como dice Mansdley, (*Fisiología del espíritu*), « las energías que se manifiestan en la conciencia bajo la forma de sentimientos, de ideas y de voliciones. » A los que de ello puedan dudar, bastará recordarles que hoy se encuentra realizado lo que Rogerio Bacon columbraba en el siglo XIII como una visión de su genio, cuando pedía á la mecánica « carros que sin caballos, corriesen con una maravillosa rapidez, á la resistencia de los líquidos una fuerza capaz de mover los mayores navíos ; é imaginaba aparatos para visitar sin asfixia el fondo de los ríos y de los mares, instrumentos para aproximar á la vista los objetos lejanos, para agrandar los caracteres de la escritura más menuda á increíbles distancias y poner las estrellas al alcance de los ojos. »

Pasando de estas cuestiones á las de moral social que han sido el principal objeto de *Genaro*, ¿ cómo no reconocer lo poco serio de un sistema que hace del sér absoluto (abstracción metafísica) una especie de agente de policía interviniendo en todas nuestras acciones ? ¿ Cómo no considerar laudables los esfuerzos de los sabios por dar á la moral bases más sólidas que obliguen al hombre á razonar los motivos de su conducta, á

hacer que la sanción esté en su conciencia, en la estimación de sí mismo y en el respeto á la opinión pública, para que sus actos no sean obra del temor sino de la persuasión? El Diablo no puede ya ser maestro de moral, ni el infierno su cátedra. Todo ese aparato de groseras ficciones tiene que ser reemplazado por una concepción racional que sirva de guía al hombre en sus relaciones consigo mismo y con los demás.

Como dice Lefèvre, « el mundo moral no está construido en el aire. » Las nociones de derecho y de deber no han caído de las nubes. Tienen su origen en los más recónditos pliegues del organismo individual y social : con ellos progresan y se perfeccionan ; con ellos degeneran y desaparecen. Cada raza construye su moral conforme á las necesidades que la rodean y á sus tendencias fisiológicas, y cuando dos ó más de ellas coinciden en sus apreciaciones, es porque han llegado á un grado análogo de evolución.

« Un derecho es una necesidad que nace en el individuo de su organismo natural ó social ; un deber, la obligación más ó menos estrecha de respetar ó favorecer en los demás un derecho, es decir, una necesidad. Todo derecho está acompañado de un deber que se confunde con él y desa-

parece en presencia de un derecho mayor. Dilatación individual ó reciprocidad social de una ó varias necesidades, hé ahí en pocas palabras el principio y el fondo del derecho y del deber, es decir, de la ley moral. » — (Lefèvre.)

Toda acción tiene sus resultados inmediatos en pro ó en contra del individuo ó de la especie. Enseñar á preverlos, á evitar las acciones que produzcan mal y á efectuar las que redunden en bien, es el objeto de la moral científica, objeto que no se logra por el método religioso, que niega, según observa Spencer, toda relación natural entre los actos y sus resultados, desde el momento en que pone el criterio del bien y del mal en una voluntad extraña.

Los resultados verdaderamente deletéreos de la moral autoritativa son bien conocidos de todos los hombres pensadores. Courcelle-Seneuil los ha resumido así :

« Si la moral es considerada como una colección de preceptos y mandamientos impuestos por autoridad cuyos motivos se ignoran, se la mira como una fuerza exterior y hasta cierto punto tiránica, de la cual se puede uno sustraer en alguna parte sin faltar demasiado á sus deberes : la libertad del individuo tiende invenciblemente á emanciparse de una autoridad que no

comprende. Los hombres tienen por la moral de autoridad sentimientos semejantes á los de los niños para con sus profesores en los colegios de internos. En el fondo los colegiales respetan, honran y frecuentemente aman á sus profesores y maestros de estudio ; mas si pueden jugarles una mala partida y sobre todo burlar el reglamento con impunidad, no dejan de hacerlo, y creen haber hecho una gentileza ó cuando más una travesura. Lo mismo los hombres respecto de la moral. ¡Qué de infracciones, y de las más graves, no se consideran sino como simples travesuras ! ¡Qué de esfuerzos incesantes para quebrantar la regla ó para eludirla y hacerla doblegarse ! Estos esfuerzos crecen á medida que el conocimiento de la ley moral y de sus motivos son más oscuros. Desde que cierto número de hombres se sustrae abiertamente á algunas leyes con ó sin discusión, cada cual se inclina naturalmente á imitarlos en los momentos en que la pasión domina. Cada cual, por otra parte, dispuesto á creer que la observancia de la moral es útil á la sociedad, piensa que es onerosa y aun dañina á los individuos : desde entonces cree poder sustraerse á ella, no solamente sin recato interior, sino con provecho, siempre que escape á la sanción exterior. Así se halla útil en cierta medida apropiarse

el bien ageno, agradable maldecir del prójimo ó engañarle, ó hacerle servir á fines personales poco laudables. *De aqui el apagamiento del sentido moral que sería mucho menos considerable si los hombres comprendieran mejor los motivos de la regla y las consecuencias necesarias de sus actos.* Es también la ignorancia de los motivos y de la naturaleza de los preceptos morales, la que ha engendrado los sofismas de los casuistas, el arte de eludir toda regla, de excusar toda infracción, aun todo crimen según el capricho de algunos intereses particulares. Los escritos de los casuistas son el monumento más notable que la sutileza del espíritu unida á la mediocridad del corazón, haya podido elevar contra la moral de pura autoridad que considera todas las cosas desde el punto de vista individual. ¡ Y cuántos casuistas que no llevan el nombre ni el hábito en todas las clases de la sociedad ! ¡ Qué de casuistas que no escriben sus máximas, pero que las exponen muy claramente por sus palabras y sus actos ! »

Hacer de la mayoría de los hombres otros tantos casuistas es el efecto real de la moral autoritativa, porque una doctrina cuya sanción es el terror, jamás puede producir la convicción en las inteligencias. Y luégo, ¿ qué decir de la horrible iniquidad que supone la imposición de un castigo

infinito á un sér finito, de penar la culpa de un día con una eternidad de dolores ? Nuestra justicia humana es más perfecta y más caritativa : trata siquiera de que haya proporción entre la pena y el delito.

La verdadera sanción de la moral está en la opinión y en el remordimiento. Mientras más se ilustre el hombre acerca de los motivos de la ley moral, más seguro y enérgico será el remordimiento del delincuente, porque saber que se ha podido hacer el bien y evitar el mal, y haber permanecido indiferente ó culpable, es la mayor de todas las amarguras. En la ignorancia de los motivos apenas existe esta sanción : el ignorante como el niño que no se da cuenta del por qué de sus acciones, no puede tener remordimientos.

Si no temiese alargar demasiado esta carta, me extendería en consideraciones acerca del origen del sentimiento religioso, para probar que no todos los pueblos lo poseen. No hay, por otra parte, necesidad de tomarse este trabajo. Basta haber leído á Lubbock (*Orígenes de la civilización*) y á Letourneau (*Sociología*), las relaciones de Livingstone y las de muchos misioneros ingleses, para convencerse de que hay multitud de pueblos del Asia y de Africa, América y Oceanía, que no sólo no poseen idea alguna de la divinidad,

pero ni siquiera la más grosera superstición. En el mismo caso se encuentra una gran parte de la población de Londres, según Letourneau. M. de Mortillet traza en su interesante libro *Le Préhistorique*, un cuadro de las costumbres del hombre cuaternario, é insiste sobre el hecho de no haber encontrado huella alguna de religiosidad en aquella época remota. El religionismo es una manifestación afectiva. El hombre ha hecho siempre sus dioses á su imagen y semejanza, atribuyéndoles sus pasiones, sus vicios y sus virtudes. Así, los dioses de las razas inferiores son sanguinarios, coléricos y vengativos; los de las superiores se elevan en dignidad y crecen en poder, aunque conservando un fondo de crueldad, y un placer enteramente humano por la adulación y las manifestaciones humillantes que al hombre mismo inspirarían desprecio. La evolución completa del sentimiento religioso, está comprendida entre el ateísmo inconsciente del Khassia y el ateísmo racional de Laplace.

Mas no es de predicar el ateísmo de lo que se trata. Si hay pueblos que no han adquirido ninguna noción religiosa, no hay ejemplo de ninguno que, después de adquirida, la haya perdido por completo, sin reemplazarla á lo menos, por otra mejor, porque la vida futura y la idea de lo infi-

nito, son fuente de una multitud de sentimientos en que se complace el alma humana y se deleita la poesía. Se trata de que los motivos de la ley moral se expliquen con más claridad al niño, para que cualquiera que sea su fe y por muchos quebrantos que ésta padezca en el curso de la vida, aquélla se cumpla inexorablemente como una necesidad social; se trata de que la instrucción no quede abandonada á los ministros de una iglesia intolerante que, por tradición, tiende forzosamente á proscribir de la escuela toda enseñanza que no esté de acuerdo con sus dogmas; se trata de que en el niño se respete al futuro ciudadano con todos sus fueros y libertades; se trata, en fin, de impedir que bajo el pretexto de enseñar moral, se extienda el fanatismo, la superstición, y se recluten prosélitos para el « partido internacional » que tiene su centro en Roma, partido enemigo de la democracia y de la soberanía de las naciones.

Abril de 1887.

UN DISCURSO DEL D^r EDUARDO CALCAÑO.

Decía, algunos años atrás, un célebre historiador y filósofo francés desde su cátedra de literatura, en París, que la literatura española carecía de universalidad y no había podido nunca popularizarse en Europa, á pesar de los esfuerzos hechos para difundirla, al paso que una fábula de La Fontaine, una comedia de Molière ó un drama de Corneille eran leídos y admirados en todas partes y por todos los hombres, como obras de otros tantos compatriotas. Y buscando la causa de este fenómeno, no la encontraba, como creen muchos, en el favor un tanto exagerado de que goza la lengua francesa ; ni, como suponen otros, en la importancia política de la nación, adquirida y sucesivamente acentuada desde Richelieu y Luis XIV, sino en el carácter estrechamente ortodoxo que distingue á la literatura española y que la ha conducido á no producir nada, en sus mejores tiempos, fuera de la

acción inmediata de la Iglesia. Con este motivo agregaba el escritor á que me he referido : «Las obras religiosas de Calderón y de Lope de Vega están vaciadas en el molde exclusivo del genio católico ; no puede darse mayor conformidad con él. La poesía, la inspiración, nada falta en esas obras ; y sin embargo, ¿ quién las conoce en Europa? El sello de la ortodoxia les da un aspecto extraño en medio del espíritu europeo ; se siente en ellas el alma de una gran secta, pero no el alma viva del género humano. El catolicismo transportado así con todos sus rencores y sus límites á la poesía de los autos de fe, parece hoy un cisma en el arte moderno.»

Este escritor olvidaba que hubo un tiempo glorioso para la nación española en que era gala y prueba de gentileza hablar el idioma de Cervantes en las cortes europeas ; que el *Quijote* está traducido á todas las lenguas y hará pensar, reír y aun llorar á los hombres de todos los siglos ; que Calderón es muy estimado, aunque sólo por los doctos, especialmente en Alemania ; y que el genio español ha proporcionado á las literaturas modernas caracteres tan originales y tan populares con el de *Don Juan*, que todas ellas han adoptado, fuera de muchos motivos que Molière, Corneille y Racine tomaron de las obras de Tirso, Guillen de Castro y Alarcón.

Pero aun así, concediendo todo esto y mucho más que podría alegarse — porque el ingenio del hombre no se agita nunca en vano y siempre deja una huella de luz aun en la senda más ingrata — cuando se examina en conjunto la literatura española y se observa la indiferencia con que generalmente se la mira por los demás pueblos; cuando se advierte que, excepto el de Cervantes, ningún otro nombre español flota en la corriente de la fama ni suena con acento de universalidad, no puede negarse que aquellas palabras contienen un gran fondo de verdad. Con efecto, el período heroico de la historia de España, el que más influencia ha ejercido en el carácter de sus hijos, es el de su larga lucha religiosa de ocho siglos contra el islamismo, lucha que aquilató virtudes, produjo caracteres legendarios, fortificó el sentimiento de la Patria, pero que dejó en los hombres y comunicó á la raza tal fondo de intolerancia, orgullo tan desmedido, desprecio tan grande por todo lo que no se obtiene con la fuerza del brazo y la hidalguía del corazón, que la imposibilitó para asimilarse el espíritu de los tiempos modernos, el cual no vive ya de hazañas caballerescas ni lo fía todo á la eficacia de la religión, sino que estudia pacientemente la naturaleza y procura impregnar sus

manifestaciones en la esencia vivificante que de ella se desprende.

Siglos de expansión en todos sentidos fueron para España los siglos XV y XVI. Acababa de sellar su unidad nacional con la expulsión de los últimos restos de la dominación arabe y la reunión de dos las coronas en una sola cabeza ; á su mágico conjuro había surjido del océano un nuevo continente bautizado con su palabra de fuego ; Gonzalo de Córbova prolongaba el suelo español hasta el reino de Nápoles ; y Cortés y Pizarro llevaban el estandarte de Castilla, el uno hasta el imperio mejicano y el otro hasta el templo de los hijos del Sol. Hubo entonces un movimiento intelectual no igualado después, que, siguiendo por un momento la dirección dada por Italia á los estudios artísticos y filosóficos, fijó y enriqueció la lengua castellana y dejó en al campo de las bellas letras monumentos de gloria imperecedera. Pero aquel movimiento, si rico y provechoso en muchas de sus creaciones, duró poco, y en su más brillante período no corresponde ni con mucho á la grandeza y esplendor político de la nación, á su fuerza y actividad conquistadoras, ni al empuje y soberano aliento de sus héroes. Estos se elevan mucho más con la

potencia de su brazo, que los poetas y literatos con las alas de su inspiración: el Gran Capitán es superior á Calderón, Balboa más grande que Lope, Cortés y Pizarro más admirables que Herrera, Rioja, Rojas ó Moreto (1). Solamente Cervantes puede sostener con lucimiento la comparación; y para este genio único, ¡ cuántos Cides Guzmanes y Pelayos podrían encontrarse en la historia de España? Y es que la nación española, de estirpe éspartana y no ateniense, altiva y noble, dominadora y ultramontana, no tiene el genio de las grandes conquistas intelectuales. Su nombre no va asociado á ninguno de los descubrimientos científicos modernos; su filosofía se ha quedado petrificada en Luis Vives, Huarte, Suarez y Foxo Morcillo; y la religión que la dió un momento de grandeza, la condujo después al Escorial, donde no se ven más que espectros, de cuyas heladas garras tratan de arrancarla algunos hombres de entendimiento luminoso que trabajan hoy por la regeneración de su Patria.

(1) Esta desproporción había llamado ya la atención de nuestro poeta Baralt, cuando en una de sus odas exclamaba, refiriéndose á España:
Inferior á sus obras fué su canto.

Pero no es empresa fácil cambiar la faz de un pueblo ; y á pesar de que hay un grupo de escritores distinguidos, de artistas y poetas eminentes y de hombres de estudios que propagan la ciencia moderna y acabarán tal vez por colocar á España al nivel de la cultura de las demás naciones, la masa general continúa estacionada, y viendo que el tiempo de los héroes ha pasado y que ha pasado también la era de los trovadores, cierra desdeñosamente sus oídos á los rumores del siglo y se duerme acariciada por los recuerdos de su gloria. Y como el culto excesivo del pasado y la admiración de sí propio son cosas que destruyen la actividad intelectual, el progreso marcha allí lentamente, destruyendo con gran trabajo las barreras que le oponen las preocupaciones.

Estas largas reflexiones me hacía yo en el salón de la Academia Venezolana, mientras que el señor Eduardo Calcaño leía su discurso de contestación al Obispo de Guayana, con motivo de haber entrado este último á ocupar un sillón en aquel Cuerpo. De los labios del orador fluía un torrente de notas armoniosas, impregnadas de un misticismo vago y seductor que se apoderó del auditorio, compuesto en su mayor parte de señoras. El señor Calcaño, cuyo fuerte es el sen-

timiento, hizo valer en esta ocasión todos los recursos de su delicada organización artística, y envolvió en la melodía de su palabra cosas bellas, aunque acaso no muy sustanciosas para los que creemos que en toda obra de este género deben entrar por partes iguales, cuando menos, la inteligencia y el corazón. El mejor párrafo de su discurso fué aquel en que defendió los fueros de la razón, si bien apoyándose en razones de sentimiento que fácilmente pueden servir á cualquiera causa. Debo alabarle, sin embargo, la intención, y sobre todo, la oportunidad, en estos momentos en que se experimenta entre nosotros una recrudescencia de ideas que la razón y el simple buen sentido han condenado hace mucho tiempo por absurdas y contrarias á la marcha de la civilización. El párrafo á que aludo tiene, por lo demás, un sabor á panteísmo muy agradable, porque el señor Calcaño, más que otra cosa, es un poeta; y aunque alguien ha dicho que todo poeta es un poco pagano, yo creo que con más verdad podría decirse que todo poeta es un poco panteísta.

Al entrar en el desarrollo de lo que parece ser el tema de su discurso, á saber: la influencia del clero en la formación de la lengua castellana y el predominio de las ideas religiosas en la literatura

española, no pude menos que recordar al escritor que dejo citado al principio de estas líneas. Su juicio coincide con el de don Fermín de la Puente y Apezechea, de quien el señor Calcaño copia, adoptándolas, estas palabras : « Nuestra lengua nace en brazos de la religión. Él que sea extraño á nuestra fe no podrá comprender sino con gran dificultad nuestros clásicos, ni apenas será dable conocer á fondo nuestra lengua al que no estudiare y conociere á nuestros ascéticos. Ved nuestro teatro, y si queriendo penetrar por sus puertas la Religión, la lealtad y el honor no os las abren, no pasaréis de sus umbrales : *nada entenderéis.* » La única diferencia consiste en que los señores académicos hacen de todo esto un mérito para la literatura española, mientras que los demás vemos en ello precisamente la explicación de su impopularidad y la causa de su decadencia.

Porque una literatura que sólo estudia una faz del hombre, y se dirige á uno solo de sus sentimientos, siquiera sea éste el más desarrollado, es una literatura incompleta que no llena sus altos fines, los cuales deben ser presentar al hombre bajo todos sus aspectos, estudiarle en la totalidad de sus manifestaciones y hablarle de todo cuanto en los diversos grados de su evolución

constituye el fondo de su inteligencia y de su corazón. Este es el arte humano, que no se dirige á un hombre determinado, sino al hombre en general, y en cuyas obras se reconoce, sin mengua de la personalidad del artista, no el alma de una secta sino el alma de la humanidad entera.

Es un error creer que el hombre es un animal religioso que piensa, siente y obra en todas las circunstancias de la vida impulsado por motivos puramente *espirituales*. El sentimiento religioso no es todo el hombre; no es más que una de las varias formas que puede revestir su pensamiento al tratar de darse cuenta de los fenómenos que le rodean. Vincular en ese sentimiento toda la existencia, explicar por su medio las acciones humanas y sus relaciones con el mundo exterior, son cosas que sólo podían ocurrirse á los frailes que escribían en sus claustros, acariciando siempre el pensamiento de la muerte, los unos con una completa ignorancia de la vida, los otros desengañados del mundo, en donde no habían tenido fuerzas para conservar ilesa su virtud.

Convencido de estas verdades, no podía yo participar del entusiasmo del auditorio, cuando el señor Calcaño, adulando hábilmente el sentimiento general, hizo pasar á sus ojos en procesión inacabable, toda una cohorte de santos, san-

tas y sacerdotes sacados de los enpolvados archivos de la historia literaria, cada uno con la lira de oro y los arrobamientos celestiales con que el orador los dotaba.

Bien podrá ser imperfección de mi flaca naturaleza que no está organizada para la quinta esencia del subjetivismo que presuponen los sentimientos ascéticos; pero francamente lo digo: si he leído más de una vez á Santa Teresa, á San Juan de la Cruz, á los dos Luises y á otros de los muchos místicos que cita el señor Calcaño, nunca he podido simpatizar con aquel alambicamiento de ideas, aquella idealización del erotismo y aquella lengua *sbiadata ed eunuca*, como dijo Alfieri hablando de las tragedias de su tiempo. Yo, como hijo de mi siglo, me explico estas cosas desde el punto de vista fisiológico, como un producto de la vida de los monasterios donde el deseo se exalta con la privación, y creo que, salvo una que otra delicadeza de expresión y de ternura verdadera, que pueden encontrarse en cualquier poeta digno de tal nombre, los místicos andan siempre lejos del arte, á no ser que hagan veces de tal artificios de palabras como el de *que muero porque no muero, lloro porque no se ama el amor* y otras frases semejantes que á muchos les parecen sublimes y que á mí se me antojan pura

sensiblería. En nuestros tiempos se ha hecho justicia al misticismo abandonándolo al más completo olvido, no precisamente porque no haya almas místicas (1) ó porque, como dice Menéndez Pelayo, sólo haya falsos devotos, lo cual en parte es cierto, sino porque es un género bastardo que, pretendiendo elevarse á alturas vaporosas y sobrenaturales, no hace en sus discreteos con *el Amado*, otra cosa que reproducir los procedimientos del más vivo y refinado erotismo :

(1) En Francia, donde hay ahora tantos cerebros descalabrados, no han faltado algunos místicos, salidos de la escuela decandentista, simbolista ó *delinquescente*. Son casos de atavismo propios de una época y de una nación en que ciertas almas parecen haber agotado todas las sensaciones. Uno de esos místicos es Paul Verlaine, poeta á quien la crítica sana ha tratado, como á todos los de su especie, con cierto interés cómico, no desprovisto de aquella compasión que inspiran los enajenados. « Hay algo — dice Julio Lemaitre, — profundamente involuntario é irracional en las poesías de Paul Verlaine, las cuales no expresan nunca momentos de conciencia plena ni de razón íntegra. Por eso, la mayor parte de sus cantos apenas son inteligibles para él, si es que lo son. » (*Les Contemporains*, vol. IV.)

*Gocémonos, amado,
y vámonos á ver en tu hermosura
al monte ó al collado,
do mana el agua pura,
Entremos más adentro en la espesura.*

.....
*Alli me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luégo me darías
alli ¡ tú, vida mía !
aquello que me diste el otro día.*

(San Juan de la Cruz.)

Por donde se ve que no sólo hay en los místicos una aberración mental, sino que también suelen padecer de sordera, pues no evitan la bárbara repetición de las rimas.

No vaya á creerse, sin embargo, que yo desconozca los grandes merecimientos de los poetas y escritores que, vistiendo el hábito del sacerdote, contribuyeron al perfeccionamiento del habla castellana. Algunos hay entre ellos que ocupan con justicia un puesto elevadísimo en la historia de la literatura; pero la influencia literaria del clero pierde mucho de su importancia cuando se reflexiona que no pudo ser de otra manera, dadas las ideas de los tiempos, y que no fué un producto natural y espontáneo, sino el resultado de la estrecha organización social y

de la violencia de las costumbres, las cuales exigían que todo hombre, por poco que su posición se elevase en la gerarquía social, eligiese entre las armas y el sacerdocio, únicas carreras en que el noble y el hidalgo podían ejercitarse sin menoscabo de su dignidad. De ahí que el sacerdocio fuese el gran foco donde se concentraban las inteligencias, porque los que á él se consagraban eran los que disponían de mayores comodidades y vagar para el cultivo de las bellas letras, mientras los que abrazaban la carrera de las armas, sólo se entraban por su campo como una diversión á mayores y más premiosos empeños, ó arrastrados por la fuerza irresistible de la vocación, como sucedió á Jorge Manrique, á Garcilaso y á Cervantes. Muchos de los que comenzaron su vida en los campos de batalla, la terminaron en los claustros, y depusieron la espada con que servían el Rei por tomar la pluma para cantar las alabanzas del Señor. *Dios y el Rei*, hé ahí toda la vida de aquellos hombres, hé ahí toda la atmósfera moral en que respiraban ; y así se explica de la manera más natural lo que para el académico Mussó y Valiente era una especie de fenómeno raro : « *suerte particular de nuestro idioma*, que casi no deja el santuario sino para salir á campaña » — palabras

que, con supersticioso respeto, repite el señor Calcaño.

Ya para terminar su discurso se empeña el señor Calcaño en justificar la frase del señor de la Puente y Apezechea : *Nuestra lengua nace en brazos de la religión* ; y para ello da de mano á todo cuanto se sabe acerca de la formación de las lenguas neolatinas, las cuales no nacieron en el regazo del cristianismo, sino en los brazos no nada suaves de la dominación romana. Otra cosa es decir que el clero haya contribuido á dar fijeza y brillo literario al castellano, muchos siglos después que éste, como los demás idiomas de la misma familia, se desprendió del tronco común. Los más antiguos monumentos del castellano, como son las palabras conservadas por Isidoro de Sevilla, no creo que puedan servir de base á la teoría un poco fantástica del señor Calcaño ; y luégo hay tantos elementos extraños, especialmente árabes, en la fonética y el material léxico del castellano, que no puede tenerse por cierta y averiguada, la influencia de una sola institución. Pero era necesario terminar el discurso con este último rasgo sentimental para provocar en el auditorio, ya convenientemente preparado, una explosión de candorosos aplausos. Perdonemos, pues, la falta de verdad en gracia de la belleza

del espectáculo, aunque tengamos que pasar también por las triviales observaciones á que se entregó el orador, acerca del carácter de los pueblos y de sus lenguas respectivas, observaciones tan viejas y tan poco científicas, que ya se le habian ocurrido á Carlos V en la célebre frase que anda por ahí de boca en boca.

Pasaré rápidamente, por no ser materias para tratadas en breves líneas, por sobre las hipérboles que el discurso contiene, respecto del poder civilizador del cristianismo. Estas hipérboles, sobre ser falsas, no tienen ninguna novedad, pues son las que repiten todos aquellos que, ó no conocen la historia real, ó tienen interés en falsearla, como dice Büchner, para hacerla servir á fines particulares. Una civilización no es nunca un hecho aislado, ni puede juzgársela desde un solo punto de vista ; antes por lo contrario, es la cosa más complexa que puede presentarse á los ojos del filósofo ; porque una civilización es siempre el producto de muchas civilizaciones anteriores, el residuo de ideas, tendencias y corrientes que se trasmiten, viajan, germinan y crecen, y que, combinándose de diversas maneras en el tiempo y en el espacio, determinan el desenvolvimiento del sentido moral de la humanidad, el cual no procede de una doctrina dada,

sino del fondo orgánico de la especie, y en última análisis, del instinto de reproducción que es el que hace brotar los afectos y las ideas, creando la familia y organizando las sociedades, como lo demuestra la fisiología y lo confirman los estudios sociológicos y etnográficos. Nuestra civilización moderna no se ha eximido de esta lei ; y tan arriesgado es atribuir sus mayores conquistas intelectuales al islamismo que un tiempo se enseñoreó de la Europa, según quieren Draper y otros, como referirlo todo al cristianismo, según lo enseña la escuela á que pertenece el señor Calcaño. La filosofía de la Historia da á cada cual lo que le pertenece en la evolución de las ideas contemporáneas : ella pone de manifiesto que la civilización cristiana llegó á su apogeo en el siglo XIII y decayó rápidamente hasta que, con el Renacimiento, se mezcló á sus restos el espíritu de la antigüedad greco-latina inaugurándose un nuevo movimiento caracterizado por una concepción nueva del organismo del Estado, por la educación del individuo, la resurrección y fomento de las ciencias, el conocimiento del mundo y del hombre, la forma nueva de la sociedad y la transformación de la religión y las costumbres (1).

(1) Véase á GEIJER : *Historia del Renacimiento en Italia y Alemania*.

Este movimiento que ha dejado muy atrás á las civilizaciones anteriores, á todas ellas les debe algo ; pero ningún hombre que esté al corriente de la crítica histórica, podrá atribuir á una sola, sin exponerse al cargo de parcial, los sentimientos humanitarios y cosmopolitas que han dado por resultado la dignidad de la mujer, la libertad de los pueblos, la abolición del tormento, la simpatía, la justicia, el derecho de gentes y el gobierno representativo. Todo esto tiene brillantes precedentes en la Historia ; y Bagehot, que es una autoridad en cuestiones sociales, dice en su *Origen de las Naciones* : « Las más importantes instituciones libres, las únicas que han dejado sucesión en todas las épocas de la Historia, han nacido de las constituciones de los pueblos griegos y latinos y de las primeras constituciones de las naciones germánicas. *Todo lo que de liberal tenemos en nuestros tiempos es de entonces*, y hasta aquella época se remonta el abolengo de estas verdades que parecen comprender á primera vista toda la libertad histórica. »

Tal es el criterio con que hoy se estudian estas materias, y ojalá que penetrara en la Academia ; pues de otra suerte, la literatura y los estudios serios tendrían poco que esperar de un Cuerpo en que sólo se alberga el espíritu del pasado.

Noviembre de 1886.

DON JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

En el *Diccionario Biográfico Americano* publicado en París por el señor José Domingo Cortés, he leído que el señor José Antonio Calcaño es el poeta lírico *que más ha descollado en Venezuela*.

Menguada idea debía de tener el señor Cortés de nuestra literatura, cuando, sin atenuación alguna en favor de los demás poetas venezolanos, estampó conceptos tan lisonjeros para el señor Calcaño, quien se me figura que ha de rechazarlos, confesándose inferior á las más altas glorias literarias de nuestra Patria, á no ser que la vanidad, tan propicia á menudo á los halagos de la lisonja, ahogue en él la voz de la justicia y las sugerencias casi siempre débiles de la modestia.

Ni por el sentimiento, ni por la forma, ni por el vuelo atrevido de la imaginación, puede decirse que el señor Calcaño es el más descollante entre todos nuestros poetas. En lo primero le

vencen Maitín y Lozano, salvo las exageraciones zorrillanas y los extravíos románticos de uno y otro. En la forma, ¿quién en Venezuela la ha alcanzado más perfecta que Bello y Baralt, verdaderos maestros en el arte de cincelar la frase á la manera de los clásicos españoles del siglo de oro, y de buscar como ellos aquella armónica gradación de los afectos y de las ideas, que contiene la inspiración para que no se desborde como un torrente, sino que corra por cauce tranquilo y sosegado, produciendo en el alma una delectación suave y serena, que es, dentro del molde antiguo, el efecto supremo de la hermosura? En la pompa de las imágenes, en la viveza de la expresión en el don especial de vestir con las galas de la fantasía hasta los más pobres pensamientos, pareceme que Pardo, Guardia y algunos otros aventajan con creces al señor Calcaño. Y en la espontaneidad, Yepes y Domingo R. Hernández, tan candorosos, tan sencillos, tan buenos, con la bondad de la inocencia, en sus cantos, no han sido hasta ahora superados.

Pero, sin ser el más descollante — que esto rotundamente lo niego — ¿no tiene el señor Calcaño, en breve resumen, muchas de las cualidades por las que brillan y le eclipsan cada uno de los otros poetas separadamente? Para contes-

tar á esta pregunta sería preciso hacer una análisis de sus obras ; y ni es este ni objeto, ni acaso tendría tiempo y fuerzas para tan grave tarea. Diré, solamente, que en sus buenos tiempos, cuando la polilla académica aun no había hecho deterioros en su lira, el señor Calcaño supo arrancarla felices armonías, que son, después de muchos años, la única base firme de su reputación de poeta. De ello dan fe sus baladas *A llorar al río*, *La Saboyana* y *El Ciprés*, composición esta última de pronunciado sabor romántico, á la cual no ha faltado la sanción que más agrada al poeta, la sanción de la popularidad. Su imaginación, que no es muy rica, tuvo, sin embargo, un momento brillante, y dió, por dicha, con los secretos del colorido para describir *La fiesta de las reinas*, en que hay algo de aquel calor tropical que enciende nuestra sangre y pone en nuestra mente un poema de colores. Pero por donde yo le califico de discretísimo poeta, es por sus tres composiciones tituladas *La Muerte*, *Amor é Inocencia* y *La Nave*, llenas todas de un sentimiento profundo que parece brotar de lo más íntimo del corazón, y que no se resuelve en arranques violentos, ni en desordenados arrebatos como los de la pasión enérgica, pero poco duradera ; sino que se expresa con acentos tristes, dulcemente melancóli-

cos, como salidos de un alma en donde el dolor ha formado por largo tiempo su nido de amarguras y de lágrimas.

Tienen esas tres composiciones una naturalidad que enamora : revelan que el poeta, familiarizado con sus tristezas, no quiere arrojarlas de su corazón, como quien se liberta de una carga que le oprime, sino que, superior á ellas, las acaricia como á sus hijas más queridas y las viste con coquetería para que lisonjeen su amor de padre. Por eso la corrección del estilo y cierta templada elegancia de lenguaje que no degenera en fútil adorno retórico, son una de sus mayores bellezas. *La Muerte*, que empieza con este verso :

Dulce, consoladora hija del cielo,

parece inspirada en el canto de Lamartine á *La Inmortalidad*, en donde hay un verso semejante:

Je te salue, o mort, libérateur céleste !

parece digo y no lo afirmo, porque tal vez nada ha estado más lejos de la mente del poeta. Pero yo traigo aquí esta analogía para decir que me agradan más los versos del señor Calcaño, tan sencillos y verdaderos, que la meditación de Lamartine ; porque éste, siempre más patético que profundo, se mete en filosofías y razonamientos para ensalzar su fe, al cabo no muy

firme, y despreciar á *los sabios de la tierra*, mezclando luégo con la idea de la inmortalidad su falso amor á Elvira, que á la legua se conoce que es puramente retórico ; mientras que en los versos del poeta venezolano el deseo de la muerte se confunde con el recuerdo de amores más santos, como los de padre é hijo, y en su aspiración al cielo va envuelto el deseo del abrazo de las almas que han estado unidas en la tierra.

*Si eres madre del huérfano errabundo,
madre del infeliz, yo soy tu hijo !*

dice el poeta á la muerte ; y más adelante para vencer los terrores que la muerte inspira, agrega :

*Ciego pavor, terrena resistencia
de la tenaz raíz que asida al suelo
no quiere fenecer ; pero la esencia
de la trémula flor aspira al cielo.*

¿ No es verdad que estas ideas presentadas en forma tan bella nos ganan dulcemente el corazón ? Uno de los mayores bienes de la filosofía moderna consiste en destruir el terror de la muerte que en las civilizaciones atrasadas y singularmente en los primeros siglos de nuestra éra, dominaba á todas las inteligencias ; y ello era natural porque el cristianismo, si ofrecía una es-

peranza afirmando la inmortalidad del espíritu, la desvanecía, ó por lo menos, la menguaba con la idea de las penas eternas — única sanción de su moral — por donde venían á caer las almas en una horrible desesperación, no sabiendo si serían contadas entre los réprobos ó entre los elejidos. Los justos, ó aquellos que por tales se tenían, eran los que aspiraban á la muerte, y tocaban entonces el extremo contrario de odiar la vida y maldecirla, como que para ellos era una cárcel que les retenía bajo duros hierros, y les alejaba la hora de presentarse á recibir las recompensas celestes. No decimos ahora ciertamente como los estoicos : *dolor, no eres un mal* ; pero tampoco creemos que lo sea la vida, que al fin y al cabo tiene venturas y armonías, y en cuanto á la muerte, las vacilaciones entre el temor y la esperanza, hijas de la ignorancia y de la vanidad, han desaparecido : la muerte no es más que una ley de la Naturaleza, que siente necesidad de renovarse constantemente, creando y destruyendo formas infinitas, y haciendo de la flor que hoy cae deshojada y sin perfume, nueva flor de diferentes matices que brillará mañana, tal vez bajo otro cielo, proclamando con su hermosura la eterna juventud de la materia.

Lejos está nuestro poeta de estas ideas ; pero

yo no quiero discutir aquí las suyas : las tengo por legítimas en el terreno del arte, en donde cabe todo, menos lo que no ha salido purificado de los crisoles de la inteligencia y del corazón.

Amor é Inocencia es otro canto que reúne las mismas excelencias del anterior :

*Casta inocencia, fuente bendecida,
¿ quién me enturbió tu linfa sosegada ?
¿ Y á ti, oh dolor, quién te marcó la vida
de la frágil violeta en flor tronchada ?*

Creo que no tenemos hoy más que tres poetas capaces de superar la delicadeza de estos versos : Sánchez Pesquera, Pérez Bonalde y Gutiérrez Coll ; y los tres viven en el extranjero, de donde sólo muy de tarde en tarde nos llega, al través del océano, un eco de sus liras inspiradas.

En *La Nave*, de una admirable corrección de estilo, el poeta compara un viaje en el Atlántico con el viaje de la vida, y esto le da ocasión para expresar pensamientos elevados, terminando por decir á su hermana, que no llore su partida, sino que ruegue más bien por la nave que lleva á la humanidad.

Y una vez puésto á alabar, no olvidaré que el señor Calcaño ha hecho también acertadísimas versiones de autores ingleses, entre las cuales alguna hay que llega á la perfección compatible

con esta clase de trabajos, como la de una melodía de Byron, publicada, si mal no recuerdo, en *El Semanario* cuyo rasgo final :

*'Tis past ; to them and thee adieu
False heart, frail chain and silent lute !*

fué interpretado fielmente, y hasta mejorada por el señor Calcaño :

*Pérfido corazón, frágil cadena,
silencioso laúd, adiós, adiós !*

En la oda ya no está el poeta en su terreno propio. La titulada *A Catuche*, es una fría imitación clásica (he de decirlo aunque rabien los académicos *à outrance*) ; y lo mismo, pero más fría y más afectada, es la oda *A la reunión del Concilio Vaticano*, premiada por la Academia Española, lo cual lisonjeará tal vez mucho al señor Calcaño, pero no será — créalo el poeta — por lo que más le estimen las generaciones venideras. La mano de Guerra y Orbe anduvo, de fijo, en el negocio de la adjudicación del premio.

Yo quisiera que ciertos poetas venezolanos se convenciesen de que para escribir cantos líricos en nuestros días, es excelente, pero no basta, la lectura de los clásicos españoles. Estos, con el asiduo estudio de los autores latinos, habían aprendido aquella austera elevación y sobriedad

de pensamiento que les caracteriza, y que procedía tal vez, como alguien ha dicho, de que en lo antiguo las sociedades y los hombres eran de una sola pieza, y las ideas, poco numerosas, eran fácilmente dominadas por el poeta y el sabio. Pero en nuestra vida moderna, tan agitada y llena de perturbaciones, las ideas se atropellan, porque han crecido en número é intensidad y ya no le es dado al poeta, ni acaso al filósofo, á menos de vivir en una Tebáida intelectual, conservar la tranquilidad de espíritu y la imperturbable armonía de los genios antiguos, cuya inteligencia buscaba los *templos serenos* de que nos habla el poeta latino. Cierto que cuando la imitación es acertada, nada es más bello, y yo tengo por perfectísimo dechado en este género la *Epístola Moral* de Rioja; pero ahora gustamos más de las violentas energías del pensamiento, de la antítesis y del contraste con que nos tropezamos á cada paso en la vida. Por eso, generalizando un poco más el concepto, los modelos de la poesía moderna no están en la literatura española del siglo de oro, sino en Shakespeare, Byron, Heine, Musset, Victor Hugo y Espronceda. Si tal es el carácter de la poesía lírica contemporánea, ¿por qué al-

gunos quieren hacer de la oda un canto puramente arcaico ?

El monólogo titulado *Bolívar en Santa Marta*, última producción de nuestro poeta, representado la noche del 28 de octubre último, adolece en parte de la misma frialdad académica que ya se ha apoderado del señor Calcaño. En parte solamente, porque el patriotismo y la elevada significación del héroe, le han inspirado algunos versos dignos del asunto. La figura de Bolívar es tan grande, y nuestra imaginación la ha sublimado tanto, que siempre será empresa ardua para el poeta hacer hablar al héroe en la escena, prestándole los conceptos que creemos han de salir de sus labios. No es que cedamos á la idólatra tendencia de hacer de Bolívar un semidiós, colocándole fuera de la esfera humana. Esta tendencia es reprobable en el historiador, pero ya no lo es tanto en el poeta ; y ciertamente, es excusable tratándose de Bolívar que, en acciones y en palabras, estuvo siempre cien codos más alto que el resto de los hombres.

El señor Calcaño nos le presenta triste y devorado por la fiebre en sus últimos momentos. La situación no puede ser más interesante. ¿ Cómo hablaba Bolívar en su estado normal ? Con fiebre, con pasión, hasta con una incoherencia sublime.

Sus cartas, sus proclamas y discursos, su conversación misma, á lo que dicen los que le conocieron, eran una lluvia de meteoros brillantes, candentes, sucediéndose con rápida intermitencia en el espacio. ¿Cómo había, pues, de expresarse cuando de veras tenía fiebre? El monólogo empieza hablando de la *fiebre del genio*, y haciendo una larga excursión al través de la Historia y de la fábula, para pasar revista á los grandes hombres y á los mitos que de semejante fiebre padecieron. El lenguaje debiera ser más cortado y los pensamientos menos coherentes. Ningún febricitante, y menos Bolívar, habla con aquel encadenamiento de ideas, ni pronuncia aquellos largos períodos que nuestro poeta le atribuye. Si el héroe se hallaba triste y con fiebre á la vez, estos dos estados debían reflejarse en el monólogo por medio de transiciones violentas en que la amargura del corazón y la exaltación cerebral alternasen en desordenado tumulto, con lo cual la obra hubiera ganado en interés dramático. Pero nada de eso: Bolívar habla muy tranquila y eruditamente de la fiebre del genio, como pudiera hacerlo el que no la siente, y á las cuatro páginas de versos es que viene á hacer alto y á hablar de sus tristezas y de su patriotismo lacerado.

Aquí es donde el monólogo empieza á ser vero-

simil. La imagen de Colombia evocada por el héroe en su delirio ; los acentos amargos que le arranca el espectáculo de la discordia civil ; los fúnebres presagios que se agolpan á su mente al divisar en el porvenir su obra destruida ; la tristeza infinita y el horrible desengaño de oirse llamar tirano por sus ingratos conciudadanos ; aquel destello de gloria que pasa de improviso por la frente del héroe, y le hace tener fe por un momento en la justicia de la posteridad ; y por último, la horrible angustia que se apodera de su corazón, al sentir el estruendo de los combates fratricidas y ver la sombra sangrienta de la anarquía cruelmente finjida por la fiebre, haciéndole prorrumpir en su exortación sublime á la unión de los colombianos : todo esto es propio de Bolívar, y ha sido tratado por el poeta, no diré que con perfección, pero si con algún acierto. El asunto es grandioso, y da para mucho más de lo que ha hecho el señor Calcaño.

La estancia que empieza :

*Imagen de dolor! ¡ Oh, si pudieran
del corazón mis manos arrancarte !*

hasta donde va indicada la pausa, es tal vez la mejor. También es feliz la pintura que hace de los secuaces de la tiranía :

El labio delator, el brazo aleve,

El ojo inquisidor, el pecho avieso,

Serpientes en la traza y en la lengua,

Judas en la codicia en el beso.

Lástima grande que cuando el héroe acaricia la idea del destierro, que para él es más amarga aún que la muerte, el señor Calcaño le haga decir estos versos tan vulgares :

No nos quieren ya aquí !..... Forzoso es irnos !

Es forzoso !..... nos echan..... sí, nos echan !

Esto es indigno del héroe y del poeta. El escollo de la naturalidad es el prosaísmo.

Ni son estos los únicos lunares del poema ; pero esta carta se hace ya larga para seguir analizándolo, y además, yo no he querido hablar del señor Calcaño, sino porque tal vez sea interesante para los poetas que se van, saber cómo les juzgan las generaciones que vienen.

Diciembre de 1886.

EL GENERAL RAFAEL URDANETA

Si al hablar del egregio guerrero cuyo nombre recibe en estos momentos la consagración de la inmortalidad, nos dejamos llevar de la admiración que nos inspiran sus hechos heroicos y su vida inmaculada, no haremos sino obedecer á un instinto espontáneo de nuestra alma que vive llena del amor de la gloria y del respeto á la virtud.

Nunca mejor justificada la indulgencia del escritor para con ciertos errores inherentes á la flaqueza humana, que al tratarse de una figura como la del General Urdaneta, que tuvo tantos momentos brillantes en su existencia, que llevó siempre en el corazón tan indómitas energías y que al través de las más difíciles y variadas circunstancias, ni en la embriaguez legítima de la gloria ni al contacto de las pasiones bastardas que muchas veces se agitaron en su rededor, dejó extinguir jamás en su alma aquel sólido y

puro patriotismo, tan digno de ser presentado como ejemplo á las nuevas generaciones.

Lo que más sorprende, en efecto, al considerar la carrera pública de este hombre ilustre, es no encontrarle nunca desviado un punto de la línea del deber, sino por el contrario, dispuesto siempre al sacrificio, siempre dispuesto á la lucha por desigual que fuese, adicto siempre á la causa de la libertad con una constancia inquebrantable, desde que en 1813 ofrecía á Bolívar, ser el segundo hombre en caso de que dos bastasen para emancipar la patria, hasta que cargado de años y padecimientos, pobre y con una familia numerosa, á quien no dejaba más patrimonio que su nombre, bajó á la tumba ordenando antes que se devolviesen á la nación los sueldos que se le habían anticipado para el desempeño de una misión en Europa.

Y en el período de 35 años que duró su carrera, ¡cuán rica su hoja de servicios! Apenas hay una página de la historia de Colombia en que no se encuentre el nombre de Urdaneta, asociado á los acontecimientos más importantes, ya prósperos, ya adversos á las armas republicanas. Suspende el ánimo ver cómo en los tiempos en que la guerra adquirió mayor encarnizamiento, él, bajo la suprema inspiración de Bolívar, va

por todas partes agitando el incendio de la revolución, y con una tenacidad y un celo que ni el peligro amedrenta ni los reveses hacen desfallecer, lucha, organiza, triunfa, se interna por caminos desusados é impenetrables, abre comunicaciones por entre las filas enemigas, crea divisiones, levanta ejércitos, toma pueblos, sitia ciudades, ejecuta retiradas brillantes, protege las de sus compañeros, asalta, presta auxilios ó defiende plazas con un heroísmo desesperado, haciendo frente á la escasez de recursos, al hambre y á todo género de enfermedades !

Espíritu recto, por otra parte, pocos tuvieron como él aquella lealtad de todos los momentos que dió tanta autoridad á sus consejos, y que en muchas ocasiones hizo de su palabra prenda de conciliación, para allanar dificultades, y sufocar, al nacer, rivalidades impetuosas. Ni fueron muchos los que, como él, llevaron su decisión por los intereses de la causa, hasta vencer las susceptibilidades del amor propio, aviniéndose á cooperar con jefes inferiores á un fin común, ó sacrificando su parte de gloria en una batalla, por volar al desempeño de una comisión menos brillante, pero no menos esencial al éxito de las operaciones.

Los padecimientos físicos que hicieron presa

de su organismo, nunca abatieron la entereza de su alma ni nublaron la concepción clarísima que tenía de las necesidades de la República y de los esfuerzos que las circunstancias exigían de sus hijos: y si más de una vez estuvo ausente del teatro de la guerra, precisamente cuando la victoria coronaba á las huestes republicanas, culpa fué de la fortuna, que no siempre le sonreía, y de la cual se quejaba él amargamente cuando en 1825 manifestaba al Libertador su aflicción por no haber podido acompañarlo á la campaña del Sur, y apelaba á la resignación *para no vivir con tanto fastidio*, frase esta última digna en todo de un guerrero para quien la vida de los campamentos, la cercanía del peligro y el ardor de los combates se han convertido en una segunda naturaleza.

Otros con tan justos títulos como los suyos, pero acaso con mejor suerte, unieron su nombre á acciones decisivas para el porvenir de Colombia y aun del continente, y después de sellada la emancipación americana, ocuparon posiciones dignas de sus merecimientos, por lo menos hasta que el furor de las pasiones políticas á todos los arrastró al vórtice de la anarquía. Pero á Urdaneta le tocaron de ordinario las situaciones más difíciles y complicadas en que se agotaron sus

esfuerzos sin resonancia mayor, y se puso á prueba la respetabilidad de su carácter y aun la gloria tan trabajosamente adquirida. Era que él no rehuía las responsabilidades ni excusaba los conflictos, exponiendo con igual valor su cuerpo á las balas enemigas, y su reputación á los ataques de la calumnia. Bien se evidenció esto en los tres últimos años de la existencia de Colombia, cuando las funciones del puesto que contra su voluntad ejercía, le impusieron deberes terribles que él supo cumplir sin vacilación alguna, y cuando, desbordadas las iras de la guerra civil, amenazando consumir en sus llamas gloria, hombres é instituciones, él, erguido como un gigante ante la ola de fuego devastadora, protegió con su pecho hasta el último momento á la hija del genio y de la gloria, y no cedió sino cuando vió conciliada la necesidad con las exigencias del honor.

¡ Hombre verdaderamente superior, que impulsado por fuerzas fatales hasta el abismo en que otros perecieron, sale de él ileso y sin manchilla, para dejar en la historia un ejemplo de cómo saben triunfar la probidad y el patriotismo de todas las pasiones conjuradas !

Cúpole en suerte, al desaparecer de la escena del mundo el hombre que lo había llenado con su

fama, hacer en nombre suyo á los colombianos el último llamamiento á la unión, y convidarlos á ahogar en la fraternidad las discusiones y las rencillas de partido. Su voz se perdió en medio del estruendo que dominaba de un extremo á otro la República, porque hablaba entonces más alto la ambición que la virtud desinteresada ; pero ha quedado resonando al través del tiempo, como eco fiel de las palabras pronunciadas por el mártir de Santa Marta, y llegará día en que, grabada en todos los corazones, aprendan nuestros conciudadanos que la cooperación colectiva es la única fuerza que da vida real á las sociedades, abre las puertas al progreso y opone resistencias á la tiranía.

Venezuela vive hoy de los recuerdos de su grandeza pasada, y vivirá aún por mucho tiempo porque su provisión de gloria es inagotable. De otros pueblos nos habla la historia que han salido de sus dominios y paseado sus armas victoriosas por el mundo, llevando en el arco de sus flechas ó en la punta de sus aceros el espíritu de la civilización, como consecuencia accesoria tan sólo, de las ideas de conquista, del deseo de aumentar sus posesiones ó de satisfacer venganzas ó preocupaciones. De ninguno que, como Venezuela, haya llevado su vigorosa fuerza expansiva hasta

abandonar sus hogares, cuando más necesitaban de protección, por volar á socorrer el infortunio ageno, é irse, el arma al brazo, la fe en el pecho y la imagen de la libertad siempre delante, á romper cadenas, á hacer de esclavos ciudadanos y erigir naciones independientes, allí donde antes se alzaba el despotismo con todos sus crímenes y horrores. Ni de ninguno que después de realizar tan altas empresas, dejando la mitad de un continente regada con la sangre de sus hijos, haya vuelto tranquila y generosamente al suelo nativo á reponerse de sus quebrantos y á trabajar en la obra de su propio engrandecimiento, sin reclamar otra recompensa que la inmensa carga de laureles recogida en su camino.

Tales son los pensamientos que ocurren á la mente al evocar la memoria de Urdaneta. Su brazo ayudó á levantar el edificio de las Repúblicas que hoy empiezan á abrir el seno generoso á las caricias del progreso ; y este rumor de apoteosis que á todos nos cautiva, viene desde la ciudad del lago, á anunciarnos que el pueblo de Venezuela es todavía digno de los bravos capitanes que tantas veces le condujeron á la victoria.

Dormido está en la tumba el lidiador heroico ; y su espada que tan hondamente penetró en las entrañas del despotismo, yace hoy abandonada,

sin una mano que la empuñe y la levante para mostrar á los hombres, como en otro tiempo, la senda del honor y de la gloria. ¿Qué importa si su ejemplo vive, y si inspirándonos en él, aún podemos templar nuestros corazones desfallecidos, y encontrar de nuevo sus huellas luminosas ?....

Octubre de 1888.

LIGERO ESBOZO BIOGRAFICO DE SUCRE.

De cuantos tenientes y colaboradores tuvo Bolívar en la obra gigantesca de la emancipación de cinco Repúblicas, fué sin disputa el General Sucre el que, por feliz combinación de la naturaleza, reunió en su persona las prendas todas y las virtudes de una época en que la integridad de los caracteres, los altos pensamientos y las acciones hermosas eran frutos naturales de nuestro suelo ávido de libertad y de gloria.

Pudiérase decir de él lo que de Agrícola dice Tácito : que en el estudio de la sabiduría había adquirido el más raro de los dones, la medida en la sabiduría misma. Porque á una inteligencia rica y cultivada capaz de concebir y ejecutar los planes más vastos, á un valor sereno que siempre dió el frente á los peligros, á una energía que jamás desfalleció ante las dificultades, y á una perseverancia y actividad incomparables en el cumplimiento de los gravísimos deberes que echó

sobre sus hombros, añadió en todas las circunstancias de su vida aquella moderación ejemplar que en el sabio es el más seguro indicio de la salud intelectual, y que á él le permitió ser fiel subordinado con dignidad ; vivir en medio de las turbulencias y discordias de los partidos sin perder de vista los altos fines de la Patria ; combatir sin tregua al enemigo vencién-dole en los campos de batalla sin abusar jamás de la victoria ; tocar la cima de la gloria humana sin envanecerse ; ejercer la autoridad sin conculcar el derecho ; y caer, por último, en la tumba, víctima inocentemente inmolada á las siniestras deidades de la envidia, sin que en la vasta extensión donde brilló su espada y resplandeció su virtud se levantase otra voz que la que proclamó la pureza de su vida y fulminó eterna maldición sobre sus pérfidos sacrificadores.

Joven y ya instruido en las matemáticas le encontraron los sucesos de 1810. Nacido en 1795, apenas contaba entonces 15 años cuando el Gobierno revolucionario de Caracas le destinó á la Comandancia de Ingenieros de Barcelona, donde empezaron sus servicios. Salió á campaña en los años de 1811 y 1812, á las órdenes de Miranda ; y cuando después de la malaventurada capitulación de este Jefe y de la entrada triun-

fante de Monteverde en Caracas se creyó por un momento perdida toda esperanza de conquistar la independencia del país, Sucre volvió á Cumaná, su suelo nativo, de donde pasó á Trinidad para seguir trabajando en pro de la causa americana. Allí sufrió junto con Mariño, Piar, Bermúdez y Valdéz las hostilidades y persecuciones con que el Gobernador Woodford se complacía en hacer más amargo el destierro de aquellos obreros de la libertad. Era el funcionario inglés hombre adusto é inhumano, poseído sin duda de los sentimientos judaicos de su nación, para la cual valen bien poco los intereses de los pueblos oprimidos; y su conducta inclemente le valió el dictado de *espectro de Boves* con que le distinguieron más tarde los infelices que, huyendo de la cuchilla de Morales, fueron despiadadamente rechazados de las playas inhospitalarias de Trinidad y obligados á regresar á las costas venezolanas donde les aguardaba la muerte, sin que en muchas ocasiones se les oyese siquiera la relación de sus infortunios ni se les permitiese comprar víveres en la isla. A Mariño, que en demanda de garantías hubo de dirigirse á él, le contestó en tono desapacible, llamándole « Jefe de los insurgentes de Venezuela, » lo que dió ocasión á que Sucre replicase gallardamente por Mariño, tomando á

título de honor el calificativo y recordando que iguales y aun peores había prodigado Inglaterra al fundador de la República del Norte.

Pero exasperados al cabo los ilustres proscritos, abandonaron una tierra en donde no podían siquiera llorar las desventuras de la Patria, y en compañía de otros cuarenta inmigrados venezolanos tan decididos como ellos, con cinco fusiles y algunos cartuchos por toda provisión de guerra, desembarcaron en Güiria la noche del 13 de enero de 1813 : hazaña audaz que fué coronada por una serie de triunfos y la completa libertad de tres provincias. Es fama que en las fecundas operaciones de esta campaña, Sucre se distinguió por su serenidad en el combate, su genio organizador y los sentimientos caballerescos que tan bien se avenían en él con la rectitud de todos los procederés. En Maturín y Cumaná se le vió entre los primeros, y su nombre desde entonces comenzó á inspirar temor á los enemigos, respeto y consideración á sus compañeros de armas.

Volvieron luego los días tristes para Venezuela con el resultado desastroso de la campaña de 1814. Mientras Bolívar iba á la Nueva Granada á dar cuenta al Congreso de su conducta y á preparar nueva invasión, los patriotas orientales se diseminaron por las Antillas, vencidos pero más

resueltos que nunca á sacrificarse por la causa que habían abrazado. Sucre pisó otra vez las playas de Trinidad en donde permaneció hasta que tuvo noticia de la expedición que se preparaba en Los Cayos. Entonces salió á incorporarse al puñado de valientes que, conducidos por Bolivar, venían á probar de nuevo la fortuna, tan aciaga hasta entonces para los republicanos, tan fiel á los secuaces de la maldad y el depotismo. El viaje fué penoso, débil el buque que le conducía : los elementos mismos parecían opuestos á los grandes designios concebidos por el patriotismo. Zozobró la nave, pereciendo varios de los compañeros de Sucre ; pero las olas respetaron al futuro héroe de Pichincha y Ayacucho, que sobre un baúl flotó por espacio de veinte horas, oponiendo la serenidad de su alma á los terrores del abismo, hasta que brazos amigos le recogieron y le depositaron sano y salvo en Chacachacare. Años después, cuando el laurel de la victoria cayó sobre sus sienes y la fortuna le meció por un momento en sus brazos, él recordó los nombres de sus salvadores y supo recompensar largamente la generosa acción que les debía.

De ahí en adelante continuó cooperando al éxito de la guerra bajo las órdenes de Mariño, de quien se separó cuando éste, cegado por su ambi-

ción y seducido por los consejos del inquieto Madariaga, convocó el Congreso de Cariaco con ánimo de arrebatár á Bolívar la autoridad suprema y poner los destinos de la naciente República en manos de una camarilla impotente, por la estrechez de sus miras, para terminar la obra empezada. No es poco mérito en los cortos años de Sucre haber rechazado con indignación la pretensiones de Mariño, cuando hombres de talento y experiencia (bien que los mejores se separaron á poco) se dejaron arrastrar por la corriente de la sedición en cuyas ondas todo hubiera perecido.

Nada más opuesto al caracter de Sucre que el de su Jefe superior Mariño. Porque el valor innegable que éste poseía; el odio profundo que le animaba contra los opresores de Venezuela; los sacrificios personales que hizo por la causa independiente y cuantos méritos contrajo en la prolongada lucha que terminó con el triunfo de nuestras armas, manteniendo en las regiones orientales, ayudado de su prestigio, el espíritu de la insurrección, aun en los años más adversos en que el desaliento se apoderó de los ánimos; todo quedó oscurecido por su insensata ambición, su índole insubordinada y turbulenta, su falta de circunspección en los momentos más graves, sus connivencias con Piar y sus capri-

chos y voluntariedades permanentes. En Sucre, por el contrario, la ambición durmió por largo tiempo, y cuando despertó, fué ennoblecida por aquella elevación y grandeza que revestían todos sus sentimientos. ¡ Con cuánta sensatez supo evitar las vías tortuosas por donde las pasiones personales empujaron á muchos de sus compañeros ! La modestia dirigió siempre sus pasos, aun cuando los acontecimientos le llevaron á ocupar el segundo puesto que de derecho le correspondió en la gerarquía de los libertadores.

Con Urdaneta, á quien se parecía por el celo y la moderación, se fué camino de Angostura, á reunirse con Bolívar, que para él, como para todos los que desinteresadamente anhelaban romper el yugo español, era la fuerza y la esperanza supremas. En Guayana, hecho ya Coronel efectivo, sirvió la comandancia del Bajo Orinoco, pasando luego al Estado Mayor de Bermúdez, como el militar más á propósito para moralizar el ejército, estableciendo una severa disciplina. Su actividad en este puesto fué asombrosa y tan digna de encomio como la habilidad y eficacia que desplegó en su comisión á las Antillas, á donde fué en busca de armas y municiones para el Ejército que, consumido por los reveses, necesitaba armar nuevas legiones con que alimentar el monstruo insaciable de la guerra.

Vuelto el veleidoso Mariño á la obediencia, Sucre le acompañó de nuevo en el Estado Mayor del Ejército que mandaba : pero á poco fué destinado con igual carácter al Ejército del Libertador, quien le confió en 1820 en unión de Briceño Méndez y de Pérez la honrosa misión de negociar con Morillo el tratado de armisticio y el de regularización de la guerra. La magnanimidad de su corazón halló favorable esta oportunidad para inmortalizarse en un documento que, según las palabras del mismo Bolívar, « será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra. »

Hasta aquí, sin embargo, la carrera de Sucre no había sido más que un largo aprendizaje. Sus brillantes aptitudes y su experiencia eran desconocidas y apenas si adivinadas por el genio perspicaz del Libertador. Pero el hombre que tan relevantes méritos ocultaba bajo el velo de la más ingenua modestia, el militar que tan mal ginete le parecía á O'Leary en Cúcuta, iba pronto á erguirse sobre los estribos de su caballo y á adquirir la talla de un capitán inferior tan sólo al Padre de Colombia. La ocasión se presentó propicia cual ninguna. Los asuntos del Sur iban de mal en peor por los diarios desaciertos de Valdés que obraba con su división por aquel lado.

Impuesto Bolívar de ello en Bogotá, resolvió destituirle, y al punto sus miradas se fijaron en Sucre. Para comprender las dificultades de que estaba rodeada la misión que se le confiaba sería preciso exponer detalladamente la situación á que Valdés se hallaba reducido, y decir cómo este Jefe, á pesar de sus talentos militares, había dejado perder su división y sufrido una derrota que comprometía el éxito de las operaciones ulteriores. Valdés era hombre valeroso, pero incapaz de dirigir por sí solo una campaña : terrible en el combate, hábil y oportuno en sus maniobras bajo la inspiración de un Jefe superior, era lento y remiso cuando la responsabilidad le tocaba por entero, porque su carácter algún tanto despótico y la aspereza de sus modales le suscitaban á cada paso mil contrariedades. Sucre lo allanó todo con afabilidad, destreza y energía. Levantó la opinión pública cuyo favor se había enagenado Valdés y restableció bajo sólidas bases el curso de las operaciones.

Mientras Bolívar daba á los españoles de Venezuela el golpe de muerte en Carabobo Sucre adelantaba rápidamente por el Sur, triunfaba en Yaguachi y ponía espanto á los tiranos de Quito. Una imprudencia que no fué suya, sino debida al temerario valor de Mires, su segundo, contra

quien, por generosidad, no pronunció Sucre una palabra al dar cuenta de ello al Libertador, le impidió por entonces entrar victorioso en la segunda ciudad del antiguo imperio de los Incas. Pero hasta de este desgraciado contratiempo supo sacar ventajas el guerrero, negociando un tratado que salvó el honor de las armas colombianas y conservó en su poder la provincia de Guayaquil. En ella organizó Sucre nuevos ejércitos, no sin vencer los mayores obstáculos, como que faltó de tropas suficientes para emprender sobre Quito, objetivo de sus esfuerzos, hubo de pedir las á San Martín, quien le negó el Batallón *Numancia*, recientemente pasado por instigaciones de Heres al campo republicano, y que por componerse de soldados colombianos anhelaba Sucre incorporar á su división, dándole apenas algunos cuerpos de infantería y caballería no muy aguerridos á las órdenes del Coronel Santa Cruz.

Reforzado con ellos, sin embargo, marcha Sucre sobre Cuenca que fué ocupada sin resistencia; sigue luego á Quito, y franqueando la cordillera del Azuay se reconcentra en Alausi; ocupa á Rio Bamba después que al pie del Chimborázo, compiten en heroísmo los *Granaderos del Rio de la Plata* con los *Dragones de Colombia*;

y faldeando el Cotopaxi, desciende al valle de Chillo, para subir por último á la cima del Pichincha, donde entre los víctores del triunfo planta la bandera colombiana y ve abrirse las puertas de Quito á los soldados de la Libertad.

Esta campaña tan magistralmente conducida como brillantemente terminada, en que Sucre emuló á los más hábiles Generales, permitió á Bolivar lanzar desde Pasto aquellas sublimes palabras que son como la vibración de la vida en medio de las tenebrosidades del caos: *Colombianos! Ya toda vuestra hermosa patria es libre.*

Ascendido á General de División en premio de sus servicios, Sucre fué nombrado Intendente del Departamento de Quito. Captóse allí las simpatías y el respeto universales; y allí más tarde formó un hogar á que dieron singular esplendor la hermosura, la virtud y la gloria. No desciñó, sin embargo, la espada, antes bien tuvo que blandirla hasta contra los mismos que acababan de ser redimidos de la servidumbre, pues la ciudad de Pasto, pertinaz aliada de los realistas, se sublevó no bien la hubo concedido el Libertador la más generosa capitulación. Fuerza fué someterla, y Sucre la obligó á ello, franqueando abismos, precipicios y torrentes; que nada era parte á detener el empuje de los hijos de Colombia. En

vano los Pastusos pusieron en juego cuantos recursos les sugirió su fanatismo monárquico y religioso : el genio superior de Sucre, secundado por el impetuoso valor de Córdoba, supo burlar todas sus estratagemas y hacer huir despavorido al Jefe de la insurrección que tan bien había explotado la circunstancia de ser sobrino de Boves, el devastador de Venezuela.

Con la incorporación de Quito á la poderosa República naciente, incorporación lograda por el influjo del Libertador, no sin gran resistencia por parte de la Junta revolucionaria en cuyo seno se encontraba Olmedo, quedó aquél en aptitud de atender más desembarazadamente á la suerte del Perú. A su extraordinaria previsión no se escapaba que, con un pie los Españoles en esta hermosa y rica región de la América del Sur, fácil les era emprender la reconquista de todo el continente, empezando por Chile y siguiendo por Colombia, con lo que vendría á quedar destruida la obra de tantos y tan generosos sacrificios. Por otra parte, los buenos patriotas de Lima le instaban encarecidamente porque volase á socorrer sus desgracias y á salvar á su país consumido entonces por el incendio de la anarquía. San Martín no había sido hombre para tanto : una rápida campaña le había abierto las puertas de la capital ;

pero impotente para crear en élla nada estable, lleno de dudas con respecto al éxito de la difícil empresa que había acometido, ni pudo poner freno á las pasiones de los partidos, ni hacer nada por arrojar definitivamente á los Españoles del territorio peruano. El poder pasó del Protector á una Junta compuesta de tres individuos, manera de Gobierno que, débil de suyo y vacilante en todas circunstancias, lo era aún más en las azarasas porque atravesaba el Perú. Los Jefes y oficiales del Ejército la derrocaron á poco, é impusieron al Congreso el nombramiento de Riva-Agüero para primer magistrado del país, el cual despachó inmediatamente al General Portocarrero en comisión cerca de Bolívar. Mientras el Libertador aguardaba el permiso del Congreso colombiano para entrar en el Perú, nombró á Sucre Ministro Plenipotenciario en Lima con el encargo de estudiar el estado de la opinión, y de intervenir, sin mezclarse en las disputas internas, en todos aquellos casos en que lo exigiesen el honor y los intereses de la República, haciendo para ello uso de la división colombiana que estaba á las órdenes de Valdés.

Sucre encontró al Perú dividido, sin recursos, sin autoridad : en el Gobierno la desunión y la anarquía ; en el pueblo la indiferencia y el recelo;

en el ejército la insubordinación, las ambiciones desatentadas, la impericia. Por todas partes el caos formado de mil intereses antagónicos, incapaces de elevarse á la altura de las grandes resoluciones. Las voluntades desconcertadas veían el peligro y no acertaban á conjurarlo. Comprendían la necesidad de un brazo vigoroso, de una inteligencia múltiple como la de Bolívar, y sin embargo, la vanidad, la intriga, los celos vulgares, hallaban medio de estorbar la acción del grande hombre, calumniándole sin misericordia para que no llevase al país sus armas libertadoras. En la dirección de los negocios no prevalecía dos días consecutivos la misma opinión: hoy se ponía toda esperanza en los auxilios de Colombia; mañana se quería conquistar la independencia á esfuerzos propios. Una expedición formada con tal objeto se perdió en manos de Santa Cruz, de quien el General español Canterac decía que bastaba un corneta para derrotarle; y cuenta que para ponerla en pie de guerra no se ahorró ningún recurso pecuniario, como que Sucre, por esta causa, se vió después en los mayores aprietos para movilizar su división! Santa Cruz rechazó la cooperación y los consejos de Sucre. Pronto pagó bien cára su presunción, porque su ejército, tras una serie de descalabros é imprudencias, se dispersó sin gloria y casi sin combatir.

Mientras la expedición de Santa Cruz marchaba á Intermedios, Canterac se presentaba con 7,500 hombres en las cercanías de Lima. En tan crítica emergencia nómbrase á Sucre General en Jefe del Ejército unido, cargo que él renuncia y que no acepta sino cuando el peligro se lo impone como un compromiso de honor. En la incapacidad de defender la capital contra fuerzas tan considerables, trasládase Sucre á El Callao, á donde le siguen el Congreso y el Ejecutivo. Allí aún fué mayor el desorden que en los ánimos reinaba, porque no había quien no se disputase el mando supremo. Nadie se entendía en aquel desequilibrio de los cerebros por donde no cruzaba una sola idea luminosa y elevada. La anarquía como euménide siniestra agitaba su tea devastadora por sobre todas las cabezas. De Sucre se esperaba la salvación, y no obstante, se le ataban las manos, y el conflicto de los poderes públicos no dejaba vías expeditas á su acción. El Congreso depuso á Riva-Agüero y quiso nombrarle Presidente de la República; pero Sucre tuvo la prudencia de no prestarse á sancionar un expediente que habría aumentado el escándalo y la confusión sin fortificar la defensa nacional. Aquel cuerpo se trasladó por fin á Trujillo dejándole plenas facultades para proceder conforme lo exigiesen las circuns-

tancias. El Español no se atrevió á atacar El Callao, sino que contento con saquear á Lima, se dió prisá á contramarchar en persecución de Santa Cruz. Entonces Sucre cumplió con su deber, moviéndose con su división á fin de auxiliar al General peruano. Queda hecha referencia de cómo fué desairada su generosa oferta, y de cómo Santa Cruz, por ambición, ó acaso por inmoderado deseo de gloria, fracasó en medio de las dificultades, creando á Sucre con su malhadada aventura, posición tal que hubiera perecido á no poseer él sus dotes superiores.

En Trujillo continuaron las disidencias entre el Ejecutivo y el Congreso. Riva-Agüero, ya depuesto, ejercía, sin embargo, el poder á despecho de los Representantes de la Nación, de cuya autoridad se deshizo disolviéndolos por medio de la fuerza, y creando en su lugar una corporación raquítica, amoldada á sus intereses y pretensiones. La mayoría de los Diputados legítimos se trasladó á Lima, donde bajo la protección de Torre-Tagle, á quien nombró Presidente del Perú, reanudó sus sesiones y declaró traidor á Riva-Agüero.

He ahí el estado de disolución en que se encontraba la antigua tierra de los Incas, cuando Bolívar llegó á sus playas. No tenemos la preten-

sión de narrar ni siquiera de codensar las operaciones del Libertador y sus trabajos titánicos para destruir, primero la discordia civil alimentada por las traiciones de Riva-Agüero y Torretagle, y luego el enemigo común, el Español, que de tan caótica situación sacaba ventajas infinitas. Tiempo y espacio nos faltan en este periódico para tan vasta materia que requeriría volúmenes enteros. En ninguna parte fué para Bolívar más difícil la faena ; pero en ninguna más fecundo su genio, en ninguna más brillante y activa la cooperación de un teniente como Sucre.

Contadas están en la numerosa correspondencia de estos dos hombres, recientemente publicada, las peripecias de la inmensa obra que quedó coronada con la batalla de Ayacucho y la aparición de una nueva República en el estadio de las naciones. Allí hay que ir á sorprender el secreto de sus operaciones, la sabiduría de sus cálculos, su prudente política, su esfuerzo viril é incontrastable. Allí se ve cómo aquellos dos hombres se complementaban, el uno con su audacia y sus impaciencias tempestuosas, con su moderación, el otro, y su actividad, aunque más reposada, no menos fecunda. Allí se descubre el desacuerdo en que á veces se encontraron con respecto á los

planes de la guerra ; allí se escucha la nota des-templada vibrando entre los dos como presagio funesto ; allí la queja sentida de Sucre que amaba á Bolívar con la ternura de un buen hijo ; allí la expansión de dos almas generosas que en el respeto y la mutua admiración ahogan pasajeros resentimientos. Y como sombra del cuadro, se ven pasar á lo lejos las figuras de los hombres que en el Perú conspiraron contra la suerte de su patria, suscitando obstáculos, traicionando la causa de la libertad y envolviendo á los colombianos en un dédalo de confusiones de que Bolívar supo salir siempre victorioso.

Momentos hubo en que la desmoralización política, la escasez de recursos, la indiferencia popular, hubieran desconcertado á otro que no hubiese sido el Libertador. Pudo él, si oyera los consejos de hombres no nada sospechosos por su sensatez, haber abandonado el Perú á su propia suerte, como lo hiciera San Martín. Pero su voluntad de hierro, cuanto más contrariada más enérgica, venció todos los obstáculos, y la campaña memorable que se abrió en mayo de 1824, dió estabilidad á la América del Sur, destruyendo en élla para siempre el poderío extranjero. Después de Junin vino Ayacucho, « la cumbre de la gloria americana, » en que Sucre con un ejército

de menos de 6,000 hombres, derrotó á los vencedores de catorce años que en número de 9,310 intentaron allí su último esfuerzo.

Grande como fué la hazaña militar de Sucre, todavía la excedió su generosidad en el tratado que concedió al General Canterac, por el que los vencidos se retiraron del territorio disputado con todas las consideraciones de los pueblos civilizados.

No evanecieron á Sucre los laureles segados en el campo, antes bien fué á ofrecerlos reverente al hombre á quien debía su elevación. La carta en que refiere á Bolívar los pormenores de la batalla, termina con estos conceptos, modelo de grandiosa sencillez :

« Ésta carta está muy mal escrita y embarulladas todas las ideas ; pero en sí vale algo : contiene la noticia de una gran victoria y la libertad del Perú. Por premio para mí pido á usted me conserve su amistad. »

Bolívar se la ortogó ilimitada, el Congreso le colmó de honores y recompensas, y el título de *Gran Mariscal de Ayacucho* tan brillantemente ganado, adornó su nombre en adelante.

Como quedasen todavía en el Alto Perú algunos defensores de la causa realista, Sucre marchó sobre ellos después de la jornada de Ayacucho.

La empresa no ofreció mayores dificultades porque las disidencias de los mismos realistas y la muerte de Olañeta en un combate contra sus propios compañeros, allanaron el camino. Sucre entró triunfante en La Paz y convocó una Asamblea, acto que fué desaprobado por el Libertador, pero que después, mejor preparadas las cosas, repitió él mismo. La Asamblea se instaló el 10 de julio de 1825, nombrando en seguida Jefe del Poder Ejecutivo al Libertador por todo el tiempo que residiese en el territorio y á Sucre inmediato encargado del mando de los Departamentos. Así quedó creáda y constituida la República de Bolivia.

El Congreso Constituyente de 1826 nombró á Sucre Presidente vitalicio ; pero él no aceptó tamaña distinción y sólo ejerció el cargo por dos años, cuando pudo haberse perpetuado en él, á haber alimentado ambiciones más vulgares.

Como Jefe militar y como Magistrado Supremo del país, la conducta de Sucre en Bolivia fué siempre moderada y digna. Sólo una vez se exaltó su carácter sobrio, cuando la invasión de la Provincia de Chiquitos por el Comandante brasilero Araujo e Silva, y ésto llevado tal vez de su ambición de gloria y del deseo de extender el dominio de las ideas republicanas ; porque no

contento con repeler enérgicamente la invasión quiso tomar la ofensiva y consta que dió instrucciones á su subalterno Videla para « revolucionar el territorio del Brasil, proclamar la libertad y los principios republicanos y democráticos, la licencia misma y todos los elementos de confusión y desorden que los hagan arrepentir de su injusta y páfida agresión. »

Los brasileros retrocedieron, la diplomacia tomó cartas en el asunto, y Bolivar no quiso apoyar los atrevidos designios de Sucre, temeroso de comprometer el porvenir de los países ya definitivamente emancipados par sus armas.

Los habitantes de Bolivia respetaron siempre á Sucre como á un gobernante modelo. El les alivió del peso de muchas contribuciones onerosas que pagaban á los Españoles, suprimió gran número de abusos eclesiásticos y administrativos, y lo que es más valioso por ser cosa á menudo olvidada en América, respetó las opiniones políticas de los ciudadanos y las deliberaciones de las Asambleas Legislativas. La insurrección militar de Chuquisaca que él quiso sufocar con su sola presencia, y de que salió herido en un brazo, fué promovida y llevada á cabo por algunos peruanos faltos de moralidad y de gratitud. Ya para entonces las

arterías del Gobierno de Lima, los manejos secretos de Chile y Buenos Aires, y más que todo su disgusto por el ejercicio de una autoridad que él siempre vió con horror, le tenían bien resuelto á resignar la Presidencia de Bolivia. El escándalo militar puso el colmo á su amargura, y después de leer ante el Congreso su Mensaje de despedida se retiró á Quito, con ánimo de permanecer apartado de los negocios públicos.

No lo hizo, con todo, sin ofrecer de paso por el Perú su mediación para el arreglo de las diferencias existentes con Colombia, oferta que fué desdeñosamente rechazada por los insensatos políticos que tenían en sus manos los destinos del pueblo peruano. Las causas de la guerra que estalló después entre las dos Naciones nos llevarían demasiado lejos : bastará decir aquí que al Perú le tocó la iniciativa.... y también la vergüenza ! Desde el principio de la guerra Sucre puso su espada á disposición de Colombia, convencido como estaba más que ningún otro de la injusticia y villanía con que se la atacaba. La defensa del Ecuador había sido organizada por Flores con el más laudable celo. A él decía Sucre tres meses antes de decidirse la contienda, y con una previsión que demuestra sus talentos mili-

tares : « la llanura de Tarqui es un buen campo de batalla. » Allí, en efecto, recibió La Mar de las legiones que mandaba Sucre, el castigo de los ultrajes hechos á sus hermanos y libertadores.

Será bien decir aquí que Sucre no quería tomar la dirección de las operaciones por no arrebatarse á Flores la gloria del triunfo á que era acreedor ; y que esta nobleza, así como la caballería con que Flores se apresuró á poner en sus manos el ejército formado por él y á servir bajo sus órdenes, en obediencia á las instrucciones terminantes de Bolívar, son rasgos hermosos, dignos de ambos personajes y de la época en que vivieron. Tanto más hidalga fué esta conducta cuanto que meses antes un incidente desagradable estuvo á punto de indisponerlos : había decretado Flores un empréstito para atender á la defensa del Ecuador, atacado por los peruanos, y la familia de Sucre fué gravada en trescientos pesos. El vencedor de Ayacucho, que se hallaba reducido á vivir de los bienes de su familia y que sólo había traído de Bolivia mil pesos de economías hechas en dos años, pagó la contribución y puso, además, sus sueldos militares á disposición del Gobierno ; pero resentido de la poca consideración con que se le trataba, protestó que estaba dispuesto á defender sus propiedades en lo

adelante por todos los medios legales. Flores tomó la protesta como una hostilidad, y sus relaciones se hubieran agriado, á no mediar entre ellos las más francas explicaciones, en que ambos hicieron gala de todos los sentimientos caballescicos, llegando Flores hasta ofrecer á Sucre alejarse del Ecuador.

Tarqui fué la última gloriosa proeza militar de Sucre. Después del tratado de Jirón volvió á Quito, á disfrutar de las delicias del hogar sin desentenderse del servicio público hasta que quedó sellada la paz entre Colombia y el Perú con el cambio sobrevenido en la Administración política de esta última República. Su espada que jamás desenvainó sino contra los enemigos exteriores y en defensa del honor nacional, quedó para siempre colgada del techo del hogar, sin ponerse al servicio de los partidos que desgarraron la Patria : ejemplo nobilísimo en que debieran inspirarse cuantos buscan todavía por medio de la fuerza los honores y la autoridad que en la República solo se deben al mérito y á la virtud.

El Congreso de 1830 llamado á decidir de la suerte de Colombia, contó á Sucre entre sus miembros. Componíase aquel cuerpo de los más ilustres Generales que en los campos de batalla habían conquistado la independencia de la Patria,

de los más eminentes jurisconsultos que con sus luces habían contribuido á levantar el edificio de las instituciones; y no obstante fué impotente para restablecer la armonía de las opiniones y el equilibrio que habían perdido todos los entendimientos. Sucre formó parte de la comisión que vino á Venezuela á tratar de la existencia futura de la Unión. De La Grita se le hizo retroceder, tal vez porque, como lo indican los documentos de la época, temió Páez que el Gran Mariscal le hiciese sombra. Su ferventísimo deseo de conservar la paz le inspiró una proposición que prueba su despredimiento, á saber: « que ninguno de los Generales en Jefe pudiese ser Presidente ni Vicepresidente de la República, ni Presidente de ningún Estado (caso de adoptarse el sistema federal) à lo menos durante los primeros años en que rigiese la nueva Constitución; puesto que el abuso — agregó — que se ha hecho del poder militar ha producido alarmas y desconfianzas, que hacen urgente la medida. » La proposición fué desechada, y todo avenimiento se hizo imposible con los Diputados de Venezuela. Colombia no podía subsistir ya!

Abatido el espíritu por mil presentimientos funestos volvió Sucre á Bogotá y de allí partió para Quito en mayo de 1830. La muerte se

cernía sobre su cabeza. Más de una vez en el camino tropezó con sus asesinos, y acaso la auréola de gloria que le rodeaba puso miedo en sus conciencias empedernidas y detuvo por un instante sus brazos criminales. Pero en la oscura montaña de Berruecos consumaron la nefanda acción: el héroe cayó en el lodo, herida la frente y el pecho por cuatro balazos disparados desde las breñas. El genio del mal reía entre las sombras, y un grito de indignación salió de todos los ámbitos del continente!

El golpe había sido certeramente dirigido por manos del Coronel Morillo y de los Comandantes Sarría y Erazo. Ya estaba derribada la fuerte columna del orden, el templo de la austera virtud, el asilo augusto de la probidad y la clemencia; y por sobre las ruinas podían pasearse, sin ser molestadas, las pasiones sangrientas como las hienas en medio de los sepulcros abandonados. La ilustre víctima lo había sentido cuando desde octubre de 1828 escribía estas palabras: « Cada día tengo nueva convicción de la necesidad de separarme de todo y aun de ausentarme. Mis pocos servicios me colocan en el caso de ser víctima de la emulación de algunos. »

Pero él miraba como una cobarde deserción el abandono de la patria en los momentos del conflicto; y así, continuó en la brecha, á sabiendas de que no había de hallar compasión ante el odio de sus gratuitos enemigos, él, que siempre ahogó sus rencores en lo más recóndito del alma, que no quiso combatir á Riva-Agüero para convencerle de que no había tenido parte en su deposición, que salvó á Luque habiendo podido perderle con los documentos que tenía en su poder, y que perdonó á Gamarra sus traidoras instigaciones en Bolivia, cuando pudo después de Tarqui castigarle dándole de azotes en cambio de una existencia que aquél estaba dispuesto á comprar á cualquier precio.

Las opiniones políticas de Sucre le inclinaban al establecimiento de un gobierno fuerte que diese estabilidad á todos los elementos de la vida social. Quería él que en vez de principios impracticables, Colombia se diese un gobierno constitucional que sacase á los hombres «del laberinto de *garantías escritas* en que sin embargo no gozan ni siquiera de los derechos de propiedad y seguridad.» Debemos respetar estas opiniones porque eran fruto de una convicción sincera. ¿Por qué habríamos de echar-

selas en cara, cuando Bolívar mismo tuvo poca fe en los principios de la libertad política? Esta es siempre el resultado de una larga cultura y de una experiencia continuada; y la robusta generación que conquistó la independencia, no podía dejar al mismo tiempo consolidada la libertad. La época no lo consentía, y por otra parte ¿cuál hubiera sido entonces la tarea de las nuevas generaciones? Fácil es hoy á nuestra vergonzosa impotencia quejarse de que aquellos hombres no hubiesen rematado el edificio, bajo cuya cúpula solemne había de refugiarse su posteridad. Pero ellos trajeron de muy lejos sobre sus hombros atléticos las moles inmensas de granito y el mármol resplandeciente con que levantaron su construcción asombrosa. Y nosotros, pobres degenerados, no pudiendo alzar el más ligero bloque de los que ellos dejaron esparcidos por el suelo y á punto de colocar en el muro cuando la muerte paralizó sus corazones, tomamos el partido de sonreir con irreverencia y de mofarnos, siquiera sea ocultamente, de sus titánicos esfuerzos.

Aquellos hombres ejecutaron su obra; hagamos nosotros la nuestra!

Noviembre de 1888.

LOS DERECHOS POLITICOS DE LA MUJER

No obstante las agitaciones que en Inglaterra y los Estados Unidos suele haber en favor de la emancipación política de la mujer, los publicistas de mayor autoridad apenas si se fijan en esta cuestión, preocupados como están con la solución de otros problemas de más inmediato interés para la sociedad moderna.

La controversia se sostiene ardientemente y sin tregua en los clubs y asociaciones especiales, ayudados por la prensa periódica ; y filóginos y misóginos se arrojan á la cara sus respectivos argumentos, encendidos al calor de una retórica ampulosa é intemperante. Los unos levantan en alto la divisa de la emancipación política de la mujer, y hacen sonar estas palabras como eco de clarín guerrero que llama á la batalla donde han de decidirse los destinos de la humanidad ; los

otros entienden que semejante tendencia es el preludio de una catástrofe moral, cuyo resultado ha de ser la ruina de todas las instituciones sobre que descansa el orden social.

Entre tanto, las puertas del gineceo se han abierto, y la mujer, desembarazada de la cadennilla de oro con que solían atarse los pies de las vírgenes en lo antiguo, se ha lanzado á la calle, no ya á conquistar corazones, sino lauros para aquella frente suya en que hasta ahora solo estaba bien la corona de azahares resplandecientes. En la cátedra y en el taller, en el anfiteatro y en el foro, con la pluma ó con el bisturí, la mujer va marcando su huella luminosa y abriendo nuevos horizontes á la actividad de su sexo, con grande escándalo y desconsuelo de los que quisieran sustraerla á los embates de la lucha por la existencia, como una flor rica en perfumes y colores que, traída de otros climas, necesita que se la mida el calor y la luz para no caer marchita y deshojada en una atmósfera extraña, á cada instante conmovida por mortíferas corrientes.

Cierto que si de la capacidad de la mujer para intervenir en la vida política de la sociedad, fuese á juzgarse por el número de las que siguen cursos universitarios, ó lanzan á la circulación sus pensamientos en el periódico y el libro, la cues-

ción estaría ya resuelta en su favor. Lo estaría hace mucho tiempo, puesto que en todas las épocas de la historia ha habido mujeres superiores que no solamente han disputado al hombre la palma en el terreno del arte, sino que han llevado en sus manos con insólita energía el cetro de la gobernación de los pueblos. Pero ocurre preguntar si no serán éstos casos singulares, producidos por las leyes que presiden al desarrollo fisiológico de una familia, cuando en ella se han ido heredando, por el cultivo no interrumpido del entendimiento, ciertas tendencias elevadas y ciertos refinamientos intelectuales. El lento proceso de la herencia puede pasar más ó menos inadvertido en una familia hasta que culmina en un individuo del sexo femenino, provocando entonces comparaciones favorables con los miembros masculinos de la misma familia ó con los de otra cuyos progenitores apenas hayan salvado las gradas inferiores de la evolución humana. Aun en estos casos, dice el profesor Cope, las cualidades del espíritu en ambos sexos aparecen bien diferenciadas, aunque más ó menos limitadas por parte del tipo inferior.

Como quiera que sea, el legislador, obligado á prescindir de casos particulares para no fijarse sino en la universalidad de los hechos, habrá de

buscar el nivel intelectual medio de ambos sexos, antes de pronunciar su fallo, teniendo en cuenta las condiciones especiales de carácter que la sociedad exige de los llamados á dirigirla y conservarla. Porque así como al proclamar solemnemente los derechos del hombre no pudo presumirse que todos serían legisladores como Manu y Solón, filósofos como Aristóteles y Descartes, tipos de austeridad y virtud como Arístides y Catón, así tampoco sería discreto esperar que todos los representantes del otro sexo tuviesen la profundidad filosófica de Hipatia, el ardor varonil de Juana de Arco, la prudencia y la energía política de Isabel la Católica, Isabel de Inglaterra ó Catalina de Rusia, el vuelo literario de Madame Staël, de Jorge Sand, ó de la Avellaneda.

Y por grande que sea la diferencia que acuse en detrimento de la mujer la comparación de las individualidades superiores en cada esfera de la actividad intelectual, todavía resulta mayor si la comparación se efectúa entre individuos tomados indiferentemente de la inmensa mayoría de los dos sexos. Dicen los antropólogos que el cerebro de la mujer pesa una décima parte menos que el del hombre, pues según unos aquél llega á 1.272 gramos á los treinta años, mientras que éste se eleva á 1.424 ; y según otros, las cifras respecti-

vas son 1.300 y 1.450. A lo que deberá agregarse que las diversas regiones cerebrales no aparecen igualmente desarrolladas : en el hombre lo está la región frontal y en la mujer la lateral y posterior. Además el occipital de esta última se dirige horizontalmente hacia atrás ; todo lo cual, unido á otros caracteres embriológicos y anatómicos de que no queremos hacer mérito, ha llevado á la conclusión de que la mujer es un sér perpetuamente joven que debe colocarse entre el niño y el hombre (Letourneau).

Las observaciones de los psicólogos confirman esta deducción. En la mujer se han desarrollado extraordinariamente las necesidades afectivas, tal vez porque las funciones reproductoras la han impedido desde su origen tomar parte en las labores á que el hombre se dedica, y porque, obligada á buscar en su eterno compañero amparo y protección para sí y para sus hijos, ha contraído hábitos de timidez y de obediencia que la han alejado más y más de las luchas diarias de la vida. Con el instinto maternal se han refinado sus sentimientos ; y aquella continua zozobra, aquella angustia de todos los momentos en que la pone la existencia del hijo que ha llevado en sus entrañas, ha aumentado, con el largo ejercicio, las tendencias de su naturaleza impresionable. De

ahí la facilidad con que cede al dolor, á los temores reales ó supuestos, á todas las emociones que agitan el alma; de ahí su reducida capacidad para las largas reflexiones, y la necesidad en que se ha visto para satisfacer sus deseos de ocurrir á medios distintos de la fuerza, tales como los halagos de la ternura, las combinaciones de la astucia, y las galas estéticas de la persona. Si la mujer es evidentemente superior en los dominios del sentimiento, en el hombre, por el contrario, reside en su plenitud la facultad de la razón, unida á la habilidad para todos los ejercicios mecánicos. El entendimiento femenino es por lo general rebelde á la abstracción, aunque de tarde en tarde se atreva á penetrar en el campo de la filosofía con paso medroso y vacilante, para no cosechar en él sino algunas flores místicas de esas que nacen pálidas y enfermas en ciertos recodos oscuros del camino. Su competencia científica puede medirse por el hecho ya observado por Siebold, de que, habiendo estado la obstetricia durante siglos exclusivamente en sus manos, esta rama de la medicina solo vino á progresar cuando el hombre la hizo objeto preferente de sus estudios, á pesar de los notables trabajos que dejaron escritos Margarita de La Marche, Madame Lachapelle, Madame Boivin y otras mujeres eminentes.

Respecto de las aptitudes que las mujeres revelan en los cursos de medicina, dice el profesor Waldeyer, apoyándose en el testimonio de Carl Vogt : « Ellas son atentas, siguen religiosamente la lección del profesor y tienen buena memoria ; pero nada más. En los exámenes se desempeñan perfectamente, siempre que no se ocurra sino á su memoria : porque cuando se les plantea una cuestión tratada ya en el curso, pero bajo otra forma, se desconciertan y pierden completamente la cabeza. En los laboratorios son torpes y poco cuidadosas. Se estrellan contra la menor dificultad, y los jefes de laboratorio se quejan siempre de las *estudiantas* que los asedian á preguntas y les piden á cada instante consejos sobre cualquiera bagatela. » (Sesión del Congreso de Naturalistas y Médicos alemanes del 20 de setiembre de 1888. *La Semaine Médicale* del 26 de setiembre).

Ahora bien : la base fundamental del gobierno es la justicia, sin la cual, como tantas veces se ha dicho, la reunión de los hombres no sería más que una vasta asociación de bandidos ; y mal podría concederse en él parte activa á un sér cuyos pensamientos y acciones se resuelven por los dictados de la pasión. Hubo ya, en verdad, mujeres fuertes, como la madre de Pausanias,

que lograron ahogar los más ciegos impulsos del corazón; pero esto es casi una monstruosidad, y siempre resultará cierto que el hombre es más apto para conservar el fiel de la balanza, aun á costa de sus más caros intereses. Se ha observado que las mujeres mismas prefieren ser juzgadas por los hombres, antes que por los individuos de su propio sexo.

Siendo, por otra parte, el sufragio la manera más directa de influir en el Gobierno, preciso será averiguar si la mujer hará uso de él con entera independendencia como lo exigen los principios de las instituciones representativas. Y aquí tropezamos con los dos términos de un dilema: ó la mujer pensará por cuenta propia y dará su voto consultando únicamente sus opiniones y sentimientos; ú obedecerá á las instigaciones y mandatos terminantes del padre, del marido ó del hermano. Stuart Mill, para quien la diferencia de sexos en esta materia es un accidente insignificante, sin más importancia que la que tendría el color de la piel ó del cabello — estima que de ninguna manera resultaría mal para la sociedad. Pero tal afirmación no es exacta, aunque el citado autor diga que «habría grandes ventajas para la mujer, individualmente considerada, en que poseyese algo que sus parientes del sexo masculino no pu-

diesen obtener por la fuerza y que desearan conseguir. » Porque en el primer caso se introduciría la discordia en el hogar convirtiéndolo en palenque de discusiones ardientes, tras de las cuales vendrían la mengua de la mutua estimación y acaso la total extinción de los afectos. « Ningún hombre — dice Cope — presenciaria con serenidad el espectáculo de su esposa é hijas anulando su voto en las elecciones ó contribuyendo con su influencia á sostener una política de gobierno que él considerase perjudicial á su propio bienestar ó al de la comunidad. » Las animosidades de los partidos, los celos y la desconfianza, tan terribles ya é inconsiderados en la calle y en la plaza pública, adquirirían recrudescencia mayor si se les diese por teatro el estrechísimo del hogar, donde faltos de espacio para dilatarse, vivirían en choque perpetuo agriando los caracteres y envenenando aun aquellas acciones inocentes á que debe presidir el afecto y la mutua benevolencia. Y en el segundo caso, es decir, cuando la mujer se sometiese á las inspiraciones de sus parientes, el sufragio femenino sería inútil, sin otro resultado que el de hacer más largo y complicado el recuento de los votos ; lo que produciría también males considerables, pues la institución del sufragio se convertiría en una

farsa, y no es preciso demostrar cuán cercanas están de su ruina las instituciones sobre las cuales han caído el ridículo y el desprecio.

Otra consideración que se opone con no menor fuerza al sufragio femenino es la de que los que intervienen con su voto en la formación de las leyes, están obligados á sostenerlas con su brazo y con su inteligencia. ¿Y cómo podría la mujer hacer ejecutar una medida cuando una mayoría de hombres la considerase inconveniente? La lucha no podría sostenerse un solo instante, y la mujer renunciaría de propia voluntad al ejercicio de un privilegio nominal, desprovisto de fuerza ejecutiva.

Pero, aparte de estas objeciones hijas de la previsión más elemental ¿qué consecuencias tendría para la especie humana la franca entrada de la mujer en la arena política, donde respiraría el aire envenenado que por fortuna sólo á veces y clandestinamente ha penetrado en sus pulmones? Ella, que en el seno de la familia conserva en toda su pureza y brillantez la llama del sentimiento; élla, que dirige los primeros pasos del niño poniendo en su alma la armonía y en sus labios la miel que más tarde han de neutralizar las amarguras de la vida; élla, que en sus brazos ofrece al hombre seguro asilo donde, tras la

diaria faena, vaya á reposar y á curarse de sus heridas, deponiendo por un momento la lanza y el escudo y olvidando, con la música de sus besos, la algazara salvaje y los gritos estridentes del combate ; élla perdería todos éstos atributos á que dan mayor realce lo bondad, la gracia y la hermosura, y al cabo de algunas generaciones, cualquiera que fuese el desarrollo de su inteligencia, sólo produciría una raza de bárbaros morales.

Los instintos bajos que aun en los centros de mayor cultura y civilización no están sino dormidos en el hombre, despertarían con ímpetu desusado para hacerle retrogradar á su origen inferior. Porque despojada la familia de su propio y natural encanto, disueltos los lazos de los castos amores, ¿ á dónde iría el hombre á buscar estímulos para el bien, inspiraciones para su mente, matices delicados para los sueños de su alma ? La bestia humana renacería con todas las feroces inclinaciones heredadas al través de la inmensa serie de sus antepasados.

Ni sería menor, aun dado que tales temores no se realizasen, el peligro que correrían la civilización y la independencia del espíritu, pues como observa el profesor Cope, no debe prescindirse en esta cuestión del carácter eminentemente reli-

gioso de la mujer, el cual, llevado al campo de la política, sería un grande obstáculo para el progreso. « Si se concediese á la mujer el derecho del sufragio — dice — las cuestiones teológicas asumirían una nueva importancia política, y la libertad religiosa y la tolerancia tendrían que pasar por nuevos trances y soportar la prueba de nuevos combates. Los efectos que de ello se derivarían no podemos preverlos, pero seguramente no serían buenos. » — (*Popular Science Monthly*.— Octubre de 1888.)

Algunos publicistas como Donnat (*Politica Experimental*) y Portalis (*Dos Repúblicas*) se limitan á recomendar ensayos parciales para probar la capacidad política de la mujer. Esto ya está más puesto en razón, porque siempre será bien que los problemas de este género se decidan por la experiencia, y porque en caso de un resultado fatal habría tiempo para retroceder. Ningún inconveniente se opondría, por ejemplo, á que las viudas votasen en las elecciones municipales, y ellas y las casadas en las elecciones para funcionarios de la instrucción primaria, como sucede en Inglaterra y en algunos Estados de la Unión Americana.

Pero de ninguna manera deberá darse á la mujer en la lucha por la existencia una parte tan

grande que la imposibilite para llenar las funciones especiales que la naturaleza le ha asignado. Los dos sexos han nacido para complementarse y fundirse en una eterna armonía ; y si la civilización del siglo exige de la mujer una cultura esmerada y unos conocimientos que antes no poseyó sino excepcionalmente, es para que pueda vivir en comunión espiritual con el hombre, cuyo cerebro se ha ensanchado, y para ponerla en aptitud de seguir su vuelo por los mundos de la idea, de comprender sus nuevos dolores y alegrías y de reconfortarse con él en la contemplación de los nuevos horizontes que se abren á su esperanza.

Diciembre de 1888.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

El sufragio universal ha sido hasta ahora en Venezuela una hermosa utopía consignada en las leyes, pero jamás realizada en las costumbres. En teoría nuestros gobiernos han de nacer de la voluntad popular libremente manifestada, y en la práctica vemos que el poder ha hecho siempre las elecciones, confeccionado á su sabor la representación nacional é impuesto al país los magistrados que lo han presidido : esto, cuando las revoluciones armadas no se han encargado (como ha sido lo más frecuente) de elevar á sus caudillos triunfantes y de perpetuarlos en la silla dictatorial con mengua de las instituciones y en nombre de los *servicios* prestados á una causa ó á un partido que, por grande que sea, nunca debe confundirse con la Nación ni menos supeditarla.

No pertenecemos nosotros á la escuela de los que, tomando la institución del Gobierno como

una especie de Providencia, le atribuyen todos los bienes y todos los males de un país. Por eso, si en estricta moral política condenamos los abusos cometidos por nuestros gobiernos al falsear la más importante base de las instituciones democráticas, comprendemos cuán difícil ha sido evirtarlos y sustraerse al deseo de la usurpación, natural en la autoridad, cuando no se ha experimentado el freno poderoso de la opinión pública, y cuando el pueblo no ha sido sino una masa inerte, sin pensamiento político, de la cual se puede hacer todo, porque estima más y comprende mejor el orden impuesto por la coacción que el que nace del ejercicio permanente de la libertad, y aun más que la libertad y el orden, ama sus costumbres indolentes y sus tradiciones de indiferencia.

Venimos aquí á hablar francamente al pueblo, y no ha de extrañarse que le digamos estas rudas verdades, en lugar de extraviarle con halagos y mentidas adulaciones, propias del demagogo y no del hombre honrado que desea sinceramente la elevación del carácter nacional. Sí, los usurpadores no han sido fuertes sino porque la Nación ha querido hacerse debil, renunciando el ejercicio de sus derechos. El *ciudadano*, en toda la hermosa significación de esta palabra no ha existido

todavía entre nosotros. Cada cual lleva, es verdad, en el fondo del alma un grande amor á las instituciones libres ; pero ese amor no se traduce sino en palabras, y como las instituciones no pueden funcionar por su sola virtud, la libertad no puede tampoco venirnos por obra y gracia sobrenatural, sin que nosotros hagamos á cada instante un nuevo esfuerzo para conservarla.

Y ese esfuerzo no es el que tantas veces ha hecho el pueblo venezolano en los campos de batalla. Nada en realidad mas estéril : cuando nos hemos cansado de un dictador ó de una oligarquía, hemos recurrido á las armas para arrojarlos del Capitolio, y una vez logrado el objeto ha surgido otra oligarquía ú otro dictador : los *hábiles* se han apoderado de los empleos ; nuevos nombres han resonado en el país, pero la voluntad nacional ha quedado tan burlada como antes, y el suspirado advenimiento de la libertad práctica se ha alejado más y más de nuestro horizonte político. Es que al día siguiente del triunfo los ciudadanos han vuelto á su inacción natural ; la plaza pública, palenque de la vida cívica, ha continuado desierta ; y el nuevo Gobierno, envuelto todavía en el humo del combate, se ha visto ya desembarazado de la fiscali-

zación popular y ha empezado tranquilamente á poner las bases de su omnipotencia abrumadora.

¿No acabaremos nunca con este torpísimo sistema? ¿Será verdad que el pueblo venezolano, tan valeroso en las batallas es incapaz de toda virtud cívica? — Los escépticos suelen reirse cuando se les habla de una elección popular entre nosotros. ¿Quién hace uso del sufragio en Venezuela? Las turbas indisciplinadas y brutales son llevadas á las urnas por unos cuantos intrigantes que comercian con sus votos, y el lugar de la elección se convierte en un teatro de riñas sangrientas, en que los puños y el cuchillo se mueven á impulsos del aguardiente. De aquel lugar se alejan los hombres inteligentes, los que tienen alguna noción de sus deberes públicos, los que poseen algún interés que defender, porque no quieren malponerse con el Gobierno, de cuyas promesas dudan, ni con los caciques de las localidades, árbitros de la multitud inconsciente, á quienes es preciso mantener propicios por medio de cobardes concesiones, ya que los Gobiernos de los Estados ponen en sus manos cuantos recursos posee la persecución política.

Con dolor reconocemos que estas objeciones son, por desgracia, verdaderas. Y sin embargo,

tenemos fé inquebrantable en la eficacia de una acción común de los hombres honrados. Pues qué ! ; Tan en minoría estaría la virtud en Venezuela y tan desprovista de todo prestigio que no lograría uniformar la opinión y atraerse sus fuerzas incostrastables el día en que se resolviese á entrar valientemente en la lucha para arrebatarse el cetro á los traficantes políticos y desnudarlos á los ojos de la Nación ? Dígase lo que se quiera, la obra del mal no puede ser sino frágil ; y nosotros creemos que ese edificio de prácticas tortuosas, y de amaños electorales, no se sostiene en pie, sino por la complicidad de los elementos sanos de la sociedad, que podrían derribarlo, y no lo hacen, con solo un soplo de su enérgica voluntad. Tampoco creemos que la masa popular sea tan refractaria á la práctica ordenada del sufragio, que haya de llevar siempre el escándalo y el crimen al rededor de las urnas, si se forman partidos serios que aleccionen á cada uno de sus miembros, y les inculquen nociones de solidaridad y de solicitud por los intereses comunes.

Lo que sucede es que para llevar á cabo esta obra de renovación, se necesita el concurso de los hombres inteligentes y de buena fe. El padre de familia, el comerciante, el industrial,

todos los que vivan del trabajo honrado, deben decidirse á tener una opinión política y á manifestarla por medio de su voto en las elecciones. Los que amen la paz y el bienestar que ella engendra, deben convencerse de que mientras más se alejen de las urnas electorales, más se acercarán á las revoluciones, en cuyas turbias ondas naufragan todos los intereses legítimos, porque al fin y al cabo hay en la sociedad una fuerza que de un modo ú otro ha de sacudir el yugo de la tiranía. Hasta ahora, para deshacernos de los malos gobiernos hemos optado por el sistema de la revolución, que cuesta lágrimas, sangre y sacrificios infinitos, y no produce sino desengaños, miserias, descrédito, y lo que es peor aún, el arraigamiento del mismo mal que con la revolución se trata de destruir. En lo adelante es preciso recurrir al sistema del sufragio para renovar pacíficamente los poderes públicos, poniéndolos en manos de los hombres más dignos por su idoneidad y pulcritud para ejercerlos. Si la opinión pública se equivoca alguna vez, ahí está la urna electoral para corregir el error en la próxima elección, mediante un examen más detenido y circunspecto de los candidatos que se presenten á la discusión pública.

Meditad bien, compatriotas, los dos términos de este dilema: ó sufragio ó revolución. El último está condenado por la experiencia y por la maldición de los millares de víctimas sacrificadas inútilmente en cincuenta años de contiendas civiles; el primero aun no ha sido ensayado con sinceridad, y á su planteamiento no se oponen sino algunos obstáculos derivados de nuestra inexperiencia que irán desapareciendo con el ejercicio y con un poco de buena voluntad.

Más que inteligencia y educación nos hacen falta la fe en los principios y la perseverancia para realizarlos. El carácter nacional parece huir de todo esfuerzo continuado y de toda obra lenta, por más que ella brinde espléndidos resultados en el porvenir; y queremos alcanzar las más difíciles conquistas de un solo golpe y como por asalto. Las costumbres del militarismo han contribuido á aumentar estos defectos, inculcándonos aquel amor á la fuerza bruta que aproxima al hombre civilizado del salvaje. Pues bien, es preciso combatir estas tendencias, destruir el pesimismo y levantar los ánimos desfallecidos para las luchas cívicas, si queremos tener al fin un Gobierno de todos y para todos, fundado en la base incommovible de la opinión.

Cada ciudadano mayor de 18 años posee un voto. Pues que lo emita para que la voluntad popular sea una realidad.

Junio de 1889.

EL VOTO DIRECTO Y SECRETO

I

Decíamos en uno de nuestros artículos anteriores que la facción en mal hora bautizada con el nombre glorioso de un partido y constituida para su ruina, en árbitro de los destinos de la Nación, había tomado á empeño exorcizar por importuno, el espíritu de libertad evocado en otro tiempo con todo el calor y el entusiasmo que inspira la fe en las ideas.

Esto es singularmente cierto en lo que se refiere á la elección del primer Magistrado del país, que la constitución de 1864 atribuía al pueblo, conforme á los principios democráticos, y que en la abigarrada mezcla de instituciones exóticas que actualmente nos rige, ha venido á parar en una elección de cuarto grado, especie de alambique en donde la voluntad popular va perdiendo su fuerza y sus elementos primitivos para no dejar verdaderamente puro sino el sutil licor del despotismo con el cual se embriagan los enemigos de la libertad.

Conocemos las especiosas razones con que se ha tratado de defender tan extraña innovación. La principal y más descarada consiste en recurrir al ejemplo de los Estados Unidos, en donde la elección presidencial es también indirecta, por lo menos en teoría. Los redactores de la constitución americana, llamados á dar forma á un organismo democrático, en condiciones sin ejemplo en los tiempos antiguos y modernos, estaban llenos de dudas respecto del sentido político del pueblo, no obstante los ejemplos de circunspección y de civismo tan numerosos en su historia. Basta leer los *Comentarios* de Story para ver cómo á cada paso se veían aquellos varones sapientísimos y prudentes asaltados por el temor de que las instituciones que fundaban fuesen más tarde á favorecer la saña de las facciones y el desenfreno de la demagogia, destruyendo así por completo la estructura de la República que ellos soñaban como eterna. Los azares de la revolución en medio de la cual trabajaban, no eran, por otra parte, un espectáculo á propósito para inspirarles excesiva confianza en el porvenir. Iban á hacer un ensayo político sin precedentes en la historia de la humanidad, al calor de una revolución cuya influencia sobre el carácter nacional, no podían prever: las ambiciones podían desar-

rollarse desmesuradamente, el militarismo arraigarse en las costumbres, la libertad política trastornar todas las cabezas. Conocedores de las pasiones humanas, si eran fieles á los nobilísimos principios que profesaban y creían en su eficacia, contaban también con los vicios, y los errores de los hombres, y no se dejaban arrastrar por una ciega confianza en sus virtudes. Esto es lo que ha hecho decir á Boutmy (*Estudios de Derecho Constitucional*), al comparar los recelos y desconfianzas de los legisladores americanos con el ferviente idealismo y la generosa fe optimista de los convencionales franceses de 1789, que los primeros eran « demócratas á la fuerza, revolucionarios tocados del espíritu de reacción, que aceptaban resignados las circunstancias de una nación en donde no había los elementos históricos, económicos y sociales que forman la sustancia de la aristocracia y de la monarquía. »

Hay exageración, sin duda, en estas palabras ; pero lo que es cierto es la observación del mismo autor de que el espíritu de la democracia americana no tanto debe buscarse en la Constitución Federal, como en las Constituciones de los Estados que van desarrollando cada día más profundamente los principios.

La historia de la Gran República en los cien

años que lleva de existencia, ha demostrado plenamente que las prudentes reservas de sus primeros hombres de Estado eran en extremo exageradas. Ellos en efecto combinaron un sistema de elección presidencial, cuyo principal objeto era evitar la efervescencia de las pasiones y la animosidad de los partidos que suelen ser consecuencia de la elección directa. Para esto dispusieron que cada Estado nombrase un cuerpo electoral, de la manera que lo creyese conveniente su respectiva Legislatura, compuesto de tantos miembros como Senadores y Representantes tuviese derecho á enviar al Congreso Federal.— Así les pareció dejar asegurada la prudencia, el orden é independencia de la elección, y conjurados todos los peligros y conflictos que una aplicación más radical del principio democrático hubiera podido producir ; pero no contaban con que el espíritu del pueblo se haría superior á las mismas instituciones y hallaría medio de hacer prevalecer su voluntad, imponiendo á los electores un mandato imperativo, cuya infracción suele pagarse muy cara, por donde la elección ha venido á ser, en realidad, directa y el cuerpo electoral un inútil intermediario. Esto que á Story le parecía una peligrosa desviación de la gran senda trazada por los miembros de la primera

convención, es, bien considerado, un título de gloria para el pueblo americano, por cuanto prueba que sabe hacer progresar la idea democrática y realizarla en sus últimas consecuencias.

No hay, pues, exactitud en invocar el ejemplo de los Estados Unidos para defender nuestro sistema de elección, que es el más anti-democrático que la cabeza de un déspota haya podido imaginar para ahogar la voz de la opinión é imponer su propia caprichosa voluntad. El autor de tan monstruoso engendro instintivamente se ha inspirado en la máxima inmoral de Sieyes : *la confianza debe venir de abajo, el poder de arriba*. Pero nosotros que trabajamos por la efectividad de las prácticas democráticas, combatiremos esa máxima con todas nuestras fuerzas hasta dejar grabado en la conciencia nacional el precepto contrario : *el poder debe venir de abajo ; de arriba el respeto y las garantías, es decir, la confianza*.

II

Los que para defender nuestro sistema de elección presidencial cuatro veces indirecto se valen del ejemplo de los Estados Unidos, que no les favorece sino aparentemente, harían bien en recor-

dar los luminosos debates que dieron por resultado en la convención americana el rechazo del primer proyecto por el cual se atribuía la elección del Presidente al Congreso Federal.

Allí se pusieron de manifiesto por los hombres más versados en la ciencia política las funestas consecuencias de semejante sistema, á saber : 1^a la destrucción del principio de independencia de los poderes públicos por medio de una combinación electoral que hace depender la existencia del Ejecutivo de la voluntad del Poder Lejislativo y que trae como resultado ineludible, ó la completa abdicación de éste ante los halagos y promesas de lucros futuros, hechos por los candidatos, ó la sujeción absoluta del Presidente á los caprichos de una mayoría parlamentaria, con cuyos sufragios se ha elevado á la primera Magistratura ; 2^a la incapacidad y la torpeza de que ordinariamente adolecen para discutir los asuntos de la legislación general unas asambleas cuyos miembros han sido reclutados en todo el país con el principal objeto de asegurar el triunfo de una candidatura, y en cuya elección, por consiguiente, se han consultado más sus simpatías y sus relaciones políticas, que su idoneidad y sus conocimientos de los grandes intereses de la Nación, para desempeñar cumplidamente las funciones de

legislador ; 3^a la corrupción y la venalidad que se introducen en las cámaras con el indecente comercio de votos que acaba por destruir toda noción de probidad y de respeto á la opinión pública en los representantes del pueblo, y se extiende luego á la gran diversidad de asuntos en que la sociedad está interesada ; 4^a la creación, que por este medio se fomenta, de coaliciones parlamentarias, cuya duración suele prolongarse aun después de desaparecida la causa que las produjo, y á cuyos actos, opiniones y sufragios preside siempre la pasión y las excitaciones del momento, cuando no un mezquino interés de secta que rebaja su dignidad y compromete á la Nación.

Pues bien, todos estos inconvenientes con los demás que de ellos se derivan los tenemos nosotros en la Constitución vigente, la cual concentra el interés de la elección presidencial en la elección hecha por el Congreso de los miembros del Consejo Federal, de cuyo seno ha de salir el Presidente. Y cuenta que en las anteriores observaciones hemos hecho caso omiso de un elemento que en Venezuela, con nuestras pésimas costumbres autoritarias, concurre á desmoralizar más si cabe, la elección y decide de ella en última instancia : nos referimos á la intervención, á veces encubierta, á veces cínica y desvergon-

zada de los mandatarios en la elección de sus sucesores. Allí donde la Cámara procede con independencia sin obedecer más que á las sugerencias del orgullo ó de la venalidad nacidas en su propio seno, con ser tan perniciosas las concupiscencias á que se entrega, todavía queda una esperanza de que la voluntad popular sea tenida en cuenta, siquiera remotamente y al través de las más encarnizadas pasiones. Siempre se formará, aun en medio de la común desmoralización, algún grupo de elementos sanos donde se refugien el patriotismo y el honor, á menos que el delirio se haya apoderado de todas las cabezas y la corrupción de todos los corazones, en cuyo caso la sociedad misma no tendrá ya derecho á la existencia ; y ese grupo, aunque débil é insignificante para hacer inclinar la balanza en su favor, será por lo menos una fuerza de resistencia, cuya influencia se hará sentir en el ánimo de los malos, ya atrayéndoles á la buena causa, ya haciéndoles comprender la vergüenza de sus actos. En todo caso, la responsabilidad moral ó material será toda del representante, porque él habrá sido dueño de su voluntad, y habrá podido escoger libremente entre el bien y el mal, entre el interés de la Patria y el de un círculo ó una personalidad cualquiera. ¿Pero qué esperar cuando

la mano armada del poder comprime todos los labios, cuando todas las conciencias tiemblan sobrecogidas de mudo pavor, á un solo grito del Jefe del Ejecutivo, ó cuando, como es lo más común entre nosotros, los resortes oficiales se han movido anticipadamente con tal precisión, que no se ha podido deslizar siquiera subrepticamente á manera de engaño ó de traición un solo caracter independiente en el cuerpo legislativo, y la elección se lleva á cabo á entero contentamiento del poder y con edificante unanimidad ?

La elección viene falseada desde su más remoto origen, por una serie de atentados cometidos contra la voluntad popular en las elecciones para diputados á la Legislatura del Estado y al Congreso Nacional, atentados en que toma parte toda la escala oficial desde el más insignificante Jefe civil hasta el más encumbrado depositario del poder público.

¿Emprenderemos una vez más la descripción de nuestros vicios electorales? ¿Quién los ignora, ni por otra parte, quién tiene voluntad para destruirlos? ¡Singular disposición la de un pueblo que, individualmente conoce el bien y lo desea con ansiedad, y en su capacidad colectiva no sabe ó no quiere hacer nada por alcanzarlo y se contenta con declararse impotente! Si no fuese por-

que de cuando en cuando una ráfaga consoladora de civismo recorre nuestra atmósfera política purificándola por un instante, creeríamos expresamente aplicables á nosotros aquellas reflexiones de Stuart Mill en su admirable libro (*El Gobierno Representativo*) en que declara ineptos para la libertad y condenados á un despotismo indefinido á los pueblos que no tienen voluntad ni capacidad para hacer todo lo que exige de ellos la existencia de las instituciones libres. Pero no ; queremos más bien creer que nuestra voluntad duerme un sueño anormal y va á despertar ya, tan pronto como el aire vivificante que ahora llena los espacios le devuelva por completo su perdido vigor. Por eso consideramos conveniente reformar cuantas instituciones contribuyeron á atrofiarla, para que al renacer, se encuentre dueña de todos sus derechos, y vigorizándose en su ejercicio, sea mañana imposible hacerla víctima de despojos semejantes.

III

Dos son las principales objeciones que suelen hacerse al sufragio directamente ejercido por el

pueblo, á saber : la falta de sentido político en las masas populares, proveniente de su ignorancia, y las animosidades, riñas y desórdenes de todo género, á que conduce la pasión exacerbada por la lucha electoral, cuando los ciudadanos no poseen la calma y la cultura necesarias para el uso de este altísimo atributo de su soberanía.

Conviene no mirar estas objeciones con desdén, pero tampoco atribuirles la exagerada importancia de que las revisten sus defensores. El observador sereno é imparcial conoce muy bien la influencia recíproca de las instituciones y las costumbres, y sabe que por grande que sea el atraso de un pueblo, á menos de pertenecer á una raza inferior, negada á todo impulso progresivo, las buenas leyes acabarán por adaptarse á su carácter, y elevar el nivel de su pensamiento y de su dignidad. Por otra parte, jamás debe olvidarse en estas materias, si se quiere permanecer en la esfera de la realidad, que ninguna institución humana puede aspirar á destruir las pasiones de los hombres, ni siquiera á funcionar lejos de su influencia ; y que, si tal cosa pudiera realizarse, la institución sería indudablemente mala, pues habría mutilado á la humanidad, despojándola de una de sus fuerzas. No sabemos lo que sería una sociedad sin pasiones ; pero seguramente no

nos gustaría vivir en su seno, ya que en ella no tendrían mérito alguno la virtud, el amor ni el heroísmo.

Cierto que es una candidez poner excesiva confianza en el criterio popular. Han pasado ya los tiempos de los políticos idealistas de la Revolución Francesa que hacían de ese criterio una especie de oráculo infalible. Hoy se reconoce que la opinión pública sufre lamentables extravíos; que las ideas bajan á la conciencia de las masas con una lentitud desesperante; que se necesitan años, siglos, de propaganda y de buenos ejemplos, para extirpar en ellas una preocupación ó para corregir una aberración del sentimiento. Y qué! ¿Una fatalidad que está en la naturaleza de las cosas, autoriza acaso para prescindir de la mayoría de los hombres, y no acordarles el ejercicio de sus derechos sino por medio de tutores, por segundas manos, que gratuitamente se suponen más puras ó más experimentadas? Por que no otra significación tiene el empeño de los adversarios de la democracia en elevar á dogma el sufragio indirecto. Ellos se han dicho: puesto que el espíritu de los tiempos ha destruido los antiguos privilegios; puesto que de grado ó por fuerza, hemos de contar con la voluntad popular en la creación de los gobier-

nos, pongamos una barrera á su acción, y erijamos un cuerpo selecto que obre en nombre suyo y con su autorización de la manera que le plazca. Así quedan satisfechas aparentemente las exigencias de la teoría democrática, y abierta la puerta á nuestras usurpaciones. La masa es inconsciente ; nosotros hábiles ; los cuerpos intermedios serán siempre hechura nuestra. Este sistema se recomendará á los ojos de los timoratos por un orden y una compostura admirables, como que para muchos el orden consiste en la ausencia del movimiento, y claro está que el movimiento es menor mientras menor sea la suma de libertad disfrutada : el cadáver es la más genuina representación del orden.

Así piensan los espíritus conservadores, así los falsos liberales que llevan la teoría liberal en los labios y el hacha demoledora de la libertad en la mano. Pero ¿ es acaso tan grande la virtud cívica y tan especiales los conocimientos que del ciudadano exige el ejercicio del sufragio directo ? Tratóndose de la elección del primer Magistrado de un país, es claro que los que á tan alto puesto aspiren, serán siempre aquellos cuyo nombre goce de mayor notoriedad, y vaya unido á acciones ó pensamientos trascendentales, universalmente conocidos. Tales hombres, aun en su con-

dición privada, estarán colocados a cierta altura moral ó política, donde no podrán sustraerse á las miradas inquisidoras del resto de sus conciudadanos, y donde el examen de sus virtudes públicas y privadas sera fácil aun para los observadores más superficiales. El elector no necesitará más que un poco de patriotismo y de buen sentido para motivar su voto, y en esta tarea le ayudarán la prensa y las mil voces de la opinión, que expondrán y discutirán los méritos de cada candidato. Podrá ser que si la prensa cede á las sugerencias de la intriga ó de la venalidad, si los círculos electorales se lanzan por las vías tortuosas de la calumnia, y esgrimen malas armas contra sus adversarios, tratando de arrojar sombras sobre su reputación, el elector desinteresado se llene de perplejidades y no acierte á formarse una opinión propia. Pero en ciertos momentos de la lucha ¿ no sucede esto mismo aun á los entendimientos más cultivados? Y luego ¿ qué calumnia puede prevalecer nunca contra la verdad cuando la prensa es libre, y la defensa sigue inmediatamente al cargo formulado? Que si la reputación de un hombre público se desvanece y no logra salir triunfante de los primeros embates, prueba será de la nulidad de su valor moral, y la opinión pública no deberá continuar prestándole su apoyo.

En último caso, la gran mayoría de los ciudadanos que no vive mezclada diaria y activamente en las agitaciones de la política ni conoce, por tanto, los detalles mezquinos, los ocultos resortes que tan hábilmente manejan los políticos de oficio, tiene, sin embargo, un criterio bastante seguro sobre estas materias : le basta consultar sus deseos, que son un poco de libertad y de orden, para vivir tranquilamente consagrada á las faenas del trabajo, en la confianza de que el producto de su actividad no le será nunca arrebatado. El hombre cuyos antecedentes correspondan mejor á estos deseos, será el que goce de sus simpatías y en definitiva el más digno de gobernarla ; porque las sociedades modernas constituidas por una democracia trabajadora, están fundadas sobre un principio económico, enteramente contrario al principio militar y de conquista que prevaleció en la antigüedad ; y á la cabeza de su estructura política debe colocarse, no ya el genio militar, ni el espíritu aventurero, sino la inteligencia clara y comprensiva de los intereses comunes, la probidad acrisolada, la prudencia enérgica y serena.

Cualesquiera que sean las dificultades del voto directo, estamos en el camino de la República democrática y todo retroceso hacia las viejas

fórmulas que contrarién sus principios, es una debilidad ó una apostasía. Hemos implantado la forma más avanzada de Gobierno, y debemos penetrarnos íntimamente de que, por el solo hecho de ser la más perfecta, es también la más compleja y difícil de practicar. La manera de triunfar de las dificultades, no es evitarlas, sino mirarlas de frente y vencerlas con energía y perseverancia. Toda fórmula simple es clara, sí, pero incompleta y peligrosa. Por huir de las complicaciones del sufragio directo, hemos venido á parar en un sistema sencillísimo como todos los del despotismo, — cuyo único elemento es la fuerza — sistema que no impone al pueblo trabajo ni incomodidad alguna, pero que tampoco consulta para nada su voluntad, ni se cuida sino nominalmente de sus intereses.

En vano el espíritu público ha tratado de corregir el absurdo sistema, interviniendo en la elección presidencial por medio de una propaganda anticipada. Los pronunciamientos solo sirven para llenar columnas de periódicos ; las voces de la prensa se desvanecen en el aire : todo ello, si tiene alguna fuerza moral, carece absolutamente de eficacia legal. El ciudadano que pone su firma al pie de un pronunciamiento sabe muy bien que esa firma no pesará nada en las decisiones finales.

¿ Ni cómo ha de pesar si no son los votos salidos de las urnas los que pronuncian el veredicto, sino las circunstancias especiales, creadas por un círculo ó una personalidad, más ó menos lejana de la atmósfera popular, las que resuelven la cuestión á última hora? ¿ Sabe alguien hoy, por el movimiento de la opinión, quien será el candidato favorecido por el próximo Congreso? La oscuridad en que el resultado está envuelto hasta el día mismo de la elección del Consejo Federal ¿ no es una prueba de que esa opinión tiene bien poco valor? Todos los cálculos, todas las esperanzas así del político como del comerciante y del industrial (porque el resultado de la elección interesa á todos) adolecen de una fatal incertidumbre, que para colmo de desdicha se repite cada dos años, como si el autor de tan disparatado aborto constitucional, disminuyendo la duración del período, se hubiese propuesto mantener á la sociedad en continua zozobra.

No hay más remedio que volver á la elección directa por cuatro ó cinco años. Este último punto será materia de un estudio especial; y por hoy terminaremos diciendo que no nos inspiran temor alguno las excitaciones producidas por el sufragio directo, si, como hemos opinado en otra ocasión, se forman partidos serios que inculquen

á cada uno de sus miembros nociones de solidaridad y de respeto. Las masas populares tienen deseos, pero no opiniones: por eso suelen caer en la violencia, por que el deseo es cosa enérgica, toda ímpetu y desenfreno, cuando no está contenida por la razón.

A los partidos doctrinarios toca transformar los deseos en opiniones. Tal vez sea ésta su más benéfica obra.

Julio de 1889.

VIEJOS Y JOVENES.

El señor Doctor Lucio Pulido ha publicado en *El Patriota* número 32, un artículo titulado *Jóvenes y viejos*, acerca del cual vamos á permitirnos hacer algunas observaciones, no porque nosotros nos consideremos directamente aludidos en el artículo, pues no creemos que tal haya sido la intención del escritor, sino porque acaso convenga completar en cierto sentido sus ideas, para que las cosas conserven su verdadera fisonomía.

La generación nueva, la que se ha despertado esta mañana á la vida de la razón y aun no ha acabado de revestirse la toga viril, se ha encontrado al abrir los ojos con un doloroso espectáculo. El horizonte había amanecido para ella cubierto de sombras; una aurora sin sonrisas ni colores asomaba en el oriente su faz pálida, como si la luz hubiese quedado fatigada de la

lucha laboriosa con los espectros de la noche ; los hombres, consumidos por el insomnio, llevaban la frente cargada de dudas y tristezas, y de sus labios no salían sino voces de desaliento y negaciones sombrías. En su alma, donde en otro tiempo se anidara la esperanza, vivía ahora el despojo de un deseo frustrado, la amargura de una existencia traspasada en vano para la Patria, la libertad y la gloria.

De cuando en cuando salían de su pecho quejas como éstas :

— ¿ En donde está el rico patrimonio que heredamos de nuestros mayores ? Ellos con brazo fuerte y alma generosa, levantaron en medio de zozobras y á fuerza de sacrificios sin cuento, este hogar donde nosotros crecimos, lo llenaron con las riquezas de su industria y lo perfumaron con el aroma de sus virtudes. Nosotros, tendiendo un velo sobre sus flaquezas, debimos aumentar la opulenta heredad, y recojer sus frutos para servir con ellos el festín de la vida á nuestros hijos. Pero en vez de esto, abandonamos el campo fecundo, y corrimos á derrochar á manos llenas, con los tesoros adquiridos, la savia de la existencia. El vicio nos siguió á todas partes ; tuvimos pependencias tan sangrientas y ruidosas, como fútiles y estériles.

pues se trataba, no ya de conquistar el derecho á la vida en franca lucha con la naturaleza y el destino, sino de hacer triunfar nuestras pasiones y de poner cada cual mano exclusiva sobre la herencia que era de todos. Uno hubo, ó más fuerte ó más perverso, que alzándose sobre todos nosotros, impuso silencio á nuestros apetitos, selló nuestros labios y se sentó á devorar él solo, sobre las piedras del camino, la presa de todos codiciada. Cuando quisimos disputársela nuestros brazos ya no tenían fuerzas, nuestras almas estaban desfallecidas, nuestros cerebros debilitados por privaciones infinitas. Tuvimos entonces la inspiración de entrar en una nueva vida, y rehacer el patrimonio.; pero habíamos perdido la costumbre del trabajo, no sabíamos manejar los instrumentos de los hombres libres, y nuestros cansados miembros no obedecían tampoco los mandatos de la voluntad !

Los hombres nuevos dijeron entónces :

—¿Qué importa? Habéis pecado y tenéis mucho de qué arrepentiros. Pero nosotros tenemos un alma jóven llena de todas las energías generosas. Nuestro aliento calentará este hogar en donde vosotros habéis dejado apagar el fuego ; nuestros brazos arrancarán la mala yerba

que vosotros dejásteis crecer ; y la tierra, la tierra amada, que aun no ha perdido su potencia creadora, regada con nuestro sudor, volverá á poblarse de flores y frutos y renacerán los árboles gigantescos cuya amorosa sombra cobijará vuestras tumbas. La madre infortunada que nos llevó en su seno en días tristes y que por nosotros ha llorado tantas congojas, sentirá renovado su sér, cuando otro espíritu vaya á visitarlo y á reemplazar el alma enferma que hoy apenas puede animarle. ¿ Creéis que nosotros no os amamos y que nuestros sentimientos son exclusivistas ? Os engañáis : nuestro exclusivismo nace de la intensidad misma del deseo, del ardor á veces ciego de la fe, y eso es lo que constituye su fuerza, lo que dá el triunfo á las grandes causas. Pero no penséis que somos injustos : ¿ cómo habríamos de serlo y no amaros cuando somos vuestros hijos ? Sabemos que muchos de vosotros habéis sacado limpio el armiño de vuestras conciencias de entre el lodo nauseabundo del camino. Sabemos que hay en vuestras filas más de un Traseas que vale más, mucho más que ciertos modernos Alcibiades. No, no creáis que vayamos á cometer la irreverencia de cortar el hilo de oro que forman las palabras de un Néstor ó un Ulises.

Confortadnos, pues, más bien en nuestras esperanzas ; penetráos de que nuestro espíritu saluda reverente el espíritu antiguo que nos habla de un pasado sin mancilla ; y cuando nos veáis desfilas, desplegadas al aire las banderas, y lleno el pecho de un entusiasmo ruidoso, no nos evitéis pensando que vamos contra vosotros, antes bien recibidnos con los brazos abiertos y en los labios aquella salutación del poeta :

Vous en qui je salue une nouvelle aurore,

Vous tous qui m'aimerez ;

Jeunes hommes des temps qui ne sont pas encore,

O bataillons sacrés !

Nuestra obra es obra de almas generosas.

Setiembre de 1889.

AL SEÑOR DOCTOR LUCIO PULIDO

¡ Delicioso estado el de la vejez — exclama un excelente escritor contemporáneo — la vejez cercana ó ya llegada que, cuando se ha vivido con el pensamiento y con el corazón, nos descubre las vanidades de la existencia y nos proporciona el placer melancólico de la duda !

Así exclamamos también nosotros al leer en EL PARTIDO DEMOCRATICO de antenoche el artículo que el señor Doctor Lucio Pulido se ha dignado dedicarnos, artículo todo él lleno de frases generosas para nosotros, é impregnado de aquella simpática benevolencia que tan bien sienta á los que van bajando la pendiente de la vida, y que es como la última emanación de la flor próxima á desaparecer con los rayos de un sol que ya se oculta detrás del horizonte.

Como el padre de familia, que entregado á serias lectura y pensamientos graves, sonrío al

oír en torno suyo el cuchicheo de numerosa prole, y apenas se atreve á interrumpir con las amargas verdades de la experiencia, los proyectos altivos, los deseos desmesurados, los sueños de gloria, de poder y de fortuna, con que se embriagan las almas candorosas, así el Doctor Pulido, deja ver bien la sonrisa de incredulidad con que contempla el espectáculo de esta generación ruidosa, cuyos ideales, hoy tan enérgicos y hermosos, acaso vayan perdiendo su colorido hasta desvanecerse al soplo helado de los años.

¡ Con cuánta discreción, como para no amedrentarnos, levanta el Doctor Pulido el velo que oculta los problemas no resueltos de nuestro estado social y político y nos enseña las dificultades y peligros de que está rodeada la senda por donde pretendemos entrar con todo el vigor de los corazones juveniles ! Cierto : tal vez nosotros caeremos agotados antes de rendir la magna jornada ; tal vez el destino se burlará impiamente de nuestras esperanzas ; tal vez nuestro pensamiento se envolverá en la oscuridad suprema sin haber hallado una sola de las difíciles soluciones que buscamos. Pero mientras dure esta primavera de nuestras almas, y la savia de la vida corra abundante por nuestras venas, interrogaremos día y noche á la esfinge misteriosa, procu-

rando arrancarle sus secretos ; y cuando hayamos de ceder el campo á otros hombres y otras ideas, lo haremos con la conciencia de haber trabajado mucho, de no haber perdido un instante la noción de nuestros deberes, de no haber roto, en fin, el lazo de solidaridad que une á las generaciones.

No podrá exigírsenos más si tal hacemos, porque no hay ley moral que obligue á ninguna generación á resolver definitivamente los problemas que encuentra pendientes, sino á acumular los materiales, y abrir nuevos cauces á las ideas para que así se forme la tradición de un pensamiento nacional y cada cerebro arroje su porción de combustible en la hoguera que á todos ha de calentarnos. Dichosos nosotros si al final de nuestra carrera, hemos logrado reavivar la llama próxima á extinguirse ; si hemos hecho triunfar un concepto más elevado del deber y de la probidad política que el que hoy domina en la generalidad de nuestros compatriotas ; si hemos infundido en las costumbres y en los entendimientos aquel amor á la verdad y aquella tendencia al estudio sereno y desinteresado de las necesidades públicas que son los elementos con que se labra sólidamente la fortuna de las sociedades.

El batallar estéril á que se entregó la generación que va pasando, retardó hasta hacerlo casi imposible, el advenimiento de este espíritu de investigación científica, de templanza en las ideas y de absoluta sinceridad en las acciones que hoy proclamamos los hombres nuevos, disgustados, profundamente reñidos con las supercherías y los vicios incubados en la época del militarismo de Colombia, y desarrollados al través de nuestra historia hasta alcanzar su más repugnante expresión en los últimos años.

No pretendemos ciertamente convertir de la noche á la mañana en emporio de riquezas, en cuna de una civilización que sorprenda al mundo y se propague por el resto del continente, estos nuestros vastos desiertos, donde apenas ha penetrado la planta del hombre. Semejante ideal es en extremo remoto y acaso no se realice nunca por que á ello se opongan fatales condiciones étnicas: nuestro ideal es más modesto y consiste en reconstituir la vida interior del país y dar un poco de cohesión y de unidad á esta masa informe en donde se agitan sin dirección fija elementos tan extraños. La educación política que tanta falta nos hace para crear un régimen estable de libertad y de derecho, obra será de la evolución pacífica, que va modificando los caracteres é imprimiendo

energía á las voluntades para la consecución del bien; y esta obra pudiera acelerarse si el ejemplo de los que están arriba no corrompiera á los de abajo, y si los hombres de bien, que por dicha nuestra, no son tan escasos como se cree, salieran de su indiferentismo é intentaran un esfuerzo común y decisivo. Para ello lo primero es matar este salvaje espíritu de revuelta—legado el más funesto de cuantos nos han dejado las generaciones anteriores—que se ha acostumbrado á buscar el remedio á todos los males en la boca de un fusil ó en la punta de una espada, y que solo consigue recrudecer el mismo mal que combate.

Precisamente porque somos un pueblo escaso de hombres y de aptitudes nadie debiera ser indiferente. En otras naciones más densamente pobladas se comprende que haya clases enteras alejadas, por lujo ó por hastío, de los negocios públicos, pues nunca ha de faltar quien los dirija con acierto; pero entre nosotros es casi un delito, es un suicidio negar su concurso á la gestión de los intereses comunes, por miedo á los conflictos de la plaza pública. Y he aquí también otra razón para que la juventud, de suyo impetuosa y necesitada de acción, reclame una parte más activa en el movimiento de nuestra política.

Puede que el tiempo le falte para triunfar de la naturaleza, como dicen los hermosos versos citados por el Doctor Pulido ; mas entre tanto ella deberá cerrar el oído á estas melancolías dulcísimas pero enervadoras y seguir más bien con ánimo viril el consejo del poeta americano que cantó el *Salmo de la vida* :

In the world's broad field of battle,

In the bivouac of Life,

Be not like dumb driven cattle !

Be a hero in the strife !

Setiembre de 1889.

LOS POBRES DE ESPIRITU.

Ya lo dijo Eugène Véron : los pobres de espíritu deben conformarse con tener su puesto asegurado en el otro mundo ; pero en éste son unos animales inútiles.

En vano se quieren hacer los peligrosos, los agresivos, y entrar en el combate intelectual siquiera sea con las armas inventadas por la deslealtad y la mala fe. La indigencia de su ingenio, la inopia absoluta de sus cerebros, los hace impotentes hasta para el mal ; y cuando creen herir á los demás apenas si logran provocar una sonrisa de compasión.

La invectiva, en efecto, pide cierto temple de alma no nada común ; el dicitio cierta vehemencia de pasión, cierta llama ardorosa que enciende la mente y que no está al alcance de todos. ¿Qué rayos destructores pueden escaparse de unos cerebros iluminados por la luz vacilante de un candil ?

La sátira acerba, la ironía aguda é inclemente,

suponen en el que las emplea, un sentimiento ingenuo de indignación, una honradez de convicciones que aspira — bien que no por medios generosos, — á un ideal elevado, exterminando á los perversos con su azote formidable.

Pero no hay nada más triste ni más digno de lástima que estos carneros disfrazados de leones, estos cerebros morosos, de movimientos de tortuga, para quienes la prensa no es más que una válvula por donde se escapa la corriente inagotable de su necedad.

Los cretinos se forjan la ilusión de que el lugar común es una idea, de que la mentira cruda y las picardihuelas á lo Sancho, son muestras de ingenio peregrino. Se leen y se admiran á sí mismos, sin pensar que los demás están en el secreto y les ven las orejas de asno al través de la tela burda con que se cubren. Cuando muestran los puños y hacen muecas indecentes como para asustar á la concurrencia, ésta se ríe del ridículo espectáculo.

Pobres cretinos de la prensa ! Su malicia, que ellos creen terrible y llena de veneno, es simplemente inofensiva, pues no va más allá de la malicia instintiva del mono, ó cuando más de la táctica grosera del hombre primitivo, el esquimal ó el fueguiano, por ejemplo.

Es preciso que se desasnen !

JULIAN

(BOSQUEJO DE UN TEMPERAMENTO)

POR JOSÉ GIL FORTOUL

Con indicar el nombre del autor, dicho se está que en este libro palpitan las emociones ardientes é impetuosas de la juventud, la imaginación inquieta que busca por todas partes nuevas combinaciones de colores y armonías, y la fe robusta de una inteligencia enamorada de todos los ideales modernos.

Yo no sé si al hablar del libro acertaré á guardar la debida distancia entre el cariño que á su autor profeso y el respeto que en todo caso debe tributarse á la verdad y á la justicia, para no subordinar mi juicio á un sentimiento exclusivo, ni olvidar, porque no quiero olvidarlo, que el escritor y yo somos amigos.

Pero como aquí, donde la crítica no da seña-

les de existencia, las producciones del ingenio nacional pasan para los más inadvertidas, y la indiferencia mata por lo común con su hálito de hielo los esfuerzos más generosos, para que la parcialidad ó la ignorancia levanten en triunfo alguna que otra nulidad, hartándola hasta hacerla reventar, de epítetos sonoros, no será nunca tarde para decir cuánto hay que esperar de un joven de verdadero mérito, y cuánto que alabar en el ensayo que nos ofrece, empapado todo él en las corrientes del espíritu contemporáneo.

Mezclarse en las batallas que diariamente riñen las escuelas y los principios antagonistas, tomar resueltamente partido en las filas más avanzadas, y aceptar con todas sus consecuencias los conflictos del pensamiento, es ya tarea hermosa que revela el brío y la elevación de un alma sedienta de verdad, y ansiosa de bañarse en la luz que asoma por todos los puntos del horizonte. Es así como el elemento joven contribuye al progreso moral de la sociedad, manteniendo, aunque no sea sino por el choque de ideas contrapuestas que provoca, la tensión intelectual necesaria para que los cerebros no se adormezcan por falta de nuevos alimentos.

Julián viene á romper una lanza en el terreno del naturalismo. No es propiamente una novela,

como se entiende el término por lo general, porque no hay en él una acción predominante, sino una serie de episodios copiados de la vida de un estudiante ambicioso que llega á Madrid con el bolsillo exhausto, pero con mucha energía pasional en el pecho y un sinnúmero de audaces proyectos literarios en la cabeza. El anhelo de la gloria le consume, y el deseo de apurar todos los deleites sensuales en brazos de la hermosura, le inflama el corazón. Estas dos fuerzas, indómitas de suyo en la juventud, se exaltan hasta el paroxismo, al ponerse, la una al contacto con las inteligencias superiores de un centro de cultura como Madrid, y al sentir, la otra, la atracción irresistible de la mujer que, en las grandes capitales, ofrece la naturaleza sin velos y el placer sin sobresaltos. Las dos tendencias determinan la manera de vivir de *Julián*, las relaciones que forma y la catástrofe final en que se precipita. Se pasa de un cuadro de amor en que las notas voluptuosas vibran con todas las modulaciones de la pasión, á una escena entre artistas y literatos jóvenes, ruidosos y entusiastas que imaginan mundos desconocidos y pretenden renovar todas las fuentes del arte. Y cuando el cerebro y el corazón han dado de sí lo que tenían, cuando no quedan ya en el uno más que ideas é

imágenes confusas flotando entre la sombras producidas por el ajeno, ni en el otro sino cenizas de ilusiones y mortales desfallecimientos, *Julián* se hunde en el sueño eterno de la tumba, una noche en que buscaba el otro sueño reparador que tal vez le hubiera devuelto la inspiración y el juvenil ardor agotados prematuramente en el vicio.

Tas es el libro. Pero hay que leerlo para ver cómo vuela y despide llamas la pasión, cómo se forman y crecen las olas calientes de la orgía de sensaciones é ideas en que el protagonista vive y muere. Ciertamente no hace falta á la obra una acción ni una intriga continuada para cautivar la atención del lector. La vida real raras veces ofrece esas condensaciones de la actividad humana en un punto determinado, esa unidad y ese concurso de voluntades que con tanta precisión suelen aparecer en la novela y en el teatro; y los caracteres más exclusivos sienten en rededor suyo mil estímulos extraños que los solicitan y los desvían de sus tendencias ordinarias. Balzac, Dickens, Flaubert, tienen libros en que la acción es casi nula, y en que, sin embargo, se siente correr oculta, pero vigorosamente la savia creadora. Las novelas de acción complicada, en que el autor atropella todas las consideraciones artísticas con tal

de producir una impresión fuerte en el ánimo, van quedando ya para las gentes sencillas, incapaces de saborear las puras emociones del arte desinteresado. El método opuesto triunfa, gracias al ejemplo de los grandes escritores naturalistas, entre los cuales algunos hay como los Goncourt, que se han independizado por completo de la narración obligada, en su libro *Manette Salomon*, que hace exclamar á Zola : « Esta novela sin acción es la más interesante de las novelas. »

No pocos lectores hallarán en *Julián* ciertas audacias que rompen con los procedimientos convencionales, ciertas vivezas de lenguaje que no dejan nada oculto ni permiten que la imaginación se entregue al placer de adivinar lo que el autor quiere sugerir, por donde vendrán á condenar el libro, pronunciando la palabra *immoralidad* que tan fácilmente sale de los labios de aquellos que no aciertan á discernir los dominios propios de la moral y el arte. Yo no renovaré aquí ésta tan debatida cuestión, contentándome con observar que, las más de las veces, lo que parece inmoral en la obra artística no es sino una falsa interpretación de la naturaleza, alguna intemperancia, ó alguna violenta subversión de sus leyes.

En *Julián* se repiten una y otra vez, las pinturas de los mismos espasmos y estremecimientos, bajo formas diferentes, realzadas por las galas de un estilo lleno de animación y de vida, cosa perfectamente justificada por el temperamento que se trata de bosquejar; y si algo hay que objetar es la influencia que se advierte de algunos escritores que en Francia llevan este género hasta sus últimos extremos. El autor tiene, sin embargo, bastante juicio para refrenar los ímpetus de su naturaleza impresionable, y sabe que hay gran distancia entre descender ocasionalmente por amor á la verdad, hasta el lupanar donde se exhiben en su horrible desnudez los vicios y las aberraciones humanas, y convertir, por cálculo ó por tendencia enfermiza, en objeto de predilección este espectáculo odioso y humillante. Lo primero es legítimo y hasta plausible; lo segundo debe condenarse no solamente por las perniciosas lesiones morales que produce, sino también por los estragos que á la larga se manifiestan en el sentimiento estético.

Todavía Zola tiene, para las crudezas y brutalidades en que ha solido caer, la excusa de una concepción grandiosa y eminentemente humana, y el atractivo avasallador de una personalidad apasionada por las fórmulas extremas. Pero

¿cómo se salvarían de la reprobación obras como *La Première Maitresse*, sin alcance de ningún género, sin verdad y sin objeto? — ¿Por el estilo? La magnificencia de la forma, dado que siempre fuera de buena ley, solo haría resaltar más la pequeñez y repugnancia del fondo. ¿De qué serviría encerrar en vasija de oro y de marfil un objeto grosero y nauseabundo?

No llegue á tanto nuestro joven compatriota, y aproveche las hermosas cualidades que en *Julián*, no menos que en los *Recuerdos de París*, ha hecho valer con tanta brillantez. El tiene fuerzas para mayores empeños; y la flexibilidad de su talento, su múltiple actividad y su anhelo por atesorar conocimientos hacen prever que saldrá de todos airoso.

Octubre de 1888.

EL BESO DEL ÉSPECTRO

El insomnio había sido largo y lleno de torturas. La duda, el terror, los remordimientos, todo los fantasmas informes de la noche, habían pasado por mi espíritu en procesión siniestra, dejándolo envuelto en un sudario de sombras. Las ideas se habían desvanecido para dar paso á un tropel de imágenes confusas y heterogéneas que, levantadas del fondo de la conciencia, como un vapor malsano, danzaban, huían y tornaban á aparecer en mi mente con un movimiento vertiginoso. En vano la voluntad pretendía sufocar aquella turba desenfrenada que destruía el interno reposo; en vano, para combatirla, evocaba imperiosamente las impresiones risueñas que dormían en los más ocultos senos de la memoria. Su voz no despertaba ningún eco; y si por acaso, obediente al conjuro, comenzaba á surgir, vestida de luz, alguna visión encantada de otros

días, algún fulgor crepuscular, pálido reflejo de soles desaparecidos, las tinieblas coaligadas, caían con renovada densidad sobre ellos, y restablecido su imperio, continuaban su diabólica orgía en los áureos palacios del pensamiento.

En medio de la plácida serenidad de la noche sólo mi corazón estaba inquieto. Sus latidos resonaban en la habitación como la pisadas de un gigante en una sala sonora. La sangre subía en olas candentes á mi cerebro ; mi rostro ardía ; un sudor copioso bañaba mi frente.

Mi cuerpo todo vibraba como las cuerdas de un arpa abandonada al soplo del viento. El menor ruido, el movimiento más insignificante de un insecto entre las hojas de un libro, me hacía saltar entre mi lecho y provocaba una descarga nerviosa que se extendía del centro á las extremidades.

Por la centésima vez me removía lleno de mortal angustia, maldiciendo las horas de aquella noche que parecían ser eternas, y llamando en mi auxilio el benéfico resplandor de una aurora que no llegaba nunca, cuando divisé en el fondo de mi habitación dos lucecillas fosfóricas que, como si se hubiesen desprendido de la pared, iban acercándose, acercándose lentamente á mi lecho. Quedéme suspenso y con los cabellos erizados

al contemplar tan extraña aparición: tenía delante de mí un espectro lívido, y eran sus dos cuencas profundas las que despedían aquel fulgor mortecino, como de fúnebres blandones.

— Vengo del reino de las sombras, me dijo, á hacerte compañía en tus noches solitarias.

Y al hablar, su boca sin labios producía un ruido seco, semejante al de una máquina telegráfica.

— Debe de haber mucho frío en tu lecho, continuó, y yo quiero poner en él el calor de otro mundo más noble que el tuyo, encendiendo en tu alma la llama de una pasión inextinguible.

— Te engañas, grité. Aquí en mi corazón hierve la lava de todos los volcanes: en él llevo un sol, cuyos rayos serían capaces de incendiar el Universo!

— Pobre chiquillo! Un solo hálito mío, helado como viento del Polo, apagaría el fuego artificial que te sostiene.

En efecto, en aquel momento sentí que la sangre se detenía en mis arterias y que un frío intenso penetraba hasta la médula de mis huesos, como si la muerte me hubiese tocado con sus alas.

— ¿Lo ves? me dijo como si hubiese adivinado lo que por mí pasaba. Y mientras que yo, sobrecogido de espanto, contaba, por decirlo así, las vibraciones de la luz cada vez más ama-

rillenta que despedían sus órbitas desnudas, el espectro reía con una risa fatídica y grotesca.

— Tenías fiebre, y yo te he devuelto el sano equilibrio de la vida. ¿Quieres sentir transformado tu sér, renovado tu entendimiento, descargada tu alma del peso que la oprime para que vuele serena hacia el centro de los cielos? — Déjate estrechar entre mis brazos, deja que imprima en tus labios el beso fecundo que ha de poner en ellos el anhelo de lo infinito y hacer abrir la flor de las delicias supremas.

— Impostura, impostura!, exclamé. Llamas vida la frialdad de los sepulcros, deleite el sueño de la conciencia! Te conozco: quieres deformar mi sér rompiendo el vínculo que le une al resto de la naturaleza, quieres despojarme de mis atributos de hombre para hundirme en la ataraxia, y hacer de mí algo inferior á la piedra bruta que no vibra al contacto de los séres que la rodean. Jamás!

— Eres un rebelde. Pero escucha: un día se extinguió la luz de la aurora primitiva que brillaba sobre el mundo. Los hombres, cogidos en la red de las tinieblas, corrieron desalados buscando una salida que les permitiese volver á ver siquiera un fragmento del cielo que había desaparecido de sus ojos. Mas en vano: el delirio se apoderó de sus cerebros, las sierpes del mal se enroscaron á sus

pies. Cayeron todos confundidos, y al caer, la carne se estremeció con un furor inaudito. Hubo gritos de pasiones salvajes, aullidos de sátiros, gemidos de vírgenes violadas. Después una ola de sangre que fué subiendo hasta las cimas más elevadas de la tierra. El cielo no quiso presenciarse tamaña hecatombe. Entonces yo reuní los rayos dispersos de la luz que había ido á perderse en no sé qué cavernas ignoradas, vestíme de sus resplandores moribundos y aparecí en lo alto del espacio como la luna en medio de una noche tenebrosa. Los que habían sobrevivido, ebrios de sangre, deformados por el crimen, al reconocerse tuvieron vergüenza de sí mismos, y se postraron de hinojos entonando una plegaria que salía de lo íntimo de sus corazones. Yo les arrojé un velo de gasa para encubrir las manchas repugnantes que los afeaban. Al favor mío pudieron orientarse en medio de los escombros y dirigir sus torpes pasos por entre el hacinamiento de cadáveres que había variado la fisonomía del mundo. Aquel fué el apogeo de mi gloria. ¡ Con qué exclusiva pasión me amaron entonces aquellos hombres, vultuosos por encanto á la sencillez de las primeras edades ! ¡ Cómo me consagraron sus pensamientos perfumados por la flor de la inocencia que había brotado entre las ruinas ! Yo fuí el centro

de sus aspiraciones, el único móvil de todos sus actos. Para llegar hasta mí construyeron maravillosas escalas de perfumes y armonías por donde sus almas aladas ascendían, ansiosas de beber en mi seno la ambrosía de los amores divinos. La muerte, de ordinario tan pálida y tan triste, fué para ellos mensajera de celestes alegrías, como que la veían al través de la lente misteriosa que yo había colocado en sus ojos. Ella llegaba silenciosa cuando los corazones, llenos todos de mi imagen, salían del pecho á recibirla en un éxtasis sublime; y al místico abrazo en que los envolvía trocábanse en realidades los sueños vagos y las ardientes esperanzas. Así trascurrieron siglos, yo flotando en mi nube cada vez más dilatada y hermosa, ellos contemplándome por entre el ramaje de los sauces y cipreses, á cuyos pies soñaban y morían. Mas poco á poco dejé de sentir los latidos de sus corazones, tornáronse esquivas sus miradas, atraídas tal vez por otro espectáculo que no era el de mi serena hermosura, apagáronse en el aire las voces apasionadas que cantaban mis alabanzas; y yo, como una amante abandonada, ya no viví sino de recuerdos, ni tuve en mi rededor más que tristezas....

Hubo en estas palabras del espectro un acento quasi humano que me hizo estremecer. Hasta

creo que por sus pómulos descarnados rodó algo como una lágrima desprendida de sus órbitas sepulcrales.

— Ingratos ! ¿ Cómo pudo romperse el encanto que los tenía aprisionados á mis piés ? ¿ No había yo tomado mis precauciones para que la luz llegase á sus pupilas sin deslumbrarlas, tamizada por mil nubes vaporosas ? ¿ No había yo cerrado al espíritu todas sus puertas para que no penetrasen en él otras impresiones que las castas é inocentes que yo le brindaba ? Yo les había marcado el derrotero para que no se extraviasen entre las selvas oscuras é intrincadas. Yo les había inculcado el odio de lo efímero y terreno. Yo les había enseñado el amor de la inmortalidad ! ¿ Por qué, por qué me abandonaron ?

— ¿ No te abandonaron primero los dioses ? — Ahora los hombres huyen de tí. Ya no eres sino una luna decrepita, cuyos resplandores solo sirven para dar tonos y contornos indecisos á los objetos. Detrás de tí estaban miriadas de soles, cuya luz largo tiempo peregrina en el espacio, acabó por llegar á la tierra inundándola en claridades infinitas. Y tu amor, como esas flores que solo abren sus pétalos bajo el ala de la noche, como ellas se marchitó cuando la nueva aurora apuntó en el horizonte.

— Es cierto, es cierto por mi mal ! Y sin embargo.... ¡ si quisieran ! Aun podría prolongar aquella noche en cuyo seno embalsamado durmieron mil generaciones. Aun podría bañar las frentes enardecidas con una ráfaga de aquellas brisas suaves salidas de las praderas del Éden. Mis manos sabrían construir todavía nidos misteriosos y colgarlos de las ramas más altas de los árboles para que las almas fuesen á contarse en ellos sus amores. Aun podría hacer aparecer nuevas oasis en el desierto y mandar las aves del cielo á revolotear sobre las grutas místicas y las ocultas enramadas !

El espectro había ido aproximándose hasta poner sus descarnadas falanges en mi frente. Mi razón vaciló por un instante ; pero al ver junto á mí, al favor de las intermitentes lucecillas, un agujero que remedaba con mueca horrible los movimientos de un beso, hice un esfuerzo supremo, y levantándome, así al espectro por el cuello con toda la violencia que pudieron comunicar á mis brazos los nervios excitados por tan extrañas impresiones.

Los dos rodamos por el suelo en una lucha titánica, hasta que la luz del dia penetró por mi ventana y el espectro huyo dejando en pos de sí un reguero de cenizas.....

Noviembre de 1888.

DOS DISCURSOS ACADÉMICOS.

Los lectores de esta Revista conocen ya, sin duda, los discursos pronunciados en la última sesión pública de la Academia Venezolana, por los señores Don Heraclio M. de la Guardia y Don José M. Manrique, escritores ambos de extensa nombrandía entre nosotros, el primero por sus numerosas poesías, y el segundo por sus artículos en la prensa y algunos dramas y novelas de carácter eminentemente moralizador.

El señor Guardia es un poeta de líneas flotantes é indecisas, cuyo espíritu aparece siempre combatido por una multitud de ideas contrarias, que él trata de ocultar entregándose á la molición de la forma y á los suaves arrullos de la armonía. Alma soñadora mecida en una atmósfera crepuscular, llena de imágenes hechiceras y veladas, canta la vaga idealidad que le rodea; y cuando por acaso penetra en su vaporosa mansión un

rayo de la luz lanzada por esos astros incendiarios que andan ahora poniendo horror y conmoción en el espacio, su musa sobresaltada exhala un gemido, se desata en fugitivas imprecaciones como enfadada de que se la turbe en la beatitud de su reposo, y luego vuelve á columpiarse voluptuosamente en su lecho de rosas agitado por los céfiros.

Siendo esta la personalidad literaria del señor Guardia, no podía él hablar de otro modo que lo hizo en la Academia Venezolana, pues como él mismo lo reconoce en són de excusa « la imaginación es poco sabia » « los alados sueños de la fantasía no se han complacido en los severos estudios ni en las especulaciones escolásticas. » En efecto, la ocasión pedía alguna mayor precisión de ideas, un poco más de formalidad y trabazón en las diferentes partes del discurso para dejar bien desempeñado el tema escogido, y para que no pudiera decirse de él lo que de su *Galatea* decía Cervantes : que nada *concluía*.

De la poesía nos ofrece hablar el señor Guardia en el segundo párrafo de su discurso, y decir cómo nace y se condensa en ella la civilización ; pero apenas enunciado el tema, se sale de él como espantado de su magnitud, y se detiene á condenar á los que en este siglo positivista y

utilitario niegan la soberana influencia de la poesía como elemento regenerador de las almas, ó pretenden enturbiar su raudal, desviándolo de la florida senda por donde desde su origen ha corrido. Después dedica cuatro ó cinco párrafos á indicar muy someramente algunos de los caracteres más sobresalientes de la poesía en la India, Grecia y Roma, para terminar doliéndose del cosmopolitismo literario que día por día quita su sabor nativo á las obras del ingenio, y levantando en el seno mismo de la Academia, en nombre de la libertad y de los fueros indiscutibles de la inteligencia, una protesta comedida, pero enérgica y revolucionaria, contra el espíritu tradicionista que prevalece en ésta como en todas las corporaciones de su clase.

Aquí es donde sin reserva alguna aplaudimos al señor Guardia, porque al fin es acción propia de poeta, rebelarse contra toda cadena, siquiera sea impuesta por la misma mano de quien dispensa un galardón; sobre que las razones en que apoya su protesta, si no del todo nuevas, constituyen la parte más clara y definida del discurso. Lo que dice de la poesía en la antigüedad es tan general é indeterminado y contribuye tan poco á sustentar el tema « como nace y se condensa la civilización en la poesía » que

el señor Manrique ha debido verse en grande aprieto al preparar su contestación, y sólo su extraordinario celo pudo hacerle adivinar un ataque al cristianismo en aquellas frases de que : « cuando el arte se impuso y se admiró á la naturaleza en las obras maestras, no en ella misma, la poesía ha ido descendiendo de las cumbres del Sinaí, donde se le revelaban sublimes ideales etc., » frases cuyo sentido solo prodríamos desentrañar si el señor Guardia nos diese la clave de ellas. Y tanto menos exacta debe de ser la interpretación del señor Manrique cuanto que á renglón seguido se exalta al Dante, poeta cristiano, bien que impregnado de aquella filosofía pagana, *domna gentile*, como el poeta la llamaba, á que tendieron después, como á centro común de aspiraciones, todos los ingenios del Renacimiento.

Para nosotros tenemos que el señor Guardia quiso decir todo lo contrario de lo que entendió el señor Manrique, á saber : que en las cumbres del Sinaí se revelaban sublimes ideales á los hombres, porque allí estaban en íntima comunión con la naturaleza ; pero que cuando el arte se impuso y se admiró á la naturaleza en *las obras maestras, no en ella misma*, es decir, cuando los poetas empezaron á imitar la anti-

güedad clásica, desentendiéndose del medio físico y moral de las nuevas sociedades, cayeron de aquellas cumbres y se dieron á vagar « sin carácter exclusivo ni tipo originario, de manera que acaso solo el Dante ha dado á la poesía fisonomía propia. » Aceptada esta interpretación, en cuyo apoyo vienen las frases siguientes del discurso sobre la *poesía docta, recordante y cincelada*, resultaría que el señor Guardia no solo no reniega del ideal bíblico-cristiano, sino que condena á los que de él se han apartado llevados de su admiración por las obras maestras del arte antiguo y no del amor á la naturaleza misma. Y resultaría también que una gran parte del discurso de contestación estaría de más, pues se fundaría en una interpretación gratuita, con el solo objeto de desplegar un celo fervoroso, pero importuno.

A tales percances se expone el señor Guardia con su revesada manera de exponer sus pensamientos, los cuales necesitan glosas y comentarios para poder descubrir en ellos, al cabo, una idea falsa. Porque si nosotros estamos en lo cierto y le hemos interpretado bien, la conclusión que de aquellas misteriosas frases se desprende es que la poesía de las naciones modernas no tiene carácter propio, conclusión á que seguramente no

querría llegar el señor Guardia, pues aunque en esa poesía anden mezclados numerosos elementos extraños al ideal bíblico-cristiano, reminiscencias de creencias abandonadas, vivas siempre y luminosas para las almas enamoradas de la suprema hermosura, todavía sería temerario no reconocer cómo la fuente común de la moderna poesía se transforma y da nacimiento á nuevos y distintos raudales, según la tierra por donde pasa y el temperamento de las razas que en sus claras ondas van á apagar la sed abrasadora.

Ni sería menor temeridad rechazar como extrañas á las naciones modernas las ideas paganas, cuando lo realmente extraño á ellas fué el cristianismo, de origen semítico, superposición artificial en el alma de los pueblos indo-europeos, que sólo pudo llevarse á cabo merced á las modificaciones introducidas en la nueva doctrina por el espíritu latino. Aquella superposición ahogó las tendencias naturales de los pueblos, rompió el eslabón que los unía á sus consanguíneos griegos y latinos; pero á pesar de todos los esfuerzos, la cadena volvió á unirse y á reanudarse la tradición histórica interrumpida por los accidentes del camino, con la maravillosa eflorescencia del Renacimiento, de donde precisamente data el movimiento civilizador de nuestra época.

Otra cosa es apegarse á los procedimientos clásicos é imitar servilmente sus formas y expresión, prescindiendo de la propia personalidad y de las nuevas emociones que un escenario nuevo también de la naturaleza y de la vida hace brotar en el alma, cuando semejante tarea solo puede producir una concreción fría, una cariatide destituida de todo calor y movimiento.

Tan desacertado como en la interpretación dada á las frases citadas, anduvo el señor Manrique cuando dice que el señor Guardia da á la India por cuna de la poesía. El señor Guardia no afirma tal cosa en ninguna parte de su discurso, y en nuestro concepto no hizo sino seguir el orden generalmente adoptado cuando se trata de la evolución *histórica* del pensamiento humano, hablando primero del Oriente, y en el Oriente de de la India, y pasando después á Grecia y Roma para terminar en las naciones modernas. No creemos nosotros que el señor Guardia ignore cuán conjetural es hasta ahora la cronología de la India, y cuan difícil es para la ciencia distribuir en un período de tiempo determinado, con los pocos datos positivos hasta hoy obtenidos, los progresos de una civilización refinada, creadora de filosofías, religiones, artes é instituciones propias, que no pudieron nacer sino por la lenta

influencia del tiempo y que no se conocen sino por obras muy posteriores á su origen como la redacción definitiva de los Vedas, las leyes de Manú, la filosofía de Kapila y Gotama, en que indudablemente se condensaron la tradición y el pensamiento de muchas generaciones anteriores.

El señor Guardia hizo bien en comenzar hablando de la India, ya que pretendía « apuntar las diversas transformaciones de la poesía en las distintas edades de la historia » y no examinar la noción ideal de la poesía en sí, como quiere el señor Manrique, buscando el origen del sentimiento en las profundidades del alma humana. Lo que tal vez echó de menos el señor Manrique en el discurso del nuevo colega, fué que no hablase para nada de la poesía bíblica, dejando así un vacío ciertamente censurable; y tanto por ésto, como por algunas frases incompletas del señor Guardia, el señor Manrique se le encara y le endilga una apología del cristianismo, asunto socorrido y muy propicio á la elocuencia, si no fuera porque el conjunto de ideas y sentimientos en que la poesía se inspira, es un producto complejo de la evolución intelectual de la humanidad efectuada al través de los siglos y ayudada unas veces, retardada otras, por la influencia de doctrinas determinadas.

Pero no es fácil decidir si el señor Guardia ha merecido ó no la reprimenda, porque el pensamiento del poeta, envuelto en una nube vaporosa, teme, vacila y por último resuelve todas sus aspiraciones en un grito de libertad, generosa expansión del alma que se siente cautiva. Tómese esa libertad el señor Guardia si no se la otorgan de grado, y dénos palpitantes y sinceras las imágenes que en su interior se reflejan, sin cuidarse ni poco ni mucho de los aspavientos de la Academia. *La realidad — dice un sabio — es la materia con que se forjan los sueños.*

Abril de 1889.

LA FILOSOFIA CONSTITUCIONAL

DEL DOCTOR JOSÉ GIL FORTOUL

Nuestro querido amigo el Dr José Gil Fortoul acaba de publicar bajo el título de *Filosofía Constitucional* un volumen de 418 páginas que contiene el resultado de sus estudios y meditaciones sobre este importante ramo de la sociología.

Sin exageraciones de escuela, pero sin cercenar en nada su pensamiento, inspirado siempre en las conquistas de la ciencia moderna, el autor expone y desarrolla su asunto en un estilo grave y sencillo, cual conviene á la austeridad de la investigación científica.

El objeto de la filosofía constitucional no puede ser otro que el de desentrañar de la oscura masa de hechos y de ideas informes sobre que ha girado la organización de las sociedades humanas, aquellos principios más conformes con la razón que, al aplicarse, favorezcan mejor, en un momento dado, la satisfacción de las necesidades

del hombre en su capacidad colectiva. Es, pues, ésta una ciencia de investigación histórica en el pasado y de observación inmediata en el presente, sin que á ella se mezclen consideraciones metafísicas, que sólo servirían para extraviar el criterio y conducirlo á una errónea interpretación de los fenómenos sociales. Partiendo de estos principios, el autor comienza por estudiar el origen de las sociedades, las leyes que presiden á sus movimientos, las diversas formas de gobierno y la naturaleza del acto constitucional, materias todas que llenan la primera parte de la obra. Rechaza, como era de esperar, los sistemas de la Providencia y de la Fatalidad para explicar el origen y la dirección de las agrupaciones humanas, y no admite sino la evolución, que empieza por ser inconsciente y termina por ser consciente ó cerebral. En los primeros albores de las sociedades, los cerebros imperfectos, guiados solamente por la fuerza ciega del instinto, buscan á tientas la satisfacción de la necesidad. De ahí nacen instituciones bastardas, contrarias siempre á los fines sociales. Los despotismos primitivos se perpetúan al través de los siglos y los errores quedan consagrados por la tradición y la costumbre ; pero la idea de justicia, que en rigor no es otra cosa que la legítima aspiración del hombre

á perfeccionar sus facultades físicas é intelectuales, va desprendiéndose poco á poco del fondo sombrío de las primeras organizaciones y adquiriendo contornos luminosos. Así nacen las formas de gobierno más ó menos adaptadas á los fines de la colectividad, no sin grandes luchas y dolorosas experiencias. El autor las refiere á tres tipos generales, que comprenden todas las demás, á saber :

I. Gobiernos en los cuales la soberanía reside fuera de la Nación : *Gobiernos Despóticos.*

II. Gobiernos en los cuales la soberanía reside en la Nación y se ejerce directamente por ella : *Democracia directa.*

III Gobiernos en los cuales la soberanía reside en la Nación y se ejerce con las formas del sistema representativo : *Monarquía Constitucional, República Parlamentaria y República Representativa.*

Dando de mano á los dos primeros tipos de la clasificación por contener errores y dificultades universalmente reconocidos, el autor estudia las diversas formas del Gobierno representativo, y entre ellas la República Federal, como objeto de toda su predilección. Del Parlamentarismo hace una buena exposición, poniendo de manifiesto sus contradicciones con los principios fundamentales del buen gobierno, sus vicios y los obstá-

culos que opone al progreso de la democracia. No será esta parte de la obra, si se la lee con detenimiento, la menos útil para Venezuela, en donde no faltan — ¿ qué digo, no faltan ? — abundan los hombres públicos, patriotas é ilustrados, seducidos, sin embargo, por el aparato teatral de los gobiernos parlamentarios, en cuyo ruidoso mecanismo no ven sino las luchas oratorias, los triunfos ó las retiradas caballerescas de los gabinetes, ocultándoseles la inestabilidad de la administración, los conflictos de los poderes públicos y la muerte del sufragio libre, que son sus consecuencias fatales. En nuestras instituciones, lo mismo que en las de los Estados Unidos, existen huellas del parlamentarismo acaso porque la estricta división de los poderes sea un ideal por ahora inaccesible ; pero convendría ir acercándose á él, no sea que los abusos de la práctica, acaben por producir una confusión completa.

Los capítulos más interesantes de la obra son los que se refieren á la función electoral y á los poderes públicos y sus atribuciones. En ellos llega el autor á conclusiones atrevidas y expone ó adopta pensamientos nuevos. El quiere para Venezuela una constitución radicalmente federalista, dentro de la cual se muevan con holgura

todos los órganos de la Nación, sin frotamientos muy estrechos ni más contactos que los indispensables para la existencia del cuerpo político. En la federación venezolana las cuestiones nacionales absorben toda la atención pública, mientras que los Estados vegetan en una vida oscura, sin iniciativa, juguetes de sus propias disensiones ó instrumentos dóciles del poder general, que es quien los alimenta política y económicamente. Lo contrario sucede en la América del Norte donde las ideas democráticas y todos los progresos políticos tienen su origen en los Estados, focos de donde parte el movimiento y va de triunfo en triunfo hasta imponerse en las esferas nacionales.

No sabemos si este resultado será hijo de una capacidad política superior á la nuestra, unida á antiguas tradiciones que tienen su punto de partida en el origen de aquellos Estados, ó si para alcanzarlo nosotros será suficiente extender la autonomía regional, hasta el extremo de crear legislaciones diversas en cada una de ellas. La legislación separada y temporal, si se toma como *medio* para evitar antagonismos irreconciliables ó para hacer experimentos políticos, es sin duda alguna un excelente método científico ; pero si se toma como *fin* por puro entusiasmo teórico y

para perpetuar un estado de anarquía legislativa, no justificada por la necesidad ó las costumbres, jamás será suficientemente reprobada. Los ensayos temporales y separados no son buenos sino en cuanto preparan la adopción de una regla común. Se va á la uniformidad de legislación por el camino de los experimentos parciales ; y esto no en cuestiones fundamentales, fijadas ya por la ciencia y de universal aplicación, sino en detalles políticos y económicos, cuando se busca la solución práctica de algún problema ó el planteamiento de una reforma social que aunque tengan relación con las leyes sustantivas, no pueden provocar nunca en ellas un cambio radical, ni menos una multiplicación inútil ó nociva.

Ahora bien, nosotros tememos mucho que la anarquía fuera el resultado inmediato en Venezuela, caso de darse á la legislación separada una latitud extrema, de la cual sólo se aprovecharían los abogados por la excepcional importancia que entonces tendrían sus servicios. Sobre que esto embarazaría la acción del Gobierno general, en sus relaciones con los demás países y en la conclusión de los tratados públicos, especialmente si como lo propone el autor en otro lugar de la obra, se dejase á los Estados la administración de las Aduanas con la facultad de fijar cada uno su sistema económico internacional.

Reconocemos que en este último punto va en vuelta la existencia misma del sistema federativo, pues la autonomía seccional no será nunca una realidad mientras el Gobierno central disponga de la bolsa y de la espada. Y sin embargo consideraciones de mayor momento, nos obligan á mirar como una peligrosísima innovacion el dejar la existencia del Gobierno general á la merced de los Estados. Nuestro organismo político ha vivido en una perpetua agitación febril ; los procedimientos normales de buen gobierno, puede decirse que no se han arraigado todavía en la conciencia de los ciudadanos ; los compromisos públicos no infunden mayor respeto á los encargados de cumplirlos ; aun no se ha creado aquella circanspección en las relaciones oficiales, aquella comunidad de esfuerzos, aquel celo por los intereses colectivos que los hace mirar como propios y que nace del concepto elevado que los hombres se forman del deber con la larga experiencia de los negocios públicos bajo un régimen de libertad. En una palabra, nuestra educación política deja todavía mucho que desear, y no sería discreto engolfarnos muy adentro en la teoría, so pena de naufragar ó de que un viento tempestuoso nos arrojase mil leguas atrás en nuestro camino. Con la debilidad á que quedaría

reducido el Gobierno general por falta de recursos pecuniarios, se disolvería la unión, y en lo más recio del conflicto, los pueblos por instinto de conservación, harían antes de perecer el sacrificio de todas las conquistas liberales, como ha sucedido en Colombia.

Lejos estamos nosotros de desconocer el valor teórico de la solución propuesta por el autor: es la misma que nosotros quisiéramos ver propagada y admitida por la generalidad de nuestros compatriotas. Pero no nos disimulamos las dificultades de la empresa, y con pena advertimos que aun falta mucho tiempo para llegar á su planteamiento definitivo.

Otra de las ideas más acariciadas por el autor es la introducción del *referendum* suizo en las instituciones venezolanas, idea fecunda de la cual deduce consecuencias y aplicaciones notables. Por el referendum correspondería al pueblo reunido en asamblea: 1º la iniciativa de las leyes de carácter general en el Parlamento; 2º la sanción definitiva de esas leyes, siempre que así lo pidiera cierto número de ciudadanos; 3º el examen de la conducta observada por los representantes del pueblo en las Cámaras; 4º la iniciativa de las reformas constitucionales y la aprobación de ellas una vez sancionadas.

Como se ve, se trata por este medio de llegar en lo posible al régimen de la democracia directa. Las funciones parlamentarias quedan reducidas, como dice el autor, « á estudiar el medio social ; á determinar sus aspiraciones ; á someterse á ellas para obtener de los electores el mandato legislativo ; y por último, á formularlas en leyes. » « La discusión previa sobre la naturaleza y oportunidad de la ley no debe ser tarea parlamentaria, sino tarea del libro, de la conferencia, de la asociación privada, para promover en la Nación la corriente de ideas que la imponga después al legislador. »

En realidad esto es lo que va sucediendo ya en los países civilizados, y el referendum suizo no es sino la consagración legal del principio. A medida que los intereses sociales se han hecho más complejos, la responsabilidad del legislador ha crecido, de suerte que ya no le es dado desentenderse de la opinión ni cerrar los ojos á las necesidades populares. Este es un resultado espontáneo del espíritu democrático, cuyo predominio se acentúa cada día más en todas las latitudes ; y sobre espontáneo tiene la ventaja de no revestir en muchos casos las formas plebiscitarias del *referendum*, tan peligrosas en las democracias latinas.

Los objetos de la legislación general son, por otra parte, demasiado numerosos y complicados para ser sometidos á unas asambleas tumultuarias en donde no se discutiría, y cuyos votos se formularían por *sí ó no*. Se objetará que al reunirse la asamblea las opiniones estarían previamente uniformadas ; pero ahí es donde precisamente hallamos el peligro : las masas populares serían entre nosotros manejadas por los intrigantes de todas las pandillas políticas y por los agentes del poder, dándose el caso, no nada inverosímil, de que la decisión popular fuese en un asunto importante, opuesta por completo á las aspiraciones de la opinión sensata del país. Para prevenir cualquiera réplica nos apresuramos á decir que el mecanismo del *referendum* no ofrece analogía con el de una elección presidencial ó parlamentaria : aquí se trata de personas, acerca de cuyos méritos es fácil decidir con sólo guiarse por sus antecedentes, sus servicios y su posición social y política, visibles para todos ; en el *referendum* se emite concepto sobre ideas é intereses que no todos conocen ni están en capacidad de apreciar siquiera superficialmente.

La frecuencia con que se ocurriría al *referendum* tendría además el inconveniente de distraer demasiado al pueblo de sus ocupaciones ordinarias, si

se considera que ya existen bastantes motivos de interrupción en ellas por el ejercicio de las funciones electorales de todo género. No necesitamos agregar que si estas funciones, con ser la base del Gobierno representativo, están bastante descuidadas, por falta de espontaneidad en unos y de patriotismo en otros, la dificultad para practicar el *referendum* subiría de punto en un territorio tan extenso como el nuestro, donde no hay las facilidades que ofrece la pequeña Suiza para estas reuniones populares.

En cuanto á las consecuencias teóricas del *referendum*, una de las más importantes es la de hacer casi inútil la institución de una segunda Cámara legislativa, y absolutamente innecesario el veto acordado, en los Estados Unidos al Presidente, y en Venezuela á las Legislaturas seccionales. Porque, en efecto, no hay para qué ocurrir á tales medios de asegurar la sabiduría y la prudencia en las deliberaciones legislativas, si toda ley de carácter general ha de someterse al pueblo, que es quien decide en última instancia acerca de su oportunidad y conveniencia.

El autor, como la mayor parte de los escritores modernos de derecho constitucional, muestra muy poca fe en la eficacia del Senado para impedir la precipitación en la formación de las leyes y

poner freno al despotismo ó á la anarquía que suelen surgir en el seno de una sola asamblea omnipotente. La única razón que concede á la existencia de la segunda Cámara en una República Federal es la de representar á los Estados como entidades políticas, en virtud de lo cual han de dar su aprobación á las leyes. Pero, por lo demás, no disimula el recelo que le inspiran unos cuerpos en donde pueden refugiarse el amor supersticioso del pasado y el odio á todas las innovaciones, suscitando así obstáculos al progreso. « Los pueblos — dice — que se gobiernan á sí propios, no necesitan órganos moderadores creados artificialmente por la ley: » opinión diametralmente opuesta á la de Stuart Mill, quien considera como una máxima fundamental de gobierno la de que « en toda constitución debe haber un centro de resistencia contra el poder predominante, y por tanto, en una constitución democrática, un centro de resistencia contra la democracia. »

Contra sus excesos, se entiende, ó contra sus ímpetus irreflexivos. Por nuestra parte, con todo nuestro entusiasmo por las reivindicaciones populares, reconocemos el derecho que tiene el pasado á hacerse oír en el presente, y á defender sus ideales siquiera sea con un esfuerzo de mori-

bundo. Hay un lazo de solidaridad entre las generaciones que no puede romperse, y el elemento conservador que representa siempre las aspiraciones de la generación que pasa, puede prestar á la nueva inestimables servicios, por su experiencia, por el ejemplo de sus virtudes cuando han salido incólumes de las pruebas de la vida, ó aunque no sea sino por su resistencia al deseo febril de atropellarlo todo.

No haya miedo de que en Venezuela, donde la constitución civil de la sociedad es enteramente democrática, el Senado muestre nunca tendencias opuestas al espíritu popular. La dificultad para constituirlo de manera que corresponda á los fines de la teoría, estriba sólo en el mayor ó menor esmero que se ponga en la elección de sus miembros. La forma de la elección no es asunto esencial ; pero creemos como el Dr. Gil Fortoul, que no hay razón alguna para que no se haga directamente por el pueblo. Cuando la prensa es libre y los partidos se mueven con actividad, los hombres eminentes salen de la sombra á donde todos los ciudadanos puedan contemplarlos ; y el pueblo, ilustrado por la discusión y la propaganda, es capaz de hacer elecciones tanto ó más acertadas que una Legislatura de Estado ó cualquiera otro cuerpo intermediario.

El *referendum* no supliría eficazmente al Senado. En épocas de agitación sería difícil y hasta peligroso consultar al pueblo : las asambleas no podrían reunirse en orden y las pasiones exaltadas perturbarían todos los ánimos. El resultado sería, ó que las medidas importantes fracasasen por las injusticias del momento, quedando así paralizadas las funciones legislativas, ó que la acción de la Cámara única se impusiese por la necesidad, de una manera absoluta y sin contrapeso.

Pero el *referendum* se aplicaría también, y he aquí una cuestión nueva, al examen de la conducta observada por los representantes del pueblo en las Cámaras, lo cual supone previamente un mandato imperativo. El autor es, en efecto, partidario de este sistema, y nosotros no podemos menos de apoyar sus opiniones. Burke decía que los Diputados no debían considerarse como embajadores de sus respectivos soberanos en una conferencia internacional, y Bluntschli y otros autores juzgan que el Diputado no representa sino á la Nación. Pero estas son ideas sutiles, no apoyadas en ningún razonamiento serio, cuyo resultado es romper los lazos que deben unir al Diputado con los electores, y justificarle cada vez que sustituye á los de ellos, su voluntad ó sus opiniones personales.

Cierto que el Diputado representa á la Nación cuando se trata de cuestiones internacionales ó que envuelven un interés general y en este caso su libertad moral es absoluta, no regulada por otro freno que el del patriotismo ; pero también representa á su Estado cuando se trata de intereses regionales, y en tal caso, no le es dado votar contra la voluntad de sus comitentes, máxime si, como es de desear que suceda siempre en la práctica, éstos le han elegido en virtud de una profesión de fe ó de un programa previos que constituyen un compromiso solemne.

Ni se alegue que con tal de ser el representante hombre ilustrado y prudente, puede dejársele en libertad de acción ; porque por grandes que sean sus aptitudes y su experiencia, por maravilloso que sea su genio político y administrativo, nunca podrá conocer las necesidades y aspiraciones del pueblo, mejor que el pueblo mismo que las experimenta. A lo sumo podrá admitirse que le sea superior en la elección de los medios para satisfacerlas. Que si el representante, en el curso del período legislativo ha modificado sus ideas y en conciencia no puede votar conforme al programa aceptado por el pueblo «el más rudimentario sentimiento de dignidad personal le aconseja devolver á su mandantes un encargo

que no puede cumplir.» Entonces será llamado el suplente ó se elegirá otro Diputado en su lugar.

Así quedaría también resguardada la representación contra las influencias siniestras del Poder Ejecutivo. Aun bajo el régimen liberal más sinceramente practicado, nunca deberá esperarse que el poder se desentienda en absoluto de ciertas deliberaciones legislativas : le sobrarán tentaciones para inmiscuirse en ellas á mansalva, y procurar que favorezcan el desenvolvimiento de algún plan político ó administrativo, contrario acaso á los intereses nacionales. La confianza, por otra parte, en la virtud y entereza de los hombres no ha de ser tan candorosa que nos los pinte incapaces de sucumbir al halago ó la amenaza.

Hay más : aunque los Estados tienen en el Senado una representación igual, y ya esto los protege contra las pretensiones de los más fuertes á absorber á los débiles ó á ejercer una influencia mayor en la política nacional, convendría crear un freno análogo en la Cámara de Diputados para que, cuando las mismas tendencias se manifiesten en su seno, el representante no se deje arrastrar á coaliciones peligrosas con detrimento de sus comitentes.

Para hacer efectivo el cumplimiento del mandato imperativo, el autor propone que cada vez que un Diputado haya faltado á su programa « un número de electores igual á la cuota establecida, pida á la Cámara á que pertenezca el elegido, que se abra de nuevo el período electoral en la circunscripción respectiva, pudiendo aquél presentarse otra vez como candidato. » El autor teme, no sin motivo, la objeción de que así se renovaríá con demasiada frecuencia la lucha electoral ; pero en nuestro concepto la dificultad quedaríá obviada reduciendo el procedimiento á pedir la expulsión del Diputado y llamar á cualquiera de los suplentes, previa una promesa pública y solemne de defender el programa infringido por el principal.

De todos modos aplaudimos al autor por haber lanzado estas cuestiones á la discusión pública, no menos que por la recomendación que hace del sistema de Hare, perfeccionado por sus comentadores, para obtener la proporcionalidad del sufragio y la representación de todas las minorías. Este es uno de los grandes progresos de la experiencia política moderna, en cuyo estudio nadie se ha ocupado en Venezuela, á no ser la nueva generación democrática que lo ha inscrito en su programa. A la prensa periódica toca

vulgarizar el sistema, dando á conocer los detalles circunscritos que se encuentran no solamente en las obras de Fawcett, Stuart Mill y Brunialti, citados por el Dr. Gil Fortoul, sino también en la *Política Positiva* de Lastarría, recomendable por que examina la cuestión desde el punto de vista de las costumbres hispano-americanas.

Las leyes reglamentarias del sufragio en Venezuela necesitan una inmediata reforma : hay en ellas disposiciones expresamente calculadas para coartar la emisión del voto. En primer lugar se exige que sea público ; y aunque el Dr. Gil Fortoul muestra poca confianza en el voto secreto para impedir los amaños y las intimidaciones, nosotros estamos plenamente convencidos, por razones que hemos expuesto varias veces en la prensa, de que es el sistema preferible, por lo menos en nuestro país. Además, en muchos lugares, como en el Distrito Federal, el período de inscripción es más largo que el fijado para la votación, lo cual constituye un absurdo, pues la segunda operación exige más tiempo que la primera ; de donde resulta que no todos los ciudadanos inscritos pueden votar dentro del período legal. ¡ Ojalá que la reforma se haga completa-

mente, preconizando en ella el método de la proporcionalidad !

Nos hemos extendido ya demasiado, y apenas nos queda espacio para continuar examinando el libro. Otras ideas expone el autor que probablemente encontrarán una seria resistencia, tales como la separación de la Iglesia y del Estado, el sufragio de la mujer y la institución de un Jurado antropológico para decidir de la responsabilidad de los criminales. De nosotros sabemos decir que estas reformas, muy buenas para indicadas en un libro de Filosofía Constitucional, para llevadas á la práctica nos parecen prematuras.

El menor de los males que tendría hoy la separación completa de la Iglesia y del Estado, sería el de provocar una recrudescencia del fanatismo, é imponer al pueblo nuevos sacrificios para sostener el culto. El clero emprendería seguramente una cruzada temible, dirigiéndose á todas las supersticiones, é invocando su estado de desamparo, para aprovechar con mayor frecuencia que lo hace hoy, la generosidad de los fieles.

Respecto del sufragio femenino, lo más prudente sería empezar por los ensayos parciales y circunscritos á las viudas como se ha hecho en Inglaterra y se pretende en Francia, para ir ejercitando la capacidad política de la mujer. Pero el

autor es un filógino decidido, y pide la emancipación completa, dando poca importancia al trastorno que produciría en la vida del hogar y en las costumbres sociales la aparición repentina de la mujer en la arena ardiente de la política. Negocio es este que nos parece exigir las mayores precauciones, sobre todo si, como no lo dice la obra, una vez convertida la mujer en elector, fuera también elegible.

Del Jurado antropológico, solo diremos que, aun admitiendo todas las conclusiones de la moderna escuela italiana, habría que empezar por fundar los estudios antropológicos en Venezuela. La cuestión, además, no ha salido aún de la esfera especulativa, y parece lejano el día de las aplicaciones prácticas, si bien el primer golpe ha sido terrible para la penología tradicional, pues á la luz de la fisiología cerebral y de la patología de la inteligencia, es difícil sostener hoy las teorías del libre albedrío y de la voluntad responsable, como fundamentos del derecho penal.

El autor es también partidario del Jurado en materia civil y del nombramiento por sufragio universal de los jueces de primera instancia. Si á esto último pueden presentarse objeciones de peso, creemos que no las hay para extender los ensayos del Jurado. Los hombres de la profesión,

sin embargo, discutirán tales cuestiones con más competencia que nosotros.

Seguros estamos de no haber dado sino una pálida idea del libro del D^r Gil Fortoul. Los que lo lean hallarán en él todo un cuerpo de doctrinas modernas, construido con solidez é inspirado en un criterio verdaderamente científico. El esfuerzo es grande y honroso para la nueva generación venezolana que tales inteligencias cuenta en sus filas ; y nosotros unimos al aplauso con que sin duda será recibida la obra en el país, la expresión del orgullo que sentimos por estos triunfos del amigo á quien profesamos el más profundo cariño.

Bruselas : marzo de 1890.

POESIAS DEL D^r RAFAEL NUÑEZ

Acaban de publicarse en París las poesías del Señor Doctor Rafael Núñez, coleccionadas por el Señor Daniel J. Reyes, Secretario de la Legación de Colombia en Londres, quien las ha hecho preceder de un prólogo por todo extremo lisonjero para el poeta y estadista de la República hermana.

Hemos de confesar que la lectura de la colección nos ha dejado un tanto desconcertados; porque rara vez se encuentran en estos espíritus tocados de la divina fiebre de la poesía, tan gran profundidad de pensamiento, vuelo tan audaz hacia las cumbres ideales, visiones tan intensas de la naturaleza y del mundo moral, unidos á mayor despreocupación por la forma y á un descuido tan grande de las leyes de la armonía.

Los buenos poetas, en efecto, ó por coquete-

ría, ó por fatal necesidad de su condición enfermiza, suelen envolver sus sueños en una gasa impalpable y luminosa que da mayor realce á su hermosura, y que al pasar flotando á los ojos del espíritu despide resplandores celestes y misteriosas vibraciones. Pero el pensamiento poético del Dr Núñez, sale del horno ardiente de su cerebro vestido de férreas armaduras, cuyas piezas mal acondicionadas y llenas de asperezas y angulosidades, al rozarse lastiman el tímpano con un chirrido desapacible. Si el pensamiento vuela muy alto, es tan sólo porque el poeta lo arroja de sí con una fuerza tremenda. De ahí que la emoción estética, pura y delicada, que produce la contemplación de una obra verdaderamente artística, cualquiera que sea el sentimiento que la inspire, no se experimente sino á medias, cuando se leen las poesías del Dr Núñez, por otros mil conceptos tan interesantes. La memoria se niega á retener aquellas estrofas dislocadas, aquellas disonancias desagradables arrancadas de la lira por una mano ruda, que si es capaz de herir muchas cuerdas, no tiembla de amorosa exaltación cuando se acerca al instrumento del canto. — Así, los versos de este poeta, ya inaccesibles á la muchedumbre por la alteza de las ideas, lo serán más aún por la ausencia de la

armonía que es la condición primera para que el canto llegue, cautivándolos, á todos los corazones.

Bien conocemos la antigua querrela entre los exclusivistas del fondo y de la forma. Cada cual da sus razones y apoya sus preferencias en ejemplos plausibles, cuya autoridad nos guardaremos muy bien de desconocer ; pero á poco que se reflexione, la querrela, por pueril, hace sonreír, pues la obra de arte es ante todo el resultado de una armonía entre el pensamiento y la forma que lo hace tangible, y al faltar una de estas dos condiciones queda lastimosamente mutilada, siendo la forma, por sí sola, rumor ocioso, vaga combinación de líneas y colores que nada dice al entendimiento, y la idea, abandonada á su propia virtud, larva que no se transformará nunca en mariposa, ó si se quiere, diamante en bruto, encerrado eternamente en las entrañas de la tierra, sin salir jamás á la superficie, ni llegar hasta la frente de la beldad á bañarla en sus variados resplandores.

*La forme, ô grand sculpteur, c'est tout et ce n'est rien ;
C'est tout avec l'esprit ; ce n'est rien sans l'idée.*

ha dicho Víctor Hugo en un canto dirigido al escultor David ; y esta verdad de todos los tiempos, tiene en los tormentosos que alcanzamos, más de una elocuente confirmación. Porque las almas superiores, que son á modo de compendio de todas las ideas y sentimientos de la humanidad, han llegado á un extremo de complicación que jamás tuvieron antes, gracias á la actividad del pensamiento y al vértigo de la vida moderna. Hay en ellas exceso de impresiones, de recuerdos y anhelos infinitos, mezclados con cierto disgusto de lo conocido, cierta amargura encontrada en el fondo de la copa ya apurada de la vida ; todo lo cual determina una dolorosa tensión interna, una hiperestesia extraña que, al buscar su expresión en el arte, la logra por medio de combinaciones peregrinas de líneas y sonidos, reflejo fiel del refinamiento de los cerebros. A veces, y como para acallar la tormenta que ruge en su propio corazón, algunos artistas y poetas hacen vibrar la nota de una filosofía pesimista, ó de un escepticismo elegante, desdeñoso de la vida pero apegado á sus placeres, y entonces el canto adquiere una serenidad impasible, como en Leconte de Lisle ó Sully-Prudhomme, tanto más hermosa cuanto que, al través de las blancas vestiduras de la musa

se siente palpitar un gran corazón que no quiere, por orgullo, dejar que estallen sus gemidos.

Lo singular es que el Dr Núñez, en cuyos versos se encuentra un eco de todas las angustias y aspiraciones intelectuales de nuestro siglo, no padezca esta deliciosa enfermedad de las formas exquisitas. Preciso será disculparle, sin embargo, pensando que las atenciones de la política, las controversias de la prensa y la tribuna, el continuo comercio con los autores de derecho público y las reflexiones á que se habrá entregado su espíritu buscando la solución de arduos problemas de administración y gobierno, habrán embotado un tanto su sensibilidad artística y comunicándole sus maneras desmañadas para el trato de la musa. Así se explicarán en parte la incorrección y el carácter prosaico de muchos de sus versos, las sinalefas imposibles, las cacofonías bárbaras, las rimas pobres y ciertos giros apenas disculpables en un principiante.

¿Quién podrá, en efecto, pronunciar sin violencia y de manera que suenen como endecasílabos, estos versos ?

— *Los ídolos de nuestro ardiente afán.*

— *Todavía palpito al oír tu nombre.*

-
- *Separarnos que tras el paraíso.*
 - *La caída de Icaro ¡ ay ! nos enseña. ~*
 - *Pues á él jamás la inmensidad responde.*
 - *Contra él blandiendo la suicida espada.*
 - *Tu voluntad de él hace cuanto quiere.*
 - *Y sabio héroe cual tú no fué ninguno.*

¿ Quién admitirá en una composición de carácter tierno como la *Despedida de la Patria*, aquellos cuatro cuartetos sucesivos que empiezan con esta frase : *Solo yo lloro ?*

¿ Ni quién el prosaísmo de estos versos ?

¿ Qué soy ? ¿ qué soy ? ¿ de dónde yo he llegado ?

A la verdad ¿ qué fue, qué fue mi infancia ?

¿ Dónde está el corazón iluminado

Por la dulce ilusión de adolescente....?

¿ O el de estos otros, que tienen toda la tiesura de un texto de filosofía ?

La causa superior palpable existe ;

La razón á negarlo se resiste,

Pienso, dijo Descartes, luego soy.

Si ser ó no ser fuera á un tiempo dable

Tal vez esta creación incomparable

Negara el que en su autor no espera hoy.

¿Qué oídos soportarán la cansada y pobrísima repetición de estas dos estrofas ?

De todo hay tiempo : tiempo de amargura,

Y tiempo de placer y de dulzura :

Tiempo de siembra y tiempo de segar ;

Tiempo de amor y tiempo de falsía ;

Tiempo de llanto y tiempo de alegría ;

Tiempo de ruina y tiempo de lucrar ;

Tiempo de sangre y tiempo de clemencia :

Tiempo de rabia y tiempo de paciencia ;

Tiempo de alzar y tiempo de abatir ;

Tiempo de vela y tiempo de reposo ;

Tiempo de luz y tiempo tenebroso ;

Tiempo de ser y tiempo de morir.

Para lo que no debiera haber tiempo es para escribir semejantes letanías.

¿ Quién por último no protestará contra la hegemonía de escribir versos en estilo telegráfico ?

Con hojas de ciprés tejen corona

Penas traspasan seno de Madona

Péro el dolor es riego de la fe.

Otras muchas citas semejantes pudiéramos hacer ; pero no gustamos de este género de crítica menuda, y solo hemos querido presentar á quien nos lea una prueba de nuestros asertos.

Con todo, la razón principal porque el Doctor Núñez no tiene nitidez ni delicadeza de expresión, es porque en su alma no hay ternura, por lo menos en aquel grado en que suelen poseerla los poetas y que es uno de los rasgos por donde se distinguen del común de los mortales. Nada tan pobre como sus versos cuando canta los afectos más santos para el hombre y se dirige á los seres más queridos sobre la tierra. El libro empieza con una composición titulada *A mi madre*, en donde el poeta nota con un solo acento digno de la emoción que debió sobrecogerle al evocar tan venerable nombre ni acierta á decir nada que se eleve por sobre la vulgar concepción del amor filial. Hay que tomar, además, este canto, como una dedicatoria de todo el libro, pues de otro modo no se explica que termine bruscamente en el punto mismo en que el poeta anuncia que va á abrir su pecho desolado y á referir una historia de amarguras. Se dirige á su esposa en ocasión en que quisiera acelerar la marcha del tiempo y acortar la distancia para caer de nuevo en sus brazos, y no puede prescindir de mezclar con la visión de la imagen querida, los recuerdos sangrientos de las luchas políticas, terminando por apostrofar al tiempo y hablar largamente de Roma y de su Foro, de Atenas y de su Partenón, de los Césares

y de la Cruz cristiana, con lo cual la composición se desvía de su objeto, y se trueca en alarde retórico lo que debió ser sencilla expresión de un amor acrisolado.

Es que el Dr Nuñez piensa más que siente, y piensa con energía, con una intensidad que ahoga las demás facultades del alma. Su poesía reside en la fuerza, que también es un grande elemento estético, y por eso cuando habla de sus pasiones y de sus amores mundanos, tiene gritos soberbios y aspiraciones locas que nos conmueven por el estrépito con que salen de su corazón. Bajo este concepto es interesantísima la composición titulada *Todavía*, historia de unos amores rotos por no sabemos qué causa misteriosa. El poeta y *ella* han sido igualmente perjuros después de haber cambiado promesas ardientes y esperanzas de una felicidad eterna. Ambos se han dado la espalda y buscado por rumbos diferentes la satisfacción á los anhelos del alma; pero ella, que fué la primera en quebrantar sus votos, tal vez la ha encontrado, mientras que el poeta lleva todavía en su corazón la llama inextinta de aquel amor fatal. Y en vano cae de rodillas ante la esposa á quien se ha unido, en vano se mira en sus ojos, espejo de la virtud y la hermosura, porque la imagen de la otra absorbe su pensamiento y le persigue

hasta en sueños con tal tenacidad que cree verla y sentirla en todas partes : en el acento, en la sonrisa, en el beso mismo que la mujer inmaculada va á estampar sobre sus labios abrasados por un deseo criminal. El poeta se rebela contra el destino inexorable que no puede deshacer lo ya consumado, y por una injusticia sublime, hija de la pasión enardecida, llega á odiar el fruto con que el amor brinda á la mujer á quien él llama perjura :

*¡ Quién pudiera borrar lo sucedido....!
 Ese niño á tu lado, entretenido
 Me llamara su padre entonces, si....
 Pero no ! es imposible ! Ese inocente
 Odio, dolor frenético, creciente
 Es lo que inspira, á mi pesar, en mi.*

Es el mismo grito profundamente humano, que en circunstancias idénticas lanza otro poeta :

¡ Hijo suyo, gran Dios, no siendo mio !

Pero ya que esto sea una realidad irremediable, el poeta quisiera averiguar si aun queda en el alma de aquella mujer un rescoldo de la pasión primera, como si la convicción de que ella pudiera sentir los mismos tormentos, acariciar

los mismos recuerdos y debatirse contra los mismos imposibles, fuera para sus heridas un bálsamo consolador. Por eso toca á las puertas de su corazón con estos desgarradores acentos:

*Dime, mujer, ¿ los ecos de mi lira,
Cual los rayos sangrientos de una pira
No llevan hasta tí su vibración ?
¿ Y esto qué significa ? — Indiferencia,
Odio, desdén, ó la mortal demencia
De una fiebre que agosta el corazón ?*

*Dime, mujer, responde si el delirio
Es un fuego vulgar, ó si el martirio
El martirio del alma está con él ;
Dime si puede sucumbir la mente
Sin que antes se haya en nuestro sér doliente
Mezclado con la sangre ardiente hiel.*

*Dime... pero más bien dime si tu alma
Duerme al rocío de la dulce calma
En estas horas en que velo yo ;
Dime si el nombre de tu amor primero
No es á tu corazón más placentero
Que el nombre odioso que el deber te dió.*

¡ Cómo se adivina la íntima alegría con que el poeta hubiera visto lucir en los ojos de su antigua amada una mirada siquiera de connivencia

que le revelara que aun vivían, regadas por lágrimas secretas, las flores en otro tiempo sembradas en aquella alma por su mano !

El paroxismo de este deseo llega hasta la alucinación, y entonces exclama :

*Dime que me amas, dilo, ¿ á qué ocultarlo.
Si no puede más tiempo disfrazarlo
La luz de tu alma, tu mirada azul ?*

Pero la reflexión sucede muy pronto al delirio, y el poeta se resigna porque tras de aquel paraíso,

*Un infierno se esconde : la expiación.
Es preciso alejarnos, nunca vernos
Que es inmenso el peligro de perdernos
Si al deber no sucumbe la pasión !*

El tono dominante en *Belleza, llanto y virtud* es más reposado, como que el poeta, no siendo actor en el drama que refiere, conserva toda la serenidad de su ánimo para analizar los dolores ajenos y verter sobre ellos una palabra de consuelo. Se trata de una dama que ha errado el camino de la felicidad en la tierra, y que, como tantas otras mujeres mártires del deber, vive haciendo á las conveniencias sociales y á la fe

jurada en el altar el sacrificio de su propio corazón. El mundo la cree feliz y tal vez la envidia, porque no ve sino el bienestar exterior que la rodea, el lujo de sus atavíos, la apariencias del deseo satisfecho....

*Pero no ven lo que hay tras ese manto
Cuyo reverso oscuro moja el llanto,
El llanto de tu espíritu inmortal,
Y no ven las señales del suplicio
Ni perciben el ay ! de un sacrificio
Consumado sin hierro ni dogal...*

¿Ni cómo han de percibirlo si la mujer que tiene la dignidad de su sexo, se hace en tales circunstancias esclava del más insignificante de los seres, y trata de ocultarse á sí misma la realidad de su infortunio, sonriendo cuando su corazón mana sangre, y ahogando sus gemidos para que no los sorprenda ni la brisa que pasa por su frente, temerosa de que los lleve en sus alas á oídos indiscretos ?

El poeta, sin embargo, ha sondeado aquel abismo de lágrimas, y como él ha pasado por las mismas torturas, se conduele de tan trágico destino y trata de confortar á su heroína, mostrándole cuán sublime es su sacrificio, cuán admirable el alma que tiene el orgullo del bien :

*Si, tu espíritu es fuerte. En tu mirada
Fulgura el rayo de una fe probada
Del estudio del mundo en el crisol ;
Y en la lid de tu cuerpo con tu alma,
Esta se llevará siempre la palma
Porque es un lampo del divino sol.*

*Sufre y espera ! Sufre que en el mundo
El martirio á la larga es más fecundo
En emociones dulces que el placer ;
Que del deleite el vaso iluminado
Tiene en su fondo un agrio concentrado
Que muy pronto se deja conocer.*

Tan profundo es el respeto que le inspira la austeridad de aquella mujer en el dolor, que el poeta teme haber cometido una profanación hablándole de una historia que sus labios no han revelado á nadie ; y entonces le pide perdón y arroja á sus pies la lira indiscreta, lleno de veneración por la meláncolica beldad que tanta virtud y tantas lágrimas atesora.

La análisis fría y profunda de Balzac cuando habla de estas mujeres virtuosas que sienten, sin embargo, *estremecimientos extraños*, no produce una impresión más honda que la que deja en el ánimo esta poesía del Doctor Núñez.

Cenizas es una visión amorosa de otros días,

que pasa envuelta en ondas etéreas á los ojos del poeta. Los hermosos accidentes de la descripción hacen pensar en la visión de Elena, cantada por Edgar Poë, bien que este alucinado crée firmemente en la realidad de su sueño, y se imagina que los ojos de Elena, clavados como una *Venus doble* en el azul infinito, le miran desde allá con una expresión de suprema ternura ; mientras que el Doctor Núñez, con sentido más positivo, duda de sus recuerdos y reflexiona que, si ahora le parecen tan hermosos, es tal vez porque la distancia les ha dado perspectivas halagüeñas. La duda importuna viene así á destruir el efecto de aquella visión,

Que aromas de otros mundos exparcía.

Tocamos aquí el fondo mismo, la base intelectual del Doctor Núñez : la duda que le ha inspirado el *Que sais-je?* y *Dulce ignorancia*, los mejores de sus cantos. La duda, que como método de investigación y con tal de ser transitorio, es un instrumento fecundo en manos de la ciencia, como estado permanente del espíritu es estéril y perjudicial. Las tribulaciones en que, por otra parte, sume al alma son tan terribles que no pueden soportarse por mucho tiempo, y

al cabo todo hombre que haya meditado sobre los problemas finales los resuelve, ó por la fe candorosa ó por una negación absoluta. Lo esencial es libertarse de ellos, y recobrar el sosiego interior para poder amar la vida y ser útil á nuestros semejantes, porque en rigor, el último término de la duda es el suicidio físico, después del suicidio moral. Para el equilibrio del espíritu es necesaria una concepción general del Universo y del hombre, cualquiera que ella sea, y la duda no la tiene: no puede ofrecer sino nociones heterogéneas incapaces de servir á la construcción de un sistema.

Como reflejo de aquellas tribulaciones y de la enérgica personalidad del autor, el *Que sais-je?* será siempre una joya de la literatura colombiana. Rompe con una estrofa de gran sonido que prepara al lector para la gravedad del asunto:

*El corazón del hombre es un arcano
Inescrutable, imagen del Oceano,
Laberinto sin limites ni fin
Ayer gozó y hoy sufre, ayer lloraba,
Y donde el yermo del dolor miraba
Hoy encuentra un jardín.*

Sigue luego una serie de oposiciones tomadas

del mundo físico y moral, admirablemente bien graduadas, las cuales van poco á poco sumiendo el ánimo del lector en un estado de perplejidad, que se prolonga aun después de terminada la lectura :

*El dolor que en el alma halla cabida
Pierde al cabo su espíritu homicida
Y cesa de ofender como dolor ;
Y no hay de goce bulliciosa fuente
Que no agote ó desvie indiferente
El tiempo volador.*

.....
*El aloe es amargo y oloroso,
El opio que á los miembros da reposo
También lleva el delirio al corazón ;
El hierro que extermina también crea,
Aurora á veces es la infanda tea
Que enciende la ambición.*

*A la abeja que almibar nos procura
A un tiempo con la cándida dulzura
Su ponzoña le vemos infiltrar ;
El viento que nos lleva hacia otros mundos
Nos sepulta también en los profundos
Osarios de la mar.*

El poeta no puede explicarse estas contradicciones :

*No sé si la ignorancia y la pobreza
Dan al pecho del hombre más tristeza
Que el influjo del oro corruptor.
Si es la ciencia dudosa que aquí hallamos
Escala vacilante en que pasamos
De un error á otro error.*

.

Y como no halla la armonía final por que suspira su alma, termina con este grito de desesperación :

*Oh confusión ! Oh caos ! ¡ Quién pudiera
Del sol de la verdad la lumbre austera
Y pura en este limbo hacer brillar !
De lo cierto y lo incierto ¡ quién un día,
Y del bien y del mal conseguirla
Los límites fijar !*

Los mismos pensamientos se encuentran en *Dulce Ignorancia*, aunque expresados con más riqueza de imágenes y en un tono más sereno y resignado. El *Que sais-je ?* es la protesta de un espíritu sediento de verdad que se debate en las tinieblas ; *Dulce Ignorancia* es el desdén del filósofo escéptico, convencido ya de la vanidad de sus lucubraciones, á quien la verdad suprema acaba por no inspirar interés.

*Oh ! deja, deja esa labor ingrata
Que busca la verdad
Y en vez de iluminarnos nos envuelve
En nueva oscuridad !*

He ahí los estragos de la duda en el terreno filosófico. El matertalista, el ateo, los grandes rebeldes, tienen una fe robusta en la ciencia y en las facultades del hombre para llegar paso á paso, si no á la meta luminosa, por lo menos muy cerca de ella donde el espíritu se sienta más dueño de sí. Asi, se les ve trabajar con ardor por despejar al mundo de las sombras que le rodean, mientras que el escéptico se burla de los más nobles esfuerzos y responde á todas las cuestiones con la frase de Sócrates : *sólo sé que no sé nada*, con lo cual se adelanta bien poco.

Por lo demás en esta poesía brilla otra de las cualidades del D^r Nuñez : la concisión. De ella son estos versos por todo extremo felices :

*El jugo de la vid es alegría
Y delito después*

que recuerdan aquellos de Rioja :

*La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar ; la ira á las espadas.*

El pensamiento del Dr. Núñez se detiene en el límite de la duda. La blasfemia, que acaso no ande muy lejos, jamás brota de sus labios ; y llegado á aquel punto, comienza á desandar lo andado para caer de nuevo en brazos de la fe. De sus angustias intelectuales el poeta ha sacado una inmensa compasión por la especie humana, la cual vive debatiéndose sin objeto en un océano de dolores, de vanidades y miserias. Meditando un día sobre el *Eclesiastes*, llega á la conclusión de que todo es un enigma profundo y de que, el cabo, lo único cierto, lo único que proporciona un goce puro es el amor, y el bien deramado con largueza sobre nuestros semejantes. Aquí hay ya como un principio de la evolución que se manifiesta con más claridad en los dos cantos titulados *Sursum é Ideales*.

Sursum parece una respuesta al *Que sais-je ?* Aquí la oposición y el contraste, provocando gritos de desesperación ; allá la armonía magestuosa, sosegando el ánimo y entreabriendo las puertas de la esperanza. En ambos poemas el mismo procedimiento, pero en sentido contrario :

Todo está encadenado

En la creación : al reino de las flores

*Dan el zafiro y el rubí sus tintes,
Y con los jugos que en su seno encierra
De esmeralda ornamentase la tierra.
La ley del desarrollo
Es de ascensión también : lo incandescente
Cesa de destruir, y se hace savia
Que se trasmite al encumbrado monte
Donde halla inmensidad por horizonte.*

¿ Cómo se ha efectuado esta transformación en la mente del Dr. Núñez ? El mismo se encarga de explicárnoslo :

*En la vida del alma
Tal vez hay estaciones sucesivas,
Ojos cuya videncia se prolonga
Con la meditación, que es su alimento
Si se empapa en la luz del sentimiento.*

No nos atreveremos á decir si desde la última de esas estaciones ideales á que ha llegado, habrá entrevisto el poeta los templos serenos, final objeto de sus ansias. Se nos figura que aun deben de oírse ruidos tempestuosos en aquella alma agitada por tan diversas corrientes. Ni acertaríamos á elegir entre sus primeras y sus últimas poesías : aquéllas nos parecen más sinceras, pues por lo menos no se mezclaba á ellas ninguna con-

sideración ajena al arte, mientras que éstas, acaso sirvan para apoyar tesis políticas, como lo da á entender el empeño que ponen los amigos del autor en demostrar el paralelismo de la evolución efectuada en él como hombre público y como pensador. Sea de ello lo que fuere, las poesías del D^e Nuñez ponen de relieve un temperamento vigoroso, un cerebro activo; sobre el cual ha pasado, conmoviéndolo, el viento cargado de ideas de nuestro siglo ; y Colombia podrá presentarlas á propios y extraños, si no como joyas del arte, sí como estímulo para el pensamiento y para las mudas contemplaciones interiores.

Bruselas : marzo de 1890.

RESEÑA BIOGRAFICA DE SANTOS MICHELENA

Tarde, pero no por falta de buen deseo, venimos hoy á cumplir el deber de llamar la atención de los lectores de esta Revista hacia la Biografía del señor don Santos Michelena, publicada por su hijo y nuestro amigo el distinguido escritor don Tomás Michelena, á fines del año próximo pasado.

Cuando la nueva orientación de la política venezolana nos descubre horizontes luminosos cuyas perspectivas habíamos ya perdido de vista — ¡ tan sumergidos nos hallábamos en el antro de un despotismo sombrío ! — cuando la generación que pasa y la que llega, encontrándose, por dicha, en un punto de su carrera, se abrazan fraternalmente y unen sus esfuerzos para realizar el común anhelo de una renovación moral de la República, nada tan oportuno como tocar á las

puertas de los sepulcros donde reposan los muertos ilustres, para anunciarles la buena nueva, y pedirles el secreto de sus virtudes, la llama que fortaleció sus corazones.

El señor Michelena ha levantado con mano reverente una losa de esos sepulcros, y con la emoción del amor filial nos ha referido una historia que todos conocíamos, pero que ya todos teníamos casi olvidada. Hermosa figura la que él ha puesto una vez más de pie para admiración de propios y de extraños ! Un hombre que desde la más tierna edad se consagra al servicio de la patria, que en el trabajo aquilata el sentimiento de la dignidad, y en el estudio y la meditación las fuerzas del espíritu ; que aun no extinguido el ruido del sable y el humo de los combates magnos, emprende con energía é inteligencia la tarea de organizar la Hacienda de un Estado nuevo, hasta hacer surgir del caos de la legislación y la rutina, los recursos y el crédito ; que atraviesa varias veces con paso magestuoso el escenario de la vida pública, envuelto en su toga resplandeciente, y hablando el lenguaje viril de la verdad como un patriota de los tiempos antiguos, y al volver al hogar lo ilumina con la auréola de sus virtudes privadas ; que sabe mirar de frente al poderoso y defender en todas ocasiones

los principios más liberales aun á costa de su posición y su fortuna ; que en las altas esferas del Gobierno pronuncia palabras de perdón y como simple ciudadano se reviste de la humildad austera del demócrata ; que, por último, cae, víctima de la soldadesca mercenaria, cuando abogaba por las prerrogativas de la representación nacional, haciendo más deplorable con su muerte, el atentado cometido contra las instituciones.... he ahí el tipo del varon justo, el ideal del héroe cívico, por cuya virtud se conservan las Repúblicas, y cuya gloria sin lágrimas ni remordimientos es la más digna de ser reverenciada por los pueblos en los tiempos modernos !

Tal fue don Santos Michelena y tal nos le pinta su biógrafo, bien que con aquella parsimonia impuesta al hijo por una delicadeza natural al hablar de su padre. De fijo habrán quedado en la penumbra mucho rasgos de tan noble fisonomía ; pero los más importantes ahí están y bastan para juzgarla. Como economista, don Santos Michelena se adelanta á su tiempo y proclama en América, antes que los estadistas europeos, las teorías del libre cambio. Como diplomata defiende ante diversos gobiernos, los intereses de Venezuela con rara entereza y habilidad, y sus discursos y despachos pueden estudiarse por sus

cuales de precisión y lucidez. Como magistrado filósofo, se opone á la aplicación de la pena de muerte, y teniendo en sus manos la vida de un hombre hace inclinar la balanza hacia la misericordia.

Aparte de estos méritos culminantes llama en él la atención la fijeza de sus ideas, no menos que la lealtad con que las expone, aun encontrándose en las circunstancias más delicadas. Suyas son estas frases estampadas en una carta al D^r Vargas :

« He pensado siempre que un empleado público, especialmente los Ministros, por ser órganos y consejeros responsables del Gobierno, deben tener fe política y principios fijos é invariables en cuanto á las grandes medidas y negocios del Estado para ajustar á ellos su conducta. »

Y estas otras, en una carta al General Soublotte :

« Estoy dispuesto á no sacrificar jamás por ninguna consideración ni respeto humano mis principios de justicia, ni á poner en ridículo el puesto que desempeño. »

Se comprende que con hombres de tal naturaleza, que ajustaban sus acciones á sus palabras, no fuese fácil derribar la libertad para

levantar sobre sus ruinas los ídolos del poder personal. ¿Qué halagos pueden hacer flaquear una voluntad vigorosa, ni qué linaje de intimidaciones hacer temblar un corazón entero? La desgracia para el justo y el patriota no tiene terrores, antes bien los grandes caracteres encuentran en ella nuevas fuerzas y algo como una promesa de inmortalidad. Los instintos despóticos de un mandatario tienen que ceder ante la firmeza de convicciones y la elevación de miras de los hombres que le rodean. Esta atmósfera de probidad, de circunspección política y de dignidad personal, mantenida en torno del poder, fué lo que dió al primer período de la República cierto brillo no igualado después é hizo concebir acerca de la solidez de las instituciones las más lisongeras esperanzas.

Los hombres sufrieron á poco las influencias tentadoras de un mando prolongado, y las cosas mudaron de rumbo. La armonía establecida durante diez y siete años vino á ser interrumpida por el grito de las reivindicaciones populares; pero en el choque de opuestos bandos, don Santos michelena no ejerció otro ministerio que el muy elevado de conciliador á que le daban derecho la respetabilidad de su carácter y la pureza de sus intenciones. Acaso también sus ideas

adquiridas en el estudio de la filosofía política y del derecho moderno, frutos de la libertad, le inclinaban á las soluciones nuevas, siquiera no simpaticizase con los hombres que las tomaban como bandera, ni aprobase — justamente alarmados sus sentimientos pacíficos y humanitarios — todos los conflictos á que daban ocasión.

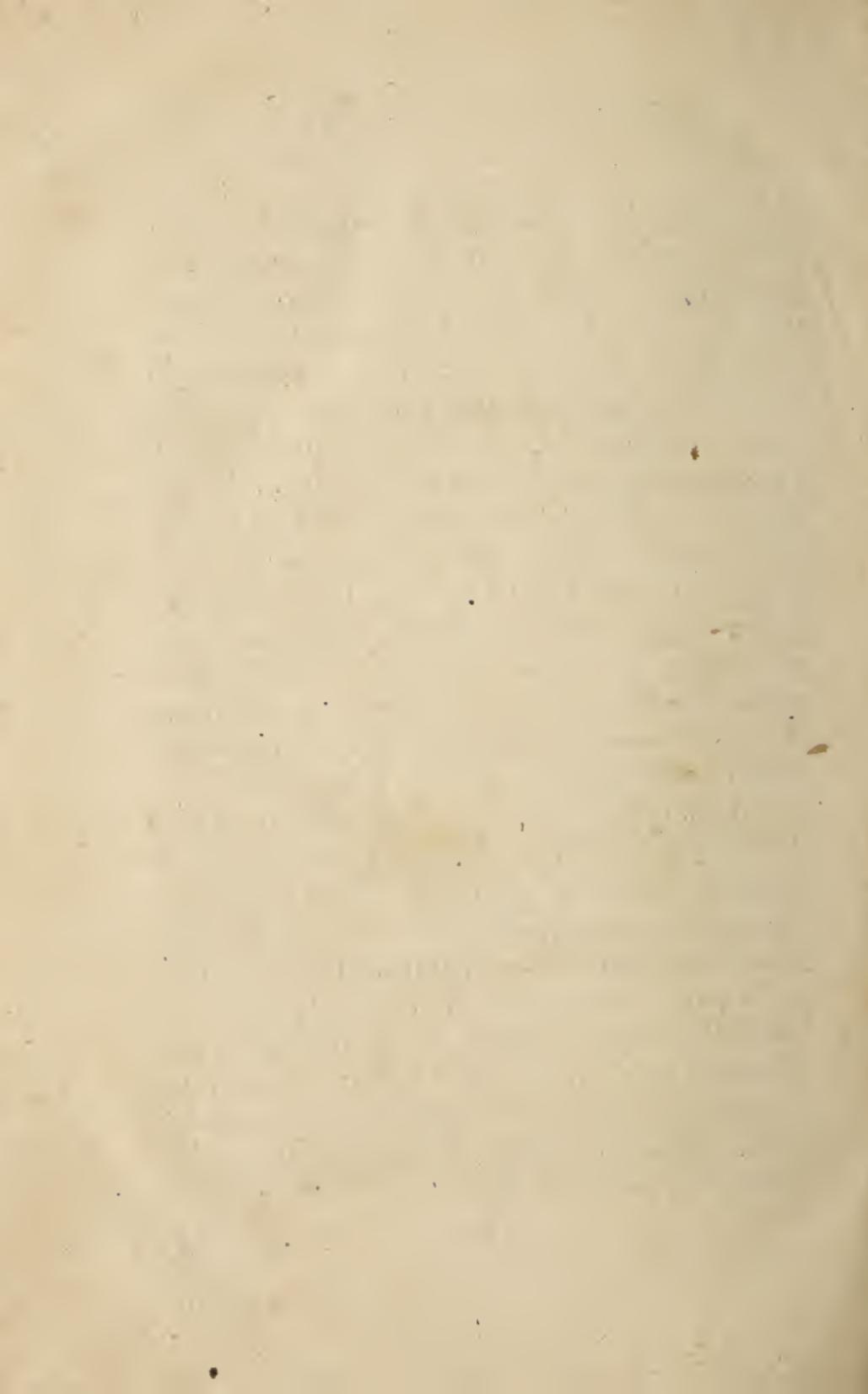
Cuando al fin, el atentado brutal de 1848, ahondó las disensiones de la familia venezolana, profanando la magestad de las leyes, la sangre de don Santos Michelena sirvió para trazar una línea divisoria entre dos épocas de la República. Este acontecimiento arranca naturalmente frases amargas á su biógrafo ; pero embargado su espíritu por el dolor, al evocar la visión del padre injustamente asesinado, pierde la serenidad necesaria para juzgar los hechos, y lo que es peor, la esperanza en una próxima rehabilitación moral. No ! El mal no goza de la *prerrogativa de perpetuidad*. Las ideas justas y elevadas pueden encarnarse, por una necesidad de las circunstancias, en hombres que las deshonren ; el choque de dos principios dar motivo á convulsiones tremendas cuya fuerza arrastre á transitoria ruina cuanto hay de más esencial á la existencia de las sociedades. Se ve esto en todas las revoluciones : se ve á un fanático presentarse como

el apóstol de la libertad de conciencia : á un hombre vaciado en el molde de los dictadores representar la causa de los derechos humanos. Pero por sobre las ruinas del incendio, por sobre el hacinamiento de los cadáveres, el espíritu de una gran revolución queda siempre flotante y como presidiendo los destinos del pueblo que la ha consumado. Las generaciones nuevas llegan después y se apoderan de ese espíritu para animar con él su vida y sus acciones. Lo que hace dudar del buen éxito á los que las han presenciado, es que estas sacudidas violentas suelen prolongarse por mucho tiempo é ir seguidas de reacciones desconsoladoras, antes de que llegue el momento de la pacificación final de los ánimos y de la práctica sincera de los principios.

Tal momento parece haber sonado ya para Venezuela. El mal se va con sus horrores y sus sombras. Démosle el último golpe ; hagamos imposible su vuelta, ahogando en el olvido nuestros propios agravios y consagrándonos en medio de la paz y la armonía al desenvolvimiento de todas las fuerzas sociales. A los hombres de pensamiento y de corazón toca dirigir la patriótica empresa ; y entre ellos ocupa puesto eminente el señor Michelena, autor de la biografía.

Bruselas, marzo de 1890.

FIN.



INDICE

ADVERTENCIA.	V
PRÓLOGO	VII
Aspiraciones.	I
Una encíclica del Papa.	13
Juan Vicente Gonzalez.	24
Discursos y opiniones	42
Respuesta á varias objeciones	54
Sobre un plan de <i>Política Económica</i>	66
La instrucción laica	117
Los partidos políticos	140
Sobre un plan de <i>Política Económica</i> (segundo artículo)	155
Cuestiones de filosofía.	179
Un discurso del D ^r Eduardo Calcaño	194
Don José Antonio Calcaño	211
El General Rafael Urdaneta	224
Ligero esbozo biográfico de Sucre.	232

Los derechos políticos de la mujer.	260
El sufragio universal	273
El voto directo y secreto	281
Viejos y jóvenes.	299
Al Señor D ^r Lucio Pulido.	304
Los pobres de espíritu.	310
<i>Julian</i> (bosquejo de un temperamento) por José Gil Fortoul	312
El beso del espectro	319
Dos discursos académicos.	327
La filosofía constitucional, por José Gil Fortoul	336
Poesías del D ^r Rafael Núñez	357
Reseña biográfica de Santos Michelena.	379



